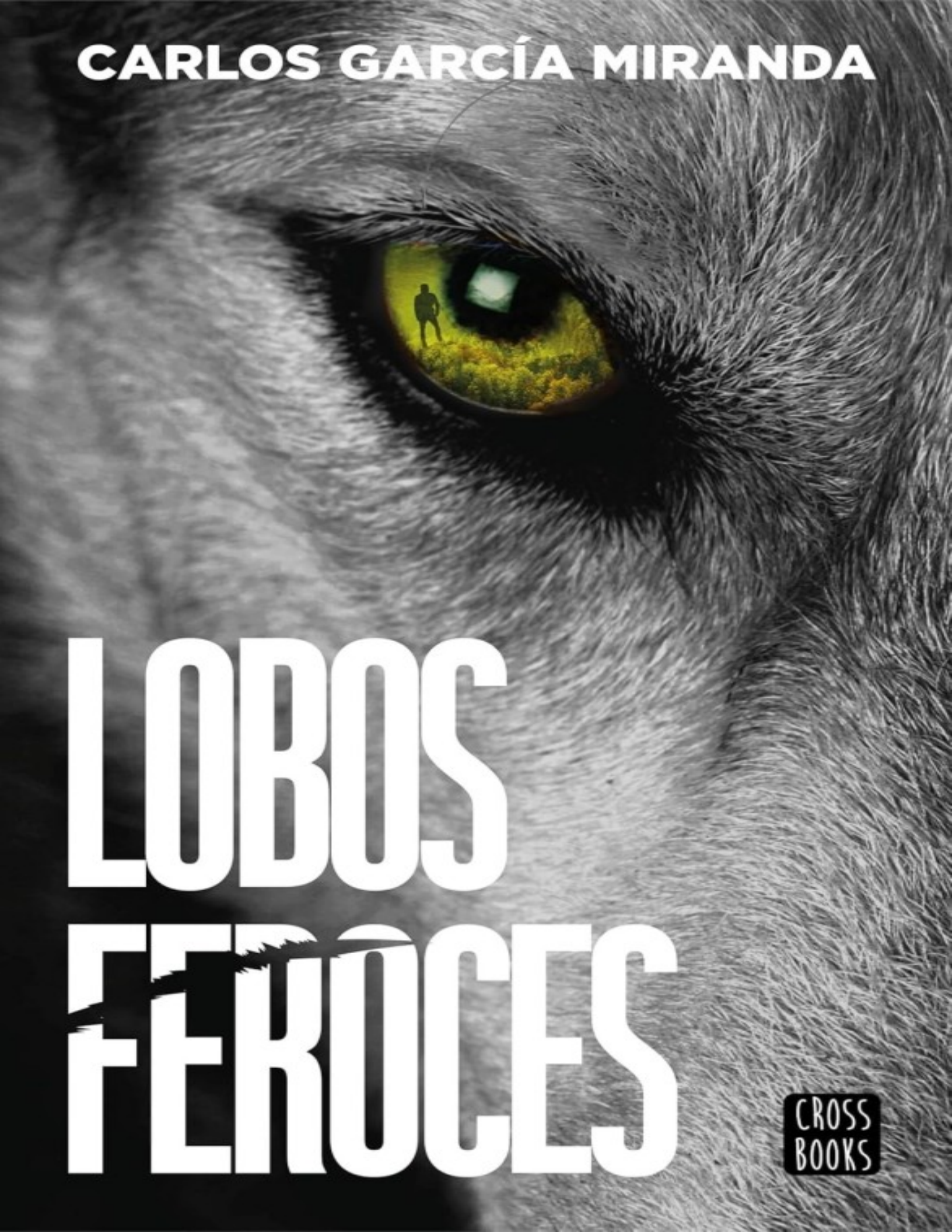
CARLOS GARCÍA MIRANDA



LOBOS FEROCES

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Cita

NOTA DEL AUTOR

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Agradecimientos

Créditos

LOBOS FEROCES

CARLOS GARCÍA MIRANDA



—Esta noche, Chema.
—¡Y una mierda!
—¡Hazme caso por una vez!
—Lo haces por él… ¡Te has enamorado del malo, imbécil!

Tesis (Alejandro Amenábar, 1996)

NOTA DEL AUTOR

El 25 de diciembre de 1892 el niño Pedrín Bravo y Bravo desapareció en El Escorial. Lo encontraron muerto semanas después, en las laderas del monte Abantos. Tenía marcas en las manos y muñecas de las cuerdas con las que fue atado durante el cautiverio. Todo su cuerpo mostraba signos de violencia extrema. Su padre, cantero de profesión, alzó una cruz en el punto en el que apareció el cadáver del niño. Aún hoy sigue allí.

Condenaron por el crimen al Chato, un hombre miserable, señalado en el pueblo por sus habituales delitos sexuales. Su cuñado y su hermanastra le acusaron de haber retenido al niño en su buhardilla durante días. Las autoridades encontraron en ella pelos con los que le incriminaron, aunque el laboratorio de la Escuela de Montes dictaminó después que eran de gato, no de un niño. Pese a ello, y a que en el pueblo siempre se murmuró que a Pedrín se lo llevaron los frailes del monasterio de San Lorenzo, le encarcelaron.

Conocí este crimen real hace décadas, de boca de una vecina de El Escorial, aunque la versión que me contó era distinta: Pedrín había aparecido en el monte sin una gota de sangre. Un fraile enfermo de tuberculosis se la había bebido para curarse. La realidad documentada por la prensa de la época la descubrí años después, cuando, siendo estudiante universitario, rodé un documental *amateur* junto a mi hermana y un par de amigos. Entonces descubrí que corrían tantas versiones de lo que ocurrió como vecinos había en el pueblo. También, que el crimen se había convertido en una

leyenda de fantasmas: el niño se aparecía por las noches a quienes se atrevían a acercarse a su cruz, buscando venganza por lo que le hicieron.

Mirar de frente una verdad incómoda puede resultar más inquietante que cualquier fantasma. Eso explica que el paso del tiempo haya transformado la brutal realidad del crimen en un mito más llevadero para el pueblo de El Escorial. Esa fue la conclusión a la que llegué al terminar el documental. Lo que de verdad sucedió, quién estuvo tras el asesinato del niño Pedrín, fue imposible de resolver.

Veinte años después, vuelve a abrir el caso Marta Otero, la protagonista de *Lobos Feroces*. Este crimen es el único hecho real que inspira las páginas de esta novela. Los otros casos que trata de esclarecer son ficción. También surgen de mi imaginación, espoleada por las leyendas que los escurialenses me contaron, las respuestas que consigue Marta en su investigación. Cualquier parecido con una realidad que quizá nunca llegue a descubrirse, es pura coincidencia.

Carlos García Miranda

1

1893
El Escorial

El sol se abría paso entre las laderas del monte Abantos. ¡Al fin! Llevaba días cubierto por la nevada de Semana Santa. Pese a la luz, aún flotaba la niebla de la noche, que había sido tan espesa que solo dejaba intuir el camino. A Pascual le daba igual, conocía el cerro como si fuera la palma de su mano. Siempre era el primero de los cazadores en subir. Por hambre, la misma que tenía todo el pueblo. En El Escorial de Arriba los únicos que se despertaban con el plato lleno eran los frailes de la Orden de San Agustín. Y lo mismo ocurría en el de Abajo. Se decía por las calles que allí estaban todos para servirles, que eran sus siervos y no solo por la fe. Las campanadas de su monasterio eran lo que traía el aire helado, ese que cortaba la cara de Pascual como si moviera navajas de afeitar. El hombre llevaba la escopeta al hombro para hacerse con un par de liebres, palomas torcaces o, con mucha suerte, codornices. Necesitaba como mínimo una para su familia y otra para vendérsela a los frailes «reales». Ahora, si la perra sacaba alguna más, ya tenía la semana hecha. Chili, se llamaba, fea como Picio y mil leches, pero algo debió de tocarle en el cruce de perro de caza y chucho vagabundo porque corría por la pendiente blanca con la velocidad y el entusiasmo de un niño en la feria.

¡Pam, pam, pam!

Tres tiros al aire pegó Pascual. Cayó una tórtola que sacó de las zarzas la perra. Ni los pinchos le echaban el freno de lo tonta que era. «Esta para la leche del niño», pensó Pascual mientras se colgaba el primer bicho del cinto. De lo frío que había venido el invierno a su mujer se le había cortado la teta, aunque su suegra se encargaba de repetir que el motivo era haberse quedado ya cuatro veces preñada de un gandul. Daba igual que los tuviera a los cuatro sanos como peras en temporada. Tampoco que saliera a cazar con la fresca. Para esa vieja bruja nada era nunca suficiente.

¡Pam, pam, pam!

Pascual fue a por tres liebres que la Chili había puesto a correr a ladridos en la entrada de una madriguera después de escarbar en la nieve derretida. ¡Albricias! Parecía que era su día de suerte. Y eso que decían que los lobos habían arramblado con todo lo que crecía en el monte ese invierno. A los de ese monte los tachaban de feroces, especialmente con la llegada de la nieve. Se quedaban sin conejos y las manadas atacaban con saña a lo que encontraban. Al ganado, sobre todo; descabezaban reses, aunque había quien decía que también les hacían lo mismo a los pastores. Muchos cazadores no subían en esos días de nevazos por miedo a que los degollaran. Pascual tenía más miedo a morirse de hambre, que su familia comía, pero él se quedaba siempre con las ganas, así que recogió la primera liebre del agujero y una segunda junto al camino, más gorda. La tercera parecía que se la había tragado la nieve, y eso que ya no era tan espesa como para provocarlo. El cazador se movió como un compás, buscándola. Lo que encontró fue un rastro de sangre, igual que el goteo de un vaso que solo está un poco roto. Dio unos cuantos pasos, más lentos y temerosos. Vio al conejo decapitado. Las tripas, rojas y negras, las tenía a medio sacar por el

agujero del cuello. Eso no lo había hecho la escopeta, parecía arrancado por colmillos. Más le valía a la perra no habérsela comido ella. Por si acaso, Pascual se fue soltando el cinturón para pegarle un par de latigazos en el lomo como castigo.

—¡Chili! ¡Chili! —voceó, más que enfadado.

Silbó varias veces igual que cuando era cabrero, eso no se olvida. Le respondieron los ladridos de la perra, aunque a lo lejos. Mucho más de lo normal en la Chili. Pascual soltó entre dientes «demonio de perra, siempre me hace lo mismo» y «al matadero te debería llevar» mientras caminaba por las calvas de la nieve, apartando matorrales para ver si la perra estaba escondida detrás de alguno. En realidad, eso tenía poco sentido. La perra seguía ladrando y cada vez se la oía más cerca. También gruñía, pero no envalentonada como era habitual. Lo hacía con miedo. Pascual echó el freno a los pasos porque conocía de sobra los sonidos de la Chili y sabía que solo ladraba así cuando el enemigo era más grande que ella. Lo último que oyó fue un lamento plañidero, de los que hacen los animales cuando los hieren. Y luego, un silencio en el viento frío que ni los pájaros se atrevieron a piar. Pascual cargó la escopeta, por si acaso, y aceleró los pasos. Al final casi hasta echar a correr; lo que pudo, que era cuesta arriba. Llegó con menos aire en los pulmones a la zona en la que el monte era más frondoso y la luz se quedaba atrapada entre las ramas. La perra ya no respondía a las voces, así que volvió a preguntar al aire qué narices pasaba y por qué se habría asustado. En realidad, estaba pensando que igual le había ocurrido algo más grave y por eso no bajaba el arma. Otro rastro de sangre se lo confirmó. Este ya era de gotas gordas, como de lluvia de tormenta que acaba de caer, teñidas de rojo muy oscuro. Con el cañón de la escopeta por delante, Pascual siguió las marcas. Diez pasos dio y las huellas desaparecieron. Avanzó un poco más y vio

una pata de la Chili arrancada de cuajo. Las arterias aún latían, goteando sangre ennegrecida. A Pascual se le encogió el estómago. Otros cinco pasos le descubrieron las tripas del animal, como si a la perra la hubieran vaciado por dentro. El intestino le llevó hasta el resto del cadáver, degollado y mutilado a mordiscos. Bañado en su propia sangre, la perra olía a heces. Pascual se tapó la nariz con la mano, que le temblaba, y eso que era de los que aplacan los nervios. Antes de que pudiera ni preguntarse qué había pasado, oyó tras él el sonido de una respiración salvaje, como de bestia o de monstruo. Apuntó con la escopeta, sin que el tembleque le dejara aferrar la culata contra el sobaco. Pensó en lobos, pero lo que le amenazaba resultó ser un inmenso perro oscuro de lomo brillante y piernas robustas. Parecía un monstruo con ese tamaño colosal. Desgarraba la cabeza de su perra con los colmillos, saboreándola. Arrancó una oreja sin dejar de observar a Pascual, con unos ojos tan negros como debe de ser lo más profundo del infierno. El cazador aguantó el aire y disparó tres veces la escopeta.

¡Pam, pam, pam!

Creía que no había fallado. Es que incluso le pareció ver cómo una de las balas atravesaba el cráneo del descomunal perro. Sin embargo, la bestia seguía masticando los carrillos de la perra como si el gatillo nunca se hubiera apretado. «Mi suegra me va a tomar por loco», se repetía el cazador mientras retrocedía unos pasos con cautela, asustado por lo que le pudiera pasar, que bueno no iba a ser. Un par de segundos antes, el perro salvaje le había enseñado los dientes, pintados de la sangre de la Chili. Pascual sabía de campo y que si corría entonces se lanzaría a por él. Por eso siguió caminando cual colibrí retirándose de una flor a la que le ha robado el néctar, pero sin dejar de santiguarse y murmurando al aire una y otra vez que eso tenía que ser cosa de la brujería de El Escorial de la

que todos hablaban. Felipe II había traído más de siete mil reliquias de santos y mártires para proteger el monasterio; dormía con ellas, decían. Y lo que también se rumoreaba por las esquinas era que lo que había traído al pueblo era el diablo. De eso algo más sabía Pascual, que había estado en la taberna con una mujer de la que contaban que hacía misas negras en el monte y profanaba altares para honrar a los monstruos oscuros. Nunca lo había confesado porque entonces también tendría que cantar que una noche se fue con ella a hacer lo que no se debe en lugar de volver a casa con su esposa.

Pascual consiguió que el animal monstruoso le perdiera la pista, pero al final trastabilló, torpe que era, y perdió el equilibrio. Se la jugó una raíz enterrada en el suelo. Le hizo caer y morder con sus dientes sucios la tierra manchada de nieve. Luego vio que no había sido la vena de un árbol lo que le había tirado, sino un brazo humano. Era pequeño y delgado, como el de un niño. Pese al color violáceo que empezaba a descubrirse, el cuerpo enterrado por la nieve lucía la piel blanca de un ángel. Las falanges de los dedos estaban mordisqueadas —por la fauna salvaje, seguramente— y se las estaban terminando de comer los gusanos. El olor a podrido le golpeó la garganta a Pascual, que a duras penas logró reprimir la arcada. Hizo de tripas corazón y le quitó al cuerpo sin vida la hojarasca. Estaba tirado bocabajo y Pascual tardó aún unos segundos en atreverse a darle la vuelta, con la boca tiritando por la impresión. Era de un niño. Tenía la cara llena de gusanos, que se comían lo poco que quedaba de ella. Salían por los orificios de la nariz tras degustar los sesos del crío, moviéndose por la piel, que parecía ya transparente. Los ojos le faltaban, se los habían arrancado y solo se veían las cuencas podridas. Al ver la imagen Pascual ya tuvo que echar hasta la bilis. Ni había terminado cuando

oyó de nuevo los gruñidos del inmenso perro. Lo tenía tras él, pero el hombre ya ni sabía dónde tenía la escopeta para defenderse. Caminó como pudo hacia atrás, escapando, pero en realidad el perro solo miraba al niño muerto. Se acercó al cadáver y le lamió las mejillas sin vida. Lo hizo hasta limpiarle los gusanos. Después, se perdió en la espesura de la sierra a la que pertenecía.

2

Actualidad
Escuela Nacional de Policía

La luna iluminaba el cielo que cubría la Escuela Nacional de Policía. Marta Otero entró en la pista de atletismo. De nueve calles, como las olímpicas. Se colocó en la línea de salida de la que tenía el número 6 pintado. Siempre elegía esa, no sabía por qué. Creía que por costumbre. Respiró hondo para ensanchar los pulmones, una y otra vez, y otra más. El aire estaba helado. Salía por su boca como si estuviera fumando. Chocó los talones con las palmas de las manos, alternando derecha e izquierda, derecha e izquierda, derecha e izquierda. Le dio una vuelta más a la goma del pelo para apretarse la coleta y que quedara bien tirante. Lo hacía por despejar la frente y, ya de paso, las ideas, aunque también porque era obligatorio llevar siempre el pelo recogido en la escuela. Igual que lo de vestir el uniforme reglamentario, limpio y planchado. Al ingresar, los policías alumnos recibían una bolsa con toda la ropa que necesitaban: dos polos de manga corta, otros dos de manga larga, un jersey, una chaqueta, dos pantalones de trabajo, unas botas negras altas, la gorra, el uniforme de gala con los zapatos de salón y el uniforme deportivo. Este era el que llevaba Marta esa mañana, un chándal azul marino con letras en colores fluorescentes que contaban que estaba en la Escuela Nacional de Policía. La tarjeta de policía alumno

la llevaba colgada en el lado izquierdo, como marcaba la normativa. No se la podía quitar ni para correr. Esa normativa también decía que todas las prendas de vestir debían estar siempre limpias, igual que las botas reglamentarias, que solo se podían calzar con calcetines negros. Los botones del uniforme debían estar todos abrochados. La gorra era obligatoria en exteriores y nunca se debía llevar en interiores. Y, por supuesto, quedaba totalmente prohibido el uso del uniforme de la escuela fuera de las instalaciones del centro. La normativa de la escuela tenía tantos epígrafes como posibilidades de recibir una sanción por incumplirlos. Estas solían ser duras y hasta podían significar que el policía alumno no llegara a graduarse.

Marta contó en su cabeza «un, dos, tres» y empezó a correr. El vaho de su respiración acelerada contaba que era febrero y que la escuela quedaba a la entrada de la provincia de Ávila, en el extremo sur de Castilla y León. Estaba bordeada de árboles desnudos, de esos que tienen ramas que juegan a tocar el cielo. Era casi como si aislaran a los edificios del resto del mundo. La escuela siempre parecía más solitaria a esa hora del amanecer en la que la única luz era la de las farolas mortecinas. Para Marta era el escenario perfecto: entrenar cuando sus compañeros de promoción ni siquiera habían apagado los despertadores le hacía sentirse bien. Utilizaba las vueltas a la pista para ordenar el día en su agenda mental. Empezaba una semana importante, la del último de los módulos de formación académica. Solo cuatro meses más y juraría bandera. ¡La placa de policía al fin sería suya! En realidad, ella nunca lo diría con exclamaciones. A Marta Otero, por su carácter, no le gustaban las celebraciones. O a lo mejor por una vez sí, porque conseguirlo le había costado un año de preparación en la academia de prepolicía, cuatro estudiando Criminología en la universidad y otro más cursando un máster en Psicología Legal y Forense. Este lo hizo en

Estados Unidos, con una beca Fulbright que obtuvo gracias a sus méritos académicos. Estudiar siempre había sido lo suyo, Marta jamás se había permitido un suspenso. Lo raro habría sido que no hubiera ingresado en la escala ejecutiva de la escuela, la que llevaba hasta los cargos dedicados a la investigación policial. Tenía la mejor nota de la lista de aspirantes, su expediente estaba muy por encima de la media. Le incomodaba escucharlo en voz alta, pero era la alumna más brillante de la brigada 13. Pese a ello, cuando los docentes de la división de formación, la mayoría policías con méritos que elegían la enseñanza al final de sus carreras, elogiaban sus resultados, Marta escondía los ojos. No le gustaban los piropos, no creía merecerlos. Sin embargo, tenía fama de ser algo altiva entre sus compañeros de promoción. No lo era, tan solo se mantenía distante porque estaba centrada en su objetivo. Llegar a ser inspectora de policía lo consideraba una obligación. Su padre lo fue y ella, de alguna manera que solo sabría explicar un psicoanalista, se lo debía.

Marta dejó de correr después de la vuelta número cincuenta. Para entonces, las luces de los edificios de la escuela ya estaban encendidas y las ventanas, abiertas. También las de los bloques de viviendas del centro en los que los policías alumnos de la promoción número 59 compartían habitaciones equipadas solo con lo básico: literas, mesas de estudio, lámparas pequeñas y armarios. Durante el día, las camas de sábanas grises debían estar hechas, sin arrugas, con las colchas bien estiradas y el embozo sellado; de lo contrario, se recibiría una sanción. También se penalizaba no guardar silencio desde las once de la noche en los dormitorios, de los que se prohibía salir hasta las seis de la mañana. Los fines de semana era posible pernoctar fuera de la escuela, aunque solo si el policía alumno había solicitado el permiso con antelación. Y siempre y cuando no tuviera

sanciones pendientes, ni servicio de cuidado de comedor, control de bloques, laboratorio o cualquier otro trabajo obligatorio que todos los alumnos debían llevar a cabo. Es normal que muchos dijeran que, en realidad, estaban formándose para ser futuros presidiarios. Vivir en la Escuela Nacional de Policía era parecido a vivir en un campus universitario lleno de gente joven con ganas de aprender, de pasarlo bien, de comerse el mundo, aunque la verja que rodeaba el complejo de la escuela tenía alambre de espino. A las muchas horas de clases, teóricas y prácticas, había que sumar las de entrenamiento físico y de estudio. Además, los del grupo ejecutivo, en el que estaba Marta Otero, tenían que trabajar en esos últimos meses de formación en la tesis de investigación. Un proyecto tutorizado en el que indagar en un caso con un sobreseimiento provisional. Uno de esos con un archivo temporal de la causa, susceptible de volver a ser abierta si aparecieran indicios relevantes que la pudieran desbloquear. Expedientes congelados que los policías alumnos debían reabrir en busca de nuevas hipótesis a la altura de la competencia profesional policial. En las mejores ocasiones, se convertían en conclusiones que lograban reanudar procesos judiciales y encontrar culpables. Los policías alumnos que lo habían conseguido pasaban a ser nombres imprescindibles en el cuerpo. Se contaban por decenas, pero Marta esperaba sumarse a ellos, era su principal objetivo, aunque no por el cargo. Mucho antes de ingresar en la escuela, ya había decidido, de entre los miles de casos sin resolver en el país, cuál quería investigar. El mismo que intentó resolver su padre. El de los niños desaparecidos en la sierra.

David Otero fue inspector de policía en la comisaría de la Sierra Noroeste. Coordinaba operaciones en diferentes pueblos cercanos: El Escorial, Guadarrama, San Lorenzo, Collado Mediano… Tenía alma de investigador, desde que nació. Eso le dijo a Marta su madre

mientras abría la caja en la que conservaba los uniformes y los pocos objetos que quedaban de su trabajo. La hija ni sabía que la tenía entre las cosas que ya no se usan y se guardan durante años en armarios que nunca se abren. Es que en esa casa las dos llevaban toda la vida sin apenas hablar de su padre ni mucho menos de su muerte, pero Marta acababa de saber que había superado la oposición e iba a entrar en la escuela de policía. Su madre, por una vez, decidió dejar de pelearse con el pasado y sentirse orgullosa de ella.

—¿Te gustaría probarte el traje de gala que vistió tu padre cuando se graduó en la escuela? —le propuso tras recibir la noticia.

Marta pensó que no, pero le pudo la culpa y le dijo que claro que sí. Frente al espejo de la habitación de la casa en la que vivía con su madre vio cómo le sentaba el uniforme. El pantalón sí, pero la chaqueta no le iba tan grande como cabía esperar. Su padre y ella tenían los hombros a la misma altura. Forzó una sonrisa, como la que lucía su madre mientras la contemplaba, aunque ambas se sentían tristes por esa nostalgia extraña que se tiene por algo que en verdad no ha pasado. Anemoia, se llama. Una jugada de la mente que le hacía creer que su padre había soñado alguna vez con que llegara a ser policía. A su madre se le encogió el corazón, pero ninguna de las dos era mujer de lágrimas, así que la mayor de ellas se escapó diciendo que iba a buscar alfileres para cogerle el bajo del pantalón. Así cuando se graduara podría utilizar el mismo traje que llevó su padre. De poco sirvió que Marta le contara que los uniformes habían cambiado y que le darían uno nuevo al terminar la formación, su madre insistió en dejarse llevar por la nostalgia y ella se lo permitió.

—Estaría muy orgulloso de ti.

Vestida de su futuro, Marta se quedó pensando en si quería alcanzarlo por él o porque ella deseaba en realidad ser policía. En voz alta siempre decía lo segundo, pero su cabeza tramposa insistía en recordarle lo primero. Esa misma cabeza discreta le decía que no había superado la muerte de su padre, esa era la verdad. Hay personas que pasan el duelo y siguen con su vida y otras que se quedan en él para siempre, aunque ya ni lo hablen. Gente a la que una pérdida le cambia sin poder darle la vuelta ni encontrar una nueva dirección. Eso le había pasado a Marta, quedarse sin su padre de la forma en la que lo hizo la convirtió, primero, en una niña más silenciosa de lo normal y, después, en una mujer que debía esforzarse para serlo menos.

Mientras esperaba a que llegaran los alfileres, se entretuvo viendo el resto de las cosas que su madre guardaba en la caja. La tarjeta de identificación policial, con la foto de su padre; tenían los mismos ojos, de color verde botella. También había fotografías con compañeros de la época, la de su graduación en la escuela y otra que estuvo enmarcada en su mesa de trabajo en la comisaría. Salía Marta, con solo cinco años, mes arriba, mes abajo. Era del año en el que murió su padre. Fue poco tiempo lo que estuvo a su lado, pero el suficiente para enseñarle a ser policía. Jugaban siempre a eso, investigando misterios caseros que su padre inventaba como si vivieran una novela de detectives. Marta dejó la foto y abrió un cuaderno de trabajo de su padre, con un montón de notas que no contaban nada más que la rutina del día a día. Lo que tal vez sí decían algo más eran las páginas que parecían haber sido arrancadas. También faltaba la placa, se la habían retirado. Lo explicaba una carta en la que se le notificaba que se había abierto una comisión de investigación por hurgar sin autorización en cuatro expedientes. Los de los niños desaparecidos en la sierra: Carmen

Terón, Carlos Tinas, Álvaro Navarro y Paloma Rubio. Todos eran menores, desaparecieron en la sierra de Guadarrama y fueron hallados muertos tiempo después. Las fechas de sus defunciones estaban tan alejadas en el tiempo que entre la primera desaparición y la más reciente había pasado más de un siglo. Paloma Rubio fue la última en perderse en la montaña, lo hizo cuando el padre de Marta ocupaba su cargo en la comisaría de la sierra. Le abrieron una investigación por saltarse más de una norma y entorpecer las labores de búsqueda, de eso lo acusaron. Le suspendieron de empleo y sueldo, temporalmente, aunque ya no volvió a ponerse el uniforme. Marta ya sabía que su padre había tenido problemas en el trabajo, eso su madre se lo había contado, pero al abrir aquella caja descubrió por primera vez por qué.

—Solo fue una más de las muchas investigaciones en las que se metió tu padre sin poder hacerlo —le aseguró su madre mientras le cogía el bajo del pantalón—. No sé, quizá si le hubieran abierto el expediente antes no habría ocurrido luego lo que…

Pero no terminó la frase. Lo que le sucedió después a su padre nunca lo decían en voz alta.

Desde aquel día que hurgó en sus cosas, Marta no había podido dejar de pensar en por qué esos casos acabaron con su carrera. Buscó todo lo que se podía encontrar de los llamados «niños de la sierra» por las hemerotecas e internet. Poca cosa, lo que contó la prensa y algo más que había por redes sociales. Pero ahora sí que iba a poder investigarlo como lo haría la policía. Esas desapariciones serían su tesis de investigación en la escuela. Estaba pendiente de recibir los expedientes policiales de los casos tras solicitarlos en la central policial, no podía pasar mucho más tiempo antes de que llegaran. Esperaba que fuera ese lunes que había arrancado entrenando en la pista de atletismo de la escuela, en la que ya no

estaba sola. Le acompañaban ya varias docenas de alumnos para hacer lo mismo que ella. Uno de ellos era Bosco, que la esperaba en la meta con una sonrisa.

—¿Llego tarde o tú no duermes?

Siempre entrenaban juntos. Ambas cosas eran ciertas, Bosco se había retrasado y Marta había empezado la carrera antes de lo habitual. Se había despertado empapada en sudor por culpa de una pesadilla. La misma que la atormentaba desde niña.

Bosco se quitó la sudadera y empezó a calentar. Tenía un cuerpo atlético al que era difícil no mirar. Había rumores entre los policías alumnos de que él y Marta eran algo más que compañeros, que los habían visto juntos en el bar al que iban todos por las noches los fines de semana, el único que quedaba cerca de la escuela. Bosco y Marta eran de los pocos que hablaban más de lo que bebían. Una de las primeras noches, al comenzar el curso, volvieron juntos de madrugada a la escuela. Él la besó y ella no le devolvió el beso. Las relaciones entre policías alumnos no estaban permitidas, aunque fuera una norma que se saltaban todos. Además, no era por eso. Marta no quería hacerlo porque su prioridad era su carrera. No quería distracciones, ni de ese tipo ni de ningún otro. Lo sentía si le había dado una idea equivocada, eso fue lo que le dijo tras apartarle los labios. Bosco aceptó el rechazo con una sonrisa de esas que se ponen cuando no queda otro remedio. Podían ser amigos, no había ninguna norma en el reglamento de la escuela que lo impidiera. Eso le propuso y Marta tuvo que decirle que sí, aunque a veces le sorprendía el excesivo empeño de él en que lo fueran.

—Hoy empezamos el último módulo —comentó Bosco, que tomaba el relevo de Marta en la calle de la pista de atletismo; uno llegaba y la otra se marchaba—. ¿Ya tienes tutor para la tesis de investigación?

Sí, lo tenía. Figueroa, uno de los docentes que más admiración despertaba entre los policías alumnos. Primero, por sus méritos en el ejercicio; había resuelto docenas de casos que acapararon titulares en prensa. Segundo, por su forma de impartir criminalística. Retaba a los aspirantes en el aula a que buscaran la pregunta que nadie se estaba haciendo para llegar hasta el nombre del asesino. Para Marta, había algo más que lo hacía especial. Su padre y él habían compartido formación en esa escuela y trabajo en la comisaría. Eso le dijo el primer día que la vio en el centro. Y que sentía que lo hubiera perdido tan pronto.

—Apenas he empezado a trabajar, aún estoy recopilando información —le dijo Marta a Bosco mientras se secaba el sudor pasándose la toalla por la nuca y los hombros.

Le contó que iba a investigar las desapariciones de niños ocurridas a lo largo del tiempo en la sierra. Lo dijo señalando el horizonte montañoso que quedaba a lo lejos, aunque no tanto como para que pudiera perderse de vista, como si amurallara la escuela.

—¿Esa misma sierra? —preguntó mirando las cumbres que se veían a lo lejos, aún con nieve por lo frío que había sido el invierno. Febrero no estaba dando tregua, en la sierra seguía nevando.

La escuela quedaba en el noroeste de la sierra de Guadarrama, aunque la alineación montañosa tenía una extensión basta de más de ochenta kilómetros que iban desde Segovia hasta Ávila, perfilando la comunidad de Madrid. Cientos de pueblos se abrían a los lados de sus carreteras serpenteantes, de esos en los que parece que no pasa el tiempo. Los niños de la sierra habían nacido en ellos.

—Si necesitas ir a alguno de esos pueblos para investigar, ya sabes que tengo el coche —le propuso Bosco.

Marta le dijo un «gracias, lo tendré en cuenta», aunque se notaba que no iba a hacerlo. Esa investigación era cosa suya, había

demasiadas preguntas que no quería responder. La primera de ellas, quién era su padre. Marta no hablaba mucho de ello, y menos aún de lo que había sido su infancia. En realidad, no tenía que esquivar muchas preguntas. La gente quería hablar de sí misma, hacía tiempo que lo había descubierto, aunque Bosco no era tampoco de esos. Ella le sonrió sin despegar los labios y se unió a Carola, también recién llegada a la pista.

—Madre mía, ese tío está obsesionado contigo —se burló Carola por la forma en la que Bosco la miraba con disimulo mientras corría —. Si no fuera porque lleva uniforme, te diría que llamaras a la policía.

—Somos compañeros, ya está —le repitió la cantinela de siempre, haciendo que Carola pusiera automáticamente la cara de siempre.

—Eso, tú engáñate.

No lo hacía, Marta estaba convencida de ello. Bosco le había dicho que lo de aquella noche fue por las cervezas y ya está. Tenía sentido, para empezar porque él la superaba en atractivo, aunque no fuera de los que alardean de eso. Y porque Marta no se consideraba una persona simpática de las que gustan. Ni siquiera de la que alguien quisiera ser amigo. Si hasta le sorprendía que lo fuera Carola, la compañera de habitación que le habían asignado en la escuela. No les quedó otra, por el roce, pero también porque la una era el opuesto de la otra y esos polos, al final, acaban atrayéndose. Además, Carola se tomaba todo a broma y eso a Marta le venía genial. A veces simplemente se le olvidaba que existía esa posibilidad y tenerla al lado la ayudaba a recordarlo.

Para cuando el reloj se acercaba a las ocho de la mañana, todos los policías alumnos ya habían pasado por las duchas. Vestían los uniformes según el reglamento y caminaban con paso militar hacia el edificio de formación de la escuela. A partir de ese momento, y

hasta que terminara el día, a los superiores y formadores había que responderles con un rígido «a sus órdenes». Como tampoco se podía usar el móvil, Marta le echó un último vistazo antes de guardarlo en la taquilla. Toqueteó la pantalla para abrir el correo electrónico, el oficial de la escuela. Le saltó el aviso de un nuevo mensaje. Refrescó la página para poder leerlo. Sí, era el que estaba esperando, la respuesta del archivo a su petición de los expedientes de las desapariciones de los niños en la sierra. El asunto del correo le dejó clara la respuesta: la petición había sido denegada.

3

Del diario ABC*, 20 de enero de 1950*

DESAPARECE UNA NIÑA EN EL PUEBLO DE PEGUERINOS

Una niña de siete años de edad que responde al cristiano nombre de María del Carmen Terón Delgado, natural del pueblo de Peguerinos, sigue desaparecida desde la lluviosa tarde de este sábado. Ocurrió en los alrededores del puerto de Malagón, en la cima del monte Abantos. Así lo han confirmado las fuentes del Comando de Operaciones de Socorro de la sierra de Guadarrama. En la búsqueda participan todos los vecinos del pueblo, sin que nadie haya dado con el paradero de la desgraciada niña Carmen. Por el momento, no han trascendido más detalles del citado suceso. El pueblo de Peguerinos ha cancelado su tradicional procesión de Semana Santa de la Virgen del Rosario. La niña era conocida por todos por ser la voz del coro de la iglesia, con un timbre celestial que acompañaba a los fieles en cada homilía. Los padres de la niña, don Manuel Jesús Terón Solana y doña Carmen Delgado Molina, ruegan una oración por su ayuda.

Del Diario Madrid*, 12 de febrero de 1969*

DESAPARECIDO UN NIÑO EN VALDEMORILLO

Se busca a un niño desaparecido el domingo en Valdemorillo, en la llamada ruta imperial de la Sierra Noroeste del Sistema Central. Familiares, amigos y fuerzas de seguridad han solicitado ayuda ciudadana para localizar al menor, de nueve años, vecino de la localidad. Responde al nombre de Carlos Tinas Álvarez, mide 1,20 metros de estatura, tiene complexión media, pelo rubio y rizado y ojos claros. La última vez que lo vieron fue ese mismo día en el citado municipio. Cualquier persona que tenga información sobre su paradero puede ponerse en contacto a través de los teléfonos de la Guardia Civil, la policía o el servicio de emergencias nacional.

De El Periódico de la Sierra*, 30 de enero 1988*

DESAPARECIDO UN NIÑO EN ZARZALEJO

Zarzalejo, el pueblo de la sierra oeste de Guadarrama, busca al niño Álvaro Navarro García, de diez años de edad, desaparecido el pasado 10 de diciembre. La última vez que fue visto recorría su camino habitual al colegio. Varios vecinos declararon haberlo visto jugando con el balón de fútbol que siempre le acompañaba por la vía pecuaria que recorre el

encinar. Era parte de su camino para llegar a la escuela, un atajo que tomaba cada mañana. Pero ese día no le llevó hasta clase.

Su madre dio el aviso a las autoridades esa misma tarde cuando el niño no regresó del colegio. Todo el pueblo se volcó en las labores de búsqueda. Las batidas por la zona y los alrededores de la sierra se alargan ya varios días. Se han peinado las laderas de Las Machotas, las formaciones montañosas que separan El Escorial de Zarzalejo, desde donde se observa una de las panorámicas más envidiables de la sierra de Guadarrama. Se ruega a cualquiera que pueda tener información la comparta con las autoridades de la zona lo antes posible.

De Diario 16*, 20 de febrero de 2007*

PERDIDA UNA NIÑA EN LA SIERRA

La Policía Local de Guadarrama ha pedido colaboración ciudadana para intentar localizar a Paloma Rubio Machado, una niña de nueve años desaparecida el pasado martes en la zona del Huerto del Francés. Según la alerta emitida, viste camiseta y jersey de color rosa y pantalón vaquero. Los teléfonos de contacto en caso de poseer alguna información son el 112, el 062 y el 010.

Marta leía toda esa información en la biblioteca de la escuela de policía. No era un espacio con encanto. En realidad, ninguno de los edificios del complejo lo era. Líneas rectas, ventanales y poca ornamentación era lo habitual. La biblioteca sí tenía los techos altos, con estanterías de madera que casi los alcanzaban y cientos de mesas iluminadas con lámparas de notario. Marta estaba en una de ellas, alejada del resto de los policías alumnos que estudiaban, con esos recortes de periódicos antiguos que había sacado de la hemeroteca. Era toda la información que tenía de las desapariciones de los niños de la sierra. El correo que había recibido por la mañana le había dejado claro que no tendría más.

De: oficinaexpediente@policianacional.net
Para: marta.otero@alumnospolicia.net
Asunto: Expedientes PETICIÓN DENEGADA

Estimada Marta Otero:

Nos dirigimos a usted en relación con la solicitud que presentó para la consulta de los expedientes identificados con los números 0456, 1346, 10943 y 89356, cuyo trámite fue registrado conforme a los procedimientos establecidos por la Secretaría de Expedientes de la Escuela de Policía.

Tras realizar un exhaustivo proceso de revisión y verificación, tanto en nuestros archivos digitales como en los registros físicos, sentimos comunicarle que los documentos completos correspondientes a dichos expedientes no han sido localizados hasta la fecha. El motivo es extravío documental.

Lamentamos los inconvenientes ocasionados.

Reciba un cordial saludo.

Secretaría de Expedientes
Escuela Nacional de Policía

El expediente 0456 era el de la niña Carmen Terón Delgado, desaparecida en 1950 en Peguerinos. La encontraron muerta en la sierra de Guadarrama una semana después, a cinco kilómetros de la

zona en la que se perdió. El cadáver mostraba signos evidentes de haber sido atacada por un animal salvaje.

Del diario ABC*, 8 de febrero de 1950*

APARECE SIN VIDA LA POBRE NIÑA CARMEN DE PEGUERINOS

Ha sido hallado en la sierra de Guadarrama el cuerpo sin vida de la niña María del Carmen Terón Delgado, de siete años de edad, desaparecida días atrás en las cercanías del puerto de Malagón.

Los vecinos aseguran que la desgraciada fue devorada por los lobos de la zona, aunque la Guardia Civil no ha facilitado detalles sobre el hallazgo, que ha causado honda consternación en la villa.

Se han suspendido los actos litúrgicos previstos, y se ha decretado luto oficial.

La comunidad, unida en el dolor, acompaña en su pesar a los padres de Carmencita, don Manuel Jesús Terón Solana y doña Carmen Delgado Molina.

Dios la tenga en su gloria.

El resto de los recortes que encontró de los otros casos contaban situaciones parecidas. El expediente número 1346 era el de Carlos Tinas, el niño de Valdemorillo desaparecido en 1969. En otra noticia de prensa de la época, Marta había descubierto que su cadáver

apareció flotando en el río Aulencia. Por el estado del cuerpo se culpó de la muerte a la fauna ibérica; en concreto a los lobos, muertos de hambre por la nieve. El expediente con la numeración 10943 pertenecía a Álvaro Navarro, de diez años, perdido en los alrededores de Zarzalejo. Aparentemente, despeñado en la zona montañosa después de ser atacado por animales salvajes tal y como recogió la autopsia frente a las evidencias. El 89356 era el de la niña Paloma Rubio, desaparecida en 2007 en la sierra de Guadarrama. Cuando la encontraron su cuerpo también había sido devorado con saña. Marta había rebuscado en los diarios de la época hasta dar con noticias de sus desapariciones, búsquedas y funerales. Estudiando el poco material que tenía, dio con la relación obvia entre los cuatro casos. Todos los protagonizaban niños en la zona de la sierra desaparecidos accidentalmente. Todos habían sido devorados por la fauna salvaje. Todos habían ocurrido en invierno, en años de grandes nevadas en las que los lobos se volvían más agresivos por perder la caza y podían atacar incluso a niños. Eso justificaba sus muertes, devorados por aquellos animales, aunque el hecho de que hubieran ocurrido cada diecinueve años sí parecía un hilo del que tirar para llegar hasta otra explicación. La prensa de la época había especulado sobre ello, aunque en realidad esa frecuencia también explicaba la llegada de las precipitaciones meteorológicas extremas. En esa sierra se localizaba un tipo de corrientes de aire que provocaban fuertes nevadas de retorno, siempre cada dos décadas. Un fenómeno poco conocido y cíclico de interacción entre vientos fríos y cálidos en el que la altitud de las montañas y la luna tenían mucho que ver. Si su padre encontró otra explicación, Marta no iba a poder leerla porque los historiales de las desapariciones también habían desaparecido, haciendo honor a su nombre. Le cuadraba que hubiera sucedido con documentos no

digitalizados, sobre todo historiales que sumaban tantos años, pero le resultaba más difícil de creer que se hubieran evaporado cuatro expedientes.

—¿Se ha perdido el fichero en el que estaban todos juntos?

Hablaba en la biblioteca de la escuela entre susurros con Carola. Se había acercado a su mesa y no iba a dejar que se guardara lo que le pasaba. Llevaba viéndola con la misma cara de desconcierto desde la primera hora del día.

—¿Y por qué iban a estar juntos? —le respondió su compañera con otra pregunta—. Hay un montón de años entre unos y otros.

Carola le echó un ojo a los recortes de periódico y las notas que Marta había tomado.

—Bueno, hay una relación entre ellos. Se hablaba del caso de los niños desaparecidos de la sierra.

—¿Quién hablaba así?

No podía decirle que era su padre quien lo hacía.

—No sé, a mí no me parece que tengan tanto que ver, pero solo soy agente raso —dijo Carola pasando las páginas.

Compartían habitación, pero no clases. Carola estudiaba en la escala básica de la policía, la que la convertiría en agente de policía. Para muchos de los compañeros de escala de Marta, la de su compañera era una categoría menor. A Carola le importaba poco, venía de una familia humilde de trabajadores y haber llegado hasta esa escuela ya era más que suficiente.

—Todos ocurrieron en la misma zona de la sierra.

—Tampoco la misma, más bien cerca… Esas montañas son inmensas.

—¿Conoces la zona?

—Bueno, se ven las montañas desde las ventanas de la escuela. ¿Tú has estado en esos pueblos? —le devolvió la pregunta su

compañera de habitación.

—De pequeña —le respondió sin querer contar más y escondiendo en parte los ojos.

—No sé, pero perderse en la montaña siendo un niño es lo normal, no lo raro —insistió Carola—. Como el asesino no sea un fantasma, veo difícil que haya relación entre unas muertes y otras.

Lo soltó al aire como el que deja caer una locura. Para su sorpresa, a Marta no se lo pareció.

—Lo cierto es que hay una leyenda. No habla exactamente de un fantasma, pero sí de algo parecido…

A Carola se le dibujó una sonrisa descreída que Marta pasó por alto. Prefirió hacer una búsqueda rápida en el portátil, que le acercó para que leyera el resultado en un blog:

CUENTOS PARA NO DORMIR

La leyenda del perro gigante de la sierra

Corre una historia por la sierra de Guadarrama que hace que los niños se despierten gritando por las noches. Se la cuentan los padres, generación tras generación, para advertirles del inmenso peligro que acecha en las montañas. Es la leyenda de un perro tan inmenso como un monstruo que habita entre los árboles. Tiene el cuerpo cubierto por un pelaje oscuro y duro. Sus garras pueden romper las rocas de granito y los dientes, tan afilados como navajas, cortar hasta el hierro. Aunque lo más terrorífico es su mirada, de ojos amarillos. Hiela la sangre, esa que al mismo monstruo le hace salivar. Las noches oscuras, en las que no hay luna ni

estrellas, el perro vigila las cumbres y las laderas de la sierra. Lo hace hambriento de la carne de los que osen recorrer sus caminos. De noche, él es el único cazador. Los que vivieron la desgracia de encontrarse su enorme figura aún se despiertan recordando sus ladridos, capaces de hacer sangrar los tímpanos e incluso temblar la tierra. Los más afortunados lograron escapar tras ser mutilados por sus fauces. Han vivido el resto de su desgraciada vida con miembros de sus cuerpos perdidos y temiendo toparse con la bestia de nuevo. Han visto sus ojos en la ventana, vigilándolos. En sus sueños, que ya siempre son pesadillas. Menos suerte tienen los niños que se lo encuentran. A esos los devora. De todas las carnes, la de los infantes es sin duda su favorita. Su olor despierta el hambre voraz de la bestia. Ninguno debe acercarse a sus dominios cuando cae la noche oscura. El perro de la sierra no es un lobo más como dicen algunos de los vecinos para escapar de la verdad. Tampoco es un animal salvaje. Es un monstruo de los infiernos.

Publicado por Ángela Armero 12:45

3 comentarios:

Juanma Pachón:

Esa historia me la contaba mi abuelo para que no escapara al bosque por las noches. Menudo burro, me pasaba la noche acojonado. De Ávila tenía que ser…

María Herreras:

En esa sierra los únicos fantasmas que hay son los chulitos de los pueblos.

Manolitooo Sitdown:

Hostia, yo he visto a ese perro en la montaña. Vale que me había fumao un petardo, pero de verdad que lo vi😁😁😁

—Así que un perro enorme se comió a esos niños —resumió Carola sin esconder un tono de incredulidad que acompañó con las cejas apuntando al cielo—. Me da que a Figueroa no le va a sonar bien que la única pista que tienes sea un cuento de miedo…

En eso tenía razón, no era un buen argumento para defender la elección de los casos. La mayoría de los policías alumnos, más que buscar entrar en el podio de quienes habían solucionado casos sin respuesta, trataban de ponérselo fácil eligiendo aquellos de los que había mucha información. Procesos mediáticos, aunque con sobreseimientos polémicos, eran los favoritos. En cambio, Marta quería jugar con desapariciones y muertes que no habían trascendido más allá de los periódicos de la época.

—¿Por qué quieres meterte en el lío de estos casos sin pistas? —le preguntó Carola.

Marta enmudeció. No le había contado que su padre los investigó. Tampoco le había hablado de una fecha que no podía olvidar: lunes, 12 de marzo de 2007. Aquella tarde, Marta regresaba del colegio de la mano de su madre. Tenía ganas de llegar a casa y sentarse a merendar con su padre. Apenas lo recordaba, aunque si cerraba los ojos le parecía escuchar su voz prometiéndole que cuando volviera del cole verían juntos la tele. O quizá solo se imaginaba cómo era, igual que el camino hasta aquella casa, que ni recordaba cómo olía, por las calles empinadas de El Escorial, con el monasterio al fondo. Por aquel entonces, su padre ya había sido expedientado e iba a ser desterrado del cuerpo de policía, aunque eso ella y su madre no lo

sabían. Marta entró, anunciando su llegada. Subió corriendo hasta el ático por los peldaños de madera, que crujían como si fueran un barco. Allí tenía su padre el despacho. La puerta estaba cerrada, eso no le pareció raro porque siempre se la encontraba así, era de las pocas cosas que sí recordaba. Lo que le extrañó más aquella tarde fue que no la abriese pese a llamar con la insistencia de quien no acepta un no por respuesta. Y entonces vio el charco de sangre que salía por debajo de la puerta, que manchó de rojo oscuro sus zapatos. La autopsia dijo que la bala entró por la boca, atravesando los lóbulos temporal y occipital hasta salir por el cráneo. La pared del despacho, decorada con papel pintado de flores alegres, estaba salpicada como si hubiera explotado un globo lleno de sesos. Su padre tardó varios minutos en morir, en los que trató de moverse, hasta que convulsionó. Escupió sangre y dientes. Eso lo contaba el rastro que dejó su cuerpo inerte por el suelo de madera. El forense determinó que fue un suicidio, aunque Marta no lo supo hasta muchos años después. A las 18:06, mientras su madre la recogía del colegio, su padre cerró la puerta del desván con llave y dio una vuelta a la cerradura. Colocó un mueble en el que apilaba libros, discos y cosas que le gustaban para terminar de bloquearla. Se puso en el centro de la habitación abuhardillada. Metió el cañón de su pistola reglamentaria en la boca, el dedo en el gatillo y cerró los ojos. Volvió a abrirlos y disparó. No hubo una nota de despedida, nada. Su muerte y su recuerdo quedaron borrosos para siempre en la memoria de Marta. De la peor manera posible que puede recordar una hija a su padre.

—Sí, quizá debería buscar otro caso para la tesis —le dijo Marta a Carola sin compartir con ella el recuerdo.

Tal vez su padre no descubrió nada porque realmente no había nada que descubrir. Tal vez aquella investigación no fue más especial

que cualquier otra, como le dijo su madre cuando la llamó para contarle que los expedientes estaban desaparecidos. Se oía el ruido de las olas de la playa por la que paseaba, en Jávea, el pueblo de Levante al que escaparon cuando su padre se quitó la vida. Su madre quería alejarse de todo lo que tuviera montañas y frío, y la playa fue la solución. La mujer le recordó a su hija desde el otro lado de la línea lo que de verdad le pasó a su padre. Tuvo un brote psicótico. Fue el diagnóstico que firmó el psiquiatra en su expediente después de que se requiriera un informe desde la comisaría debido a su peculiar comportamiento en la última época. Se quitó la vida un día antes de que fuera a ser inhabilitado por sus problemas mentales. Y nada más.

—¿Por qué no te olvidas de todo eso, cariño? —le pidió su madre, con más culpabilidad que reproche.

Si estaba enredándose en el pasado era porque ella no había terminado de resolverlo, de eso estaba convencida su madre, aunque nunca lo verbalizara.

—Sí, voy a hacerlo —respondió suspirando, sacando el aire de la derrota.

Marta aún estaba a tiempo de empezar a trabajar en otro caso. Además, al contarle a su tutor, Figueroa, lo de los expedientes desaparecidos, él le aseguró que era normal y le hizo un par de propuestas de casos que podrían interesarle incluso más. Un día después, ya tenía los sumarios sobre el escritorio de la habitación. Marta intentaba leerlos mientras Carola se movía del armario al espejo, y de la mesilla en la que tenía el maquillaje otra vez al espejo. Se preparaba para salir de la escuela, como la mayoría de los policías alumnos. Era sábado por la noche y tocaba celebrar que habían superado la primera semana del último módulo.

—¿En serio te vas a quedar currando en lugar de venir a la fiesta? —intentó convencerla Carola, que se estiraba el ojo para pintarse la raya como si aún fuera una adolescente.

—En serio —respondió Marta.

—Qué coñazo eres, de verdad… Pues no me esperes despierta, que pienso meterle cuello a esa tía de la brigada 12 que no para de lanzarme miradas guarras en el vestuario.

Marta se rio. También se justificó por ser tan aburrida contándole que tenía trabajo pendiente. Aún no le había dicho que estaba decidida a olvidarse de los niños desaparecidos de la sierra y empezar con el proyecto de cero.

—Tenías razón, en esas montañas no hay nada que resolver —le confesó, algo derrotada.

Pero Carola soltó un segundo el bolso que ya se colgaba del hombro para salir y la miró. Lo hizo como cuando te has olvidado de algo y lo recuerdas de pronto.

—Mierda, te lo tendría que haber contado. Es que lo he visto hoy en redes. Espera, dónde era…

Hizo una búsqueda rápida en el móvil, mientras le pedía a Marta que aguantara un poco, que tenía que verlo y dejara de preguntar.

—¿El qué?

—¡Aquí, en Instagram! —dio Carola con ello—. Igual no tiene nada que ver, pero me he acordado de tus casos…

Se lo enseñó en la pantalla. Era un cartel de SE BUSCA. Un niño de nueve años. Había desaparecido en la sierra de Guadarrama.

4

Once de la noche, esa hora marcaba el reloj del salpicadero del coche. Era el de Bosco, un Volkswagen T-Roc automático de color blanco. Se lo había dejado a Marta porque ella le dijo que lo necesitaba, que era una emergencia, algo de su madre que le contó por encima y sin entrar en detalles, aunque con los suficientes nervios para que él no lo pusiera en duda. Se ofreció a llevarla, pero Marta insistió en que era mejor ir sola y en que sí sabía conducir coches automáticos. Bosco la creyó y le dio la llave. Si sospechó que le estaba mintiendo, lo supo disimular. Lo único que lamentaba es que no pudieran verse en la fiesta en la que iba a estar toda la escuela. Se despidieron con la promesa de ella de que le devolvería el coche lo antes posible. Menos de una hora después, atravesaba el puerto de la Cruz Verde sin que el velocímetro sobrepasara los cien kilómetros por hora. Porque había poca luz en la sierra y por miedo a que las ruedas derraparan. A esa altura había nieve, más de la que solía acumularse en esas fechas. De noche el frío helaba el asfalto, que tenía ese brillo que solo se ve con los faros del coche y que a la mínima te la juega. Todo estaba envuelto por una niebla densa que flotaba entre los árboles frondosos que impedía hasta el paso del brillo de la luna. Marta le dio un trago al café para llevar que había cogido en una gasolinera, aunque hizo una mueca como la que provoca comer un limón. Estaba amargo, debería haberle puesto azúcar. Movió los hombros sin conseguir que se relajaran. No era

capaz de borrar de la retina la imagen del niño que había desaparecido en el monte Abantos.

ASOCIACIÓN SOS DESAPARECIDOS
MISSING PERSON
DESAPARECIDO
Missing / Disparu / Scompra / Scomparsa

ANTON POPESCU
Visto por última vez el 10 de febrero
en el monte Abantos (El Escorial, Madrid)
Nueve años, 1,50 m, complexión delgada, ojos verdes, pelo castaño, viste abrigo rojo con capucha con borde de pelo.

Teléfonos 112 / 34 - 634 123 456 / 34 - 666 323 415
E-mail: sosdesaparecidos@sosdesaparecidos.es

Lo había publicado en redes sociales la cuenta oficial de la policía, la de la Guardia Civil, la Policía Local y la de Protección Civil. Se había compartido cientos de veces, como siempre que subían fotos de gente desaparecida. Y más cuando eran de niños. La de Anton, sin tilde, porque era la versión de Europa del Este de ese nombre, contaba que tenía una sonrisa grande y unos carrillos sonrojados como un ángel de un cuadro de Murillo. No daba muchos más datos de él la prensa local de la zona, que había publicado el mismo cartel con una pequeña nota al pie insistiendo en que cualquiera que quisiera dar apoyo o tuviera información llamara a los teléfonos indicados. Eso terminó haciendo Marta, aunque no porque tuviera una pista sobre dónde podría estar el niño, sino porque quería investigar su desaparición. Lo hizo desde la escuela, mostrando

interés por el caso. Preguntó de qué modo podían ayudar los policías alumnos que se ofrecieran voluntarios. Era un procedimiento habitual, pero los que llamaban para gestionarlo eran los formadores y no alumnos como Marta. No mintió, tan solo obvió nombrar su verdadero cargo. Intentó no pensar en si estaba cometiendo un delito. En la normativa de la escuela seguro que no estaba contemplado, aunque tal vez sí lo encontraría en el Código Penal. Lo importante fue que funcionó, desde la asociación de desaparecidos le contaron que el niño era del pueblo, que su madre trabajaba en una panadería, que era de Rumanía y que no tenía más familia en España porque el padre del niño había muerto hacía años. El pequeño estudiaba en el colegio público, lo conocían en la zona y todos los que podían estaban participando en las batidas organizadas en la zona por las autoridades y los vecinos.

—Los alumnos podrían unirse como voluntarios —le animó la voz al otro lado del teléfono.

Por eso Marta conducía hacia el monte Abantos, intentando mantener la cabeza tan fría como el escenario que la rodeaba. Llevaba dos décadas sin pisar el lugar en el que su padre se quitó la vida. Poco tiempo después, su madre vendió la casa y se mudaron lo más lejos posible de esa sierra y del pueblo de El Escorial en el que vivieron. Marta no recordaba esas calles por las que se adentró con el coche como si lo hiciera por primera vez. Como el pueblo estaba a menos altitud, la nieve y la niebla daban algo de tregua. Al menos, dejaban ver las fachadas de madera y piedra de las casas, de esas del siglo pasado típicas de las zonas de montaña. Las había también más señoriales, con vallas cubiertas de hiedra como las de los jardines y muros pintados de amarillo pastel que jugaban al contraste con los tejados de pizarra. Eran las de los vecinos con apellido ilustre, que en ese lugar abundaban porque los ricos

siempre eligen los mejores paisajes. Mientras recorría la espina dorsal del pueblo, Marta abrió la ventanilla del coche. Cortaba los labios el aire, en el que flotaba un olor a chimenea que le resultó familiar porque el olfato es el sentido que mejor viaja al pasado. Se preguntó cuál de esas calles que dejaba a ambos lados llevaría hasta la casa en la que creció. No lo sabía porque su madre nunca se lo había contado. No había fotos, al menos que ella supiera. Tampoco Marta había hecho muchas preguntas, prefería dejarlo en el pasado, aunque lo que estaba haciendo decía lo contrario. Los semáforos, las farolas y los escaparates de El Escorial estaban forrados con carteles de la desaparición de Anton. El niño sonreía a todo el pueblo desde ellos como si nadie temiera por su vida. Ella intentaba evitarlo, pero no podía dejar de pensar que su desaparición nunca se resolvería. Fue lo que les ocurrió a los otros niños perdidos en esa misma sierra.

Pisó el freno del coche como si fuera una esponja mojada para aminorar la velocidad al llegar al monasterio. Pese a toda la historia acumulada entre los muros, le resultó tan impresionante como tétrico. Ayudaba a ello el rastro espectral que formaba la neblina mezclada con la luz amarilla de las farolas. Y, pese al frío, Marta sintió de pronto calor, como si algo le quemara por dentro. El navegador del coche la obligó a rodear el inmenso edificio, girar un par de calles y subir por una de ellas. La llevó hasta una carretera empinada que dejaba el pueblo atrás y escalaba el cerro de Abantos, bordeada de árboles espesos y altos como gigantes. Mientras la recorría, enumeró en su cabeza las preguntas que quizá tendría que responder al llegar a la batida. En realidad, era arriesgado presentarse como policía alumno de la escuela. Tal vez entonces podría llegar hasta sus superiores y verse obligada a dar explicaciones. Aunque la persona que la atendió al otro lado del

teléfono se sorprendió de que no hubieran llamado antes para ofrecer ayuda, como era habitual en los casos de desapariciones en los alrededores. En cualquier caso, Marta decidió que mejor no ser sincera e interpretar el papel de una vecina de la zona que quizá podría echar un cable en la búsqueda. No era un pueblo tan pequeño como para que alguien tuviera que conocerla. Muchas personas tenían residencias veraniegas en la sierra, podría ser una de esas. Unos kilómetros de carretera de subida después, un control de la Guardia Civil hizo que Marta disminuyera la velocidad hasta detenerse. Se acercó a la ventanilla un cabo, joven y vestido con un chubasquero. A esa altura de la ladera caía aguanieve que hacía que el suelo fuera aún más resbaladizo.

—Vengo a colaborar con la batida —dijo Marta intentando que su voz mostrara más preocupación que cualquier otra cosa.

Lo consiguió, interpretar no se le daba mal. Llevaba años simulando no tener presente la muerte de su padre. El cabo no le hizo preguntas, tan solo le indicó que dejara el coche tras la siguiente curva. Allí Marta encontró una hilera de decenas de vehículos aparcados como podían a un lado de la carretera. Había otros tantos de la Guardia Civil y la Policía Local en una explanada que quedaba más adelante y que seguro que los días soleados se llenaba de familias y amigos. Lo pensó por las mesas de merendero que había. Ahora estaban en parte cubiertas por una carpa negra de plástico, iluminada gracias a un generador que sonaba con tanta fuerza como el motor de un autobús. En las mesas se organizaba la batida, a la que se habían sumado todos los vecinos de la zona con salud para hacerlo, y algunos incluso que ni la tenían porque ya se sabe que en estos casos todos quieren ayudar. Ocurría siempre en los sitios pequeños, de esos en los que las alegrías y las desgracias se viven como si fueran compartidas. Por eso las estadísticas

apuntaban que era más sencillo encontrar a una persona desaparecida en un pueblo que en un entorno urbano. Esas mismas estadísticas también decían que en el mundo rural era más fácil que al localizarla estuviera muerta. Marta se movió entre la gente sin saber a quién debía acercarse. A la policía no, eso seguro. ¿Para qué enfrentarse a un posible interrogatorio? Al final, fue una mujer la que parecía haberle leído la mente y se acercó a ella. Llevaba un chaleco reflectante de la asociación de desaparecidos, con una pegatina con su nombre sin apellidos, Emma, porque allí todo era personal. Le dio las gracias por venir y le ofreció un café y bollos señalando la mesa donde estaban.

—Puedes recoger un chaleco reflectante y una linterna allí. Y en esa otra mesa te dirán qué zona puedes cubrir. ¿Has venido sola? ¿Cómo te llamas? —le preguntó Emma con una lista en las manos en la que apuntarlo.

A lo primero Marta le dijo que sí y a lo segundo le respondió con un nombre falso. Ana, por ser el más común y que no llevaría a nadie a pensar en ella al recordarlo. Emma lo escribió en una pegatina que le puso en la solapa con una sonrisa pequeña y sin hacer más preguntas. Lo siguiente para Marta, ahora Ana, fue recoger una linterna y unirse a uno de los grupos que formaba un corro en torno a un hombre del pueblo como si fuera una asamblea. Les mostraba un mapa forestal con puntos marcados y hacía un resumen de lo que debían cubrir, mejor por parejas.

—Tened cuidado con los jabalíes, en esta parte del monte son bien grandes —les advirtió.

—Y con los lobos, que esos con la nieve y el hambre sí que son peligrosos —añadió un chaval más joven, con poco tino.

Es que no muy lejos estaba la madre de Anton. Era joven y guapa, tenía los ojos del mismo color y forma almendrada que el niño

desaparecido. La pegatina en la solapa decía que era Rosana. Estaba arropada por un grupo de vecinos que le prometían que encontrarían a su hijo. Parecía afectada, pero de un modo diferente. Al menos a Marta así se lo pareció. Tenía rastro de lágrimas en los ojos y la cara desencajada. Pero también algo extraño que Marta no sabía poner en palabras. Era más una intuición, de esas que no sirven como prueba en un caso. Jamás se habría atrevido a decirlo en voz alta, pero le pareció poco afectada por la pérdida. O tal vez era su carácter del Este, o los ansiolíticos que viajaban por sus venas para sobrellevar la situación. El hombre que capitaneaba el grupo dio un par de palmadas de ánimo y todos se pusieron en marcha. Marta intentó evitar tener que buscar una pareja y se dispersó entre la gente. En realidad, lo que quería era acercarse a la madre del niño, escucharla. Lo hizo, entró en la carpa en la que había visto que unos segundos antes había entrado ella. Se quedó solo a unos metros, fingiendo estar atareada con el móvil mientras Rosana hablaba con otra vecina, recordando todo lo que había ocurrido desde que Anton había desaparecido. No daba la impresión de haber reparado en su presencia, ni Rosana ni nadie. Hasta que Emma, la misma mujer que recibió a Marta al llegar, se acercó a la madre para ver cómo estaba. En ese momento vio a Marta. O Ana, como creía ella que se llamaba.

—Ana, pensé que te habías unido a un grupo —le dijo sin ocultar su sorpresa por verla aún en la carpa.

—Sí, la linterna no funcionaba —mintió, y cogió otra.

Cruzó una mirada de un segundo con la madre del niño, que a saber cómo la interpretó ella, una leve sonrisa con Emma y salió para adentrarse en la espesura del monte nevado.

En el aire flotaban el olor de la resina de los árboles y los haces de las luces que buscaban al niño perdido. Todos lo llamaban a voces.

¡Anton! ¡Anton! ¡Anton! Solo se oía ese mismo nombre como respuesta. También los ladridos de los perros que rastreaban cada centímetro de nieve. Marta seguía el reflejo de los chalecos del grupo que iba por delante, aunque cada vez caminaban más rápido. Además, no lo hacían por ningún camino porque no lo había. Atravesaban la vegetación resbaladiza entre la nieve, envueltos en una niebla tan opaca que ya apenas dejaba ver más allá de unos centímetros. Es normal que unos pasos después terminara por perderlos de vista y se adentrara en la espesura blanca sin saber dónde iba a llevarla. Siguió caminando hasta que no supo dónde había acabado. Le parecía que lejos de los grupos de búsqueda, porque los únicos sonidos que le llegaban eran los de su respiración fría entre las sacudidas del viento en los árboles. Intentaba orientarse buscando el norte con la brújula de su móvil cuando le golpeó un extraño olor intenso acompañado de un gruñido. No supo ponerles nombre, ni al sonido ni al tufo, que le despertó náuseas. Y luego escuchó el ruido de las ramas de los arbustos que quedaban a la derecha. Algo se abría paso entre ellos. Y lo hacía con ese sigilo que precede a la violencia.

—¿Quién está ahí? —preguntó Marta tratando de mostrarse firme.

Se llevó la mano al cinturón como si tuviera un arma, aunque ni siquiera la cargaba en la escuela. Tan solo llevaban la defensa, o la porra, como la llamaban en la calle, que también echó de menos. Hubo un silencio largo en el que hasta el viento parecía haberse detenido. Y, de nuevo, ese olor, aunque esta vez Marta sí que lo reconoció. En el laboratorio de la escuela había manejado azufre para analizar munición, era eso lo que le golpeaba la nariz. Dio una vuelta como si fuera un compás, despacio, procurando iluminar la niebla que la rodeaba con la linterna. Era similar al escenario de una pesadilla angustiosa, más aún cuando escuchó un gruñido. No era

de un animal cualquiera de los del monte. Parecía de una bestia. Siguió, cada vez más cerca, cada vez más intenso. También se escuchaban ramas quebrándose, como cuando alguien se acerca, pero por el peso daba la sensación de poder aplastar el árbol entero. Por más que Marta alumbraba a su alrededor, no encontraba nada que no fuera la negrura de los árboles, que parecían tocar el cielo oscuro. Dio una vuelta sobre sí misma. Dio otra. Una más. Sintió como esa presencia se alejaba, aunque se acercaba otra. Esa sí llegó a encontrársela frente a ella. La apuntaba con una pistola que bajó al ver quién era.

—Marta… ¿Qué estás haciendo aquí?

5

Marta recogió un café con olor a avellana de la máquina. Por error, porque le gustaba solo, pero los botones estaban medio borrados y no sabía lo que había elegido. Estaba en la comisaría de policía de la Sierra Noroeste. La misma en la que trabajó su padre hacía casi dos décadas. No estaba detenida —al menos, oficialmente—, pero Figueroa sí había sentido la tentación de colocarle las esposas al encontrarla en la montaña. Cómo se le había ocurrido hacer algo así, eso fue lo que le preguntó a voces al verla. También le gritó que se estaba jugando su carrera y todo su futuro. El tutor había ido hasta el monte porque llamaron desde la asociación de desaparecidos a la escuela preguntando por los policías alumnos que querían colaborar en el caso. Podían resultarles útiles para la batida, y ya que se habían ofrecido... A Figueroa no le hizo falta hacer preguntas, al escuchar la historia de esa llamada de la que nadie en la escuela tenía constancia, supo al instante quién había marcado el número, aunque no se lo contó al oficial de guardia que le informó de lo ocurrido. Lo comprobó saliendo de su casa, en las laderas del monte Abantos, muy cerca de El Escorial, y cogiendo el coche hasta la batida, convencido de que la encontraría allí.

—He mentido por ti, Otero. Más te vale que tengas un buen motivo para haberte puesto a investigar de manera extraoficial la desaparición de este niño. Más te vale —incidió para dejar claro que era una amenaza.

No solo se mostró severo, también decepcionado. Marta no le dijo el motivo. Le preguntó a él por el suyo para haber mentido. Por estar allí abroncándola y no denunciarla a la dirección de la escuela.

—Con todo el respeto, señor. Lo cierto es que no entiendo por qué no me ha delatado. He incumplido la normativa y creo que haber hecho esa llamada es un delito.

Figueroa suspiró, se pasó las manos con olor a tabaco por la cara, y se lo dijo:

—Te dije que conocí a tu padre. Lo que no te conté es que fui su amigo.

Lo fueron en la escuela, en la que compartieron habitación, y en esa misma comisaría en la que estaban ellos ahora, donde trabajaron como inspectores. También sabía todos los problemas que tuvo y la forma en la que decidió solucionarlos. Incluso sabía que Marta fue quien descubrió su cadáver cuando era solo una niña. Lo sabían Figueroa y el equipo directivo de la escuela de policía. No porque él se lo hubiera contado, como preguntó Marta al escucharlo, con un punto de enfado al descubrir que su secreto no lo era tanto, sino porque ella misma dijo en el examen de ingreso que su padre fue policía, y esos datos nunca caen en el vacío. El proceso de admisión incluía la posibilidad de que se tirara de hilos como ese. Además, al realizar la valoración psicológica hubo ciertas respuestas evitando el tema que llamaron la atención del examinador. Quedaron reflejadas en su expediente y este estaba al alcance de todos los formadores. En realidad, se había delatado ella sola con los silencios.

—Siento lo que ocurrió, Marta —le dijo de una forma que sonó realmente sincera.

Era la primera vez que Figueroa la llamaba por su nombre y no por su apellido. Marta evitó mirarlo a los ojos. Se sentía una ingenua, como si acabara de caer del guindo. Lo había sido al

pensar que podría evitar que el pasado de su padre saliera a la luz eligiendo su misma profesión.

—No tienes que avergonzarte de ello. Tu padre era un gran tipo. Solo estaba enfermo.

—No me avergüenzo —le aseguró Marta, aunque sí lo hacía.

Dejó a un lado el huracán emocional, recordó que la policía sin placa era ella y pidió disculpas por haber actuado a espaldas de la escuela. Entendía que la denunciara y que la expulsaran. Pero Figueroa suspiró de nuevo y le dijo que no iba a hacerlo. El asunto quedaría entre ellos.

—Prefiero enseñarte a no dejarte llevar nunca más por lo emocional. Es una de las primeras normas para ser policía.

Figueroa tenía fama de ser poco ortodoxo en su relación con los policías alumnos. Fama de saber escuchar y acompañarlos en su formación, no solo en la teoría y la práctica, sino también en la experiencia vital de convertirse en un miembro del cuerpo. Fama de tener más corazón que el resto de los instructores que daban clase y hasta era como un padre cuando alguien lo necesitaba. Eso estaba haciendo con Marta. Además, todo había ocurrido fuera de la escuela. En realidad, cabía la duda de si sería de su competencia. Y nadie tenía por qué llegar a saberlo.

—Es otra de las normas para ser policía. Debes aprender a ser buen compañero. Lo seremos los dos. ¿De acuerdo?

Le ofreció la mano. A Marta le pareció que estaba pecando justo de lo que le reprochaba, dejarse llevar por lo emocional, pero decidió callárselo y aceptar la mano. Lo que no hizo fue olvidarse de por qué estaban allí, en esa comisaría por la que los policías se movían con nervio, respondiendo llamadas relacionadas con la desaparición de Anton.

—Puede que lo de este niño tenga alguna relación con los otros cuatro casos…

—No hay relación, ni de este caso con los anteriores ni entre ellos, más allá de lo obvio —la cortó su tutor.

—Bueno, todos ocurrieron en un radio no superior a los ochenta kilómetros.

—En casi un siglo, Otero. Estas montañas nevadas, de noche, son un laberinto para cualquiera. Mucho más para un niño. Además, ya sabes lo que dice la gente del pueblo. Hay lobos hambrientos…

Marta también había escuchado a los vecinos contar que, el día que desapareció, Anton salió del colegio como todas las tardes, alrededor de las cinco, pero que, en lugar de caminar hacia su casa, fue a la entrada de la falda del monte Abantos que recogía el pueblo de El Escorial. Solía ir allí con otro amigo a fumar a escondidas los cigarrillos que le robaba a su madre para que nadie del pueblo los viera. Aquella tarde subió solo, como todos los jueves, porque el compañero de delito tenía entrenamiento de fútbol. La policía ya le había interrogado.

—Si era su itinerario habitual, alguien podría saber que estaría allí solo.

Figueroa suspiró y Marta insistió en sus pesquisas, exaltada:

—Las desapariciones ocurrieron cada diecinueve años. ¡Justo los que han pasado desde la última muerte!

—Las fechas coinciden con las nieves de retorno. La sierra se convierte en Siberia, es fácil perderse —insistió el instructor—. Viví la búsqueda de la última niña desaparecida y la conclusión fue la misma que la de los casos anteriores: la atacaron los lobos.

—Esta vez puede ser diferente. No tiene por qué morir ningún niño.

—Marta, déjalo estar.

Aceptó la orden, aunque solo durante unos segundos, en los que Figueroa se saltó las normas y se encendió uno de sus cigarros pese a estar en el interior de una comisaría. Daba igual, allí todos lo conocían. Después de la segunda calada, Marta se atrevió a preguntarle lo que estaba empezando a sospechar.

—Señor, con todo el respeto, no entiendo que me haya mentido.

Figueroa fue ahora el que evitó coincidir con los ojos de su alumna.

—Solo intentaba evitarte trabajo en balde, Marta. Y sufrimiento —se defendió él, compungido a pesar de que no debía estarlo—. Pero no soy quién para protegerte de tus errores. Tú misma…

Le pidió que esperara allí, tenía que ir un segundo al coche. Marta trató de calmarse moviendo las manos como si tuviera una pastilla de jabón. Lo hacía siempre que notaba los nervios en las puntas de los dedos, aunque no parecía estar funcionando. Quizá porque nunca había estado en un espacio en el que también lo hubiera hecho su padre. Se preguntó dónde habría estado su mesa y cuál habría sido su casillero. ¿Habría colgado la chaqueta en el mismo perchero en el que ella lo había hecho? No parecía que la comisaría hubiera cambiado tanto con el paso de los años. Caminó por el espacio iluminado, por luces frías que parecían haber estado siempre allí, igual que el suelo de baldosas desgastadas. Tampoco el aire, en el que se mezclaba el olor del papel, del café y del desinfectante, parecía renovado. Buscó por las paredes alguna foto, algún cuadro, alguna imagen que contara el pasado. No había nada de eso. En realidad, allí era todo bastante impersonal, más allá de lo que cada policía tenía por su mesa. Siguió andando. Vio salir de lo que resultó ser una sala de interrogatorios a la misma persona que había visto entrar cuando llegaron a la comisaría. Joven, de no más de treinta años, vestido de negro, elegante. Iba bien peinado y afeitado. No

tenía la apariencia de un detenido, para nada. El policía que lo acompañaba a la puerta le recordaba que no lo había estado y que nadie le había tratado de esa forma. Tan solo le había pedido que le acompañara a comisaría para charlar con él.

—¿Charlar en una sala de interrogatorios? No pienso contarlo así en mis redes sociales —le decía el tipo sin miedo.

Por la conversación, Marta dedujo que se llamaba Dante, que era profesor universitario y que no era la primera vez que la policía de la zona le pedía explicaciones por andar por allí sin ser vecino ni tener nada que le uniera al pueblo. También que Dante no les tenía miedo a los policías y que incluso disfrutaba de la situación.

—Os etiquetaré cuando lo publique.

Desde la puerta, lanzó un beso al aire, con sorna, acompañado de un sonoro *ciao*. Antes de salir, vio a Marta y se fijó en ella. Le dedicó una sonrisa de esas que solo los verdaderos seductores saben hacer, y que consiguió que ella apartara los ojos. Volvió a levantar la mirada cuando regresó Figueroa, cargado con varias carpetas que colocó frente a ella. Eran los expedientes que Marta había solicitado para su tesis, los de los cuatro niños desaparecidos en la sierra, supuestamente extraviados. Figueroa se había encargado de retenerlos al saber que los había solicitado. Y eso sí que podía ser un delito. Le pidió que no lo contara a nadie y él no confesaría lo que ella había hecho. Le ofreció una disculpa por no haber permitido que trabajara en los casos. En realidad, no era nadie para impedirlo, así que se los entregó.

—Adelante, continúa la investigación de tu padre.

6

INSTITUTO DE MEDICINA LEGAL
Y CIENCIAS FORENSES DE MADRID

8 de marzo de 2007

INFORME PERICIAL MÉDICO FORENSE

DAVID LORENZO GABELLÁN, con DNI n.º 74250030S, médico colegiado en Madrid con el n.º 3.538, doctor en Medicina por la Universidad de Salamanca y médico especialista en Medicina Legal y Forense (título oficial en España), emite el siguiente informe pericial a solicitud del fiscal del Juzgado n.º 12 de Madrid en relación con la causa y circunstancias del fallecimiento de la menor Paloma Rubio Machado.

Antecedentes

En fecha 6 de marzo de 2007 se practica la autopsia del cadáver identificado como perteneciente a Paloma Rubio Machado, de nueve años de edad, fallecida días antes de forma violenta.

Operaciones practicadas y resultados obtenidos

Se establece etiología médico-legal de la muerte como consecuencia de múltiples fracturas, daños en órganos

internos y fallo multiorgánico ocasionado por caída en accidente no determinado.

El cadáver presenta lesiones *ante mortem* y *post mortem*:

a. *Ante mortem*: Equimosis en región clavicular izquierda, cara derecha de pelvis, cara posterior interna de antebrazo derecho, codo izquierdo, cara dorsal de mano izquierda y derecha y región dorso-lumbar. Fractura de la segunda costilla derecha y hematomas en órganos internos, tanto en tórax como en abdomen. Columna vertebral seccionada. Fractura craneal múltiple.
b. *Post mortem*: Herida de 5 cm con marcas de caninos en la cara y parte anterior del cuello, preservando estructuras óseas, así como en el globo ocular izquierdo. Las lesiones se producen por carroñeros y fauna del lugar en donde se encontraba el cadáver. Del mismo modo se produce la pérdida del lóbulo del pabellón auricular derecho e izquierdo *post mortem*, masticado por fauna del lugar.

Se determina que las contusiones y traumatismos en el cuerpo y cabeza se produjeron en una misma secuencia de hechos. No resulta posible establecer un tiempo preciso de producción de las lesiones, aunque la existencia de una congestión vascular cerebral, el agua en los pulmones y los signos de edema generalizado orientan la fecha de fallecimiento en torno a la noche del 28 de febrero de 2007.

<u>Dictamen de necropsia</u>

Tras la práctica de la autopsia, se puede establecer que Paloma Rubio Machado sufrió lesiones de tipo contusivo y traumático en tronco y extremidades, falleciendo como

consecuencia de una caída desde una altura de un mínimo de ocho metros. El estado contusivo de la piel confirma que trató de alcanzar la orilla del arroyo en la que quedó postrada. El estado de las rasgaduras en las prendas de vestir, mordiscos en cara, cuello y falanges muestra que la fauna del lugar provocó la pérdida de tejidos blandos en cabeza y cuello, probablemente tras una persecución previa que la hizo caer.

Conclusiones

1. La autopsia practicada permite establecer la causa de muerte relacionada de forma directa y proporcionada con las lesiones interpretadas. En todas ellas hay lesiones contusas y/o traumáticas previas a la muerte, en un cuadro de policontusión en diversas partes del cuerpo con fracturas costales en ambos hemitórax y hematoma retroperitoneal como consecuencia de golpes en abdomen. Espalda seccionada con rotura de vértebras.
2. Las fracturas craneales ocasionan la muerte cerebral, que deriva en un fallo multiorgánico que el análisis forense determina que se produjo en las horas posteriores a la caída.
3. El estado del cadáver se interpreta como consecuencia de una acción accidental *post mortem* y carroñera por elementos faunísticos no determinados.

Vacía y frustrada, así se sentía Marta tras llevar días buceando en las líneas de los expedientes de los niños de la sierra. Dejó sobre el escritorio de la habitación el informe forense, con un clip que sujetaba la fotografía de Paloma. Fue la que se utilizó para su búsqueda, una de esas imágenes que quedan para siempre grabadas en las pupilas del público que sigue una desaparición en programas de televisión de los que convierten la desgracia en espectáculo. La niña vestía el uniforme del colegio Nuestra Señora de la Merced. Camisa blanca y pichi de cuadros escoceses. Le había regalado al objetivo de la cámara una sonrisa de pequeños dientes de ratón. Era la única fotografía del informe en la que salía con vida. El resto de las que encontró Marta eran polaroids, amarilleadas por el paso del tiempo, numeradas y con anotaciones tan difíciles de descifrar como la receta de un médico. Se tomaron en el lugar donde se halló el cadáver, en la parte baja de los Siete Picos, una formación montañosa en la zona central de la sierra. Allí nacía el arroyo Pradillo, que en el valle de la Angostura se convertía en una presa que el agua saltaba, creando una cascada. Quedaba oculta entre la espesura de los bosques de pinos, quizá por eso y por la nieve la niña resbaló. Logró arrastrarse hasta la orilla, el análisis del barro y de las trazas orgánicas encontradas en las uñas así lo confirmaban. Cinco fotografías mostraban su cuerpo encharcado, blanco, inerte y desgarrado. Partido en piezas, como si fueran las de un puzle que ya no se puede resolver. Marta había intentado reconstruirlo clavándolo con chinchetas en el corcho que tenía colgado en la pared, iluminado por la luz dorada del flexo del dormitorio.

Número 1: Piernas blanquecinas cubiertas solo en parte por la falda del uniforme. Fémur derecho atravesando la piel hasta rasgarla

y la rótula de la misma pierna desplazada.

Número 2: Tronco de Paloma. Columna vertebral seccionada.

Número 3: Primer plano de la boca amoratada, con los labios hinchados y partidos. Piezas dentales rotas en su mayoría, con ausencia de molares y premolares.

Número 4: Primer plano de la oreja derecha, arrancada desde el pabellón hasta el lóbulo. Desgarros en cráneo. Marcas de caninos de origen animal entre la sangre.

Número 5: Rostro de Paloma mordisqueado por animal en cuello y mucosa yugal.

Las pupilas estaban tan contraídas que los ojos azules de la niña parecían dos piscinas sin fondo. A Marta esa mirada gélida le recordaba a la de los mártires religiosos de los cuadros de las iglesias. Tenía esa mezcla de lejanía y entrega, como si ya no perteneciera a este mundo. Una mirada desprovista de miedo, que ya no busca consuelo ni ayuda, con una serenidad inquietante. Igual que los santos ensangrentados de los retablos, parecía saber algo que quien la observaba no alcanzaba a comprender. Marta dejó de buscar respuestas en esas pupilas dilatadas, pero ni aun así se detuvo el escalofrío que la recorría. No acostumbraba a mirar a la muerte, la inquietaba, pero lo llevaba en secreto porque sabía que necesitaba hacerlo para ser policía. Los cadáveres siempre la hacían sentirse contrariada. Le provocaban tanto desasosiego como atracción, aunque no sabía explicar por qué. Dejó las fotos y volvió a las páginas escritas de las diligencias para hojearlas una vez más. Paloma se perdió porque acompañó a su abuelo al monte a recoger piñones. Era un hombre mayor, con problemas en las rodillas, pero nunca fue al médico para que le pusiera un nombre a lo que le pasaba. El caso es que le costaba seguir a la niña cuando echaba a

correr, aunque ella le acompañaba todos los fines de semana en el trayecto. El hombre volvió al pueblo llorando, después de llevar horas buscando a la niña por su cuenta sin lograr encontrarla. Se comunicó la desaparición a las autoridades alrededor de las siete de la tarde. Sometieron al abuelo a numerosos interrogatorios en los que juró y juró que solo la había perdido de vista unos segundos, en la zona del bosque de pinos. Repitió la misma historia hasta cinco veces, sin variar ni una sola palabra. Eso sí, no dejó de llamarse a sí mismo desgraciado, ni de llorar al recordarlo, pese a ser un hombre de maneras tan ásperas como sus manos. Ni la Guardia Civil, ni la forestal, ni los bomberos, ni la Policía Nacional fueron capaces de encontrar a la niña aquella primera noche. Tampoco al salir el sol, cuando, presuntamente, Paloma ya habría llegado hasta el arroyo, como probaban las huellas halladas días después. Debió de seguir el curso del agua, sabía que ese río lo cruzaba un puente que daba la bienvenida a su pueblo, pero, presuntamente, la llevó en la dirección contraria, hasta la cascada del río por la que resbaló. El rastro de pisadas contaba que había sido perseguida por animales salvajes que identificaban como lobos. Era habitual que por la nieve buscaran presas en zonas más bajas, pero no solían atacar a humanos. El hambre, sin embargo, los convertía en feroces. El informe contaba que esas bestias atacaron a la niña y que, al tratar de escapar, cayó varias veces hasta perderse en el arroyo, donde terminaron de devorarla. Marta pasó de las páginas de la muerte de la niña a las de los otros tres desgraciados de la sierra. Las conclusiones eran siempre las mismas: habían sido devorados por la fauna salvaje después de los ataques de los lobos. Y las pruebas que lo demostraban eran realmente concluyentes. Según esos informes, no había más caso que el que ya se había sobreseído.

—¿Qué encontraste, papá? —se preguntaba Marta a sí misma.

Tan solo contaba con un día más para dar con la respuesta, si es que la había. En caso de que no presentara nuevas hipótesis, pasado ese plazo, debería acatar la investigación que le asignara la escuela. Ese era el acuerdo al que había llegado con Figueroa.

—Apaga la luz de una vez, ¿no? —le pidió Carola desde la litera de arriba, adormilada.

—Perdona, ya voy —se disculpó Marta mientras cerraba las carpetas.

En realidad, lo agradeció. Los ojos le pesaban como si los párpados fueran de hierro. Sumaba varias noches sin apenas dormir por el trabajo en la escuela —las clases se habían vuelto difíciles— y más aún por la investigación para la tesis, pero también por las pesadillas. Marta las tenía de siempre, pero todo lo relacionado con los niños de la sierra las había agudizado sin que encontrara un verdadero motivo que lo explicara.

—Tía, es la una de la madrugada —le reprochó su compañera de cuarto, aunque lo hizo con cariño, más preocupada por ella que otra cosa—. ¿Por qué sigues dándole vueltas a eso?

—No lo sé… Sobre todo, porque no parece que tenga más vueltas —le confesó Marta, que empezaba a darse por vencida.

—Es que no entiendo por qué te has metido en el lío de estudiar esos casos cerrados...

—Por nada —respondió, aunque sintió la necesidad de confesarse de una vez—. Porque mi padre los investigó antes de morir.

Hubo unos segundos de silencio y una mirada de Carola de las que Marta siempre evitaba. De compasión. A pesar de que le dijo que no tenía importancia, que iba a olvidarlo y ya está, Carola bajó de la cama y se sentó a su lado. Antes abrió la ventana y se encendió un cigarrillo rubio, de los últimos que le quedaban en el

paquete de Fortuna. Le ofreció un pitillo a su compañera, pese a que sabía que diría que no, como siempre.

—Es que no sé lo que descubrió. Hay un patrón en las desapariciones, y también en las muertes, pero al mismo tiempo parecen casuales —le contó Marta cuando le preguntó por las notas que sabía que llevaba días tomando y analizando.

—¿Por qué no se lo preguntas a Figueroa? Si trabajaron juntos…

—No estuvo con él en este caso. Además, no sé si quiero que mi relación con él sea tan personal.

En realidad, Marta tenía montones de preguntas que hacerle a Figueroa sobre su padre. No solo de este caso, sino de todo lo que conoció de él. Por el momento, prefería evitarlas. Además, el instructor tampoco había querido hablarle de su padre más allá de lo anecdótico. Tenía la sensación de que podía volver a mentirle.

—Y ese crío que se perdió la semana pasada, sigue sin aparecer, ¿verdad? —preguntó su amiga dándole una calada profunda al cigarro.

Ni había aparecido ni la policía tenía nuevas pistas que seguir. Hacía días que todos pensaban que en cualquier momento lo encontrarían muerto, comido por los lobos. Probablemente cuando el sol derritiera la nieve. Marta lo había leído en redes sociales. También que las batidas vecinales habían terminado, pero las autoridades seguían peinando el monte, por protocolo más que nada. Las lluvias combinadas con la nieve lo hacían todo aún más difícil. Parecían borrar los rastros del terreno y cambiarlo a su antojo, facilitando ocultar bajo el barro el cadáver, si es que lo había.

—No sé, tengo la sensación de que si llegara hasta lo que descubrió mi padre igual podría evitar que ese niño muriera.

O tal vez solo se estaba dejando llevar por la necesidad de demostrar que su padre no estaba loco, pero eso se lo guardó para

ella, a Carola ni se lo dijo ni se lo dejó entrever.

Igual porque no tenía esa información, Carola fue capaz de darle la pista que necesitaba para seguir con el caso. Lo hizo mientras miraba las fotos con las que Marta había ocupado el corcho de la habitación.

—Ha pasado mucho tiempo como para poder confirmar la información recogida sobre los casos, ¿verdad?

Sí. Además, en realidad tampoco había nada que confirmar. Las evidencias simplemente demostraban las conclusiones. En caso de que hubiera otras, no las encontraron los que dirigieron las diligencias.

—No sé, creo que es mejor que cambies de caso. Lo que está aquí escrito lleva a un callejón sin salida…

Pero entonces Marta pensó que quizá quienes habían dirigido las diligencias no firmaron las páginas de los casos, igual que no lo pudo hacer su padre. Había algo más que tal vez podía hacer antes de tirar la toalla.

Al amanecer, Marta tomó las escaleras que llevaban al sótano del edificio de formación. Allí se abría un pasillo estrecho y corto que a esa hora olía a lejía. Desembocaba en el laboratorio de la escuela. Los policías alumnos de la escala ejecutiva se pasaban horas entre esas paredes de cristal haciendo las prácticas de la asignatura de Científica. Las pipetas y los frascos llenos de sustancias se acumulaban entre las máquinas de tecnología punta con las que Marta había aprendido a hacer análisis químicos y biológicos forenses. Y también análisis de huellas dactilares, que era por lo que estaba allí a esas horas. Miró el reloj, ya tendría que haber llegado el policía alumno encargado del mantenimiento. Todos los estudiantes debían participar del buen funcionamiento de la escuela, cada uno tenía una tarea asignada rotativa: control de bloque, orden del

comedor o almacenamiento en la armería, como el que hacía Marta. Las tareas también podían ser asignadas en función de conocimientos específicos. Para el laboratorio se requería formación en química, justo el grado que Bosco había estudiado en la universidad. Por eso era uno de los encargados de abrir la puerta por la mañana y ponerlo todo en marcha. Marta había consultado en los cuadrantes generales que él estaría allí ese martes a primera hora del día.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —se sorprendió al encontrarla junto a la puerta del laboratorio.

—Necesito que me ayudes. Y que no hagas preguntas…

Pese a que se negara a echarle el cable que necesitaba, sabía que a Bosco podía pedírselo sin miedo a las consecuencias. Por la relación que tenían, pero sobre todo porque no era de los que sueltan la lengua.

—Vienes a pedirme que haga algo en contra del reglamento, ¿verdad? —le preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Digamos que son unas prácticas… no autorizadas.

Marta sacó de la mochila los expedientes de los niños de la sierra sin explicarle lo que eran. Le contó que necesitaba hacer pruebas dactiloscópicas para encontrar huellas de las manos por las que habían pasado. Bosco se puso los guantes para tocarlos.

—Pero ¿por qué no le pides la autorización a Figueroa?

—He dicho que sin preguntas.

A Bosco no le valió como respuesta, claro. Insistió, pero se topó con la misma respuesta tres veces.

—En realidad, estoy autorizada para trabajar en el laboratorio —le recordó Marta, porque todos los policías alumnos de su brigada lo estaban—. Y lo cierto es que tú no tienes por qué saber si el material que estoy analizando lo ha aprobado o no mi tutor.

Ella firmaría incluso el parte de trabajo con esa información para eximirlo de toda culpa en el caso de que alguien lo descubriera, se lo prometió. Bosco miró los expedientes a los que Marta se abrazaba como si fueran un tesoro.

—Esos papeles no van a soportar una dactiloscopia sin marca, tienen demasiados años encima —le dijo aun sin haberlos visto de cerca, por intuición—. ¿Me dejas?

Marta se resistió, pero terminó por darle los expedientes y él, por ponerse unas gafas protectoras. Pasó una de las páginas del expediente con menos años encima bajo un potente haz de luz rojiza para poder hacer un primer diagnóstico, antes de saltar a una prueba que pudiera dejar huellas como las que buscaba.

—Nos arriesgamos a que queden marcas. Y si estás haciendo esto, me da que alguien va a revisar los expedientes después. —Bosco toqueteó un par de carpetas para comprobar el estado del material—. Creo que podría hacer un análisis más efectivo en las cubiertas, el papel es más grueso.

Le explicó que las huellas dactilares eran más resistentes a la degradación en materiales metálicos, en ellos podían durar años sin ningún deterioro gracias a su resistencia a la corrosión. En cambio, las marcas en papel eran más propensas a desaparecer con el paso del tiempo. La mayor porosidad del cartón de las carpetas podía dar algo de esperanza, aunque insistió en que no podía prometerle una garantía de éxito.

—Está bien, probemos en las carpetas. —Marta decidió no arriesgarse.

Bosco bloqueó la puerta del laboratorio, por si acaso, mientras ella se colocaba la bata sobre el uniforme. Luego vino la preparación de la mezcla de yoduro de potasio con sulfato de cobre en una solución acuosa. Las medidas de la composición variaban en función del

material, le explicó él. Para ese cartón necesitaba una mayor concentración de iones que ofreciera resultado, de lo contrario no saldría. Fue Marta la que aplicó la mezcla con un pincel en una de las carpetas. Insistió en hacerlo porque así, si ocurría algo, era responsabilidad suya. Esperaron unos segundos el resultado, al principio en silencio, hasta que Bosco lo rompió:

—¿Estás bien? No tienes buena cara —le preguntó.

—Vaya, gracias —bromeó ella, aunque sabía que tenía razón—. He dormido poco últimamente, eso es todo.

Se centró en esperar el resultado para así no tener que dar más explicaciones. Bosco supo captarlo y también guardó silencio. Pasaron unos segundos más y se produjo una reducción de óxido en la superficie de la carpeta que dejó visibles las huellas.

—Los electrones del cobre se revolucionan y… ¡magia! —dijo Bosco, disfrutando al ver que las marcas comenzaban a hacerse visibles. Amaba la química de una forma que se hacía difícil de comprender para los que, como Marta, apenas la entendían.

El compuesto orgánico funcionaba como un tinte que dejaba que las grasas presentes se dibujaran en un color que tiraba hacia el marrón. Para sorpresa de ella, en la carpeta había muchas más de las que esperaba encontrar. Eso lo hacía todo más interesante, pero, sobre todo, dificultaba el análisis.

—Esto está bastante toqueteado. No va a ser fácil llegar hasta el nombre que buscas…

Se lo dijo Bosco, que hizo una fotografía informatizada de la carpeta tintada para tratar de separar las huellas digitalizándolas. Trasladó la imagen al ordenador del laboratorio, un Mac de última generación con un procesador difícil de rendirse.

—Tenemos poco tiempo —dijo Bosco mirando de reojo el reloj que colgaba de la pared del laboratorio.

En menos de quince minutos podrían empezar a aparecer por allí policías alumnos, la escuela ya estaba en marcha a esas horas. La inteligencia artificial comenzó un proceso de búsqueda de coincidencias de las huellas de la carpeta con la base dactilar de la policía. Podría tardar mucho más tiempo si se complicaba. Mientras las imágenes de huellas se sucedían a toda velocidad por la pantalla, Marta pensó que algunas de ellas pertenecían a su padre. Y fue justo lo que ocurrió: su nombre, David Otero, estaba entre los resultados.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —le preguntó Bosco al sentir cómo se le paraba la respiración.

—Aún no —negó Marta bajando en la lista por la pantalla.

Había coincidencias con sus propias huellas. También con las de Figueroa, y con las del personal de administración de la policía que envió los informes. Y con las de una persona más.

—Aquí sí parece que hay algo —dijo él, toqueteando las teclas para conseguir más información de las huellas.

Sus datos, junto a su fotografía, se mostraron en el ordenador.

—¿Lo conoces? —le preguntó Bosco al ver su rostro helado de pronto.

Marta se mostró tan perpleja como si se hubiera abierto de pronto una puerta en la pared.

—No puede ser...

7

—Según la Biblia, Satán es el máximo representante del mal. Fue él quien tentó a Eva con la manzana. La manchó con el pecado original y obligó al hombre a vivir desterrado del paraíso. Muy feminista todo…

Hubo risas en el aula magna de la facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Dante Velasco hablaba desde la tarima. No quedaba ni un asiento libre, algo extraordinario en una facultad como esa. Su asignatura, «Satanismo y religión pagana», era de las más solicitadas por los alumnos de la universidad. Y no solo por los estudiantes del grado en Religiones, uno de los que congregaba menos matrículas. La mayoría estudiaban otras carreras, pero buscaban completar sus créditos optativos con esas clases de las que todos hablaban en el campus. «Ese tío es increíble», «pensaba que era un pirado, pero es un sabio» y «yo me lo follaba» era lo que solían decir del profesor por los pasillos. Antes de sentarse en su clase se lo tomaban a broma, pero solo una hora después ya se habían convencido de que el satanismo era una doctrina realmente atractiva. Igual que él. Espalda ancha de nadador, mentón afilado siempre cubierto por una barba de unos días y un flequillo oscuro que le caía por los ojos, también oscuros. Ese conjunto, sumado a la voz gruesa con la que impartía sus enseñanzas, hacía que Dante destilara una sexualidad extrema que provocaba que todas las filas de la clase se llenaran.

—Aunque yo prefiero hacer otra lectura de Satán… —confesó a sus alumnos dejando a un lado el papel de docente con sentido del humor mordaz—. Cuando tienta a Eva con la fruta del árbol de la ciencia, la hace elegir entre el bien y el mal. Le otorga criterio propio y la libera de los designios de Dios que solo permiten acatar sus directrices. Antes de conocer al diablo, no tenía elección. En resumen, la libra de la ignorancia eterna en el jardín de las delicias y la convierte en humana.

Desde el atril, toqueteó el iPad hasta pulsar «aceptar» y en la enorme pantalla del aula se proyectó *El aquelarre*, el cuadro de Francisco de Goya. Formaba parte de sus *Pinturas negras* que realizó directamente sobre las paredes de su casa. Helaba la sangre la imagen de esas mujeres entregándole a Satán, con forma de macho cabrío, niños para alimentarlo. Los ojos del ángel demoniaco se clavaban en los que osaban contemplar el cuadro.

—Este Satán iluminador es más del gusto de los movimientos satanistas modernos…

Dante hablaba a los alumnos mientras daba pasos lentos por el estrado, consciente de que todos estaban sorprendidos por el giro de guion en el discurso. Sus clases eran como un baile que no puedes seguir sabiendo solo un par de pasos. Había infinidad de variaciones que las hacían tan impredecibles como atractivas.

—Los luciferinos de hoy no somos cristianos a la inversa, ni adoramos a Satán como cuentan las películas —explicó Dante con algo de mofa—. En realidad, no adoramos a nadie que no seamos nosotros mismos. Podría decirse que somos bastante narcisistas…

Se levantó una mano en las primeras filas. Una chica que quería hacer una pregunta. Lo que en verdad quería era captar la atención de Dante y lo intentaba todas las clases con constantes intervenciones y mucho maquillaje. No lo conseguía, pero no porque

el profesor tuviera reparos en intimar con sus alumnas. Eran mayores de edad, ¿no? Y le daba bastante igual que la universidad no lo considerara correcto. Tampoco pensaba que estuviera prohibido. Mientras no hubiera prevaricación de ningún tipo… Además, a Dante se le daba bien lograr que esas chicas no acabaran odiándolo, aunque él no terminara estando con ellas. Con la que preguntaba —Gema, se llamaba— no había empezado, pero porque a él no le interesaba. Le faltaba atractivo, y sus intervenciones no demostraban mucho intelecto, el otro ingrediente sexual favorito de Dante.

—¿Cuál es entonces el verdadero objetivo del satanismo? —preguntó la alumna, alargándose en explicaciones que tampoco venían al caso para justificar la duda.

—El mismo que el de Nietzsche cuando proclamó la idea del superhombre. Crear una versión más liberada, potente y capaz de cada uno —respondió Dante, aunque más a toda la clase que a ella, para no darle falsas esperanzas; jugar no le gustaba—. Anton LaVey, el fundador de la Iglesia de Satán, no hablaba de Caronte ni del infierno… Apostaba por la satisfacción individual, por el empoderamiento. El objetivo de los satanistas es convertirnos en nuestros propios dioses. Y la congregación en torno al Templo de Satán es solo el medio para conseguirlo.

Hubo otra mano levantada que preguntó por ese santuario satanista. Lo conocía, como casi todos los alumnos, por un documental de Netflix titulado *Hail Satan* que contaba el empeño del templo satánico estadounidense por lograr entrar en las instituciones de un país que se declara laico. El objetivo abría el debate sobre su verdadero interés, aunque Dante insistía en que el principal era poder ser visible. Lo explicó mientras paseaba siguiendo la línea que trazaba en la clase el haz de luz del proyector.

—El satanismo debe tener cabida en cualquier ámbito donde participen las religiones mayoritarias, más cuando la Constitución establece que el país tiene que ser neutral en materia religiosa. La realidad es que la religión que se enseña en el colegio es confesional, pero debería sustituirse por una que abordase las distintas religiones de manera neutral, desde perspectivas históricas y antropológicas. Eso incluye el satanismo.

Subrayó esa última frase no solo con la voz, sino también con un gesto de la mano, como si lo hubiera escrito.

—La mayoría de los satanistas somos algo más que personas que visten de negro y ven películas de terror. Quizá sea así en la adolescencia, pero os confieso que ahora que me acerco a los treinta me gusta más Julio Iglesias que el *death metal*. Su canción *La carretera* es una delicia…

Consiguió que la clase se riera de nuevo. Dante les contó que su acercamiento cuando aún era estudiante de bachillerato a la religión de Satán fue, además de por el *death metal*, a través de *La biblia satánica* escrita por Anton LaVey, el llamado Papa Negro. En sus páginas descubrió todo sobre la práctica del ocultismo, aunque también que eso era secundario. Lo importante era que el Príncipe de las Tinieblas no tenía nada que ver con la visión cristiana y que su verdadero significado, el más escondido, era el conocimiento. Convertirse al satanismo laveyano tenía que ver con empoderarse, instruirse y liberarse al máximo de los condicionantes que no se ajustaban a su naturaleza. Dante había aprendido que Satán era el símbolo y la inspiración para alcanzar lo que siempre había soñado: ser su propio Dios.

—En nuestra religión se respeta la libertad, no hay ningún rito obligatorio. Lo cierto es que no hace falta matar cabras escuchando a Marilyn Manson. Siento la decepción...

Hubo más carcajadas mientras sonaba el timbre. Dante era un experto en conseguir que sus clases se disfrutaran tanto que los alumnos no quisieran marcharse. Como consecuencia, se ganaba el recelo de los compañeros, como el que estaba esperando al otro lado de la puerta a que Dante se decidiera a terminar. Impartía «Crítica y argumentación filosófica», una asignatura «de verdad» para el vicedecanato de la universidad, aunque solo hubiera diez alumnos matriculados en ella.

—Mi acercamiento al satanismo hace que ciertas personas de mente obtusa me consideren un depravado. —Dante hablaba sin tapujos a la clase, como era él—. Tal vez lo sea, aunque no creo que más de lo que contaría el historial de navegación de internet en modo privado de todos esos que me señalan por perverso.

Toqueteó de nuevo la pantalla del iPad y apareció en la de la clase una nueva imagen. De un cura en una iglesia católica.

—Y estoy muy lejos de la depravación de otras religiones que se basan en el amor al prójimo...

Puso una nueva diapositiva que resumía los datos de un informe público del Defensor del Pueblo sobre la pederastia en la Iglesia católica. Una comisión independiente había trabajado durante quince meses en la investigación hasta estimar la dimensión de los abusos sexuales en España. Compartió esa información con sus estudiantes, sin ocultar su posición al respecto en el tono de voz:

—En nuestro país, solo en el ámbito religioso, podría haber cerca de 440.000 víctimas de abusos sexuales. Unas 240.000 personas han sido agredidas directamente por un sacerdote o religioso. Y los obispos lo escuchan, pero dicen que todo eso no va con ellos… Tampoco con los que me organizan boicots en la universidad.

Era habitual que grupos católicos conservadores convocaran protestas frente a la facultad por sus clases de satanismo. Acusaban

a Dante de promover el libertinaje sexual, la violencia e incluso de abrir las puertas del infierno para dejar que los demonios se escaparan. Buscaban hacerle escarnio, pero la realidad es que solo conseguían lo contrario. Le daban material a Dante, que grababa con el móvil para desmontar sus prejuicios en redes sociales. Y también para ganar más seguidores de los trescientos mil que ya sumaba.

Mientras compartía los datos sobre abusos sexuales, insistió en que esa imagen podía ser mucho más terrorífica que cualquiera de las representaciones del diablo que se prohibían en espacios públicos.

—Pese a esta terrorífica realidad de la Iglesia católica, vivimos rodeados de cruces en un país que apela a la igualdad de religiones.

Dante se desabrochó los primeros botones de la camisa. No lo hizo por calor.

—Lo que yo me pregunto es por qué mis símbolos tienen que estar escondidos.

Hubo murmullos mientras se abría la camisa. Dante les mostró el tatuaje de estrella de cinco puntas rodeada de un círculo que tenía en el centro del pecho. El pentagrama invertido que representaba el satanismo.

—Y si vosotros no os lo preguntáis, os habéis equivocado de clase —sentenció—. A los que sí tengáis esa duda, os veo la próxima semana.

Dio por terminada la lección, que lo había sido más que nunca. Los alumnos empezaron a recoger sus cosas mientras charlaban de lo que les había parecido. Más de la mitad también hablaba de los pectorales de Dante, que se abrochaba la camisa. Era de color negro, como toda su ropa, aunque los diferentes tonos, azabache, pizarra, verdoso o carbón, al mezclarse aportaban elegancia a su

estilo más que oscuridad. Se despidió de los alumnos que le daban las gracias por la clase con una sonrisa y salió al pasillo. El edificio, de arquitectura brutalista porque esa universidad se empezó a construir en la República y cada facultad podía tener un estilo diferente, tenía vidrieras de cristal opaco por las que entraba la luz del mediodía. Dante caminó entre la marea de estudiantes, que iban de un lado al otro, mirando su móvil, un iPhone último modelo recién estrenado de color acero. Chequeó las notificaciones en redes, más de mil en la última hora. Culpa de su último *reel*, en el que hablaba de la necesidad de reconocer el satanismo como religión. Ese tema siempre funcionaba. El profesor echó un vistazo rápido a los miles de comentarios del post. Muchos lo tachaban de loco, otros tantos de hereje y, los más inteligentes, apoyaban su propuesta. Lo de siempre. También en la bandeja de mensajes directos tenía lo de siempre. Chicas tímidas que le escribían en privado para confesarle lo que pensaban del tema del vídeo, aunque lo que de verdad querían era acostarse con él. También las había más directas que le enviaban fotografías con menos ropa de la que deberían para el sol de uñas que hacía ese día. Y tenía mensajes de chicos, en la misma línea, aunque aún más directos y con fotos más explícitas. Dante los revisó y contestó a las alumnas que le parecieron más atractivas. A ellos también, lo que confirmaba la bisexualidad de la que hacía gala. Utilizó las frases hechas de siempre, que invitaban a hablar con la dirección del sexo como meta. A Dante le gustaba el juego de la seducción sobre todo porque siempre ganaba. Tenía límites, aunque quizá no tantos como debería. Dejó las redes y se puso los cascos, el último modelo de AirPods. Eligió en Spotify su canción favorita, *Sympathy for the Devil*, de The Rolling Stones. No movía los labios, pero gritaba la letra en

su cabeza mientras subía los peldaños de la escalera principal del edificio.

Pleased to meet you
Hope you guessed my name
But what's confusing you
Is just the nature of my game
Just as every cop is a criminal
And all the sinners saints
As heads is tails
Just call me Lucifer
Cause I'm in need of some restraint

En la última planta estaban los despachos de los profesores. El de Dante quedaba al fondo, tras doblar varias esquinas. Casi como si el resto del claustro quisiera esconderlo. Dejó atrás a un par de compañeros con los que cruzó saludos, siendo él mucho más amable que ellos, por supuesto. Les molestaba su irreverencia, su soberbia, su atractivo… Pero, por encima de todo, les molestaba su satanismo. O quizá solo les incomodaba por todo lo que podía llegar a provocarles, pese a ser filósofos y, algunos de ellos, teólogos. Intentaban ocultar su miedo con distancia e indiferencia. Los más torpes utilizaban una perfidia solapada al dirigirse a él que Dante contrarrestaba con simpatía, un arma que siempre resulta imbatible para combatir la hostilidad del otro. Hacía ya tiempo que lo había aprendido y, desde entonces, solo ganaba batallas. Unos metros antes de llegar al despacho vio que había alguien rondando por la puerta. Vestía ropa negra, del color de la suya, aunque la de ella parecía deportiva, más técnica. Mientras avanzaba hacia ella se fijó en que las botas negras eran duras, de trabajo o uniforme, y estaban empapadas de la nieve que caía fuera. El pelo lo tenía

sujeto en una coleta tirante, lo peinaba así cuando quería despejar la mente. Olía a jabón, del que no lleva perfume y deja la piel algo áspera. Dante se esforzó en no perder un ápice de confianza en sus pasos. En realidad, no lo hacía. Ella se esforzó en que él supiera que le estaba esperando.

—¿Buscabas a alguien? —se adelantó el profesor.

—¿Es usted Dante Velasco? —le preguntó la chica, aunque ya sabía la respuesta.

Le hablaba de usted. Policía, siguió apostando Dante.

—Eso pone en la puerta, aunque se te ha olvidado lo de doctor. ¿Te puedo ayudar?

Le sonrió, pero ella parecía inmune al habitual gesto de seducción de Dante.

—Soy Marta Otero. —Le ofreció la mano, pero él no se la tomó, así que la recogió—. Hay algo de lo que quiero hablar con usted. —Y añadió—: Doctor.

A Dante se le despejaron las dudas, como las nubes grises un día de primavera después de la tormenta. Era policía. Todos se presentaban de la misma forma, intentando ocultar quiénes eran, pero haciéndolo evidente al mismo tiempo. Un cóctel de amabilidad y firmeza, servido frío y sin agitar. Además, recordaba haberla visto aquella noche en el cuartel de El Escorial, al salir.

—Solo serán unos minutos.

Pero el profesor sacó la llave para abrir el despacho. Eso sí, Marta no se apartó de la puerta.

—Lo siento, hoy no tengo tutorías libres.

—No soy una estudiante.

—Ya lo sé. Eres policía —la sorprendió.

Dante ofreció otra de las sonrisas de su repertorio. Siguió sin despertar la atracción, pero sí hizo que a Marta se le cayeran

algunas piezas de la armadura por haberla descubierto.

—En realidad, aún no lo soy —reconoció, por primera vez, sin mirarle a los ojos al hablar de una forma que seguro que algo significaba, aunque ella no supiera definirlo—. Pero tengo algunas preguntas que hacerle sobre la desaparición del niño de El Escorial. Este…

Le mostró la fotografía de Anton. Dante ni siquiera la miró. Le molestó que lo dijera justo cuando atravesaba el pasillo otra de sus compañeras, de las que no le tenían especial aprecio. Miró la escena y siguió caminando después de que él la saludara de tal modo que sonó a despedida.

—Ya le expliqué a tus compañeros que pasear de noche por la sierra mientras ellos están haciendo una batida con los vecinos no está incluido entre los delitos del Código Penal.

—No tengo tan claro que no lo sea, pero, de todas formas, no es eso lo que me interesa. Quiero hablarle de la relación de este caso con los expedientes de los niños desaparecidos en la sierra de Guadarrama.

Por supuesto que Dante sabía a lo que se refería, pero no pensaba reconocérselo.

—Dices que aún no eres policía de verdad, ¿no? Pues vuelve cuando jures bandera, estudiante. —Puso punto final a la conversación.

Abrió la puerta del despacho, pero no llegó a atravesarla porque Marta sacó de debajo del abrigo el expediente de uno de los niños. El mismo del que había analizado las huellas con Bosco. Lo hizo para confesarle el verdadero motivo de su visita. Y le habló como si le estuviera amenazando. De hecho, lo hacía:

—Dante, quiero que me explique por qué están sus huellas en estos expedientes.

El profesor tragó saliva. Y no solía hacerlo. Marta siguió amenazándole sin que le temblara la voz:

—Y si no lo hace se lo contaré a la policía de verdad.

8

—El análisis de la escena del crimen es fundamental para establecer el retrato de un asesino. Las pruebas forenses son otro de los elementos clave, aunque la respuesta más completa siempre se encuentra en la disección de la conducta criminal.

Figueroa hablaba desde la tarima del aula 237 de la escuela de policía. Sus clases eran de las que más apuntes generaban. Marta los tomaba a mano, con rapidez. Era la única de la brigada que no tenía una tableta electrónica, pero es que las pantallas no iban con ella. Tenía móvil porque había que tenerlo, pero no estaba ni en una sola red social.

—Sus patrones de comportamiento, la elección de las víctimas, la forma de cometer el crimen y hasta la manera de escapar de la escena del suceso, todo debe ser siempre analizado. Así lo marca el protocolo policial —insistía el profesor, que se sentó en la silla, recostándose, por cansancio más que nada—. Aunque les confieso que mi experiencia me ha enseñado que la parte más importante del análisis de un perfil criminal es la que atañe a sus impulsos emocionales.

Marta dejó de mirar el cuaderno para escuchar con más atención a su tutor. Con Figueroa siempre tenía la sensación de que le ofrecía claves para el futuro, cuando fuera policía en las calles. Pero no eran consejos ni lecciones, eran claves de las que de verdad funcionaban.

—Un asesinato, por muy frío que sea, tiene un componente emocional que genera conexiones neuronales en el cerebro del

asesino. Esas son las que deben ustedes escarbar. Y no me refiero a hacerlo de una forma fisiológica. No hay ninguna necesidad de ir con un electroencefalógrafo a cuestas. Me refiero a estudiar el perfil psicológico.

—¿Se refiere a la variable emocional? —preguntó Bosco, sentado en la primera fila.

—Me refiero a que hasta el peor de los asesinos tiene un motivo para serlo. Quizá sea un romántico, pero lo cierto es que no creo en los psicópatas sin corazón. Lo que creo es que el de alguien capaz de matar no funciona como el del resto —explicó con la calma de los que saben que tienen la razón—. Imaginemos a un asesino de niños. Cualquiera de ustedes afirmaría que tiene una personalidad psicopática carente de empatía. ¿Me equivoco?

No hubo respuestas a voz alzada, aunque era fácil escuchar en el silencio que todos pensaban que era justo así. Habían estudiado ese perfil en clase con otros instructores. Además, a los homicidas siempre se les definía como personalidades sin comprensión emocional, ajenos a los sentimientos de sus víctimas. Pero Figueroa tenía otra forma de explicar su comportamiento violento, diferente a la del resto.

—Un asesino por supuesto que escucha los sentimientos de su víctima, pero no de la misma forma en la que lo haría una persona mentalmente sana. ¡Disfruta frustrando esos sentimientos! O alargando los negativos. De alguna manera, eso le genera placer…

Adentrarse en la mente de un asesino podía resultar tan perturbador como fascinante. Marta no lo decía en voz alta, pero esa atracción fue la que la llevó a elegir criminología. Aunque el modo en el que podía llegar a obsesionarse con un asesino, con conocer sus motivos para matar y la forma de ejecutar sus crímenes, la hacía sentirse extraña.

—El homicida siempre tiene motivos de base emocional, aunque sean emociones que nos resulten salvajes —aseguró Figueroa a la clase, que lo escuchaba como se escucha a un experto.

—Pero un juez evalúa el móvil y la ejecución, no las emociones detrás de un crimen. No estoy segura de que sea tan necesario conocerlas, no tienen valor penal.

Lo dijo Marta, la única que se atrevió a ponerle en duda. A Figueroa le gustaba que lo hiciera porque le encantaba la gente que se hacía preguntas que no tenían respuesta fácil. Se lo había dicho en su primera clase teórica. También le había dicho que creía que se equivocaba al hacérselas sobre los supuestos crímenes de los niños de la sierra.

—¡Claro que no lo tienen en un juicio! Pero es que dictar sentencia no es el objetivo de un policía. Además, para cuando llegue ese momento ustedes ya no serán útiles.

De lo que Figueroa hablaba era de la instrucción del caso.

—Es ahí cuando hay que comprender esos motivos emocionales. —Se levantó de nuevo, como si así se levantaran también sus palabras—. Pueden ser la clave que los lleve hasta el nombre del culpable. En ocasiones, incluso antes que los análisis dactilares periciales.

El camino de la exploración policial tenía los pasos marcados por el protocolo que anteponía los hechos a los motivos. Era así porque los primeros eran los que se juzgaban y los segundos no tenían por qué reducir la condena. Figueroa los retó a cuestionar ese camino.

—Les sorprendería lo mucho que se puede llegar a averiguar buscando las emociones que rodean a un crimen, sobre todo en esos que abren más y más interrogantes. —Les transmitió la posibilidad de ser policías de una forma diferente a como se esperaba—. Para un juez la pregunta más importante es el cómo,

pero la pregunta que debe hacerse un policía que quiere atrapar al asesino es por qué. Esa es la que le llevará al nombre del culpable.

Marta se apuntó la frase en el cuaderno, subrayándola. Lo hizo también en la memoria. Figueroa dio por concluida la clase. Las agujas del reloj de pared marcaban las tres de la tarde, la hora a la que todas las brigadas de la escuela recorrían los pasillos para dirigirse hacia el comedor. Lo hacían con menos orden que durante las clases, a pesar de que el protocolo insistía en ello. Marta llevaba la dirección contraria al resto, caminaba hacia el bloque de dormitorios.

—Otero… ¿No vienes a comer? —le preguntó Bosco al encontrarla caminando hacia ese otro lado.

—Tengo que salir de la escuela para arreglar unos papeles del expediente —mintió.

Se quedaron unos segundos en silencio.

—¿Todo bien con los expedientes del otro día?

Marta había intentado evitar esa conversación los últimos tres días. No parecía que pudiera seguir haciéndolo.

—Tranquila, te prometí que no haría preguntas. Es solo que me quedé algo preocupado. Parecías sorprendida cuando viste a quién pertenecían esas huellas.

—Fue solo porque no era alguien que estuviera fichado, solo un civil sin importancia.

Le volvió a mentir. Y siguió haciéndolo:

—Se me está atascando el proyecto. No termino de ver clara la información que he recopilado.

—Si necesitas ayuda, podemos ver juntos los casos —se ofreció Bosco.

Marta agradeció que pasara a su lado uno de sus superiores para así no tener que alargar más la conversación.

—No se queden en los pasillos —les advirtió.

Dijeron un «a sus órdenes», como mandaba el protocolo, y Marta se alejó de Bosco. Porque se sentía incómoda y no quería enredarse en explicaciones que al final la delataran, pero también porque tenía prisa. Miró la hora en el móvil: ya debería estar fuera de la escuela. Esa misma tarde iba a reunirse con Dante.

En la Complutense solo consiguió que el satanista le respondiera a las preguntas con «sí», «no» y otros tantos monosílabos, además de «puede». Él insistió en que el motivo por el que tuvo esos expedientes en las manos fue el mismo que el suyo: los consultó para su tesis doctoral, a modo de documentación. Marta le recordó que eran informes policiales y a esos la población civil no podía acceder a no ser que se hubiera abierto un sumario, algo que sabía que no había ocurrido. La otra opción habría sido que hubiera obtenido una orden judicial que lo permitiera. Estaba segura de que eso tampoco se había dado.

—¿Cómo consiguió los expedientes? —le interrogó Marta sin dejarle entrar en el despacho.

—El satanismo abre más puertas de las que crees. Y los abdominales también. Pero de veras que el nombre de la persona que me los dio no es relevante…

Insistió también en que eso solo la llevaría hasta una persona que no tenía más relación con el caso que la de haberle ayudado a él a llegar hasta los ficheros. Nada más. Además, sabía que los nombres no eran importantes. Al menos, no los del presente. Sabía que a Marta le interesaban los del pasado.

—Lo que tú quieres saber es qué ocurrió con los niños desaparecidos en la sierra. ¿Me equivoco?

Le prometió que se lo explicaría, pero no en ese momento, ni en la universidad en la que trabajaba. Bastantes miradas tenía ya sobre

él como para sumar más.

—Te llamaré, confía en mí.

Marta no lo hacía, pero accedió a darle su teléfono. Mientras se lo escribía en la mano, le amenazó con denunciar el robo de los expedientes si no tenía noticias suyas en cuarenta y ocho horas, ni una más. En realidad, no iba a hacerlo porque entonces ella tendría que explicar cómo había encontrado sus huellas en ellos sin la autorización de su tutor, pero trató de escondérselo hablando con firmeza. No hizo falta que contara las horas, Dante le escribió esa misma noche para citarla al día siguiente. A las tres y quince de la tarde. A esa hora ya habría terminado las clases en la universidad, y dedujo que ella también. La recogería en la escuela e irían en su coche. Marta le preguntó que a dónde, pero no le respondió.

Ya sin el uniforme, vestida con ropa técnica oscura y botas, Marta pasó los tornos y salió de la escuela. Tal y como ella le pidió, Dante estaba esperándola a unos metros, los suficientes como para no llamar la atención de sus compañeros. Y suerte que lo hizo, porque lo cierto fue que al verlo arrugó la frente con extrañeza: la esperaba apoyado en un Jaguar F-Type deportivo de color plateado.

—No sabía que los profesores universitarios conducían coches de lujo —le dijo Marta con ironía al llegar frente a él.

También se lo dijo con suspicacia, la misma que tenía la mirada que le clavó:

—No sabía que mis únicas ganancias tuvieran que ser de mi trabajo como profesor. ¿Quieres consultar mi vida laboral?

Le explicó sin entrar en detalles que sus conferencias sobre satanismo cada vez estaban más solicitadas. Y también que las redes sociales y las visualizaciones de sus vídeos le reportaban elevados ingresos.

—Y, a pesar de lo que presupones, quizá yo no haya nacido en un portal y tenga dinero de mi familia —le dijo Dante.

—Tus padres viven en el número 15 de la calle Fermín Caballero, en el barrio del Pilar. Es un barrio obrero, como lo son ellos. Tu madre hace arreglos de costura que factura como autónoma. Tu padre es tornero y acaba de acogerse a la jubilación anticipada de la empresa en la que ha pasado los últimos veinte años. No tienes hermanos, ni tíos con los que mantengas una gran relación, no estás casado… Dudo que alguien con quien te una un vínculo familiar te haya regalado el coche. Aunque a lo mejor se me ha pasado el dato en alguno de tus extractos bancarios. La otra opción es que tengas cuentas en paraísos fiscales, algo que también sería un delito.

Dante esbozó una sonrisa de medio lado, de esas que intentan mantener la compostura cuando te retan, tras escuchar los resultados de la investigación que Marta había hecho sobre él. La verdad, le había sorprendido.

—Impresionante, buen trabajo —se burló, aunque el tono era algo forzado. Si acaso hablaba con un punto de admiración.

—¿De dónde ha salido el coche?

—¿No habíamos quedado en que esto no era un interrogatorio, sino una colaboración entre compañeros?

Le repitió lo que le dijo en la Complutense para forzarla a participar. Ella suspiró, cansada del juego. Sobre todo porque, pese a lo poco que lo conocía, ya sabía que con Dante no iba a ganar nunca. Utilizaba el lenguaje como si fuera un látigo.

—Sube, estudiante. Supongo que puedo llamarte así ahora que has decidido dejar de tutearme.

Le abrió la puerta del coche e hizo un gesto de esos pasados de moda, como invitándola a entrar. Marta lo hizo, pero también le dio

un codazo en el estómago. Con fuerza, clavando bien el hueso en la boca del órgano, lo que le obligó a encogerse y toser.

—Podemos tutearnos. Pero si vuelves a tratarme como a tus alumnas idiotas te daré el golpe en la cara, ¿entendido, *compañero*? —subrayó la última palabra Marta.

Sin dejar de toser, Dante aceptó las condiciones. Lanzó un comentario al aire sobre el carácter áspero de Marta. En realidad, de nuevo lo hizo con admiración, por mucho que la escondiera. Él solo mostraba verdadero interés por las personas que desafiaban su inteligencia. Y no era fácil encontrarlas.

—¿Es tu primera vez en un deportivo? —le preguntó, antes de arrancar.

Ella no le contestó.

—¿Ponemos la radio, un pódcast, algo de música? ¿O quizá prefieres disfrutar de un silencio incómodo hasta que lleguemos?

Otro silencio daba a entender que esa última era la mejor opción. Dante enarcó las cejas mientras lo asumía, giró la llave y el motor se puso en marcha.

Y entonces Carola vio a Marta marcharse en el coche.

9

El Jaguar recorrió la carretera N-403 dejando atrás Cebreros, San Bartolomé de Pinares, El Tiemblo, Navalperal de Pinares y otros tantos pueblos de la sierra. El día era soleado, aunque, al bajar la ventanilla, Marta sintió que el sol tenía uñas que metían el frío bajo la piel. Había nieve a ambos lados de la carretera. Recorrieron el puerto hasta que un cartel indicó que se dirigían al pico de Abantos. Dante empezó a levantar el pie del acelerador. Por las curvas, cada vez más cerradas, pero también porque se acercaban a su destino.

—¿Es allí a donde vamos?

—No exactamente…

—¿Y adónde vamos exactamente? —le preguntó Marta, sin ninguna amabilidad.

—Confía en mí.

—Estás de broma, ¿verdad?

Era satanista, tenía una mirada oscura, por muy magnética que fuera, y más dinero del que debía. Marta iba perdiendo las pocas dosis de confianza que tenía en él a medida que el coche recorría la carretera sin que ella supiera a qué lugar se dirigían.

—No soy un asesino, si es eso lo que te preocupa —le dijo.

Sí, era presidente de la organización de satanistas, que le recordó que estaba legalmente inscrita en el registro de entidades religiosas. Tenía operatividad y miembros por todo el país, y era un trabajo, digamos, delicado. Por eso estaba mejor pagado que cualquier clase que diera en la universidad.

—Para no matar cabras, se paga demasiado bien a su presidente… ¿Qué ocultáis?

—Nombres, sobre todo. Hay miembros con muchos ceros en el banco muy celosos de su intimidad. Millonarios, políticos, nobles… Lo ocultan por el qué dirán, más que nada. No porque seamos asesinos.

Podría ser que estuviera diciendo la verdad. Marta había leído más de un artículo en los periódicos digitales que apuntaban en esa dirección. Personas poderosas con gusto por lo esotérico que se reunían en sótanos oscuros, como logias masónicas.

—Siento decepcionarte, pero no es tan cinematográfico. El culto del satanismo es bastante individual. —Dante le explicó que, aunque fuera el presidente, no conocía a la mayoría de sus miembros en persona—. Lo ocultan porque tienen miedo de que el resto del mundo que no comprende nuestra religión los considere unos pirados.

—¿Y tú por qué haces gala de ello?

Se lo preguntó porque había visto hasta el último de sus vídeos en redes sociales, en los que Dante hablaba del satanismo, generando misterio y atracción. Sin desvelar sus secretos, pero dejando entrever algunos de ellos. Por ejemplo, si había un templo en el que todos se reunían. «No lo hay, pero si lo hubiera no os lo diría», respondía en el *reel* a la pregunta que le había hecho uno de sus seguidores.

—Hago gala del satanismo porque creo en la religión en libertad, sea cual sea. Y más en un país aconfesional como se supone que es este —le respondió a Marta sin soltar el volante.

El satanismo no era algo de lo que avergonzarse. Ni mataban animales, ni mucho menos niños. Por mucho que la Iglesia católica

se hubiera empeñado en insinuar lo contrario durante siglos. Con esos argumentos se defendió de Marta.

—Yo me he empeñado en demostrarle al mundo que el satanismo merece el mismo respeto que otras religiones. Y lo voy a conseguir —subrayó mientras tomaba una nueva curva—. Aunque, a cambio, pierda coches de lujo como este por guardar el secreto a sus miembros más vergonzosos.

A Marta le pareció que o era alguien muy íntegro o un gran actor. Decidió no sacar conclusiones precipitadas y volver al silencio mientras continuaban por el camino. Ascendieron por el pico hasta que los teléfonos móviles dejaron de tener cobertura. Antes de que la policía alumna se dejara llevar por la desconfianza de nuevo, Dante colocó la palanca de cambios en la letra B, la del freno de mano. Habían llegado.

—Esta vez te abres tú solita la puerta del coche —le dijo él mientras bajaba con algo de chulería.

Marta tardó unos segundos en salir del vehículo, los que necesitó para comprobar que tenía escondida en el tobillo la navaja táctica de la policía. Por si acaso.

—Es por aquí —indicó Dante la entrada a un camino salvaje cubierto de nieve.

Pero ella no lo siguió. Dante dedujo por qué. Levantó la ceja como hacía siempre que algo le generaba incredulidad.

—Tienes razón, es un sitio perfecto para asesinar a alguien sin que nadie llegue a oír sus gritos. ¿Quieres registrarme?

—Sí.

—Madre mía… Adelante.

Levantó los brazos, pero Marta se las colocó en los costados para evitar movimientos bruscos. Así lo indicaba el protocolo de cacheo que había aprendido en la escuela. El primer paso era la inspección

visual en busca de objetos que pudieran resultar peligrosos y que abultaran la ropa. Mientras la hacía, Dante no dejó de sonreír.

—¿Quieres que vacíe los bolsillos?

—Quiero que te calles.

—A sus órdenes —respondió con sarcasmo mientras ella empezaba el palpado físico.

Hizo un cacheo general de manera superficial en las áreas visibles, de menos a más invasivo. Primero bolsillos exteriores de la chaqueta y el pantalón, y después cintura y cinturón. La inspección fue más profunda en la espalda, el cuello y las axilas. Lo siguiente fue rotar las piernas, alrededor de los muslos y hasta la zona del tobillo. El protocolo marcaba por último la revisión de la zona genital. Marta no la evitó y Dante no escondió la sonrisa.

—Vamos. —Y Marta echó a andar hacia el camino.

Las botas se le hundían en la nieve, más densa a esa altura de la sierra. Olía a frío, aunque a ella le golpeaba más la nariz el perfume de Dante, intenso. Se oía el viento, aunque más los sonidos de algún animal. No parecía estar lejos. Intentó encontrarlo entre los arbustos y los árboles nevados. Uno de ellos tenía el tronco quebrado de una forma extraña. Como si hubiera recibido un enorme mordisco con una boca afilada.

—¿Hay cazadores? —preguntó Marta, porque esa mordida parecía de un animal de los de caza mayor.

Además, oía el ladrido de un perro, a lo lejos. Daba la sensación de ser grande.

—Furtivos, si acaso, pero esto no es una zona de caza. Estamos cerca del pico.

—¿Y lobos?

—Yo nunca los he visto. Y he venido mucho.

Al mismo tiempo que avanzaban, los árboles se hicieron más frondosos, tanto que si Marta no hubiera visto el sol antes de adentrarse entre ellos podría pensar que estaba anocheciendo. Además, los matorrales espinosos que se clavaban en las perneras del pantalón se contaban por cientos. En ese paraje, la sierra parecía mucho más salvaje que en la que quedaba a los pies de El Escorial, donde se perdió Anton, por la zona de la batida.

—Da algo de miedo, ¿verdad?

Marta no le seguía la conversación, pero sí el camino que iba marcando delante de ella. Había algo que le aceleraba el corazón y a lo que no sabía poner palabras. Una desazón, cercana a la angustia, y de la que no sabía identificar el motivo. Había estado cientos de veces en montes como esos.

—No me imagino lo que debe de ser estar aquí de noche para un niño que se ha perdido —dijo Dante.

Caminaron unos metros más en silencio por lo más empinado del pico. Allí los árboles parecían dar algo de tregua y dejaban ver la falda de la sierra a los pies, donde descansaba el pueblo de El Escorial coronado por el impresionante monasterio de Juan de Herrera.

—Hemos llegado —le anunció él.

A su lado había una antigua cruz tallada en piedra. Tenía la altura de un niño, y una inscripción, aunque Marta tuvo que apartar la vegetación que crecía en torno a ella para poder leerla.

EL 10 DE FEBRERO DE 1893 FUE HALLADO EN ESTE SITIO
EL CADÁVER DEL DESGRACIADO NIÑO
PEDRÍN BRAVO Y BRAVO
VÍCTIMA DE UN BRUTAL SALVAJÍSIMO.

—¿Quién es? —preguntó Marta.

—El primer niño que apareció muerto en la sierra. Lo encontraron justo aquí, en este punto.

No había ningún expediente con ese nombre, aunque en El Escorial todos recordaban el caso. Y eso que su muerte ocurrió hace más de un siglo y que esa cruz era de las pocas cosas que lo contaban que quedaban en pie.

—La hizo su padre, era cantero. Lo de «salvajísimo» es una errata, pero lo encuentro aún más terrorífico. ¿No te lo parece?

Lo era.

—¿Por qué estamos aquí?

—Porque el asesino del niño Pedrín fue el mismo que el de los otros niños desaparecidos en esta misma sierra.

A Marta se le escapó una risa ahogada.

—Eso es imposible. Tendría que ser un asesino inmortal.

Citó las fechas y subrayó la distancia entre los casos, de más de cien años.

—Es que es un asesino inmortal —le aseguró Dante, sin sonreír ni siquiera un poco.

Marta sí lo hizo, pero con rabia. Se sentía una idiota por haber creído que iba a encontrar una línea de investigación profesional confiando en alguien como él.

—Está claro que estás pirado… Vámonos, por favor, no quiero perder más el tiempo.

Pero Dante no dio un paso. Dejó a un lado el sarcasmo y se mostró firme, mucho más de lo que lo había sido hasta entonces.

—Marta, el asesino de esos niños es el diablo.

10

Del Heraldo de Madrid*, 6 de mayo de 1893*

EL DESGRACIADO CRIMEN DEL NIÑO PEDRÍN

El 25 de diciembre de 1892 la honrada familia Bravo notó la ausencia del menor de sus hijos. Llamado Pedrín, el niño compartía las alegrías de sus padres junto a sus hermanos mayores y constituía la dicha de aquel hogar humildísimo. Alarmados, los padres se dirigieron en su búsqueda al monasterio y más tarde recorrieron el romeral, pero todas las pesquisas fueron inútiles. La noticia de la desaparición sacudió rápidamente el pueblo, compasivo con el sufrimiento de esos desdichados padres. Los vecinos del mismo se sumaron a la familia en su busca, sucediéndose los días y las noches sin que ninguno fuera provechoso. La desgracia había cercado al pobre niño del pueblo.

Empezaba ya a reinar el desaliento entre los escurialenses por hallar a Pedrín cuando el 10 de febrero del año 1893, en los elevados picos del cerro de los Abantos, en la sierra de Guadarrama, apareció el desgraciado niño. En aquel nido de águilas y aves de rapiña denominado risco del Portacho, encontró el cadáver de Pedrín, horriblemente desfigurado, un

vecino llamado Pascual González Herrero. Natural de Ávila, en el primer año de la treintena, el hombre, cazador sin otro trabajo conocido, se mostró en las dependencias de la Guardia Civil sin que dejaran de temblarle las manos. Repitió una y mil veces que él solo había subido a cazar y que se encontró al niño de casualidad, que la nieve se estaba derritiendo y por las fechas ya lo dejaba ver, pero que ni lo conocía ni lo buscaba. Quedó clara su inocencia después de un laborioso y largo interrogatorio en el que su testimonio se alejó de las sospechas de la Benemérita y que el examen del cadáver confirmó.

El cuerpo se hallaba en decúbito abdominal, como cabalgando, en una mata de cerezo enterrada hasta ese día por la nevada de Semana Santa que cubrió el pico de Abantos. Las extremidades inferiores se descubrieron en completa extensión, dirigidas hacia abajo, y la cabeza en la orientación del monte. En la cara se veía una masa negruzca en la concavidad de los ojos, vaciada de globos oculares, sobre la cual pululaban gran cantidad de larvas e insectos. La familia observó aterrorizada la imagen cuando subió al pico en burro para confirmar la peor de las sospechas. Las lágrimas ya no se detuvieron ni los gritos de rabia e impotencia. Ese despojo era su pequeño hijo. Había sido víctima de un brutal salvajismo.

Practicada la autopsia se emitieron las siguientes conclusiones:

1. La muerte del niño Pedrín Bravo fue de enorme violencia.

2. La causa habría sido la asfixia por estrangulamiento, basándose para decir esto en las huellas de compresión y aplanamiento de la laringe, estado de la sangre y el aparato circulatorio.
3. Se han cometido con el niño delitos espantosos.
4. Las huellas de las muñecas indican que hubo lucha y que el niño fue maniatado para evitar que siguiera resistiéndose. Así continuó durante varios días.
5. Los ojos fueron arrancados con una cuchara o una herramienta similar, sin hacer perforaciones en el globo ocular. Se arrancaron sus nervios y se vaciaron las cuencas.
6. Se calcula la fecha de la muerte, a partir del hallazgo del cadáver, en más de un mes, aunque su estancia en el risco no pasaría de cuatro o cinco días, probablemente previos al inicio de la nevada que ocultó el cadáver.

Desde los primeros momentos de la instrucción recayeron vehementes sospechas de culpabilidad contra la familia García Jorge, apodada en El Escorial «la de los Chatos», y contra ellos dirigiose desde un principio la acción judicial, siendo más tarde procesados y detenidos los siete individuos que componen aquella verdadera tribu de criminales.

Del sumario resultó que el Chato sustrajo al niño, y teniéndolo encerrado en el sobrado de su casa, lo estranguló, después de otras bárbaras abominaciones que en este medio no deben ser nombradas ya que se busca evitar la repetición del pecado.

Desde que fue detenido, el Chato trató de justificarse, diciendo que el día 25 de diciembre en el que el niño desapareció lo había pasado en la taberna del Jolo, hecho comprobado por las autoridades y hasta por este periódico, si bien luego el tal Chato incurrió en contradicciones al explicar en lo que empleó el restante tiempo de aquel día. Su cuñado Crisanto también se mostró dudoso en el testimonio, aunque la pesquisa más hiriente fue la de que se le encontró un pantalón manchado de sangre. Ambos parecían desalmados en sus testimonios, sin mostrar arrepentimiento y negando ser los autores de tan terrible crimen. Tampoco las hermanas y cuñadas reconocieron el asesinato, aunque las pruebas las incriminasen. Finalmente se eligió la sentencia que condenaría a los malnacidos asesinos.

El fiscal don Gonzalo de la Campa acusa al Chato, Crisanto y a las hermanas del Chato y su mujer como cómplices porque con su vigilancia y su silencio contribuyeron a la omisión del delito. A la familia le solicita la pena de nueve años de presidio mayor. Al Chato, como autor de los delitos de sustracción de menores, abuso deshonesto y asesinato, calificado por la alevosía y la premeditación, pide que se castigue con la pena de dieciséis años de cadena por el primer delito, con la de cuatro años de prisión correccional por el segundo y la muerte por el último.

Marta terminó de leer el artículo que narraba el caso de la desaparición y muerte del desgraciado niño Pedrín. El casi siglo y medio del papel lo había amarilleado y cuarteado, por eso Dante lo

guardaba en una carpeta, protegido por un plástico grueso. Casi como si fuera un tesoro. Tenía más documentos, todos relacionados con la muerte del niño; artículos de otros periódicos de la época y textos más cercanos en el tiempo que recogían el caso, aunque la mayoría de ellos lo hicieran muy por encima. Dante le resumió las conclusiones mientras Marta le daba otro sorbo al café amargo. Después de visitar la cruz de la sierra dedicada al niño fueron con el coche hasta el primer bar de carretera que encontraron. Uno de esos con decoración de estilo castellano y olor a aceite de comistrajos pegado en las paredes de baldosas. Estaba vacío, que era lo que de verdad necesitaban.

—Llevo años estudiando este caso —le contaba Dante, con más entusiasmo del que requería la situación—. Hay alguna que otra contradicción, pero, en general, todos los documentos recogen su pérdida en las Navidades y su aparición un par de meses después. Lo tengo todo resumido aquí…

Dejó que Marta echase un ojo al cuaderno que había rellenado durante días con notas del caso. Estaban escritas a mano, con pluma, y una caligrafía estilizada a pesar de ser rápida. En resumen, contaban que Pedrín Bravo y Bravo desapareció en El Escorial el 25 de diciembre de 1892. Era el más pequeño de los cuatro hijos de Eugenio Bravo Pardo, cantero de profesión, y Gumersinda Bravo Palacios, oriunda del lugar sin profesión más allá de ocuparse del hogar. En la mañana del día de Navidad, el niño Pedrín, que era como todos lo llamaban, salió de casa, una de las muchas que rodeaban el monasterio. En el pueblo todo se había construido en torno a los frailes. Seguía a sus hermanos a misa, pero al ser el pequeño se quedó atrás en la carrera. Su padre no había querido acompañar a los críos, que dijo que para un día que no trabajaba seguro que le perdonaba Dios por quedarse descansando. Su madre

estaba atareada, como siempre, así que tampoco fue, aunque se despidió de los chicos con un «cuidad del pequeño». No lo hicieron porque eran todos unos críos aún y no lo veían necesario. Además, estaban en un pueblo en el que los vecinos se conocían. Así que Pedrín acabó recorriendo solo casi todo el trayecto, sin que nadie lo vigilara de verdad. Seis años eran pocos para saber cuál de las decenas de puertas del monasterio llevaba hasta la basílica en la que tenía lugar la liturgia. Por eso entró por una de ellas sin pensarlo mucho, desconociendo su destino, o al menos eso dejaba ver todo lo escrito. Cerca del mediodía, el niño apareció de nuevo por la puerta de los Reyes, uno de los extremos de la parrilla que dibujaba la planta del edificio. Aquel dato sí se había corroborado porque una mujer, vecina del pueblo, lo encontró llorando desconsolado. Al acercarse para atenderlo en lo que hiciera falta, Pedrín echó a correr hacia el monte Abantos. Eso fue lo poco que consiguió averiguar la Guardia Civil tras interrogar a todo el pueblo, sin dejar a un solo vecino tildado de sospecha. Con el tiempo se escribió que el testimonio de la mujer quizá no fuera fiable y que mintiera para que no se señalara a los Chatos. A saber, pero el caso es que también al tiempo se acabó descubriendo que la señora, Emilia de nombre, había sido amante del cuñado hacía tiempo. Y lo que sí se supo con seguridad fue que el niño nunca asistió a la misa, ni volvió a su casa. Todos en El Escorial salieron a buscarlo, voceando su nombre. Durante días y noches, se oyeron los gritos de los vecinos llamándolo por las calles y por el cerro. Pero el niño no apareció. Lo sucedido era un misterio. Cuando ya nadie creía que se iba a resolver, la Benemérita siguió intentando dar con el muchacho. Lo hizo durante más días y más noches, rastreando el lugar y los pueblos de los alrededores. Hasta que empezó a nevar. A la familia nadie se atrevió a decírselo, pero se sabía que si el cuerpo estaba

enterrado no aparecería hasta que asomara el sol de nuevo y derritiera la nieve, y para entonces sería ya febrero o marzo. Justo como ocurrió.

—Pero aquí dice que encontraron al culpable, el Chato y su familia —le dijo Marta hojeando en el cuaderno las notas del juicio. Había incluso un recorte de periódico que recogía el sumario del contencioso.

—Ese hombre no fue realmente el culpable. Solo era el tonto del pueblo al que le echaron el muerto. —Marta lo penalizó con la mirada por hablar de esa forma—. ¿Qué? Lo siento por la incorrección, pero es que creo que el Chato tenía algún tipo de retraso.

Se lo demostró con otro periódico de la época en el que la noticia del juicio se acompañaba de un dibujo del presunto asesino. Parecía probable que sus facciones hubieran sido embrutecidas para resaltar su maldad, como hacían los dibujantes de la época, aunque Dante apuntaba la posibilidad de que el Chato padeciera algún tipo de discapacidad mental. Recordaba haber leído testimonios al revisar lo poco que había sido transcrito del acta judicial que dejaban entrever una enfermedad de nacimiento que le hacía ser un hombre de poco fiar. En aquella época, aún se desconocían muchas enfermedades mentales de fácil diagnóstico actualmente por las características que presentaban.

—Lo que es evidente es que el niño estuvo retenido en la casa de esa familia —le aseguró Dante.

Lo decía porque en el desván hallaron cuerdas como las que le hicieron quemaduras en las muñecas al niño tras pasar días atado. Le enseñó a Marta los periódicos que lo contaban.

—No está tan claro que fuera esa familia la que lo mató. No tenían ningún móvil, el niño era más pobre que las ratas. Y puede que

hubiera un loco en la familia, pero que lo fueran todos… Suena bastante incongruente.

—Tal vez había un móvil emocional —recordó lo que Figueroa les había apuntado en clase.

Tampoco. Dante se lo argumentó señalando los agujeros que había detectado en el caso. También le dio las páginas de prensa en las que se recogían testimonios del Chato, Crisanto y sus hermanas. Resultaban contradictorios, las fechas en las que aseguraban haber estado conviviendo juntos no terminaban de cuadrar. No hacía falta ser criminóloga para saber que mentían, Dante tenía motivos para dudar del veredicto. Y había algo más que Marta olfateó nada más leer las líneas de la autopsia del niño asesinado y que lo corroboraba.

—Lo encontraron sin ojos, con las cuencas vaciadas. No había restos de los globos oculares y el nervio óptico fue cortado con la precisión de un cirujano. Esa delicadeza no parece propia de una familia de brutos como aquella —concluyó Marta mientras le devolvía los periódicos.

—Muy bien, estudiante —la felicitó Dante, incapaz de dejar a un lado sus maneras altaneras.

—Lo que no entiendo es por qué lo sabes tú. No eres criminólogo ni policía.

—No, pero soy curioso.

Marta lo dejó estar y le preguntó por el nombre que él barajaba como asesino del niño.

—¿Quién mató al niño Pedrín? Pues la respuesta depende de a quién le preguntes, pero a día de hoy la mayoría de la gente de la zona te dirá que fue… Espera.

Dante lo dejó en alto, como en esas novelas en las que la respuesta correcta siempre se aplaza. Se levantó y se acercó al

camarero que estaba tras la barra, ocupando el tiempo en secar los vasos y ver un programa de esos de tarde en la televisión.

—Caballero… —El camarero dejó los vasos y la tele y lo miró—. ¿Usted conoce la historia del niño Pedrín?

—¿El de la cruz del pico de Abantos? Claro, esa historia la conocemos todos los de aquí.

—¿Y sabe qué le pasó al niño?

—Sé que lo encontraron muerto justo donde está la cruz. Esa se la hizo su padre después, que era cantero. Al parecer, el muchacho se perdió en el monte. Los más crédulos dicen que lo mató el perro del demonio.

Marta escuchó la historia de un perro negro y enorme, con colmillos y ojos amarillos, que vivía en la zona desde hacía siglos. Devoraba a los niños que entraban en el monte de noche. No era más que una leyenda como las que tienen todos los pueblos.

—En los pueblos de por aquí cuentan que ese perro se comió a los otros niños que se perdieron en el monte. Y al que anda perdido ahora —añadió el camarero—. Ya sabe, leyendas. Pero seguro que habrá sido algún desalmado... ¡Espero que lo cacen y lo cuelguen de los huevos!

Dante compadreó unos segundos más y volvió a la mesa junto a Marta. Le dijo que ya lo había escuchado y que sí, todos los bosques tienen su Caperucita y su lobo feroz, pero el del monte Abantos era algo particular. De la carpeta de siempre sacó un grabado antiguo de un monstruo con la forma de un perro de tres cabezas. Tenía una serpiente en lugar de cola.

—Te presento al Cancerbero.

Guardaba la puerta del inframundo, eso contaba la mitología griega. Su misión consistía en impedir que los vivos atravesaran sus puertas y que los muertos escaparan, aunque tenía un talón, como

Aquiles: la música. Orfeo lo descubrió y logró dormir al perro del demonio utilizando la dulce melodía de la lira.

—El perro del infierno trascendió la mitología griega, fue asumido por varias religiones. Incluida la mía, el satanismo.

A Marta se le olvidaba por momentos que estaba delante de un fanático del diablo. Enarcó las cejas, como si fingiera sorpresa, pero no por lo que le contaba. Lo hacía con ironía por el empeño de Dante en convertir la conversación en una clase universitaria en la que él era el profesor y ella, la alumna ignorante.

—Oye, si te lo vas a tomar a broma lo dejamos aquí —se ofendió Dante.

—Para nada. Sigue con la clase. Es fascinante.

Le contó que el rey Felipe II fue un apasionado del satanismo y quien encargó la construcción del monasterio de San Lorenzo de El Escorial. En realidad, aquella leyenda nació durante las obras del edificio, en 1577. Un misterioso perro negro de inmensas proporciones, como un monstruo, aterrorizaba a los obreros por las noches. También afirmaban verlo los monjes franciscanos escondidos tras los hábitos, difíciles de asustar por sus conocimientos. Pero aseguraban que sus aullidos se oían incluso en los subterráneos del monasterio y, por supuesto, en los aposentos del rey amante de lo esotérico. Cuando los hombres del pueblo al fin atraparon al perro, el monarca ordenó ahorcarlo de una de las ventanas del monasterio para que todos supieran de su triunfo sobre el maligno. Estuvo colgado hasta que las tripas se le pudrieron. Pese a ello, cuando Felipe II regresó a El Escorial para morir, desde su lecho de muerte agonizaba acompañado de los ladridos del perro, que traía el aire. Como si siguiera vivo.

—Ya conocía esa historia, profesor, está en Google. —Le dejó claro Marta que nada le había impresionado—. Pero no soy muy dada a

creer en leyendas de perros sobrenaturales.

—Pues El Escorial es un festival de fenómenos sobrenaturales.

—Eso dicen los pirados en Youtube, sí.

Dante obvió el sarcasmo que le lanzaba y le mostró unos planos antiguos del monasterio tal y como lo diseñó Juan de Herrera. Se apreciaba la forma de la planta de todo el edificio, de parrilla. Tenía su significado. Al parecer, antes de ser el destino favorito de la monarquía de la época, El Escorial fue un antiguo poblado de herreros.

—Supongo que también sabrás que la mitología consideraba siervos del mismísimo diablo a los herreros.

No, eso no lo sabía. Tampoco que, pese a ese pasado, se construyó justo allí el monasterio de San Lorenzo, uno de los edificios sacros más imponentes de la cristiandad. Un templo de la religión del amor, no del satanismo. Al menos, de cara a la galería.

—¿En serio no te parece increíble que se construyera el monasterio justo en el pueblo menos cristiano de todo el país? No sé, es como poner una tienda en una calle por la que no pasa nadie.

—A no ser que quieras esconder algo —dedujo Marta, que empezaba a tomárselo en serio.

—¡Exacto!

A Dante le alegró encontrar algo de sintonía en sus deducciones. Siguió explicándole su hipótesis, aunque bajó el tono porque el camarero empezaba a parecer más pendiente de su conversación que de la televisión. También metió algunos de los papeles en las carpetas para que no pudiera fisgonear.

—En el monasterio hay más de doscientas puertas y casi tres mil ventanas. —En los planos de las plantas se podía apreciar la inmensidad de la obra en construcción—. ¿Aunque sabes qué más hay en el edificio?

—¿Frailes?

—Reliquias. Unas siete mil.

El diccionario de la Real Academia definía «reliquia» como la parte del cuerpo de un santo.

—Fueron recolectadas por todo el mundo por Felipe II porque estaba bien pirado... Ese tío era todo lo contrario de lo que decía.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Marta.

A que ese rey, que durante la segunda mitad del siglo XVI dominó buena parte del mundo conocido y sus territorios, fue un católico empedernido que rezaba a todos los santos. Lo cuenta su imagen circunspecta que quedó inmortalizada en sus retratos pictóricos, pero lo que en realidad le interesaba era el satanismo. Era solo una teoría de Dante que probablemente cualquier historiador descartaría, pero estaba convencido de que sus miedos religiosos no fueron más que una excusa para acercarse a su verdadera pasión: el ocultismo. Esa religión fue lo que le llevó a recopilar todos aquellos restos de cuerpos de santos, las llamadas reliquias, con el objetivo de protegerse. Felipe II conocía el alcance del Mal, con mayúscula, y por eso dormía rodeado de huesos de beatas y santificados. Para que no lo atacara. Y ese mismo miedo fue el que lo llevó a elegir la explanada de El Escorial para construir una fortaleza contra el demonio que llamó monasterio. Contar lo que de verdad era habría supuesto una debacle.

—A ver, esto no te va a sonar bien, pero deja la incredulidad a un lado —le pidió Dante antes de seguir hablando.

—No tengo otra opción…

—El monasterio se edificó sobre unas minas que recorren todo el monte y cuyas galerías llegaban hasta las puertas del infierno.

Y a Marta se le escapó una carcajada.

—¿Seguro que eso que estás bebiendo es café? Lo siento, perdón…

Siempre había sido escéptica con todo lo relacionado con lo sobrenatural. Para ella la lógica y la ciencia eran las guías para comprender el mundo. Cuestionaba la validez de todo lo que no podía probarse, empezando por la religión. Lo que le contaba desafiaba las leyes de lo real, no tenía ni un solo anclaje al que agarrarse.

—No sé ni por qué me molesto en explicártelo…

—Dante, es que me estás hablando de leyendas de perros monstruosos y un monarca paranoico. Sabes que la mayoría de los fenómenos paranormales tienen explicaciones psicológicas, ¿verdad?

El cerebro y la percepción humana siempre ofrecían respuestas alternativas a las supuestas explicaciones sobrenaturales, y mucho más correctas.

—No sé si existe un inframundo, pero lo que es seguro es que hay puertas de entrada. No lo digo yo, lo cuentan los libros de historia y teología. Aunque no te lo parezca, mi profesión es una ciencia —se defendió él.

Le recordó que la teología era la ciencia que trata de Dios basada en la tradición, los textos sagrados y los dogmas. Lo creyera o no, hay lugares por todo el planeta que funcionan como portales al infierno.

—En concreto, hay siete. Y el caso es que tenemos la suerte de que una de ellas está en El Escorial.

Lo estaba porque Lucifer vivió en una cueva situada en el monte Abantos justo los días entre la expulsión de las cortes celestiales y su destierro al infierno. El llamado ángel rebelde comenzó su andadura por toda la tierra para crear las puertas que llevaban hasta

las tinieblas. Una de ellas quedaba en el cerro que tenía a sus pies el pueblo de El Escorial.

—Felipe II lo sabía y quiso sellar la entrada al averno. Por eso pidió que el monasterio se pareciera al templo de Salomón. Igual te suena por las pelis de Indiana Jones…

Según la Biblia, el templo construido bajo el reinado de Salomón en el año 957 a. C. fue diseñado por el mismo Dios, algo que trató de recrear Felipe II emulando su estructura. Eso le explicó Dante.

—Al parecer, al diablo no le sentó bien. Los cronistas de la época describen cómo Felipe II reunió en el lugar donde se iba a levantar el monasterio a un grupo de expertos: filósofos, arquitectos, canteros experimentados y teólogos… Cuando intentaban llegar hasta allí, les asaltó un viento huracanado que arrancó las piedras de los muros y las lanzó con rabia contra ellos.

—O tuvieron la percepción de que se las lanzaron contra ellos —subrayó Marta sin soltar la suspicacia de la punta de la lengua—. Hay textos que cuentan eso, pero pocos que se puedan verificar, ¿no?

Lo dijo revisando los papeles que Dante le pasaba.

—De lo que sí hay prueba es de la cantidad de accidentes que hubo durante la construcción del monasterio. Se perdió la cuenta de quienes murieron en la obra. ¿Quieres leer alguna de las crónicas de la época? Tengo hasta partidas de defunción —le ofreció rebuscando en la carpeta.

—No. Lo que quiero saber es qué tiene todo esto que ver con los niños desaparecidos. Si hay un grano, ve a él, Dante.

—Pues primero voy a ir al baño. Pero por fastidiarte, más que nada.

Lo hizo, dejando a Marta con ganas de coger las llaves del coche y marcharse. Al final, optó por calmarse y mirar su móvil. Tenía varios

mensajes de Carola en los que le preguntaba dónde estaba y, sobre todo, con quién. La había visto subiéndose en un cochazo cuando ella salía de la escuela. Eso le decía en uno de los mensajes, acompañado de emoticonos que podían traducirse de forma sexual.

—Mierda —se le escapó entre dientes.

En realidad, Carola se lo preguntaba con más diversión que sospecha. En cualquier caso, tendría que darle explicaciones. De quién era Dante, de por qué tenía ese coche, a dónde fueron, qué hicieron…

—A ver, estudiante. —Volvió Dante—. Las leyendas son una forma de asimilar una realidad desagradable. Es más fácil creer en perros diabólicos que en asesinos despiadados. Lo sabes, ¿no? Lo cuenta la antropología y tal.

También le dijo que no solo creía, sino que estaba demostrado, que el efecto del tiempo tendía a lograr que los pueblos olvidaran su crónica negra, por lo mucho que podía llegar a pesar, hasta convertirla en leyenda en la que la fantasía disfraza la realidad. Así desaparecían también las culpas.

—Vamos, si quieres te paso el teléfono de un colega doctor experto en mitos y leyendas para que te confirme sus mecanismos de formación.

La realidad era que, siglo y pico después, el pueblo de El Escorial ya no recordaba los detalles de la desaparición del niño Pedrín. Ni la aparición de su cadáver sin ojos, ni el juicio del Chato... Todo aquel horror había sido enterrado por la leyenda del perro del averno. Esa era la explicación que le había pedido.

—Vale, te compro tu teoría de la construcción de los mitos y las leyendas —le dijo Marta dándole algo de tregua—. Pero has dicho que el Chato y su familia no mataron a ese niño. El perro tampoco parece que fuera. ¿Quién demonios lo hizo?

—Va por ahí la cosa… Tengo varias teorías. Aunque pueden resumirse en un nombre…

El Mal. Ese fue el nombre que Dante soltó. A Marta se le escapó de nuevo su sonrisa de escepticismo.

—Lo siento, pero creo que no vamos a entendernos nunca —dijo mientras cogía el abrigo.

—Pues deberíamos. Escúchame…

—No, escúchame tú. —Le hablaba con autoridad, ya se había cansado de los juegos—. No creo en espíritus ni en demonios. Pero es que tampoco creo en satanistas que tienen información confidencial sin ser policías. ¿Por qué te interesa tanto toda esta historia? Déjate de rodeos y cuéntame lo que pasa de una vez.

—Te lo he contado, mi tesis doctoral fue sobre satanismo y sus rituales paganos.

—¡Y una mierda tu tesis! ¿De qué coño va todo esto?

Marta había elevado la voz y el camarero, los ojos.

—¡Oigan, aquí no quiero voces! Desfilando.

Ella le pidió disculpas y se puso el abrigo, quería marcharse. Pero Dante siguió sentado.

—Marta, tu padre no estaba loco.

Solo con esa frase consiguió que se detuviera, como si el suelo hubiera atrapado las suelas de sus botas.

—Mi padre… ¿Cómo sabes…?

—Tu padre descubrió lo que de verdad les ocurrió a los niños de la sierra. Y por eso acabó muerto.

11

1892
Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial

La biblioteca del monasterio fue fundada por el rey Felipe II en el siglo XVI. Sus librerías, tan altas como abetos, sumaban miles de manuscritos en todas las lenguas del mundo. El amplio catálogo se redujo en 1671, cuando un gran incendio arruinó más de cuatro mil códices. Una parte de los volúmenes rescatados quedaron olvidados en los sótanos de la gran biblioteca. Los sucesivos bibliotecarios trataron de elaborar un nuevo inventario a lo largo de los años, aunque uno de aquellos libros no fue recogido hasta 1891, cuando el encargado del archivo fue Jorge de Burgos, un fraile agustino de los más ancianos del monasterio de la sierra.

Pese a la edad y a sus circunstancias, la voz de Jorge de Burgos seguía siendo tan poderosa como la de alguien bendecido con el don de la predicción, algo que no tenía, aunque bien hubiera deseado. En cambio, el peso de los años había conseguido que su forma de caminar fuera la que provoca una espalda encorvada. También había cambiado su piel, antes blanca y ahora ya casi transparente, sobre la que podía leerse el mapa que escribían sus venas latientes. Pero lo que más dolor le causaba era el declive que sufrían sus ojos. Se habían convertido en un par de manchas azules como un mar claro, sin apenas pupilas, que le dejaban ver solo destellos. Forzando

mucho llegaba a diferenciar las letras de los libros que tanto amaba, pero la lectura de una sola página le podía llevar varios días. Eso era lo que más le dolía, no poder deleitarse en el placer de la lectura, lo que había sido su razón para vivir. Amaba los libros que le habían dejado vivir mil vidas en un mundo en el que apenas se llegaba a vivir una, y menos entre los muros de la religión que profesaba (que lo obligaron a abrazar, mejor dicho), pero la enfermedad de la vista le forzaba a renunciar a ellas. Por esa amargura hacía tiempo que Jorge de Burgos no se prodigaba en conversaciones con el resto de los frailes. En realidad, nunca había sido docto en palabras, su carácter tendía al sabor agrio, aunque desde que la vista empezó a fallarle había retirado incluso los saludos. Las horas las pasaba en compañía de los libros de la biblioteca del monasterio que gobernaba, sin poder leerlos, pero envuelto al menos en su olor. Las páginas combinaban esencias de madera, hierbas y ácidos, mezclados con la humedad del paso del tiempo, esa que ya no hay quien despegue. Además, de los libros no tenía que escuchar los murmullos por la espalda de los frailes. Loco, lunático, maniático, alienado, perturbado, desequilibrado, extraviado de juicio, privado de razón, tocado del espíritu, fuera de sí, víctima de furor. Así lo llamaban. Algo de razón tenían, empezaba a estar loco porque eso es lo que ocurre cuando las horas que ya no se pueden ver solo se llenan esperando la muerte. Pese a ello, Jorge de Burgos también las ocupaba bordando el inventario de la biblioteca que aquel incendio del siglo pasado había deteriorado. Entre las montañas de libros olvidados en los sótanos encontró uno de gran tamaño y con más peso que un carnero. Al abrirlo y tocar sus hojas le parecieron sacadas de tripas de animales, como contaba la leyenda que hablaba de su existencia. Se le cortó la respiración como si le hubiera atravesado un rayo.

Tardó semanas en creer que estuviera realmente frente al *Códice Belial*. De Burgos podía leer lenguas antiguas como el sumerio y el sánscrito, pero el códice estaba escrito en la lengua de los ángeles caídos. Su nombre lo había leído antes en textos apócrifos que señalaban al monstruoso Belial como un temible demonio príncipe de los infiernos. Contaban que, desde aquel lugar de fuego satánico, se habían transcrito sus poderosas líneas. El códice guardaba conocimientos peligrosos que era mejor ocultar.

En la primera de sus pesadas y gruesas páginas no había ninguna firma que contara quién lo había escrito. Se decía que había sido cosa de un fraile de hacía siglos, condenado a ser emparedado vivo por practicar el oscurantismo. Fruto de la desesperación, le prometió al abad que le puso la pena la curación del mal de estómago que le aquejaba y que hacía que le ardiera la boca para evitarlo. A fin de conseguirlo hizo un pacto con uno de los demonios más poderosos del inframundo: Belial. La bestia aceptó ayudarlo, pero con la condición de que escribiera en el códice el ritual para hacerlo. El fraile recuperó la libertad al mismo tiempo que el abad la salud, pero a cambio un niño tuvo que perder las tripas. El religioso se las comió, devoró el órgano del niño para que el suyo sanase.

Aquel pacto fáustico podría hacer que Jorge de Burgos recuperara el don de la vista, aunque había otro precio que sumar al del infante que perdería los ojos para dárselos a él. El alma del beneficiario del pacto quedaba condenada para toda la eternidad a rendirles pleitesía a los reyes del inframundo. Lo que eso podría llegar a significar, los límites que debería transgredir al pertenecer al rey del averno, era un enigma que no se desvelaba hasta estampar la firma. Para entonces ya no había tiempo de arrepentimientos. Esos no habían sido nunca escritos.

—¿Quién está ahí? —Jorge de Burgos se lo preguntó al aire en el que apenas podía ver.

Había oído el sonido de las tablas de madera crujir bajo los pasos de alguien, que sabía por el golpe de olor en la pituitaria, a sucio, que rondaba por allí. A esas horas de la tarde, en las que la sala solo estaba iluminada por las lámparas de aceite, ya no quedaban frailes allí. Él estaba en el sótano de la biblioteca, en donde llevaba años estudiando en secreto el *Códice Belial*, desde que lo descubrió sin que nadie más supiera que lo tenía. Jorge de Burgos subió las escaleras con más rapidez de lo habitual, y encontró a quien había estado caminando por las maderas que quedaban encima de su cabeza.

—Perdone… Es que me he perdido.

Lo dijo la voz de un niño, un mocoso sucio del pueblo, que le contó que iba a la misa con sus hermanos, pero se había separado de ellos porque la homilía siempre le aburría. ¿Que por qué no salía a la calle? Porque iba a ser un invierno de nieves y ya no había quien parara fuera. Además, si estaba en la biblioteca era porque le gustaban los libros, aunque no supiera leer.

—Largo. No puedes estar aquí.

Pero el niño no se movió. Le estaba mirando las cuencas que se hundían en su rostro.

—¿Me estás mirando los ojos? —le preguntó Jorge de Burgos, reprimiéndole.

—No.

Sí, y le repugnaban. También ese olor que, más que en la sotana, parecía llevar en la piel. A viejo.

—Me tengo que ir.

Pero Jorge de Burgos lo agarró del brazo.

—Espera. ¿Cómo te llamas?

—Pedrín Bravo y Bravo.

—¿Dónde están tus padres?

No le respondió. Jorge de Burgos volvió a preguntárselo.

—No lo sé. Yo vengo a misa con mis hermanos al monasterio todas las tardes.

—¿No eres del colegio de los frailes?

El monasterio tenía un seminario para niños. De Burgos sabía que de allí no podía llevarse a nadie para robarle los ojos y hacer el pacto. Necesitaba un niño que no tuviera relación con el monasterio. Le palpó la cara, apretándole con las yemas de los dedos cada centímetro de piel. Consiguió que Pedrín empezara a asustarse. Le metió uno de los dedos en la boca, lo que hizo que el niño saboreara sin quererlo la tinta de los libros que tenía en las yemas. El monje palpó que tuviera todas las piezas. Sano estaba.

—¡Me está haciendo daño!

No le soltó, a pesar de que el niño se revolvió. Le tocó los ojos, que Pedrín cerró.

—¿De qué color son tus ojos? —le preguntó, mientras los hundía fuertemente con los dedos.

El niño no quería responder, por miedo, pero acabó haciéndolo por lo mismo cuando le preguntó de nuevo, a gritos.

—Verdes.

—¿Y lo ves todo?

—Sí… —le respondió, aunque lo hizo sin saber a qué se refería.

El monje sonrió con sus dientes amarillos. Pedrín iba a gritar, pero notó una mano en el hombro. Era de su hermano mayor, que le había encontrado.

—Pedrín, ¿qué haces aquí? Vamos…

Le abroncó por separarse mientras se alejaban por el pasillo de la biblioteca. El niño le contó en susurros lo que le había hecho el

fraile, pero el hermano le abroncó aún más por hablar mal de un religioso. Pedrín le lanzó una postrera mirada al anciano antes de subir el último peldaño que lo sacaría de los sótanos. Jorge de Burgos seguía sonriendo.

12

Marta entró en la sala de tiro de la Escuela Nacional de Policía a las ocho y seis de la mañana. Lo hizo junto a sus compañeros de brigada, todos correctamente uniformados para el adiestramiento en el manejo de armas cortas. Además de la ropa reglamentaria, llevaban chaleco antibalas, cascos protectores para los oídos y gafas del mismo tipo. El espacio contaba con dos galerías de fuego real con medidas estrictas para garantizar las máximas condiciones de seguridad. La primera vez que Marta entró le sorprendió el ruido del aire artificial, activado para evitar la acumulación de los gases generados por los disparos; sumaban más de cuarenta mil al año, tan tóxicos como para acabar con un ejército. Las prácticas se realizaban en varios niveles de dificultad. El primero era el tiro estático a siluetas, como en las películas. Los dos siguientes incluían movimientos en recorridos con parapetos en los que protegerse. En el último se alternaba el uso de la pistola y la escopeta. El objetivo era recrear situaciones parecidas a las que la policía encontraba al intervenir en la calle.

—Agentes 116, 117 y 124, a la zona de simulación —ordenó el policía instructor encargado de la práctica.

El policía alumno 124 era Bosco y la 116, Marta. Ambos terminaron de abrocharse el chaleco antibalas, asegurando todos los corchetes. Comprobaron que las armas estaban cargadas. Clac, clac, fue lo que sonó al tirar de los seguros. Y se adentraron en la zona de prácticas.

Lo hicieron con nervios, siempre cabía la posibilidad de que les alcanzara una bala por el fuego cruzado. Los recibió Alonso, especializada en entrenamiento con armas de fuego. Tenía un carácter áspero y formas que tendían a la incorrección. A pesar de ello, era de las más valoradas en la institución y de las pocas mujeres instructoras al frente de una asignatura. A Marta le despertaba admiración, aunque la mujer no la correspondiera jamás. Es más, Alonso tendía a ser más dura con Marta que con el resto de la clase. Su asignatura era en la que tenía las notas más bajas de todo su expediente. Hasta la obligó a repetir las primeras clases de tiro táctico. Marta tenía puntería, sabía controlar la respiración y era rápida en el manejo, pero reconocía que había algo en el trabajo de tiro que se le resistía. Cada vez que apretaba el gatillo de un arma, se dibujaba en su cabeza la imagen del padre acabando con su vida. Hacía todo lo que estaba en su mano para evitarlo, pero no lo lograba. Era como un fantasma que la perseguía cuando menos lo necesitaba.

—Ahí dentro hay un niño secuestrado. Tenéis que sacarlo —dijo Alonso, explicándoles los detalles de la misión—. ¿Preparados?

Los policías alumnos comprobaron por última vez los equipos y que las armas estuvieran cargadas, tal y como marcaba el protocolo que debían cumplir antes de asentir. Lo siguiente fue el sonido de la sirena, que cortó el aire con urgencia. Se abrieron las puertas y los tres policías alumnos entraron en el espacio acotado. Había poca luz y apenas recovecos en los que protegerse. En el centro se alzaba un pequeño edificio ruinoso, lleno de escombros y agujeros de bala. Los tres policías alumnos caminaron juntos, con las armas en alto. Hasta que Munuera, el policía alumno 117 que capitaneaba la misión, los dividió para cubrir todos los ángulos. Si lo hacía con acierto no era asunto de los otros dos, así funcionaba la jerarquía de la misión.

Marta asumió que debía ir a la derecha. Se abrió paso entre montañas de sacos de yeso que formaban un estrecho pasillo. Vio la silueta mecánica de uno de los secuestradores e hizo el primer disparo. Falló y tuvo que resguardarse cuando las balas volvieron hacia ella. No eran reales, solo fogueo lanzado desde esas siluetas, aunque el chaleco las recibía como si lo fueran y su impacto dejaba sin aire unos segundos. Logró escapar y también llegar hasta las tripas del edificio, pero eso porque fue la única de los tres que se atrevió a dar pasos hacia delante. No tuvo en cuenta que se estaba saltando la orden del capitán de la misión. Bosco y su compañero se quedaron unos metros atrás, cada uno cubriendo un punto cardinal, protegidos por trincheras de sacos. Cuando intentaron salir de nuevo al descubierto, el secuestrador de latón les disparó, dejándolos presos. En cambio, Marta había conseguido entrar en el edificio en ruinas. Seguir su instinto la había salvado, aunque sabía que la penalizaría con Alonso. En el caserón olía a basura. Lo recorrió con la linterna apoyada sobre el cañón de la pistola, intentando que no le temblara el pulso. Escuchó pisadas en la planta de arriba. Un andamio poco seguro la llevó hasta allí. Caminó con la espalda pegada a la pared encalada, controlando la respiración en cada bocanada para que fuera silenciosa. Gracias a eso oyó al segundo de los asaltantes y pudo reducirlo. El mecanismo que lo representaba chirrió mientras se doblaba, por lo que lo dio por muerto. Marta continuó avanzando por el espacio con la sensación de que era inmenso a pesar de que solo había unos pocos metros de una punta a otra. Escuchó llantos, los del niño. Eran falsos, parte del programa, pero a Marta le generaron la misma angustia que si fueran reales. Aceleró los pasos para llegar hasta la víctima. Iba a conseguirlo, pero la silueta del niño se movió por el espacio y escapó. Estaba

programada para confundir a la policía con los asaltantes si no se acercaban a él con el debido cuidado.

—Mierda —se lamentó Marta entre dientes por haber sido tan brusca en sus movimientos y perder al niño.

Logró encontrarlo nuevamente gracias a Bosco, que había podido llegar hasta el edificio, aunque a cambio recibió uno de los disparos. La descarga que le provocó le dejaba el brazo derecho inutilizado por más tiempo del que le gustaría.

—¡Por aquí, por aquí!

Marta lo siguió, sin bajar el arma. Bosco comprobaba antes cada paso para que fuera seguro. Hasta que uno de ellos no lo fue. Iba a recibir un nuevo impacto, pero Marta lo evitó disparando ella antes. Falló, le pudo el trauma con las armas por el suicidio de su padre y perdió otra vez al niño. Ya no habría más oportunidades, la alarma aulló con fuerza. Tiempo, la simulación había terminado.

Marta salió del recinto hundida, con el peso del fracaso sobre sus hombros. Alonso no fue para nada benevolente, ni con ella ni con el resto del equipo. Pero, sobre todo, con ella.

—¿En qué estabas pensando, Otero? Te has saltado el protocolo. Si esto hubiera sido una misión real, ese niño estaría muerto. ¡Y tu compañero también!

—Lo siento, no sé qué me ha pasado —trató de justificarse Marta, aunque sabía lo que le había pasado.

—Vas a ser policía, no puedes cometer este tipo de fallos. Habrá vidas en juego, la próxima vez no serán siluetas mecánicas.

Marta decidió quedarse en silencio mientras Alonso la aleccionaba, con más gritos en realidad de los que debería.

—Bajáis los dos de nivel en el ranking de la asignatura. Para fuera, vamos.

Bosco y Marta asumieron el castigo con los dientes apretados y fueron hacia la salida.

—Lo siento —se disculpó Marta con su compañero mientras le devolvía la pistola al armero y soltaba el chaleco.

—¿Estás bien? —le preguntó Bosco.

—Sí. Solo me ha fallado la puntería —disimuló.

—No, si lo digo porque últimamente estás algo… distante —le confesó él con el miedo del que teme ofender por decir una verdad.

—Es solo la presión de la escuela —mintió Marta, que no le había contado nada más del caso de los niños de la sierra.

—Estuviste el fin de semana fuera, ¿verdad? —añadió Bosco, con más curiosidad que la de un amigo que pregunta por cortesía.

—Sí, fui a ver a mi madre —le mintió ella de nuevo.

No le había dicho nada de lo que había ocurrido con Dante. Ni a él, ni a Carola. No le había contado a nadie que volvió a reunirse con el satanista después de todo lo que pasó en el pico de Abantos. Que volvió a subirse en su coche el fin de semana, tras haber pedido permiso en la escuela para pasarlo fuera.

—¿Adónde vamos? —le preguntó a Dante al sentarse a su lado en el deportivo aquel sábado por la mañana.

—A un cementerio.

—Mi padre no está en ninguna tumba, lo incineraron.

—Ya lo sé. Sube, estudiante.

Marta le advirtió que no iba a permitir que volviera a llamarla así, pero acabó entrando en el coche. Recorrieron durante una hora una carretera diferente que los llevaría hasta la otra cara de la sierra de Guadarrama. Con el paso de los kilómetros fueron dejando atrás pueblos aislados, de esos en los que ya solo hay gente mayor que cuenta los días que le quedan con vida. Mientras lo hacían, Marta leía los nuevos documentos que Dante había traído sobre el niño

Pedrín. Recortes de periódicos de la época y algunos artículos más cercanos en el tiempo que recordaban el caso.

—En realidad, es fácil demostrar que al niño Pedrín no lo mató el Chato. No era más que el tonto del pueblo —le contaba él mientras giraba el volante por las curvas—. El verdadero asesino sabía que ese tío era el mejor candidato al que cargar el muerto sin despertar sospecha.

—Encontraron pruebas que lo incriminaban, están escritas por todas partes —dijo Marta mientras las buscaba en los artículos.

Siguió leyendo y señalando entre líneas.

—Pruebas que no lo incriminaban en el asesinato, aunque sí en el secuestro —descubrió Marta.

—Estoy seguro de que el Chato tuvo al niño encerrado en el desván de su casa. Pero no lo mató él, ni su cuñado, ni mucho menos las mujeres de la familia.

—Lo hizo por dinero. Y el dinero se lo dio el verdadero asesino —ató Marta los cabos.

Exacto. Ninguno lo dijo en voz alta, pero los dos estaban sorprendidos por la forma en la que encajaban trabajando juntos, como si sus diferencias no fueran muros, sino puentes que se unían. Tenían complicidad, aunque ambos se sintieran incómodos si pensaban en ella. Sobre todo Marta, ella era la que más rechazaba la química que asomaba entre ellos.

—¿De veras no sospechas quién fue? —le preguntó Dante—. Si tus deducciones siguen coincidiendo con las mías, me convencerás de que estaba en lo cierto y que lo que tengo entre manos es muy gordo.

—Pues es que no tengo en mente muchos nombres de asesinos del siglo XIX.

Pero antes de terminar la frase, Marta cayó en que no era tan importante el nombre del asesino como la congregación a la que pertenecía.

—Fue uno de los frailes agustinos. ¿Es esa tu conclusión?

—¡Bravo! ¿Puedo darte un abrazo?

—No.

Y no lo dijeron en broma, ni uno ni otro. Dante siguió recorriendo la carretera mientras le repetía lo de la formación de los mitos y las leyendas y su función como moduladores de la realidad cuando esta resultaba demasiado incómoda. Pero esta vez remató la teoría con una nueva conclusión:

—Todo ese rollo del perro de la sierra y el espíritu del niño Pedrín no es más que una forma de esconder la realidad. A ese niño lo asesinó con violencia uno de sus vecinos religiosos. Con el tiempo, la historia real se olvida y la leyenda que exime de culpa a los frailes que dan de comer al pueblo se arraiga. En realidad, es una cuestión política. Al pueblo de El Escorial no le convenía reconocer que uno de sus frailes para los que trabajaban era un asesino y eligieron convertirlo en una leyenda.

Tenía sentido. Por lo que Marta había leído, Pedrín fue visto por última vez en los alrededores del monasterio. Un par de testigos afirmaron que había entrado para ir a misa con sus hermanos, pero que lo perdieron en las tripas del edificio. A saber si eran de fiar. En cualquier caso, lo que ocurrió dentro del monasterio era la clave para llegar hasta el nombre del asesino del niño y no había manera de desenmarañarlo. Había sucedido hacía más de ciento treinta años y los únicos documentos que lo contaban eran los de la prensa de la época. En ninguno de ellos se ofrecía una explicación a la muerte del niño diferente de la del secuestro del Chato.

—Quizá si encontráramos el sumario del juicio…

—No existe, ya lo intenté —le aseguró Dante—. Pero digamos que por mi religión he tenido acceso a otros textos menos públicos en los que queda claro que la muerte del niño está relacionada con el oscurantismo.

No siguió hablando porque detuvo el coche. Se bajó, Marta también lo hizo. Arrugó la frente al ver dónde habían llegado: un camino de tierra llevaba hasta un antiguo cementerio.

—¿Qué estamos haciendo ahora aquí?

—Dar un paseo —le respondió Dante caminando ya hacia la verja de entrada.

Suspiró, cansada de tanto teatro, pero Marta acabó siguiéndolo hasta el cementerio. Olía a musgo, a barro y a piedra húmeda. Anduvieron por entre las lápidas ignorando los nombres de sus propietarios, como quien camina por un museo cerrado. Apenas había flores porque los muertos que estaban allí sumaban más de cien años, y pasado ese tiempo parecía que ya no quedaba nadie para acordarse de ellos. Pese al aire frío, Marta sintió de repente un calor intenso recorriéndole el cuerpo que le hizo quitarse la chaqueta.

—¿Estás bien? —quiso saber Dante.

Ella ignoró la pregunta, no sabía a qué venía. Solo se había abrigado demasiado.

—¿A qué muerto estamos buscando?

—Al que encontró el *Códice Belial*.

Dante caminaba mientras contaba la historia en torno a lo que definió como «una especie de libro de instrucciones para sanar enfermedades a cambio de ofrecer sacrificios al inframundo».

—¿No lo conoces?

—No, lo siento, creo que no me lo he leído. Ya sabes que no soy muy fan de Lucifer —dijo Marta, que siguió caminando mientras

blandía el látigo de la ironía.

—Ese es otro. Belial es un príncipe del infierno creado bastante antes. Eso no es satanismo, Marta, es cultura general…

—Ah, ¿que hay más de un dios del inframundo? —le preguntó, medio burlándose, medio en serio.

—Hay quienes consideran a Belial como el padre de Lucifer. El ángel caído que lo impulsó a la rebelión contra Yavé y el primero en ser expulsado. Un poderoso príncipe de los infiernos con ocho legiones completas de demonios a su cargo.

—Demonios a su cargo… Así que el inframundo es una especie de empresa.

—La mayoría de los historiadores que estudian las artes oscuras coinciden en que el códice que lleva su nombre estuvo en la biblioteca del monasterio de El Escorial, pero se perdió en el gran incendio del siglo XVII que estuvo a punto de destruirla.

Le contó que el monasterio había resistido varios incendios a lo largo de la historia, aunque el de 1671 quedó inmortalizado en un óleo anónimo que podía contemplarse en el Museo del Prado. El lienzo contaba que el fuego se extendió por la torre de las Damas y alcanzó la del Carillón hasta derretir las campanas. Las llamas se propagaron rápidamente por la madera y el plomo de los tejados. Hay investigadores que afirman que el fuego duró tres días y otros que dicen que superó los quince. Aunque todos coinciden en que se dieron dos milagros: no murió nadie y no se quemó el material de la liturgia, aunque sí alcanzó la zona del convento y ardió la librería del claustro de la hospedería. Al menos, el fuego no llegó hasta la biblioteca mayor. Se salvaron muchos manuscritos, pero muchos otros se quemaron. Todo apuntaba a que el códice del demonio fue uno de los que se convirtieron en cenizas. Dante lo ponía en duda:

—Lo que a mí me parece es que el códice lo encontró este tío que está aquí criando malvas.

Los pasos los habían llevado hasta la lápida de Jorge de Burgos. De piedra modesta, gastada por la intemperie y los años, con las letras apenas visibles bajo una fina capa de musgo. El epitafio, grabado con sobriedad franciscana, contaba que fue fraile, pero nada más. Solo la fecha en la que le había despedido la vida, un 30 de marzo de 1901.

—¿No hay nada que te chirríe? —le preguntó Dante.

—Era monje. Debería estar enterrado en el camposanto del monasterio —dedujo Marta.

—Muy bien, estudiante —la felicitó, aunque ella le dejó claro con la mirada afilada que no necesitaba su aprobación y que dejara de llamarla así.

Dante le contó que Jorge de Burgos fue el bibliotecario del monasterio durante la última década del siglo XIX y quien seguramente encontró el *Códice Belial* entre los volúmenes abandonados tras el incendio. El fraile utilizó sus páginas para realizar el ritual con el que recuperó la vista y, a cambio, Pedrín perdió la vida. Años después fue el fraile quien murió, abrazado al códice. Todo el que intentaba arrebatárselo se quemaba las manos.

—El encargado de secuestrar al niño Pedrín fue el Chato, esto es así. Pero estoy seguro de que todo lo planeó Jorge de Burgos.

—¿Lo mató para hacer un pacto con Belial?

—Sí, para recuperar la vista. Le arrancó los ojos. Y es bastante probable que se los comiera. No estoy seguro de los detalles, hay diferentes versiones del ritual, la verdad…

A Marta se le revolvió el estómago al escuchar los macabros detalles del rito.

—Genial, canibalismo…

—Lo que sí sé es que Pedrín fue el primero de los niños desaparecidos en la sierra. Y Jorge de Burgos, el primero en aprovecharse de las bondades de Belial.

—Ya… Así que un monje ciego le arrancó a un niño los ojos, se los comió y recuperó la vista.

—Insisto en que no estoy seguro de si hay que comerse los órganos —dijo sin darle importancia Dante—. Pero sí lo estoy de que volvió a ver.

Le aclaró que aquello era un ritual pagano que muchos creían que funcionaba y ella no debería ponerlo en duda.

—¿Cómo no voy a hacerlo? —refutó Marta—. De acuerdo, ese fraile loco lo mató y se comió sus ojos, admito que hay locos con gustos de todo tipo. Pero me niego a creer que recuperara la vista. Nadie vuelve a ver por seguir un ritual majadero.

—Con ayuda de un demonio, sí.

Dante le mostró en su móvil dos cuadros del monje que se encontraban en la galería de retratos del monasterio. Uno de ellos era de 1888. Jorge de Burgos tenía los ojos blancos azulados, bañados por la enfermedad que lo cegó.

—Este otro retrato se lo hicieron cinco años después.

En ese tenía los ojos de color verde. Eran tan brillantes como los de un niño.

—Ese sello que lleva en los dedos es la marca de Belial —señaló Dante ampliando la imagen del segundo cuadro.

El anillo tenía un símbolo alejado de cualquier cruz o significado cristiano. Parecían dos montañas divididas por algo similar a una sierra dentada.

—Las montañas representan los cuernos de Belial. Y esto es su rabia.

Marta tomó aire, el que necesitaba para sacar el escepticismo y una conclusión:

—Pudo pedirle al pintor que le cambiara los ojos. O que las fechas de los cuadros estén equivocadas.

—Unos ojos son azules y otros verdes. Pedrín los tenía de ese color —le rebatió—. También puede que el ritual funcione y tengas que dejar a un lado tu incredulidad.

No iba a hacerlo, se negaba a darle la razón. Estaba dispuesta a aceptar que hubiera personas tan enajenadas como para hacer un ritual con el diablo, pero jamás iba a creer que algo así funcionara.

—Pero no pienso discutirlo, Dante. No he venido a eso. Lo que quiero saber es qué relación tiene todo eso con la desaparición de Anton.

—Que todo es parte de lo mismo.

Su teoría decía que no enterraron al monje con el códice. O que profanaron la tumba y lo robaron. Que fue pasando de unas manos a otras, probablemente ya lejos de las de la Iglesia, y que repitieron el mismo ritual. Gente enferma que conseguía curarse gracias a los órganos de niños. Que los casos de los niños de la sierra podían explicarse por ese ritual que solo puede realizarse cada diecinueve años, coincidiendo con la luna negra. Y que el padre de Marta había llegado a las mismas conclusiones que él años antes.

—Descubrió lo que ocurría de verdad. Por eso tu padre acabó… de esa forma.

Escuchar a alguien hablar de su padre siempre despertaba en ella una especie de vulnerabilidad que la hacía volverse frágil. Funcionaba como una llave que abría las cerraduras de las puertas de su mente que más vueltas tenían y que se empeñaba en mantener cerradas.

—¿Por qué sabes lo de mi padre?

—Cuando empecé a investigar el caso me llegó que hubo alguien antes que también lo había hecho. Aunque perdió la vida intentando resolverlo. Lo siento.

Fue la primera vez que le habló sin condescendencia. A cambio, utilizó la empatía, aunque Marta se defendió afilando las uñas:

—No necesito que me des el pésame. Lo que necesito es que me expliques por qué estás investigando tú todo esto.

—¿Otra vez? Te recuerdo que soy teólogo. En esta movida hay un fraile, demonios… Es un caramelo.

—Eso no justifica que estés obsesionado con este tema como para llegar a robar expedientes confidenciales.

A Dante le dio la risa al comprender lo que Marta insinuaba.

—Supongo que estás pensando que tengo ganas de hacer un pacto con el diablo. ¿Es eso?

Era justo eso.

—Sí.

—Nunca haría algo así. Precisamente porque conozco al dios del infierno no haría negocios con él. Te aseguro que no lo haría.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Publicar un vídeo que se haga viral, un libro después, una serie basada en el caso en Netflix… Ganar dinero, soy así de simple. Y, ya de paso, limpiar la imagen del satanismo. La gente que está metida en esto no se merece pertenecer a mi religión.

Se lo habían encargado. Personas de las altas esferas del satanismo de las que nunca iba a dar el nombre. Marta lo observó: ese hombre que tenía delante le devolvía la mirada sin titubeos. Parecía sincero, y le aseguró que lo era.

—Pensaba que eras más lista que tus superiores y te darías cuenta de que yo no soy el malo.

Y también pensaba que ella era la única capaz de resolver el caso. La que podía llevarlos hasta Anton. Dante echó a andar hacia la salida del cementerio, dejándola atrás. Antes de cruzar la verja, le habló, pero sin darse la vuelta:

—¿Quieres encontrar a Anton, Marta? Pues para eso no hay que hacer batidas por el monte Abantos. Hay que buscar al enfermo que necesita sus órganos.

13

https://www.youtube.com/watch?v=XO9-MTvtQ1g

Saludos, satánicos. Soy Dante Velasco y esto es Satanismo para principiantes*. En el pódcast de hoy os voy a hablar de un crimen sin resolver. Ocurrió en El Escorial, un pueblo de la Comunidad de Madrid a los pies de la sierra de Guadarrama, a finales del siglo XIX. Hoy sigue siendo una tumba abierta. La prensa de la época lo tituló como «el crimen del niño Pedrín». [Dentro cabecera].*

Año 1892, 25 de diciembre, alrededor de las once de la mañana. El niño Pedrín, de siete años, va a la misa de Navidad con sus hermanos mayores. Se mete por las puertas del monasterio. Está dentro como media hora, tres cuartos, jugando más que otra cosa. Sus hermanos lo tienen controlado, hasta que lo pierden de vista cuando se acerca a la puerta de los Reyes, una de las más grandes del edificio. Nadie vuelve a verlo, ni en el interior del monasterio ni en los patios, a pesar de estar llenos de ventanas. Lo encuentran casi dos meses después en el monte Abantos, cuando la nieve de la cumbre empieza a deshacerse. El cadáver lleva allí semanas. Está bocabajo; al darle la vuelta salen gusanos de las cuencas de los ojos vaciadas. Tiene marcas en las muñecas que cuentan que estuvo atado. Juana Macías, una mujer del pueblo, declara a la Guardia Civil que al niño lo tuvo secuestrado su cuñado, el Chato. Aquel hombre

era algo así como «el tonto del pueblo», con una vida digamos… irregular. También le llamaban «marica», aunque estuvo acusado de violar a una mujer y de haber intentado matar a un chico. Se le condena porque encuentran migas en un bolsillo de la chaqueta como las que había en las uñas del cadáver del niño; se deduce que pudo ser con lo que lo alimentó mientras lo tuvo secuestrado. También hallaron pelos en la buhardilla de la casa en la que presuntamente tuvo secuestrado al niño, aunque luego resulta que esos pelos eran de gato y no de cuerdas de esparto con las que dedujeron que le había tenido atado por las muñecas. Al Chato lo condenaron sin pruebas concluyentes a un total de veintitrés años de prisión. ¿Quién fue el verdadero asesino del niño Pedrín? Este es un misterio sin resolver, aunque Emilio Carrere Moreno, un poeta español de la época, en sus poemarios Románticas *y* El caballero de la muerte *habla de aquel asesino, el Chato, de cuando acabó de mendigo por las calles de Madrid, donde gritaba: «¡Los frailes! ¡Fueron los frailes!». Y es que, como en todo crimen que se precie, hay varias versiones de lo que ocurrió. También hay varias versiones de quién fue la víctima. Hay quien dice que el niño era monaguillo, otros que era alumno del Real Colegio Alfonso XII, ubicado en el mismo monasterio donde los frailes agustinos impartían las lecciones y que, hoy en día, sigue en funcionamiento… Incluso hay un ensayo escrito por Pelayo Romero, antropólogo social y cultural, que habla del caso del niño Pedrín y relaciona su desaparición y muerte con el inicio de la pederastia en la Iglesia. En cualquier caso, otros documentos de la época de la desaparición no lo corroboraron. Lo que sí contaron fue que se trataba de un niño de una familia pobre, hijo de un cantero. Hasta hace unos años seguía viva su sobrina, aunque nunca llegase a conocerlo, Eugenia Bravo Prado. Conseguí hablar con ella cuando empecé a investigar el caso, pero no sabía*

mucho del tema del niño porque su padre no hablaba de ello. Me sorprendió que en ningún momento nombrase a los frailes. Lo que ella pensaba era que al niño lo había matado un perro enorme que se escondía en las laderas de la sierra y que se alimentaba de los que allí se perdían. Y me sorprendió aún más descubrir que el resto del pueblo creía lo mismo. Lo demostraba un corto documental que encontré en YouTube titulado El niño Pedrín*. Es de hace bastantes años, lo hicieron unos estudiantes de comunicación audiovisual y la hermana de uno de ellos, periodista. Entrevistaron a los vecinos del pueblo sobre la leyenda y subieron de noche a la cruz del monte Abantos a ver si encontraban el espíritu del niño Pedrín, copiando descaradamente* El proyecto de la bruja de Blair*. No vale mucho, pero os dejo el enlace abajo. El caso es que aquel corto demostraba que en el pueblo cada uno tenía una idea de lo que le había pasado a Pedrín. Y eso era porque aquel crimen se había convertido en un mito, una leyenda. Las leyendas se encargan de dulcificar los horrores del pasado, tergiversándolos y convirtiéndolos en historias de fantasmas y demonios. Para un pueblo puede ser más fácil asumir que hay animales demoniacos ocultos en las montañas que frailes violadores en sus calles. La sabiduría popular se encarga de mantener la segunda versión hasta que la primera queda borrada del todo. Y esa sierra que en invierno se hiela era más que proclive a una historia como esa. Que se lo pregunten a Felipe II, el rey del siglo XVI…*

El monte en el que apareció el cadáver del niño Pedrín es un lugar de culto al ocultismo. A pocos metros está la conocida como silla de Felipe II, un asiento de piedra que se dice fue tallado en la roca durante la época de la construcción del monasterio de El Escorial. Se cree que fue para que el rey pudiera ver las obras, desde allí se puede contemplar todo el pueblo, aunque, en mi opinión, eso de

que la utilizaba para ver las obras no tiene mucho sentido. La silla no se encuentra en la orientación que debería para poder observar el monasterio, al menos no en su totalidad. Además, tiene tres oquedades y no es que fuera muy cómoda. Ni muy real… Vamos, que todo apunta a que estaba allí antes del siglo XVI. Una de las versiones más aceptadas dice que esa silla es de origen vetón, una especie de altar celta levantado por esta tribu íbera dedicado al dios Marte indígena y sobre el que se realizaban sacrificios rituales, sobre todo de animales. En otras sillas de la época de ese estilo había inscripciones contando que en una de las oquedades se inmolaba a la víctima, en la otra se la desangraba y en la última se la quemaba… De lo más retorcido, ¿verdad? De lo que no hay duda es de que Felipe II era un gran amante de lo esotérico. No fue casualidad que construyera el monasterio donde lo hizo… Y es que hay gente convencida desde hace siglos de que El Escorial es una puerta del infierno.

Ya hemos hablado en este pódcast de las puertas del infierno, entradas al inframundo abiertas en el nuestro. Hay quien dice que no hay pruebas de que existan, pero yo no tengo dudas. Sobre todo, porque en estas puertas no cree solo el satanismo, sino una inmensa mayoría de las religiones. Están por todo el planeta y, dependiendo de la religión, se cree más en unas que otras, pero el mayor consenso existe con estas siete: la de los Campos Flégreos, una zona volcánica a unos diez kilómetros de Nápoles. Allí hay un lago formado en el cráter de un volcán llamado Averno. Fue el poeta Virgilio el que situó en ese punto la entrada del infierno. La segunda está en Turquía, en Pamukkale. Un grupo de arqueólogos encontró una cueva con dibujos que mostraban un ritual de lo más particular y que resultó ser similar a la que el poeta Estrabón describió en una de sus obras llamándola «puerta del infierno». En cambio, para los

hebreos la entrada al inframundo se hallaba en el valle de Hinom, que se traduce como infierno. Al otro lado del océano, en Nicaragua, está el volcán Masaya; allí hay otra entrada protegida por una cruz que detiene la salida de los demonios. En Japón se encuentra el monte Osore, un volcán en permanente erupción que emana aguas amarillentas y olor a azufre. Otro volcán que desde la Edad Media se cree que es una puerta del infierno es el Hekla, en Islandia, que se documentó como la prisión del mismísimo Judas. Y en España somos «afortunados» porque tenemos una entrada en las tripas del monasterio de El Escorial, un pueblo de la sierra de la Comunidad de Madrid. Se expandió sobre un antiguo poblado llamado La Ferrería de Fuentelámparas, de cuyas escorias, resultado del trabajo de los herreros con el hierro, derivaría el nombre de Escorial. Hay cronistas de la época que dicen que en sus minas, que recorren el monte hasta el monasterio, se hacían ritos satánicos. Y no conviene olvidar que los herreros eran considerados siervos del diablo. Algo de eso debió de llegarle al rey Felipe II, que ordenó construir el monasterio entre los años 1563 y 1584. Los arquitectos recibieron la orden de que debía parecerse al templo de Salomón, según lo dibujaron las descripciones bíblicas. Se dice que aquel primer templo de Jerusalén que guardaba el arca de la alianza fue diseñado por el mismísimo Dios. Sea o no el monasterio de El Escorial una réplica de aquel desaparecido templo, lo que está claro es que es una de las construcciones sacras más importantes de la cristiandad que impresiona sobre todo por sus dimensiones. Ochenta y nueve escaleras, dieciséis patios, ochenta y ocho fuentes, doscientas puertas, dos mil seiscientas setenta y cinco ventanas… Fue lugar de rezo y morada y despacho de Felipe II, de quien ya os he hablado. El monarca español, durante la segunda mitad del siglo XVI, dominó buena parte del mundo conocido. Sus territorios llegaron a

extenderse por cuatro continentes. En cualquiera de ellos podría haber mandado construir su monasterio, pero muchos creen que eligió esa explanada de El Escorial porque sabía que allí había una boca del infierno que se encargó de sellar con ese edificio santo. La leyenda que corrió de boca en boca en la época contaba que el edificio se construyó sobre unas minas cuyas galerías llegaban hasta las mismas puertas del infierno. Todo porque Lucifer vivió en una cueva situada a los pies del monte Abantos, en la sierra de Guadarrama, justo los días entre la expulsión de las cortes celestiales y su destierro al infierno. En esos días, el ángel rebelde comenzó su andadura por toda la tierra y creó puertas para acceder a las tinieblas. Una de ellas la hizo en El Escorial. Felipe II conocía la historia y por miedo quiso sellarla, esa y todas las minas de la sierra. O por fanatismo, eso nunca lo sabremos. La crónica de aquel año aseguró que el rey reunió en el lugar a un grupo de expertos entre los que había filósofos, arquitectos, canteros experimentados y teólogos. Al parecer, allí fueron asaltados por un fuerte viento, casi huracanado, que, leo textualmente, «no les dejaba llegar hasta el sitio, y arrancó las bardas de la pared de una viñuela que fueron directas hacia sus rostros». Un fenómeno que interpretaron como una respuesta de origen demoniaco con la intención de persuadir al rey de que no siguiera con la construcción del monasterio. Pese a ello, empezó la obra y entonces llegaron los terribles accidentes. Murieron una docena de albañiles que trabajaron en el edificio, lo que hizo aún más grande el misterio y las leyendas en torno al monasterio, cuyas obras se alargaron cerca de veintiún años. Aunque hay una leyenda que se recuerda por encima del resto. La del monstruoso perro negro. Se extendió entre los peones la historia de que un misterioso can azabache, inmenso como un monstruo, acechaba por las noches obstaculizando las obras. Se contaba

también que se abalanzó un día sobre la comitiva del rey cuando este se dirigía a tomar asiento en la silla. El animal fue degollado por uno de los guardias y colgado de una de las torres del monasterio, donde permaneció meses, exhibido al pueblo. El caso es que, junto con la cabra y la culebra, este terrorífico animal ocupa un lugar destacado en el retazo de la iconografía demoniaca como una de las representaciones del diablo tal y como hemos hablado en otros episodios de este pódcast. Por eso se cree que el perro era el llamado Cancerbero, el mitológico monstruo que protegía el acceso al averno. Felipe II era un hombre extremadamente supersticioso. En la biblioteca del monasterio, creada con la idea de «reunir todo el saber», incluyó libros de ciencias ocultas. En el fresco de Pellegrino Tibaldi, situado en el centro de la bóveda de la biblioteca, hay unas letras hebraicas que dicen «todo está encerrado en el lugar adecuado». Eso incluía los libros del infierno, los de ciencias ocultas, que colocó del revés en la biblioteca, aunque se dice que muchos se perdieron en el gran incendio. También hizo traer más de siete mil reliquias de santos y mártires para proteger el monasterio. Tenía once cuerpos incorruptos de santos, ciento cuarenta y cuatro calaveras y trescientos seis huesos. Lo guardaba todo en dos armarios relicarios a ambos lados del altar mayor de la basílica, cubiertos por los retablos, y en una habitación privada a la que se llegaba por un pasadizo. Tenía tanta fe puesta en las reliquias que las utilizaba como remedio curativo de enfermedades y método de salvación. Una prueba de ello fue cuando ordenó que metieran la momia de san Diego de Alcalá en la cama de su hijo, el príncipe don Carlos, tras sufrir una caída por las escaleras en Alcalá de Henares que le provocó graves problemas cerebrales. Pero a él le sirvieron de poco. Cuando Felipe II regresó a El Escorial para morir tras años de batallas, desde su lecho de muerte aseguraba que seguía oyendo los

ladridos de ese perro infernal. Y eso solo pudo ser porque conocía al dios de lo oscuro, ya os lo digo yo…

Marta le dio a la pausa en la pantalla del móvil, detuvo el vídeopódcast de Dante. Un capítulo dedicado al crimen del niño Pedrín que había subido hacía ya más de un año y que acumulaba miles de reproducciones. No volvió a ponerlo en marcha porque Carola entró en la habitación que compartían en la escuela, en el segundo piso del edificio de residencia. Tuvo que hacer como que solo estaba escuchando música mientras estudiaba.

—Primera vez que te veo con los cascos puestos oyendo música. ¿Ves como si te pones te sabes divertir? —se burló su compañera.

—Bueno, era música clásica —mintió.

Mientras se quitaba la ropa deportiva, Carola le contó su último escarceo. Con una chica de la brigada 24, de las más guapas de la escuela, por eso volvía más tarde de lo habitual o salía más temprano. Marta asentía de vez en cuando, aunque en verdad no la estaba escuchando. No se le iba de la cabeza el caso de los niños de la sierra. Carola se quitó la camiseta mientras le preguntaba por la tesis, por Bosco y por las cosas de las que hablaban siempre. Ella le respondió a todo con monosílabos, sin ser cortante, pero tampoco demostrando que quería seguir con la conversación. Se pusieron los pijamas, apagaron la luz y se fueron a dormir. En realidad, Marta pasó muchas horas más despierta buscando en el móvil novedades en el caso de la desaparición de Anton. No las había, parecía que se lo había tragado la sierra. La policía mantenía los avisos en redes sociales, pero los medios de comunicación ya apenas hablaban de ello. Algunos casos se convertían en mediáticos y otros acababan en el olvido. ¿Por qué? Porque los primeros solían caer en la espectacularización, esa forma de ofrecer la información como si se tratara de un *reality*. Sonaba negativo, pero lo cierto era que los que

jugaban con esa fórmula solían ser los que de verdad se resolvían. Necesitaba que el caso de Anton lo fuera si quería descubrir la verdad.

Apenas había dormido cuando llegó el amanecer. Le sorprendió que Carola no estuviera en la habitación. «Se habrá escapado a la de esa chica de la brigada 24», pensó Marta. Duchada y uniformada, tomó el camino del despacho de Figueroa. Tenían una reunión para hablar de los avances en la tesis. Siguió el protocolo de saludos oficiales y se sentó frente a él, como le ofreció el instructor. La mesa era amplia, de esas clásicas con tapete de cuero y lámpara con vidrio verde. Le llegó el olor de la tinta de la pluma que siempre utilizaba Figueroa, mezclado con el de la loción de afeitado y el del tabaco negro. La boca le sabía a humo, había apagado un cigarrillo antes de que ella entrara por miedo a que le descubriera algún compañero. No se podía fumar en todo el recinto de la escuela.

—Pensaba que ibas a traer documentación nueva.

Figueroa se lo dijo porque la vio entrar con los expedientes de los niños de la sierra de los que ya habían hablado y nada más.

—Voy a dejar el caso.

Le explicó que había estudiado cada una de las líneas de los expedientes y analizado las pruebas, y que no había encontrado una nueva dirección que seguir. No había obtenido respuestas, por algo los casos de desapariciones quedaron sobreseídos. Por todo ello no le quedaba más remedio que renunciar al caso. Aún estaba a tiempo de hacerlo, aunque tuviera que invertir más tiempo del esperado en su proyecto final para llegar a graduarse.

—¿De veras no has dado con nada diferente?

—Hay demasiado tiempo entre sus muertes y las autopsias las corroboraron como accidentes. Tampoco hay relación entre los

niños, vivían en pueblos diferentes, estudiaron en colegios distintos…

Hubo un momento en el que pensó que tal vez sus centros de estudios podían esconder alguna clave, pero terminó descartándolo al comprobar que no había relación alguna entre ellos.

—No he conseguido llegar a una conclusión distinta de las que llegaron quienes firmaron estos expedientes.

Le enseñó algunas de las notas que había tomado. Le explicó las coincidencias entre unos casos y otros. También algunas de las hipótesis que había estado manejando que podían explicar de otra manera las desapariciones y muertes de esos niños. Tan solo le habían demostrado que las mejores conclusiones eran esas a las que llegaron quienes trataron de resolver los casos en el pasado.

—Lo cierto es que al consultar toda la documentación no he hallado nada que apoye otras hipótesis —le dijo Marta mientras cerraba el último de los expedientes.

—¿Y no has encontrado otras fuentes con las que hablar? Nuevos testigos…

—Me he puesto en contacto con algunos de ellos, pero todo lleva de nuevo al mismo punto. De verdad, creo que no hay caso.

Figueroa miró a Marta a los ojos. Unos segundos, hasta que ella los desvió de una forma que cualquier experto en comunicación no verbal habría asegurado que le escondía algo. El inspector tomó uno de sus cigarrillos, un Fortuna medio doblado que estiró con las puntas de los dedos. Se levantó, fue hasta la ventana. Fuera caía agua nieve, el frío había vuelto por unos días. Encendió el pitillo que fumaba como un adolescente escondido en el baño del colegio. Le pidió que le guardara el secreto.

—¿Y qué hay de la desaparición de Anton? —le preguntó después de dar un par de caladas profundas—. Estabas muy segura de que

esos casos del pasado tenían alguna relación con el de ese niño. La policía estudia si hay una posible conexión…

—Se equivocan. La única relación es el motivo de la desaparición… Las condiciones meteorológicas. El ciclo que se repite es atmosférico, son nieves de retorno que ocurren cada dos décadas.

Se lo demostró con los datos que había cruzado de los expedientes del pasado y los últimos datos de la búsqueda del niño.

—Las brigadas forestales han detectado la presencia de lobos salvajes en la zona. La nieve les hace difícil cazar y se vuelven peligrosos, pueden merodear por entornos más cercanos a la urbe para comer. Esta información ya la han publicado en redes sociales para evitar excursionistas en el cerro. Es más que probable que Anton se perdiera en Abantos y acabara devorado por esos lobos feroces.

Figueroa le dio una última calada al cigarrillo.

—Sé que voy justa de tiempo, pero me gustaría cambiar de tema de tesis —le pidió Marta.

—Me sorprende. Tenías tan claro que querías investigar esos casos. No entiendo tu repentino cambio de opinión. ¿De veras no ha ocurrido nada más?

—No —mintió ella de nuevo, y esta vez le aguantó la mirada para no sentirse descubierta.

En realidad, sí había sucedido algo más. Dante le había pedido que dejara de investigar el caso en la escuela. Era su condición, si quería que siguieran debían hacerlo solo ellos dos. No podría hablar con nadie de lo que ocurría. No iba a confiar en más personas por mucho que ella sí quisiera hacerlo.

—Figueroa es el mejor profesor de la escuela de policía —le defendió Marta—. Y conocía a mi padre, fueron amigos.

A Dante se le escapó la risa a través del teléfono por el que hablaban.

—Con más razón, Marta. A saber lo que fueron realmente. No voy a confiar en nadie que no seas tú. Lo tomas o lo dejas.

Marta suspiró, Dante no iba a dar su brazo a torcer. No lo conocía, pero intuía que era ese tipo de persona. Además, la realidad es que él no la necesitaba a ella tanto como creía.

—No vas a confiar en nadie, pero sí quieres compartir conmigo la información —desplegó Marta la paradoja—. ¿Por qué? ¿Por qué yo sí? Apenas me conoces.

—No te conozco, es cierto. Pero puedes denunciarme por haber robado esos expedientes.

—Podría denunciarte, sí.

—En realidad, sé que no vas a hacerlo. Ya te has metido en demasiados líos por todo este caso. Y tu apellido no tiene buena prensa en el cuerpo de policía —le aseguró Dante con ese tono de superioridad que se gastaba siempre que tenía ocasión—. Además, necesitas demostrar que vales para esto. Encontrar lo que te hace especial, estudiante.

Lo decía porque en su última excursión por el monte para resolver el caso, mientras lo recorrían en coche, le había preguntado qué tenía de especial. Todos los policías que protagonizaban novelas tenían algo que los hacía únicos.

—Lo siento, pero ni soy la mente más inteligente del mundo ni puedo volar —se rio Marta, algo poco habitual en ella, volviendo a mirar por la ventanilla. Lo hizo para que no le viera los ojos.

Es que, realmente, sí tenía algo. Esa atracción por lo oscuro. La muerte o la desaparición de un niño no le desasosegaba como debería, aunque se avergonzaba de ello y nunca lo verbalizaba.

—No te conozco mucho, pero creo que sí tienes algo especial —le aseguró él sin soltar el volante.

—No he pedido tu opinión.

No era lo que ella creía, estaba lejos de descubrir su secreto. Le dijo que lo que tenía era un motivo emocional: la muerte de su padre. Justo lo que Figueroa había dicho en clase que debían evitar para ser buenos policías.

—Piensa si quieres seguir con esto o no —le dijo Dante antes de terminar la llamada.

Marta lo pensó. Por la mañana le escribió un mensaje con su decisión: quería seguir. Por eso le estaba mintiendo a Figueroa, contándole que había decidido cambiar de propuesta para la tesis porque no había sido capaz de llegar a ninguna conclusión válida.

—Lo siento, no tendría que haber insistido. Tenía razón, me dejé llevar porque mi padre investigó esos casos…

Figueroa se encendió un segundo cigarrillo. Le pegó dos caladas profundas y lo apagó contra el alféizar de la ventana antes de decirle:

—Está bien. Si quieres dejarlo, es mejor que lo hagas ahora. Tendrás que esforzarte para llegar a tiempo, pero aún puedes ponerte con otro caso para la tesis.

Marta escondió una sonrisa de alivio. Había funcionado. Le dijo que en unos días le enviaría una propuesta de índice siguiendo uno de los casos que él mismo le presentó en su día, cuando quería que se olvidara de los niños de la sierra. Recogió, se puso en pie, pronunció un protocolario «a sus órdenes» y se dispuso a salir. Antes de cruzar la puerta, Figueroa le pidió que esperase. Quería decirle algo más.

—Marta… De verdad me habría gustado que hubieras descubierto algo diferente que explicara la muerte de tu padre. Lo siento.

Ella se sintió culpable por mentirle, pero salió del despacho sin añadir nada más. Dio unos cuantos pasos, los suficientes para asegurarse de que no había ningún instructor cerca, y envió un wasap a Dante.

Marta
Figueroa está fuera. ¿Siguiente paso? ✓ ✓

Le contestó antes de que entrara en la habitación, diciéndole que se alegraba de que se hubiera decidido a no compartir esto con nadie más y que le escribiría para volver a verse. Iba a exigirle que le diera una fecha y un plan concreto que seguir, pero Marta se encontró con Carola dentro del cuarto, recién duchada.

—Has salido temprano —le dijo Marta, intentando que no hablaran de ella y de lo que había estado haciendo los últimos días.

Carola había insistido en saber más de ese chico con el que le había visto en un deportivo. No le valían las respuestas que ya le dio la primera vez que se lo preguntó. Ni la segunda, ni la tercera. Quería la verdad, sobre todo porque parecía que pensaba que incluía algún tipo de detalle sexual que no estaba compartiendo con ella.

—Que no, Marta, que no me creo eso de que fuera un amigo tuyo —insistió Carola mientras se hacía una coleta en el pelo—. Lo siento, no eres simpática. No tienes amigos.

A Marta le dio la risa. Le sorprendía la capacidad de su compañera para sacarle una sonrisa con frases que deberían incomodarla, o incluso tomárselas como insultos.

—Sus padres son amigos de mi familia... Vive por aquí cerca y quedamos por compromiso —mintió Marta mientras miraba la pantalla del móvil en la que le insistía a Dante en saber el próximo punto de encuentro para seguir con la investigación.

Al fin, le envió una ubicación. Ella la abrió, nerviosa. Señalaba un lugar cercano a la escuela en el que podrían encontrarse. En una hora, ni antes ni después.

—Perdona, tengo que irme —dijo Marta al tiempo que metía unas cuantas cosas básicas en una mochila.

Carola le preguntó un par de veces adónde iba. No le convencieron las excusas de Marta para evitar tener que decírselo. No la dejó pasar, le cortó el paso.

—Marta, ya vale de mentiras. Esperaba que me lo contaras tú, pero veo que no vas a hacerlo —le echó en cara, descubriéndola—. Sé que el dueño de ese coche es un satanista.

14

Marta removió el café, aunque no le había echado azúcar. Esperaba a Dante en una cafetería ubicada en el corazón de El Escorial. Estaba escondida bajo el teatro del pueblo, el majestuoso Coliseo de Carlos III. La decoración y los frescos del techo recordaban la belleza de un jardín dieciochesco, el siglo en el que se inauguró el espacio. Por aquel entonces seguro que sus mesas siempre estaban ocupadas por los vecinos de la villa. En cambio, a esa hora de la tarde en la que muchos se echan la siesta, el local solía estar vacío. Por eso Dante citó allí a Marta, sabía que estarían tranquilos y sin orejas cerca. Lo hizo sin darle muchas explicaciones, con ese par de mensajes que recibió en su habitación, mientras intentaba esquivar la curiosidad de Carola. La primera reacción de Marta fue enfadarse con ella. No tenía por qué explicarle nada de su vida, solo eran compañeras de cuarto y de promoción. Y la segunda, sorprenderse por su agudeza y su excelente olfato policial. Siempre infravaloraba a Carola porque parecía no tomarse nada en serio, pero, en realidad, era la chica más lista que tenía a su alrededor, aunque solo estuviera en la escala básica. Lo era de una forma diferente, no necesitaba estudiar manuales para llegar hasta las respuestas correctas. Tenía instinto y eso no había clase en la escuela de policía que lo enseñara, ya lo decían una y otra vez los instructores.

—Se te ha olvidado que yo también sé investigar. No hay muchos Jaguar como ese. En concreto, hay cincuenta y dos en España —le dijo su compañera—. He descartado los nombres de propietarios

futbolistas, esos no te harían ni caso. En cambio, sí eres el tipo de los satanistas.

—Deberías estar en la escala superior, el cuerpo se va a perder una gran inspectora —le dijo Marta, que de veras lo pensaba.

Pero Carola no recogió el cumplido. Mantenía el semblante rígido, los brazos cruzados y esa expresión que se pone cuando quieres reprocharle algo a alguien que aprecias y temes que te convenza a la primera de que estás equivocado.

—¿De qué va esto, Marta? Cuéntamelo de una vez.

Se lo contó. Mientras lo hacía, sintió que toda aquella historia tenía más sentido del que le había parecido en un principio. Sí, parecía una locura y muchas partes lo eran, pero también tenía sentido.

—Rituales con niños de los que se comen los órganos para mejorar… sus condiciones —resumió Carola en una frase lo que ocurría en la sierra—. ¿En serio crees que eso es lo que pasa?

—No lo sé, la verdad. —Volvió a parecerle una locura—. Pero no pierdo nada por investigarlo, ¿no?

—O sí. Marta, puedes llegar a perder tu placa. Y ni siquiera la has conseguido todavía.

Tenía razón. Había mentido a Figueroa, se había saltado el protocolo varias veces y era más que probable que fuera a incurrir en un delito grave si seguía investigando con Dante. A pesar de todo, prefería no pensar en ello.

—Carola, prométeme que no contarás nada —le rogó.

—Que no, no soy una chivata. Confía en mí, joder. Ya que hasta ahora no lo has hecho para contármelo.

Quizá tenía razón al reprochárselo, pero es que a Marta le costaba mucho confiar en la gente y no sabía cómo cambiarlo. Porque, hasta entonces, no había sentido la necesidad de hacerlo.

—Lo que no entiendo es que sí confíes en ese tío satanista, Dante. He cotilleado sus redes sociales. Su rollo me pone los pelos de punta.

Carola no se fiaba. Y había muchas cosas en él que a Marta no le cuadraban. Pero lo necesitaba. Por lo de la desaparición de Anton y, sobre todo, para saber qué le ocurrió realmente a su padre. Aún no se atrevía a decirlo en voz alta, pero empezaba a pensar que tal vez su muerte no fue tan elegida. No negaba el hecho de que se hubiera suicidado. Lo que ponía en duda eran los motivos, esa enfermedad mental con la que lo etiquetaron y de la que su madre no supo nada hasta aquel momento. Sentía que se había abierto una puerta desde que había tirado del hilo de las desapariciones y que detrás de ella estaba la verdad de la muerte de su padre.

—Aunque lo que entiendo menos es que ese Dante se fíe de ti. ¿Por qué? Casi no te conoce —mostró su suspicacia Carola arrugando la nariz.

—No creo que confíe en mí, le he amenazado con denunciarle —escapó de la pregunta.

—¿Y qué? Podría denunciarte a ti por estar investigando de tapadillo y tendrías más problemas que él. No sé, yo tendría cuidado…

—Lo tendré, no te preocupes —le prometió.

Pero estaba esperándolo en esa cafetería sin haberle contado a nadie que iba a encontrarse con él, ni siquiera a Carola.

Una hora más tarde de lo acordado, Dante entró en el local. Con unas gafas de sol de Garrett Leight tapándole las ojeras, la música a tope en los cascos y una bolsa negra colgada del hombro. Tenía aspecto de haber pasado la noche en una cama que no era la suya. Olía a alcohol, a tabaco y a una mezcla de sudor masculino y femenino. Ninguno de los dos parecía suyo. Le sonrió para que su

disculpa sonara más sincera, pero Marta ni la recibió ni le devolvió el saludo.

—Espero que hayan pasado las horas suficientes para no dar positivo en un control de alcoholemia.

—No lo creo… ¿No estarás celosa?

Marta puso los ojos en blanco y se centró en su móvil mientras Dante, sin quitarse las gafas de sol, se acercaba a la barra a pedir un café americano. Parecían quedarle ganas de seducir, porque se extendió más de lo necesario en la conversación con el camarero, uno de esos que llevan camisetas escotadas para alargar los pectorales definidos.

—¿Cuál es el plan? —le preguntó ella cuando al fin se dignó a volver a la mesa.

Dante se sentó, con el café en una mano y el móvil en el que terminaba de guardar el contacto del camarero en la otra. Ella separó las sillas unos centímetros por el tufo, sin disimulo. También le quitó las gafas de sol, con brusquedad, y le obligó a mirarla.

—A Anton no lo podemos encontrar. A saber dónde lo tienen… —le dijo Dante, centrándose en el objetivo.

Era probable que estuviera escondido cerca, en la sierra, pero a saber en qué lugar. A pesar de que se activó el protocolo de búsqueda solo unas horas después de su desaparición y de que se habían revisado todas las cámaras de tráfico de la zona tratando de localizar un vehículo sospechoso, en las montañas había decenas de pistas forestales por las que un vehículo podría escapar sin ser detectado. La nieve había borrado cualquier rastro de neumático. Y luego estaban esas minas de hierro cerradas y hundidas por todo el monte Abantos. Intentar dar con el pequeño era tan difícil como encontrar una moneda enterrada en la arena de la playa.

—Es más fácil que lleguemos hasta la persona que necesita a Anton —apostó por ello Dante mientras le daba un sorbo largo al café amargo—. Un enfermo con mucha pasta y lo suficientemente degenerado como para hacer algo así.

—Ya… Pues resulta que hay millones de ricos en España. ¿Sabes lo de la aguja en el pajar?

—¿Sabes que no son tantos los millonarios que conozcan un secreto como este? Solo pueden saberlo los que se hayan acercado alguna vez al satanismo. Y de esos tengo yo la lista. Aunque sí es más larga de lo que nos gustaría.

La traía en la bolsa. Marta quiso verla, pero Dante la apartó y sonrió mostrándole todos los dientes.

—Dejar que le eches un ojo me metería en un lío por saltarme la Ley de Protección de Datos.

—Estás de broma, ¿verdad? No creo que seas la persona indicada para hablar de leyes…

—Y yo creo que no te acuerdas de que mi equipo es el de la Iglesia de Satán, no el de la policía.

Tenía razón, Marta a veces olvidaba que no pertenecían al mismo bando. Ella tenía un pie dentro del cuerpo de policía, y Dante tenía el cuerpo entero en el ejército de los satanistas. Quería limpiar la imagen de su religión, sí, y por eso colaboraba con ella, pero no iba a hacerlo a costa de ganarse enemigos innecesarios. Darle esa lista podría meterlo en un grave problema.

—Además, investigar a millonarios no es sencillo. Son lo suficientemente poderosos como para saber al instante que alguien les está siguiendo los pasos. Solo podemos tocar esas puertas cuando tengamos la certeza de que detrás de una de ellas está la persona que buscamos.

Tenía sentido, aunque, en lugar de reconocérselo a Dante en voz alta, Marta le dio un sorbo largo al café.

—¿Y cómo sabemos cuál es? —preguntó sin ocultar su incredulidad, pese a todo.

—Lo primero es saber qué hace especial a Anton. Tiene que haber algo en él que otro necesite.

Algo físico, que se pueda devorar para hacerlo propio. El niño Pedrín, el primero de los desaparecidos en la sierra, tenía unos ojos sanos.

—Échale un vistazo a la noticia de la desaparición de la niña de Peguerinos —le pidió Dante con el recorte abierto en el iPhone.

«La niña era conocida por todos en el pueblo por ser la voz del coro de la iglesia, con un timbre celestial que acompañaba a los fieles en cada homilía», leyó Marta en silencio.

—La voz… —dedujo que eso era lo que la hacía especial.

—Alguien solucionó sus problemas vocales gracias a ella —le aseguró el profesor con la certeza de quien conoce la verdad.

Le mostró una fotografía del cadáver de Carlos Tinas, el segundo niño desaparecido. También había llegado hasta el motivo por el que le habían elegido como víctima.

—Fíjate en su cuerpo, tiene mordiscos en la tripa. No he encontrado la autopsia, pero me juego el cuello a que le faltaba el estómago.

—Lo que necesitaron los que se beneficiaron de él —soltó Marta, empezando a comprender el mecanismo.

—O las que se beneficiaron. No hay evidencias de que los malos de la película sean hombres.

El satanista le recordó que las estadísticas confirman que los hombres cometen más crímenes violentos, pero que las mujeres

también protagonizan asesinatos, aunque estos suelen darse en situaciones más específicas, con un componente emocional.

—Sobrevivir a una enfermedad puede ser una de esas situaciones.

—Lo dudo. Son crímenes violentos y en esos los hombres nos lleváis ventaja —le llevó la contraria Marta.

Dante prefirió no discutir y siguieron analizando los casos. Ella recordaba la autopsia de la niña desaparecida en 2007. Pérdida del lóbulo del pabellón auricular derecho e izquierdo *post mortem* y órganos internos del oído, masticado por fauna del lugar. Según la teoría de Dante, no habían sido animales, sino alguien con el dinero suficiente para pagar el ritual. Marta intentó contener la náusea que le despertó imaginárselo, podía incluso escuchar el sonido de los cartílagos auditivos al romperse bajo los dientes del beneficiario.

—Y también le faltaba la sangre. No está en la autopsia, pero se aprecia en las fotos que la dejaron seca.

—Podemos acceder a los expedientes sanitarios de Anton. A su edad aún hay vacunas obligatorias, quizá en la cartilla encontremos el dato que lo hace especial —propuso Marta.

—Me han aconsejado no hacerlo —le dijo Dante sin darle nombres, aunque estaba claro que no era la única persona con la que había compartido esa información—. Tendríamos el mismo problema, es más que probable que salten las alarmas si alguien cotillea el expediente médico de un niño desaparecido.

—¿Y qué propones?

—La opción más obvia… Meternos en su casa y registrar sus cosas.

—Es una broma, ¿no?

No, no lo era. Marta se negó en redondo, varias veces. Y más al saber cómo proponía que lo hicieran. En la bolsa traía un par de chaquetas con el logo de una compañía eléctrica. Se harían pasar

por técnicos de la luz, ya se había encargado de avisar a la madre de Anton de que pasarían por allí para realizar una reparación, y aprovecharían la excusa de comprobar todo el circuito eléctrico para inspeccionar la casa.

—Un plan a la altura de Mortadelo y Filemón —se burló Marta—. Lo bueno es que ha quedado claro que no eres policía, por mucho que quieras darme lecciones.

—Igual te parece más currado si te cuento que hace días conseguí que se cargaran la caldera de la casa para que diera todo tipo de fallos eléctricos. Y que eso ha servido para concertar una cita con la madre del niño, esta tarde.

Ni con esas Marta cedió. El plan le parecía demasiado arriesgado, estaba convencida de que los descubrirían. Quizá no lo haría la madre, pero sí la policía cuando supieran que habían estado por allí husmeando dos técnicos de la luz que ninguna empresa reconocería entre sus empleados.

—Además, yo no puedo ir. Esa mujer me conoce, me vio en la batida de búsqueda.

—Esa mujer aquella noche estaba demasiado angustiada para acordarse de nadie. Y hasta arriba de orfidales. Lo tendrá todo borroso. —Dante buscó algo más en la bolsa—. Pero te he traído unas gafas y una gorra para que te escondas más y te rayes menos.

Se las dio. Marta no daba crédito, se le escapó una pequeña carcajada de incredulidad.

—Oh, qué desilusión. Esperaba que las gafas llevaran bigote como esas de broma…

—Igual tienes un plan más profesional —la retó Dante aunque sabía que no contaba con él—. No sé, podemos poner más anuncios en redes sociales de «se busca» como tus compañeros, que llevan semanas sin hacer un avance en la investigación.

Tenía razón, la policía empezaba a dar por perdido el caso. No había más pistas de las que tirar. También los vecinos habían dejado de hacer batidas por el monte. El caso se hallaba en ese punto en el que ya solo parece importarle a la familia. Y tarde o temprano incluso acabaría desistiendo esa madre que estaba sola en el pueblo, sin contar con nadie más.

Dante se puso la chaqueta. Él iba a ir sí o sí.

—¿Quieres o no ayudar a esa mujer a encontrar a su hijo?

15

La casa de la madre de Anton estaba más cerca de la salida que del centro del pueblo. En uno de esos barrios de casas bajas antiguas, con muros desconchados, ventanas que dejan pasar el frío y persianas de madera rotas. Algunas tenían porches de entrada descuidados, con bártulos almacenados y hojas sin barrer. Los troncos de los árboles de las aceras estaban cubiertos con los carteles de la búsqueda de Anton. Muchos ya se habían despegado, el rostro sonriente del niño se podía encontrar pisoteado en la acera. Llegaron al número 13 de la calle de la Virgen de la Herrería, el domicilio del niño. Frente al portal había una furgoneta blanca ocupada. Marta la miró de soslayo un segundo. Recordaba haberla visto aparcada en el monte, durante la batida, aunque, a saber, había millones de furgonetas idénticas.

—¿Policía? —le preguntó Dante, quien le leyó el pensamiento.

Unos segundos después la furgoneta arrancó.

—Policía o no, parece que el caso ya no es una prioridad —se lamentó Marta.

Abrieron la cancela, que no tenía cerradura, y caminaron por el patio de entrada. Había macetas con pensamientos que marcaban el camino hacia la puerta. A Marta le sorprendió que ese espacio estuviera más cuidado que los patios del resto de la calle, sobre todo cuando el niño estaba desaparecido. Pero luego pensó que quizá la madre de Anton solo quería que cuando su hijo volviera a casa todo estuviera igual que siempre. Como si el tiempo no hubiera pasado.

—Espera, ¿qué vamos a decirle? —le preguntó a Dante antes de tocar el timbre.

—Tú mejor di poco. Déjame a mí, que soy el que sabe de instalaciones eléctricas.

—¿Los de las eléctricas también son satanistas? Eso sí que me cuadra.

Dante levantó una ceja como hacía cuando prefería guardarse una contestación y llamó a la puerta. El sonido de la campana era agudo, como si le faltara fuerza. Mientras esperaban, Marta se frotó las manos como si tuviera una pastilla de jabón entre ellas. Lo hacía de pequeña cuando estaba nerviosa. Se abrió la puerta, pero con la cadena de la cerradura puesta, sin que se pudiera ver quién estaba detrás.

—Somos de la compañía de la luz. Venimos por una avería.

Rosana, la madre de Anton, con esa cara que se pone cuando se recuerda algo que se había olvidado de pronto, abrió la puerta y la pareja de embusteros se limpió las botas en el felpudo para entrar en la casa. Dante se presentó, le ofreció la mano y se comportó como se espera de un técnico de calderas. La mujer lo escuchaba con las manos escondidas en un cárdigan grueso lleno de bolas, que combinaba poco con el pantalón de chándal que lucía. Tenía el rostro de una persona cansada, con muchos más años de los que tenía, que no debían de ser más de treinta y tantos. La piel era la de alguien que ha pasado muchas noches en vela y ya ha agotado las lágrimas. Estaba sola en casa, vivía así desde que faltaba el niño. Llevaba el móvil en la mano, Marta dedujo que por si llamaba su hijo o alguien con información. Notó que estaba medicada por la forma en la que caminaba, arrastrando los pies. También por la manera en la que alargaba las miradas, como si todo fuera a cámara lenta. Pese a su situación, escuchó las explicaciones de Dante, que igualmente

le preguntó cómo se encontraba sin nombrar la desaparición de su hijo. Le había advertido a Marta que lo haría, todos en el pueblo sabían lo que había pasado y hacer como que ellos no la conocían solo iba a resultar más sospechoso. Además, no debían descartar la posibilidad de que alguien acabara haciendo preguntas sobre su visita. Mejor evitar comentarios.

—Se tiene que hacer duro —se mostró Dante empático en un momento en el que parecía que no actuaba—. Pero está todo el pueblo acompañándola, ya lo sabe.

Rosana no respondió, aunque agradeció las palabras forzando una pequeña sonrisa. A Marta le sorprendió, esperaba que estuviera más afectada. Intentó no dejarse llevar por los prejuicios y se repitió que no todo el mundo expresa los sentimientos de la misma forma. Ella misma era un ejemplo. Pero había algo en esa sonrisa que se dibujó durante unos segundos en la mujer que no le encajaba. Le pareció que en ella había más miedo que agradecimiento. Después hubo unos segundos de silencio en los que la mujer revisó el móvil. Había recibido un mensaje que tardó en leer más de lo que suele ser habitual, como si estuviera asimilando lo que decía.

—¿Todo bien? —le preguntó Dante.

—Sí —dijo Rosana con otra leve sonrisa.

Con su acento del Este, les indicó dónde estaban el cuadro de luces y la caldera. Los tres echaron a andar por la casa, que olía a infusiones de hierbas. Pese a la situación y lo viejo del edificio, estaba todo muy ordenado y limpio. Probablemente por lo mismo por lo que lo estaba la entrada, para que cuando el niño volviera a casa encontrara todo igual que cuando se marchó. Por las paredes de gotelé y en los huecos vacíos de las repisas de los muebles había fotografías que mostraban momentos familiares de esos dignos de enmarcar. De la madre y el niño solos, el padre hacía años que no

estaba. Casi tantos como los que tenía Anton. El rostro de Rosana aparecía muy distinto en esas fotos. Todo aquello parecía haber ocurrido en una vida anterior.

—Es por aquí —apremió Rosana a Marta al ver que caminaba unos pasos por detrás, observándolo todo.

Marta evitó su mirada y se caló las gafas, como para esconderse tras ellas. Le costaba disimular la tensión y prefería no tener que mirarla a los ojos. Sabía que se jugaba su continuidad en la escuela si descubrían lo que estaba haciendo. Todo su futuro podría irse al traste. En cambio, Dante estaba de lo más relajado. Y no era parte de la actuación, en realidad lo estaba. Mientras recorrían la casa, forzaba una conversación con la dueña sobre el barrio y esos temas cotidianos que no van a ningún sitio. Parecía imposible descubrirlo. Marta pensó que igualmente podría estar interpretando un papel cuando hablaba con ella sin que fuera capaz de descubrirlo. Que a ella también podía estar engañándola.

Frente al cuadro de luces, Dante siguió con la actuación, pero ahora acompañándola de toqueteos a los interruptores. Bajó y subió el diferencial y, tras poner una cara que anticipaba un mal diagnóstico, le pidió a Rosana que le enseñara la caldera. Era eléctrica y parecía más que probable que fuera la causante del fallo. La madre de Anton insistió en que siempre había funcionado bien, pero cuando se la enseñó el satanista desatornilló una placa, apretó un par de botones y logró convencerla de lo contrario.

—El cortocircuito lo está provocando uno de los radiadores al pasar por los cables —emitió finalmente Dante a modo de veredicto —. Deberíamos revisarlos para poder saber cuál. ¿Hay calefacción en todas las habitaciones?

Rosana le confirmó lo que ya sabía, que sí, había radiadores en el salón, las dos habitaciones de la casa y un par más en los pasillos, y

enchufes también en todos ellos. Dante le dijo, sin decírselo así, que deberían comprobar el radiador de la habitación de Anton, pero que podrían dejarlo para más adelante si ella no quería. Para ese momento, ya había conseguido ganarse la confianza de Rosana, así que le dio permiso. Él le dijo que no hacía falta que los acompañara, no quería hacerle pasar un mal rato. Además, necesitaban que alguien observara la caldera por si saltaba. Sonó convincente, a pesar del hecho de que ellos eran dos y podían dividirse. Así que Marta y Dante subieron solos las escaleras. Eran estrechas y desembocaban en un pequeño rellano, si es que podía llamarse así, que distribuía las habitaciones. A la izquierda, la de la madre. A la derecha, la de Anton. Dante quería encargarse de registrar la del niño, por lo que le ordenó a Marta que buscara en el otro dormitorio.

—Ni de broma, la policía soy yo —se negó.

—Te recuerdo que aún estás en el cole…

—Y yo, que tú dejas huellas por todas partes.

Luego añadió, retándolo con media sonrisa en los labios:

—Si me dices el protocolo de registro policial, la habitación es toda tuya, Dante.

—No me fastidies, empollona…

Ni siquiera sabía de qué le estaba hablando. Marta se lo sabía de memoria, era parte del temario de la asignatura de «Métodos y técnicas de investigación» de la escuela.

PROTOCOLO POLICIAL DE REGISTRO DE ESPACIOS

1. **Planificación**: Previo al registro se debe elaborar un plan sobre el objeto a encontrar y los posibles lugares en los que podría estar oculto.

2. **Permiso**: Consentimiento firmado por el propietario o, en su defecto, una orden de registro.
3. **Equipamiento**: Herramientas para la búsqueda y protección para evitar huellas que contaminen las pruebas.
4. **Tiempo**: Se deben estimar los segundos o minutos que durará el registro sin un amplio margen de error.
5. **Sistematización de la búsqueda**: Comenzar desde un punto concreto de la habitación que se marque como norte y avanzar de manera metódica. Dividir las áreas en paredes y suelos, muebles y objetos personales. Priorizar espacios en función de su importancia.
6. **Documentación**: Documentar el proceso a través de fotografías y vídeo, con especial interés en los hallazgos.
7. **Manipulación**: Preservar la escena para cualquier análisis posterior en su estado inicial.

En la habitación de Anton había una estantería de Ikea llena de libros, juguetes, puzles y muñecos de acción. Los laterales del mueble estaban decorados con pegatinas de jugadores de fútbol de álbumes de cromos. Contra la pared, el escritorio, con una carpeta con el nombre del niño escrito seguido de «5.º de primaria», un cuaderno de rayas con separadores para cada asignatura y un estuche lleno de bolígrafos y pinturas. También una lámpara flexo y libros de recomendación escolar. En los cajones, papeles sin importancia para nadie que no fuera él. En las paredes, dibujos con su firma y más pósteres de jugadores de fútbol, sobre todo de Lamine Yamal. En el armario, la ropa: el uniforme del colegio, los chándales que vestía los fines de semana y unas pocas camisas que solo se ponía en celebraciones y cumpleaños. Marta puso un cronómetro de un minuto en el móvil y comenzó el registro, de

izquierda a derecha, desde la puerta hacia el centro de la habitación. Tomó fotografías de los detalles más inusuales que encontró, aunque ninguno de ellos le pareció especial. Solo era un niño de nueve años al que le gustaban las cosas típicas de su edad. Continuó con el registro hasta que oyó un ruido al otro lado de la puerta, probablemente era Rosana subiendo las escaleras. Justo entonces su móvil le dio el aviso de que el minuto había pasado. Se quitó los guantes solo un instante antes de que la madre del niño abriera la puerta.

—¿Funciona el radiador? —le preguntó, visiblemente incómoda porque Marta estuviera en la habitación del niño.

—Sí, está bien.

Marta echó un último vistazo a la habitación. Todo estaba en su sitio. Aunque vio algo por la ventana que le hizo arrugar la nariz. Esa furgoneta blanca volvía a estar en la acera. Y había alguien dentro observándola. No podía verlo bien, solo que vestía de negro y que era un hombre.

—¿Todo bien? —insistió Rosana.

Antes de que pudiera responder, Dante salió de la otra habitación.

—¡Aquí estaba el fallo, señora! El circuito del agua del radiador está haciendo un corte en el enchufe de la esquina —le anunció, invitándola a entrar para que lo comprobara por sí misma.

Marta había dejado de mirar solo un segundo a la calle, pero la furgoneta había vuelto a desaparecer. Se unió a Dante, que le explicaba a la madre del niño lo que ocurría como si fuera un experto y le pidió unos minutos más para capar los cables en ese tramo y evitar así que sucediera de nuevo. Regresarían otro día para cambiar el enchufe y dejarlo operativo. A Rosana le pareció bien y no desconfió cuando él le dijo que se pondrían en contacto con la compañía aseguradora para cerrar el pago, que no tenía que

preocuparse por nada. La madre se lo agradeció con otra leve sonrisa, aunque esta sí que no mostraba nerviosismo. Eso le confirmó a Marta que la primera, la que se le dibujó cuando su compañero le preguntó por Anton, ocultaba algo. Pese a sus deducciones, no se atrevió a volver a mirarla por miedo a que la reconociera de la batida. Ni siquiera cuando al fin salieron de la casa. Marta aceleró el paso, buscando a su alrededor.

—¿Adónde vas? —preguntó Dante al verla agitada—. ¿Qué pasa?

—Me ha parecido ver la furgoneta blanca de nuevo…

—Pues igual sí que es la policía —advirtió Dante—. Mejor vámonos de aquí.

Tenía sentido que merodeara cerca de la casa del niño, por si aparecía, o por si a la madre le llegaba algún aviso; la investigación seguía abierta. Aceleraron el paso hasta alejarse de las calles colindantes. Marta le preguntó si había encontrado algo durante el registro. Ella no había dado con nada que confirmara que Anton tuviera alguna característica que interesara a los fanáticos del ritual.

—Me da que tu teoría hace aguas —le acusó.

—Para nada.

Lo dijo al tiempo que le mostró las fotografías que había hecho con el móvil de unos papeles que había encontrado en el dormitorio principal. Todos los boletines de notas de Anton, plagados de sobresalientes. En uno de ellos, del curso anterior, había una anotación de la tutora escrita a bolígrafo en el margen. Iba dirigida a la madre del niño: «Me gustaría hablar contigo de Anton. Creemos que tiene altas capacidades».

—Y aquí está el punto fuerte de Anton —dijo Dante.

El cerebro.

16

Dante vivía en el centro de Madrid. En concreto, en Malasaña. Un segundo piso en un edificio tan antiguo como el barrio. Seguro que en el pasado el portal fue un majestuoso patio de carruajes, pero ahora era un espacio demasiado amplio ocupado solo por los buzones. Antes de entrar, Marta se fijó en la placa, azul y con el escudo de la ciudad, con el nombre de la calle. Enarcó las cejas al ver que era la calle Escorial.

—Es casualidad —le dijo Dante, que sabía lo que estaba pensando, mientras le sujetaba la puerta.

—Ni de broma es casualidad…

—Vale, reconozco que esta calle siempre me ha atraído. Digamos que tiene su componente esotérico. ¿Subes y te lo cuento?

Pero Marta no entró en ese portal con el número 26 hasta que él lo hizo primero, negándole la galantería cuando le sujetó la puerta. Subieron en silencio las escaleras de madera, que crujían a su paso, y llegaron hasta la segunda planta. Dos vueltas a la cerradura y la puerta se abrió. Por dentro, la casa no tenía nada que ver con el edificio. Estaba reformada y olía a nuevo, a mezcla de barniz y pintura. Dante llevaba algo más de un año viviendo allí, pero ni cocinaba ni dormía tantas noches en casa como para haber cambiado el aroma de la reforma por el de su propia vida.

—Voy a cambiarme.

Pero antes de tomar el único pasillo que llevaba hasta la zona de descanso del piso le advirtió:

—No toques nada, estudiante.

Marta miró al cielo como si pidiera ayuda divina para seguir soportándole. A solas, paseó por el espacio, perseguida por el sonido de sus botas al pisar. El piso en su día debió de tener tres habitaciones que se habían tirado abajo hasta convertirlo en un *loft* de aire neoyorquino que recordaba a los de las películas. El salón ocupaba la mayor parte de ese espacio abierto. Tenía un diseño industrial, con suelo de cemento pulido, vigas de madera a la vista y muebles de diseño. El corazón de la casa lo ocupaba un chéster de cuero oscuro que apuntaba hacia una televisión de tantas pulgadas que casi ocupaba toda una pared. A ambos lados del televisor había dos balcones que daban a la calle, oscura por acercarse la noche. Marta cerró la ventana de uno de ellos, llegaban desde abajo los aullidos ensordecedores de un perro. Ni aun así dejó de oírlos.

—Demonio de perro…

Dante le voceó desde la habitación que picara algo si tenía hambre, que en la nevera había pocas cosas, pero todo *gourmet*.

—¡No sé si sabrás apreciarlas, pero coge lo que quieras!

Marta volvió a mirar al cielo. La cocina estaba dividida por una isla con taburetes altos de aspecto industrial. En cambio, el despacho, en la otra esquina, era de lo más clásico. Tenía un escritorio afrancesado, de madera de color cerezo y tapete de cuero verde, iluminado por una lámpara de mesa de color ámbar. Las paredes, como las de toda la casa, estaban forradas de estanterías desbordadas de libros. Marta le echó un ojo a los títulos que parecían ocupar un lugar privilegiado entre el resto: *La biblia satánica*, de Anton LaVey; *El satanismo: una introducción*, del mismo autor; *La psicología del satanismo*, de Michelle Belanger; *Demons: a non-fiction*, de John W. de Gruchy; *La Iglesia de Satán*, de Blanche Barton. Y había uno más, encuadernado en cuero con letras

doradas. *El satanismo y su práctica mágica: una aproximación a través del caso del crimen del niño Pedrín*, por Dante Velasco. Era su tesis doctoral, el satanista la había presentado cinco años antes en la Universidad Complutense de Madrid. Marta ojeó el índice: Definición de satanismo, Historia del satanismo, Prácticas mágicas asociadas, Contexto del crimen del niño Pedrín, Descripción del caso, Testimonios y declaraciones, Relación entre el crimen y prácticas satanistas, Impacto en la comunidad… La tesis sumaba más de cuatrocientas páginas escritas, sin contar otras casi cien de anexos. Algunos de los textos iban acompañados de imágenes con simbología religiosa, imaginería, altares, objetos mágicos… También transcripciones de artículos que hablaban del crimen del niño Pedrín. Entre esas páginas a las que Dante había dedicado años de escritura, encontró una fotografía que mostraba a un grupo de personas celebrando una festividad de pueblo. Parecía de montaña. Vestían trajes de hojarasca. Los rostros estaban cubiertos por máscaras también de ramas, como si fueran monstruos de los bosques. Bailaban en torno a una hoguera, en comunión, transmitiendo energía. A pesar de que la imagen era en blanco y negro, la luz del fuego creaba sombras danzantes que aportaban un componente siniestro. Estaba firmada por Carmen García Rodero. La fotografía también estaba enmarcada en la pared, iluminada por un foco. Parecía auténtica. Otro regalo de sus amigos satanistas millonarios, pensó. Vio un pasillo que se abría a la derecha y lo tomó. Desembocaba en una única puerta, cerrada con llave.

—Te he dicho que no cotillearas…

Dante la sorprendió. Se había dado una ducha rápida, así que llevaba el pelo mojado y una toalla a la cintura. Se comportaba con el atractivo de alguien que tiene abdominales marcados, aunque su cuerpo definido despertó rechazo en Marta.

—¿No vas a terminar de vestirte?

—¿Te molesta?

Volvió al centro del *loft*, cogió la chaqueta de donde la había dejado y se fue decidida hacia la puerta.

—No tendría que haber venido —se decía a sí misma, castigándose por haberlo hecho.

—¿A qué viene este número? —Dante fue tras ella, persiguiéndola por la casa hacia la salida.

Venía a que estaba casi desnudo y no parecía tener ganas de vestirse. A que lo de que tenía información para encontrar a Anton que solo compartiría con ella en un espacio seguro había sido una excusa. A que la había engañado para que acabara en su casa. A eso venía el número, le dijo Marta a gritos.

—Todo lo que pasa es que esta mañana ni siquiera me dio tiempo a ducharme. Y que al salir del baño te he pillado cotilleando. Te he dicho que no quería que tocaras nada. Eso me incluye a mí…

Se fue a la habitación, murmurando que menuda creída por lo bajo. Aunque hubo algo que sí dijo en voz alta:

—No entiendo que te ponga tan nerviosa ver a un tío envuelto en una toalla. Pensaba que eras lesbiana.

Marta se tragó los nervios y terminó por quitarse de nuevo la chaqueta. Tenía demasiadas preguntas para marcharse sin encontrar respuestas. Le voceó la primera de ellas:

—¿Estás seguro de que tú no estás en la lista de millonarios de la Iglesia satánica? No hay nada en este piso que valga menos de cinco mil euros.

—Espero estarlo algún día —le contestó desde el dormitorio—. Por el momento tengo que conformarme con presidir la Iglesia y aceptar las «propinas» de sus miembros más celosos de su intimidad.

—En tus extractos bancarios no están esos «donativos».

—Satán tiene amigos hasta en el banco. No me digas que te sorprende descubrir eso…

Empezó hablando desde la habitación, pero acabó en el salón, ya vestido con unos vaqueros y una camiseta negra básica algo escotada que dejaba ver parte del tatuaje que tenía en el pecho, el pentagrama invertido. A Marta le llegó el olor a jabón y a colonia amaderada, aunque se negó ni siquiera en silencio a reconocerlo como agradable. Lo era, igual que su piel húmeda que brillaba.

—¿Qué hay en esa habitación al fondo del pasillo? Está cerrada con llave.

—Un niño secuestrado.

Ella no le rio el chiste.

—Un trastero. No es a mí a quien tienes que investigar, ¿vale? ¿Podemos empezar a trabajar?

Si Marta estaba en su piso era porque sabía que él era el único que podía ayudarla. Anton tenía un cerebro privilegiado. Eso limitaba la lista de personas que podrían necesitarlo. Tenía que ser alguien que sufriera una enfermedad cerebral. Hicieron una búsqueda rápida por internet hasta llegar a las diez más comunes:

- Enfermedad de Alzheimer.
- Enfermedad de Parkinson.
- Accidente cerebrovascular.
- Esclerosis múltiple.
- Epilepsia.
- Tumor cerebral.
- Encefalitis.
- Meningitis.
- Transtorno del espectro autista (TEA).
- Demencia vascular.

El Alzheimer se clasifica como un tipo de demencia que afecta a la memoria y otras funciones cognitivas.

La enfermedad de Parkinson causa temblores y afectación del movimiento por un trastorno neurodegenerativo.

El accidente cerebrovascular ocurre cuando el flujo sanguíneo del cerebro se ve interrumpido, causando daño cerebral.

La esclerosis múltiple es una enfermedad autoinmune que distorsiona la comunicación entre el cuerpo y el cerebro.

Las convulsiones recurrentes de la epilepsia tienen su origen en un trastorno neurológico.

Un tumor cerebral es un tipo de cáncer consecuencia del crecimiento anómalo de células malignas.

La encefalitis la causa una infección viral que tiene como consecuencia una inflamación del cerebro. También puede ser consecuencia de una infección la meningitis, que provoca inflamación en las membranas del cerebro y la médula espinal.

El trastorno del espectro autista muestra afectación cerebral en distinto grado.

La demencia vascular es consecuencia de problemas en el riego sanguíneo del cerebro.

Marta leyó esas líneas sueltas con información sobre las enfermedades de las que Anton podía salvar a una persona poderosa.

—No todas son enfermedades de la tercera edad. La meningitis afecta a niños —apuntó.

—Puede ser, pero me sorprendería que el protagonista fuera un niño. Hacer un pacto satánico para salvar a un niño creo que tendría consecuencias…

—¿Cuáles? —preguntó Marta.

Aunque no las tenía claras, Dante sospechaba que no serían muy positivas. Le explicó que, pese a sus prejuicios, el satanismo sí tenía ciertos límites. Había dogmas y uno de ellos era respetar la libre elección de la religión. Más en el caso de un ritual relacionado con la práctica del ocultismo en el que se encuadraría un pacto de sanación demoniaca como ese, con todo lo que supone firmarlo. Imponerlo podía hacer que se recibiera con rabia y que el poder otorgado se contagiara de ella.

—Tampoco creo que nadie se atreviese a hacerlo —murmuró.

Por primera vez, parecía tener algo de miedo en la voz. Preferiría creer que nadie se habría atrevido a cruzar esa línea que llevaría hasta puertas difíciles de cerrar.

—En cualquier caso, el enfermo no será el que tenga al niño retenido. La gente con poder siempre tiene esbirros que se encargan de hacer el trabajo sucio.

—¿Como los que usan para que escondan su relación con una Iglesia demoniaca? —disparó Marta.

—*Touché*.

Se sentaron delante de la gran pantalla del salón. Dante la tenía conectada al ordenador.

—¿Por qué estás tan seguro de que Anton aún sigue vivo? Puede que ya hayan realizado el ritual.

—Sigue vivo. Están esperando la llegada de la próxima luna negra.

Se hablaba poco de ella porque no era un espectáculo nocturno que llenara las azoteas de telescopios. Ocurría cuando la órbita lunar colocaba el satélite entre la Tierra y el Sol y lo convertía en invisible, como si fuera una inmensa mancha negra.

—En realidad es un fenómeno que depende de la luna nueva, es la que determina cuándo sucede.

Dante le explicó que había varios fenómenos que decidían la llegada de una luna negra. Uno de ellos se daba cuando en un mismo mes había una segunda luna nueva, aproximadamente cada periodo de veintinueve meses.

—También se llama luna negra a la tercera luna nueva en una temporada de cuatro lunas. Pero la luna negra favorita del oscurantismo se da solo cada diecinueve años.

Sucedía cuando no había luna nueva en febrero. Le explicó que, atendiendo al calendario gregoriano, la luna ocupaba veintinueve días, doce horas, cuarenta y tres minutos y doce segundos.

—Eso son 29,53 días para pasar de una luna llena a otra. La luna llena del 31 de enero comenzó su proceso hacia luna nueva el primer día del mes de febrero. O más bien luna negra.

Si sumaban los días del mes de febrero no siempre les alcanzaba para ver la luna llena.

—La de este año es perfecta porque acabará con la llegada de la luna nueva. Y encima al comienzo de la cuaresma. Ese cóctel es un elixir para el satanismo.

La conjunción de ambas religiones, satanismo y cristianismo, conformaba un crisol de energías de las que alimentarse.

—Entonces, ¿cuándo va a ocurrir el ritual? —preguntó Marta, algo aturdida por los datos astronómicos.

—Los últimos tres días de febrero, aunque el 27 tiene más probabilidades. La luna estará iluminada y podría parecer incluso llena.

Eso activaba una bomba de relojería que explotaría en esa fecha.

—Al menos, así fue como ocurrió en el pasado —le aseguró Dante mientras abría un calendario en la pantalla.

Tenía marcadas las fechas de las desapariciones de los niños junto a la fase en la que se encontraba la luna. Le demostró que todas

estuvieron cerca de lunas negras en la bóveda celeste. Eran noches idóneas para la práctica del oscurantismo. Tan perfectas como debían serlo los órganos de los donantes según el *Códice Belial*. Requerían niños porque sus cuerpos aún no estaban formados, solo de esa manera el cuerpo del huésped podría asimilarlos. Marta sintió asco al imaginarlo.

—Esta es una lista de las personas que forman parte de la Iglesia de Satán.

Tenía razón, era mucho más larga de lo que Marta esperaba. Dante se la mostró en la pantalla, pero sin detenerse lo suficiente para que pudiera leer los nombres. Le recordó que los datos eran confidenciales. Además, no todos ellos les interesaban.

—Tengo otra lista con los que son millonarios de verdad. Es bastante más corta. Y es más probable que la persona que buscamos esté en esa. Un pacto así solo puede permitírselo una cuenta con muchísimos ceros.

—¿Y puedo ver esa lista o tampoco?

Tampoco podía verla. Dante apagó el monitor.

—Creo que no eres consciente de que, si comparto contigo esta información, me la juego. Me expulsarían de la Iglesia satánica.

—¿Quieres que te firme un acuerdo de confidencialidad? Venga, lo redactamos juntos si quieres.

Se lo dijo con ironía, pero él tenía algo parecido en mente.

—Lo que quiero es que te conviertas al satanismo.

A Marta le dio la risa, más aún cuando le explicó que solo entonces podría compartir con ella esa información. Si era parte de la Iglesia podría saber quién más lo era. O, al menos, la pena para él por habérselo contado sería menor. Se lo explicó cuando dejó de reírse, aunque Marta no llegó a perder la sonrisa de incredulidad.

—Lo siento, no puedo saltarme las normas —repitió Dante.

—¿No crees que ya lo estás haciendo? Estás investigando conmigo quién se salta las normas de verdad en el satanismo.

Sí, pero cuando todo saliera a la luz podría justificar su continuidad en la Iglesia por haber logrado descubrirlo. Además, Marta tenía razón, él no estaba dispuesto a renunciar a todo lo que le aportaba su religión. Se lo explicó de nuevo, con otras palabras. Ni aun con esas ella dio su brazo a torcer:

—Olvídalo, no voy a meterme en tu secta.

—No es una secta. Pero ya que la nombras, todos los policías que investigan sectas y se infiltran en ellas se convierten.

Tenía razón, podía considerarlo como parte del proceso de investigación, aunque Marta siguió sin ceder.

—Además, tú misma has dicho que no crees en mi religión, ¿no? Tampoco será tan importante para ti pasar por un mero trámite.

No lo era, pero consideraba ridículo participar de algo que parecía solo un capricho de Dante, que se mostró firme en mantenerlo. Fue a por la llave de la habitación cerrada, allí tenía lo que necesitaba.

—¿Qué necesitas? ¿Una vela negra? —se burló ella.

—Y una cabra para sacrificarla y que te bebas su sangre… ¿Cuántas veces tengo que decirte que mi religión no es como en las películas? —le repitió una vez más Dante—. O te lo tomas en serio o no va a funcionar.

Marta suspiró, cedió y lo siguió hasta uno de los muebles de la entrada, donde guardaba la llave. Le dijo que lo haría porque resolver el caso le importaba más que sus propias convicciones, pero también le repitió que veía absurdo tener que convertirse.

—No tiene ni pies ni cabeza lo que me pides, Dante. ¿Por qué tienes tú tanto interés en esto?

—Pues… porque sí.

Pero las excusas fueron vagas. Estaba claro que ocultaba algo, aunque Marta dejó de pensar en qué, y hasta de escucharlo. Le preguntó en voz baja que si en esa habitación cerrada tenía una pistola.

—¿Por qué? —le preguntó Dante, desconcertado.

—Porque hay alguien observándonos en el balcón.

17

La lluvia manchaba los adoquines de la calle y cubría las luces de las farolas, tan amarillas y tenues que apenas iluminaban. Marta se asomó por el portal de la casa de Dante, con esa urgencia que se tiene cuando quieres respuestas. Oyó a lo lejos los ladridos de aquel perro que parecía llamar a su dueño con desesperación y rabia.

—¡Marta! ¡Marta! —gritó Dante, desde el mismo balcón en el que Marta creyó haber visto a alguien.

A alguien —o algo— que fue incapaz de definir, pero que tenía unos ojos oscuros y profundos. Y la estaban observando a ella. Cuando Marta se lo contó, Dante le aseguró que eso era imposible, que se encontraban en un segundo piso y las ventanas de los vecinos quedaban demasiado lejos como para escalar hasta allí, y que la lluvia era fuerte y quizá había sido un reflejo extraño originado por un rayo. Por eso no había nadie allí cuando abrieron juntos el balcón. Pero ella salió a la carrera del piso y, ya en la calle, volvió a ver esos ojos, todavía mirándola fijamente. Estudiándola. Los rodeaba una masa negra. Dudó incluso de si era humano. Buscó el cuchillo que escondía en el tobillo. Lo sacó y lo empuñó. Ignoró los gritos de Dante desde arriba, que le pedía que volviera, y empezó a subir la calle, sin apenas poder ver entre la cortina de agua. Se enfrentó al viento, que la empujaba hacia atrás con más fuerza de la que había experimentado nunca. Dejó de oír a Dante llamándola. Mientras recorría la calle, Marta iba revisando cada portal y cada recoveco. En uno de ellos había alguien, de espaldas.

Marta aceleró el paso, apretó el cuchillo entre los dedos. Llegó hasta el portal. Lo amenazó con el filo.

—Socorro… ¡Socorro!

Era una mujer, mucho más asustada que ella. Tenía los ojos pequeños, de color claro. No eran los mismos que había visto.

—P-perdone… Lo siento —balbuceó, desconcertada.

Pero la mujer, al ver el cuchillo, empezó a gritar pidiendo auxilio. Ella intentó calmarla, pero terminó por retroceder y huir. Varios vecinos abrieron las ventanas para saber qué sucedía. Marta corrió calle abajo, acercándose cada vez más a los ladridos del perro. Lanzaba miradas fugaces hacia atrás; la mujer la señalaba desde lo alto de la calle, gritando:

—¡Policía! ¡Policía!

Marta llegó hasta el final de la calle. Iba a doblar la esquina hacia la siguiente, Jesús del Valle, pero se encontró con algo que la hizo detenerse como si se hubiera convertido en piedra. Eran los ojos que la habían mirado. Negros, profundos. Y demoniacos. Pertenecían a un perro, negro e inmenso, tanto que parecía más un monstruo. Estaba inmóvil, pero no daba la impresión de que fuera a dejarla salir de la calle. A pesar de la fuerza con la que la lluvia golpeaba, al animal parecía bordearlo, como si no lo mojara. Marta podía escuchar el sonido de su respiración rabiosa, acompasada con la suya. Y pese a ello, el monstruo le transmitió paz. Una sensación de serenidad que hizo que ella se fuera calmando. Hasta que una mano se puso en su hombro y Marta ahogó un grito.

—Tranquila, Marta.

Era Dante.

—No te muevas —le pidió ella.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Se lo preguntaba como si no hubiera ningún monstruo frente a ellos. Marta lanzó una mirada fugaz a Dante de desconcierto, justo cuando se oía el sonido de un silbido en el aire. Parecía el dueño del perro, llamándolo. Cuando ella volvió a mirar al frente, el monstruo se marchaba hasta que se perdió en la oscuridad de la calle.

—¿Estás bien? —Dante la miraba como se mira a los locos.

—Había un perro inmenso…

—¿Dónde? —le preguntó él, desconcertado.

—¡Aquí mismo, joder!

Sin embargo, Dante no lo había visto. Intentó que se calmara y casi llegó a abrazarla, pero Marta escapó corriendo. Y no regresó, ni le respondió al teléfono. No podía dejar de pensar que su padre había perdido la cabeza con esa investigación. Y parecía que a ella le estaba ocurriendo justo lo mismo. Marta siguió escapando bajo la lluvia, pegando zancadas. Se detuvo al encontrarse con la estación de metro de Tribunal. Bajó las escaleras casi saltando, hasta llegar al andén, que estaba hasta arriba de gente que escapaba del frío. De alguna manera, se sentía más segura rodeada de todos esos desconocidos que volvían a casa después del trabajo. Mientras esperaba el metro sacó el móvil y abrió el buscador de internet. Le temblaban los dedos, pero logró escribir las palabras «perro», «gigante», «Malasaña». Alguien más tenía que haber visto esa bestia. Pero lo que encontró le hizo sentir aún más que estaba perdiendo el juicio.

Del Diario de Malasaña

EL MONSTRUOSO PERRO DE LA CALLE ESCORIAL

Por Daniel Romero Bueno

El castizo barrio de Malasaña es uno de los que más leyendas acumula en Madrid, como si brotaran de sus antiguos adoquines. En la calle San Bernardo hay un edificio maldito donde los espejos reflejan algo más que rostros y los susurros no necesitan voz humana. No lejos de allí, una monja espectral camina cada amanecer sobre las ruinas invisibles de un convento desaparecido, dejando tras de sí el escalofrío de lo que aún persiste sin forma. En una antigua taberna, cerrada desde hace décadas, se realizaban rituales extraños; quienes intentaron reabrir el local enfermaron o desaparecieron, como la anticuaria que un día bajó al sótano y nunca regresó. Y en el callejón del Espíritu Santo, dicen que cuando hay tormenta aún se aparece una mujer empapada, descalza, que pide ayuda. Aunque hay una de ellas que destaca porque relaciona dos puntos muy alejados en el mapa de la comunidad del epicentro de España con una historia escalofriante. Uno de esos puntos se encuentra en el barrio, la calle Escorial, estrecha y poco transitada, a pesar de que discurre paralela a una de las principales venas de Malasaña, la del Espíritu Santo. Esta se llama así porque había allí un burdel que se quemó, dicen que por obra del Espíritu Santo para alejar el pecado. El otro lugar está a los pies de la sierra de Madrid, el pueblo de San Lorenzo de El Escorial, en donde se alza el histórico monasterio neoclásico diseñado por Juan de Herrera. Uno de los mayores templos de la cristiandad, que albergó los secretos de los reyes del pasado. Algunos de ellos estaban relacionados con el ocultismo. Cuentan los vecinos de Malasaña, especialmente

los de esa calle angosta y empedrada bordeada por edificios antiguos, que ciertas noches les despierta el aullido de un perro tan particular que hiela la sangre. El aullido de este can suena cargado de furia, como un rugido. No transmite tristeza, ni genera compasión. Eriza la piel y aviva el miedo. Tampoco parece pertenecer a un perro cualquiera, se escucha poderoso, como si lo emitiera un monstruo. Sin embargo, al asomarse por los balcones, las aceras y calzadas están vacías… Tampoco lo encuentran en las balconadas del resto de los edificios, a pesar de que se escucha como si estuviera bajo sus ventanas. Solo hay oscuridad y esos gruñidos que provocan pesadillas. Quizá porque ese rugido hipnótico pertenece en realidad al Cancerbero que guarda las puertas del infierno que oculta el monasterio de El Escorial. Un animal salvaje y sobrenatural. Fue visto mientras se construía el edificio del monasterio por los obreros, vigilándolos. Los vecinos del pueblo relacionaron el animal con una leyenda que todos conocían. Aquella que contaba que en las montañas que rodeaban esas calles en cuesta había vivido Lucifer, escondido, y que allí construyó una de las puertas de entrada al averno. El monarca, en realidad, quería construir el monasterio para sellarla. Ese perro inmenso y monstruoso era el Cancerbero, el guardián de los infiernos que veía cómo estaban cerrando la obra de su amo. La superstición hizo que Felipe II mandara apresar y ahorcar al perro, que dejaron colgado de los arcos de entrada del monasterio para que todo el pueblo viese que había vencido al mismísimo diablo. Cuenta la leyenda que cuando el paso de los años llevó a Felipe II al lecho de muerte, en el monasterio se volvieron a oír los ladridos del monstruoso

animal en el aire. Algunos a los que tacharon de locos aseguraron verlo. ¿Qué ocurre en el barrio de Malasaña? ¿Cuál es la relación entre las dos leyendas? Dicen los entendidos en ocultismo que, en las noches frías que rondan la luna negra, el monstruo con forma de perro busca la entrada del infierno al que pertenece. Cerrada la de la sierra por el monasterio del rey, el Cancerbero intenta complacer a su demoniaco amo buscando una nueva apertura. El nombre de la calle le confunde y desata su rabia al no encontrarla. Esa furia se traduce en lamentos y gruñidos terroríficos que no dejan dormir en paz al que los escucha. Eso dijeron los cronistas de la época que documentaron las noches en la calle de ese barrio maldito hace dos siglos. A los vecinos que decían ver al monstruo los tomaron por locos. Ya lo dijo Edgar Allan Poe: «Los hombres han llamado locura a los sueños de los sabios».

18

En la escuela de policía había clases magistrales cada quince días. No las impartían los instructores, la lista de ponentes de esas conferencias más especiales la completaban profesionales de distintas áreas: médicos, antropólogos, fiscales, periodistas, consultores empresariales, arquitectos, historiadores, lingüistas… También bomberos, cerrajeros, costureras, electricistas o pescaderas. La intención era acercar a los policías alumnos diferentes profesiones y oficios que pudieran resultarles útiles en el desempeño de la labor de seguridad ciudadana, incluso aquellos que no parecían serlo. Un guarda forestal conocía la mejor forma de rastrear un monte para buscar a un desaparecido, pero un carnicero sabía cómo desmembrar un cuerpo para hacerlo desaparecer. Por eso eran charlas amenas, en ocasiones cercanas al coloquio, en las que los policías alumnos, frente a la rigidez del programa de formación, disfrutaban más de lo habitual. Acompañaba el horario, siempre los viernes, al final del día lectivo. Tenían lugar en el salón de actos de la escuela, un espacio amplio con más de doscientas butacas, que miraban al inmenso escudo de la policía bordado en un tapiz, estratégicamente iluminado al fondo del escenario. Marta entró entre la marea de alumnos que buscaban asiento, los de la escala básica y la ejecutiva, porque las clases magistrales eran conjuntas. Localizó a Bosco en una de las filas más cercanas al escenario junto a otros compañeros de su brigada. Se unió al grupo, saludó a unos y otros, comentaron un par de detalles de la clase de

manejo de armas que habían tenido antes y se fueron sentando. Bosco acabó a su lado. Habían pasado unos días sin apenas hablar, solo cuando coincidían en los entrenamientos y cenas. Y apenas habían hablado de la noche que Marta pasó fuera de la escuela. Sobre todo, porque ella le había mentido, Bosco no sabía dónde estuvo en realidad.

—¿Cómo está tu madre?

—Mejor, ya está recuperada —le mintió evitando mirarlo a los ojos.

Le había contado que tuvo que ir a hacerle una visita de urgencia al hospital. No quiso decirle lo que pasó aquella noche en casa de Dante por miedo a que la tomara por loca.

Desde entonces, tampoco había vuelto a hablar con el satanista. Él la había llamado más de una docena de veces, le había escrito wasaps, mensajes y hasta correos electrónicos. En todos le decía que no entendía lo que ocurrió aquella noche pero que, fuera lo que fuera, le pedía que confiara en él. Estaba dispuesto incluso a dejar a un lado que se convirtiera al satanismo. Dante insistía en que había descubierto algo que tal vez pudiera salvar la vida de Anton. Marta se había convencido de que el niño estaba muerto, como decían todos. Cada vez que su fotografía, la de ese cartel de «Se busca», se publicaba en redes sociales, se llenaba de comentarios que insistían en que ya lo habrían devorado los lobos de la zona, en donde no paraba de nevar. Habían visto varios ejemplares cerca del punto en el que desapareció el niño. Sí, eso era lo que había ocurrido. Marta se lo repitió hasta que logró convencerse. Casi. Bloqueó el número de Dante para que no pudiera llamarla ni escribirle por WhatsApp. Estaba decidida a olvidarse de él y de los niños de la sierra para siempre, pero había pasado ya una semana y no lo había conseguido.

—No habrás podido avanzar mucho con la tesis —le dijo Bosco.

—Bueno, he estado trabajando algo los casos, pero debería centrarme más, sí…

Apenas había recopilado algo de información del nuevo caso. Pese a ello, en solo unas horas debía reunirse con Figueroa en su despacho para presentarle sus avances.

—¿Estás bien, Marta? —le preguntó tras un silencio de unos segundos que pesaron—. Puedes contármelo. Somos amigos…

A punto estuvo de confesarle a Bosco que no, no lo estaba. Que por poco arruina su carrera como policía por investigar lo que no debía. Que se había equivocado al creer que podía resolver la deuda del pasado de su padre. Que tenía miedo de que le hubiera ocurrido lo mismo que a él y la razón la traicionara. Pero no lo hizo:

—Sí, todo bien.

Sintió alivio cuando las luces de la sala empezaron a perder intensidad en el patio de butacas y a ganarla sobre el escenario. La charla iba a comenzar, lo anunció desde el atril Alonso, la instructora de manejo de armas que tanta manía le tenía a Marta sin tener motivos para ello. Era la oficial encargada de coordinar las ponencias, formaba parte de su trabajo en la escuela. Pidió silencio un par de veces a través de la megafonía, con sus modales autoritarios de siempre. Cuando lo tuvo, recordó a todos los policías alumnos que estaban en una clase magistral, la duración y las normas. Nada de interrumpir la ponencia, habría un turno de preguntas al finalizar. Tampoco se podía salir de la sala, ir al baño no era una excusa. Debían tomar notas, a pesar de que se les entregaría un dosier que uno de los agentes designado para ello elaboraría.

—Nuestro invitado de hoy es algo particular —se escuchó por los altavoces distribuidos por el auditorio. Uno de ellos quedaba muy

cerca del asiento de Marta, el sonido eléctrico le retumbaba en el oído.

Alonso leyó el currículum del invitado. Doctor en Teología, profesor en la Universidad Complutense, articulista e *influencer* con miles de seguidores. Y también es el presidente de la Iglesia satánica en España.

—No puede ser —se le escapó a Marta entre los labios.

Carola estaba sentada un par de filas detrás, ligando entre susurros con esa chica de la brigada 24. Dejó de hacerlo al escuchar quién era el invitado. Marta y ella se buscaron entre los asientos con la mirada.

—Bienvenido a la escuela de policía, Dante Velasco. —Alonso pidió un aplauso para él.

Dante entró en el escenario con la seguridad de la que hacía gala, moviéndose con esa mezcla de intelectualidad y aire de estrella del rock. Su presencia desató murmullos entre los asistentes, risas y burlas complacientes. También comentarios sobre su físico, hubo más de una sorpresa por su atractivo. Bosco miró de reojo a Marta. Lo reconoció, había visto la foto de Dante cuando la ayudó a sacar las huellas de los expedientes. Se lo confirmó la forma en la que Dante parecía buscar a Marta entre el público. Al verla, le mostró una leve sonrisa, de esas suyas de lado. Fue al atril, se presentó con el carisma que lo caracterizaba y comenzó una presentación apoyada por diapositivas en las que contó lo que era la Iglesia satánica, su verdadero espíritu, lo injusto que eran los prejuicios que se tenían hacia su religión... Lo que siempre decía con el mismo objetivo: normalizar el satanismo, romper mitos y ganar respeto y confianza.

—Siento decepcionaros. Supongo que os esperabais otra cosa… —Dante se dirigió a la audiencia con su habitual descaro—. Lo sabía, si

es que me tendría que haber traído una cabra para sacrificarla.

Consiguió despertar un buen porcentaje de risas entre los policías alumnos. Incluso algunos de los instructores movieron los labios. Figueroa, sentado en la primera fila, fue el que más se soltó.

Los siguientes cincuenta minutos Dante hizo una de sus presentaciones habituales, sorprendiendo con la realidad del satanismo, su relación con el catolicismo y la ausencia de representantes de su religión relacionados con la criminalidad en la actualidad. Incluyó porcentajes que no subían del uno por ciento en toda su historia, y ninguno de ellos había tenido un cargo institucional. También explicó los motivos por los que no eran una secta y lo que los alejaba de personajes como Charles Manson. Se metió a los policías alumnos en el bolsillo, y hasta les dejó con ganas de más cuando dio por concluida la presentación. A continuación, atendió preguntas en las que el micrófono iba de uno a otro por el patio de butacas. Y lo hizo todo sin dejar de cruzar miradas con Marta, atrapada en la sala. Las de ella mostraban enfado. Las de Dante, la misma satisfacción del que gana un juego.

Tras el aplauso, los policías alumnos volvieron a sus rutinas en la escuela. Menos Marta, que escapó de Bosco y esperó al satanista en el pasillo de salida. Dante la vio y se despidió de Alonso diciéndole que podía ir solo hasta la salida. A solas, Marta lo agarró del brazo con fuerza, como si se lo llevara esposado, y lo metió en el cuarto de baño de un empujón.

—Marta, ya te he dicho que no eres mi tipo —bromeó él sin oponer resistencia.

—¿Qué coño haces aquí?

—Dar una charla… ¿Te ha gustado? Pagan bastante, la verdad. Y encima no ha sido fácil convencerlos de que quería cambiar la

imagen de la Iglesia satánica. Tenía algún nombre al que amenazar solapadamente para conseguirlo...

Marta no tuvo mucha más paciencia. Lo volvió a empujar, esta vez contra la pared, le exigió que le explicara qué estaba haciendo allí, por qué había entrado en la escuela. Le gritó hasta que Dante cambió de actitud y se la tomó en serio.

—¡Porque no me has dejado otra opción! ¡Desapareciste! ¿Qué coño pasó, Marta?

Que oyó los ladridos de ese perro, que lo vio bajo la lluvia. Que sintió que no iba a atacarla. Que temía estar volviéndose loca. Pero no le confesó nada de eso.

—¿Por qué has venido? —le preguntó sin responderle—. ¿Tienes el nombre de la persona que está detrás de la desaparición de Anton?

—Pues tengo que decirte que… —dejó unos segundos antes de terminar la frase— no, no lo tengo.

Chasqueó la lengua mientras la paciencia de Marta se agotaba.

—¿Y entonces qué haces aquí?

—No tengo el nombre, pero sí tengo algo que contarte que puede llevarnos hasta él.

Lo había encontrado estudiando dos docenas de nombres, hombres y unas pocas mujeres con rentas muy superiores a los cien millones de euros. Todos ellos habían tenido algún tipo de contacto con el satanismo, en mayor o menor medida. Al final, Dante se arriesgó y pudo acceder hasta sus informes médicos, en busca de una enfermedad que justificara el secuestro del niño. Marta no insistió en saber cómo había conseguido toda esa información confidencial, ni tampoco lo que había hecho para entrar en la escuela de policía. Solo tomó aire para llenarse de paciencia y le dejó seguir.

—Pensaba que me había equivocado porque ninguno de ellos tenía una enfermedad relacionada con el cerebro. No había nada que justificara la desaparición de Anton.

Pese a ello, cruzó los datos con informes de familiares. Tal vez alguno de esos millonarios quería a alguien lo suficiente como para regalarle alargar la vida. Nada, tampoco dio frutos esa búsqueda. Cabía la posibilidad de que alguno de ellos aún no hubiera acudido al médico, así que revisó otro tipo de informes: laborales, financieros, agendas públicas que se hubieran visto mermadas... Cruzó datos de nuevo y… nada, no encontró nada.

—Reconozco que empecé a pensar que me había equivocado.

—¿Sabes cuántos delitos has cometido para llegar a esa conclusión, Dante?

Violación de la privacidad, uso indebido de información, responsabilidad civil y unos cuantos más que le enumeró.

—Y encima todo fue absolutamente innecesario. Sobre todo, porque la respuesta que buscábamos estaba en otro sitio.

—Yo he dejado de buscarla. No quiero saberlo. —Marta fue directa a la puerta.

Dante la siguió, insistiendo en que quedaban solo tres días para la luna negra y se acababa el plazo para salvar a ese niño. Tenía una pista que no iba a llevarlos hasta un callejón sin salida. Y también le recordó a Marta que se lo debía.

—No te debo nada —zanjó—. Y no te preocupes, no voy a denunciarte, pero márchate de aquí.

Marta salió de nuevo al pasillo, con el satanista siguiéndola. No dieron más que un par de pasos porque Bosco estaba allí, esperándolos.

—Marta… ¿Qué pasa?

Intentó decirle que nada, pero Bosco sabía quién era él. también Carola, que esperaba en el otro extremo del pasillo, sabía quién era. Se acercó a ellos y le hizo la misma pregunta a Marta. Ella siguió sin saber qué responder, no sabía cómo hacerlo. Eran demasiadas cosas las que les había ocultado, sobre todo a Bosco. En cambio, Dante se presentó, aunque sabía que no era necesario. Y sonrió.

—Pues ya estamos todos.

19

—¿De verdad Figueroa no te contó que fue él quien expedientó a tu padre?

Se lo preguntaba Carola a Marta mientras toqueteaba los frascos llenos de químicos. Estaban en el laboratorio de la escuela, con Bosco, que preparaba todo lo necesario para un análisis de datación. Estos se hacían para determinar la fecha en la que se había producido un documento, a través del análisis de las tintas y el papel. Querían comprobar si la fecha del expediente disciplinario del padre de Marta que tenía la firma de Figueroa era real. Por si Dante les estaba engañando, pues cabía la posibilidad. Carola había insistido en que quizá el documento fuera falso, igual que Bosco. Por primera vez, ambos estaban de acuerdo en algo: no se fiaban nada de ese satanista. Marta tampoco, pero le ocurría lo mismo con Figueroa.

—No, no me dijo nada de lo que pasó con mi padre. Y tuvo varias oportunidades de contármelo.

Cuando ingresó en la escuela y él le habló con nostalgia de su padre. Cuando Marta le pidió que fuera su tutor en el proyecto. Cuando le informó de que los expedientes estaban perdidos y él dijo que era extraño. Cuando Figueroa le entregó las carpetas después de descubrirla en el monte Abantos. En realidad, en todas las reuniones y conversaciones que había tenido con el profesor, la relación con su padre siempre había estado presente, de una u otra manera. Y en todas ellas Figueroa la había engañado, ocultándole

que fue él quien lo expedientó para que lo expulsaran del cuerpo. Eso había descubierto Dante.

—Y no olvidemos que retuvo los expedientes de los casos de los niños de la sierra para que no continuaras con la investigación —recordó Bosco refiriéndose a lo que ella misma les había contado.

—Quizá solo quería protegerte. Para que no descubrieras todo esto de tu padre —intentó defenderlo Carola, aunque sabía que era difícil conseguirlo.

Para que no descubriera que su padre tal vez había estado implicado en la desaparición de Paloma Rubio y que intentó boicotear su búsqueda. Esa era la otra posibilidad.

—No sé, no suena nada bien —dijo Marta mientras miraba a Bosco trabajar con las pipetas, moviendo los líquidos de una a otra y calentándolos con una placa calefactora.

Su compañero extrajo una pequeña muestra del documento para analizarla. El siguiente paso era limpiarla para eliminar cualquier contaminante que pudiera interferir en los resultados del análisis. No tenían mucho tiempo, solo la hora del amanecer en la escuela, antes de que los alumnos empezaran a pasearse por los pasillos. Bosco se había asegurado de cerrar todas las puertas para que no los descubrieran, aunque Carola no dejaba de controlar el pasillo del módulo por el ojo de buey de la puerta. Por si acaso alguien llegaba antes de tiempo.

—Date prisa —le urgió Carola, que era la que más nerviosa estaba de los tres—. Que como nos pillen, hacemos carrera de presos en lugar de policías…

Bosco insistió en que los químicos requerían de un tiempo para reaccionar y que no iban a hacerlo antes por mucha prisa que le metiera. También le dijo que lo que más lo ayudaba era que se

estuviera calladita. Se lo soltó de malas formas, iban a empezar a discutir, pero Marta se metió en medio:

—¡Vale ya! —saltó, cansada de intentar que sus dos únicos amigos en la escuela se entendieran a pesar de que no se gustaran—. No va a descubrirnos nadie. Además, Figueroa no va a enterarse de esto. No sabe que tenemos este expediente. Y si se entera la culpa será solo mía, ¿de acuerdo?

Insistió en que era su problema. Si estaban allí con ella era porque Dante les había obligado a formar parte de ello, a pesar de que Marta había tratado de evitarlo desde que empezó la investigación. Carola le dijo que estaba allí porque eran amigas.

—Y el empollón este también es tu colega. Aunque no entiendo por qué, la verdad…

Bosco levantó la ceja como siempre hacía, demostrando que la antipatía era mutua. Siguió trabajando mientras Carola y Marta trataban de atar los cabos sueltos.

—Es que no tiene sentido. ¿Por qué iba a ocultarte todo esto Figueroa? —preguntó Carola tras recorrer el histórico del caso.

Porque quizá estuvo implicado en las desapariciones de los niños de la sierra, su padre lo descubrió y quiso quitárselo de en medio con ese procedimiento disciplinario. Eso pensaba Marta, aunque a Carola seguía sin cuadrarle. El perfil del profesor no encajaba con el de un psicópata y había que serlo para participar de rituales tan macabros.

—Eso, en el caso de que lo que dice tu colega el satanista que hacen con los niños sea cierto —dudó Carola—. A mí me suena todo a serie de plataforma mala, la verdad.

Cabía la posibilidad de que Dante la hubiera engañado, sí. Marta no lo olvidaba, no hacía falta que Carola se lo recordara una vez más. Y también cabía la posibilidad de que Figueroa no participara

de nada de eso. Que fuera el esbirro que facilitaba los secuestros y que manipulaba las pruebas para que la verdad no saliera a la luz. Los millonarios que estaban detrás de algo así necesitaban a alguien dentro de la policía. Figueroa parecía tener el perfil idóneo para ello. Su simpatía y su carisma policial podrían ser el disfraz perfecto para ocultarlo. Eso lo convertiría en alguien mucho más peligroso que un psicópata.

—Esto ya casi está… —anunció Bosco.

Las chicas se acercaron para observar el proceso de cromatografía. Con la micropipeta, Bosco puso una gota sobre la línea marcada en la muestra. Debía ser una cantidad mínima para evitar que se solaparan las sustancias durante la separación. ¿Lo siguiente? Colocar el papel con el disolvente y sumergir la línea base del papel lo suficiente como para que el disolvente subiera por capilaridad, contestó Bosco a la pregunta de Marta. También le explicó que los diferentes componentes de la mezcla del preparado se separarían como consecuencia de sus distintas afinidades por el disolvente y por la fase estacionaria, es decir, el papel.

—No he entendido nada… —reconoció Carola, que puso cara de extrañeza mezclada con algo de ironía—. ¿Cuándo leches has aprendido a hacer eso, tío?

—Entra en el temario del próximo mes. Pero me he adelantado un poco —admitió él, con más vergüenza que orgullo.

Debían esperar unos minutos antes de sacar conclusiones de la cromatografía, así que Bosco puso en marcha un cronómetro con la cuenta atrás. Con los resultados del análisis identificaría productos de la descomposición de materiales orgánicos. Eso podría indicar el grado de envejecimiento del documento. No daría una cifra exacta, pero sí una orientación bastante cercana a la realidad.

—Creo que por la fecha podremos saber si la firma que hay en el documento es o no de Figueroa…

Tocaba esperar y dejar que el ambiente fuera cargándose de presión. Carola fue la única que trató de llenar el silencio con más conversación.

—Lo que no entiendo es por qué iba a meterse en algo así el único profesor majo que tenemos en toda la escuela. ¡No tiene ninguna necesidad! —dijo Carola en voz alta mientras daba vueltas a las páginas del documento.

Se mordió la lengua, pero no lo suficiente:

—No como cierto satanista que te ha estado acosando hasta entrar en la escuela para hacerte llegar este expediente...

—¿Otra vez, Carola?

—A ver, es que creo que estamos perdiendo el tiempo —insistió su compañera—. Todo apunta a Dante.

—Sí, pero tener un policía implicado en una trama como esta facilitaría mucho las cosas a los beneficiarios del ritual —añadió Bosco.

De esa manera sería mucho más sencillo evitar encontrar a los niños desaparecidos y que sus muertes pareciesen accidentes.

—Que sí, pero por qué iba a hacerlo. A ese tío le va genial, no necesita meterse en líos —insistió Carola.

—Por dinero. Ese es el principal móvil en los crímenes no pasionales —subrayó Bosco.

—¿Tú has visto el coche que tiene Figueroa? Si es una carraca —aseguró Carola.

Todos en la escuela habían visto al profesor peleándose con un coche viejo que los días que hacía mucho frío amenazaba con dejar de arrancar.

—En cambio, Dante lleva un Jaguar que solo tienen unas cuantas personas en todo el país…

Tenía razón. Era mucho más sospechoso Dante que Figueroa.

—De acuerdo, vamos a apostar por Dante como el malo. ¿Qué interés iba a tener en contar lo de Figueroa? —preguntó Marta.

—Inculpar a otro. Apuntar hacia esa persona para que nadie le apunte a él —respondió Carola.

Podría ser, sí. La gente que estaba implicada en esos rituales podría haberle pedido a Dante que la mantuviera entretenida. Así no llegaría hasta los nombres que realmente estaban detrás de la desaparición de Anton. Quizá fuera así porque Marta se acercaba cada vez más a la verdad, dejó caer Carola.

—No estoy segura de que me esté acercando a la verdad… Ya no estoy segura de nada. —Exhaló aire con fuerza como si además del aire pudiera expulsar las dudas que la comían por dentro.

—¿Tú crees eso de que tu padre dificultó una investigación? —le preguntó Bosco con delicadeza por lo espinosa que podía ser la respuesta.

No supo qué contestar. En realidad, Marta no conocía a su padre. Tan solo tenía la imagen que se había creado de él a lo largo de los años, opuesta por completo al tipo de policía que describía el informe que Figueroa presuntamente había firmado.

EXPOSICIÓN DE LOS HECHOS

El oficial de Policía Local número 020147 sufrió un episodio psicótico agudo manifestado de manera espontánea. Los síntomas incluyeron delirios visuales y auditivos, relacionados con el caso en el que desempeñaba su función laboral. Se

identifican síntomas de estrés previo que pueden haber desencadenado el trastorno. Las consecuencias del mismo han afectado a su comportamiento en el desempeño de la labor policial. Los delirios psicóticos lo llevaron a interferir en la investigación en curso. Realizó acciones que pusieron en peligro la operación, así como la integridad de sus compañeros de trabajo. Dicho comportamiento ha generado dificultades en los protocolos de búsqueda con consecuencias que se medirán tras la resolución del caso. Dado el comportamiento errático del policía, se solicita esta valoración con objetivo de estimar su capacidad para desempeñar sus funciones.

Conclusiones tras la valoración psiquiátrica y psicológica

Tras la realización de la valoración psiquiátrica y psicológica del oficial número 020147, se concluye que el mismo ha experimentado un episodio psicótico agudo de gravedad significativa, que ha afectado de forma directa y profunda a su conducta, percepción de la realidad y juicio crítico, comprometiendo así su capacidad para desempeñar con seguridad y eficacia las funciones inherentes a su cargo como miembro del cuerpo policial.

El cuadro clínico presentado, caracterizado por la presencia de delirios visuales y auditivos, se encuentra estrechamente vinculado a una situación de elevado estrés mantenido en el tiempo y relacionado con su entorno laboral inmediato. La evaluación clínica sugiere la necesidad de iniciar un tratamiento farmacológico específico para la estabilización de los síntomas psicóticos, con especial atención a la posibilidad

de requerir ingreso hospitalario en función de la evolución clínica del paciente. Asimismo, se estima imprescindible complementar el abordaje farmacológico con un proceso psicoterapéutico individual que permita trabajar tanto los factores precipitantes como las secuelas emocionales y cognitivas derivadas del episodio, así como prevenir posibles recaídas.

Dada la severidad del trastorno presentado y la interferencia directa que ha supuesto en una investigación en curso, poniendo en riesgo tanto el desarrollo operativo como la seguridad de terceros, se determina que en la situación actual el oficial no se encuentra en actitud de continuar desempeñando funciones operativas dentro del cuerpo de policía. Su estado compromete la fiabilidad, estabilidad emocional y capacidad de respuesta necesarias para un entorno de alta exigencia como el policial.

Por lo tanto, se concluye que el oficial número 020147 no está en condiciones de retomar sus funciones laborales en el corto ni en el medio plazo, recomendándose su separación del servicio activo de manera definitiva, dada la gravedad del trastorno y el alto riesgo de recurrencia, incluso con tratamiento. Esta medida se considera no solo necesaria para su adecuada recuperación clínica, sino también para garantizar la seguridad institucional y operativa del cuerpo policial en su conjunto.

—No lo sé. Lo cierto es que no recuerdo a mi padre —reconoció Marta releyendo las palabras que lo llevaron a perder la placa.

Ni lo recordaba, ni tampoco podía pedirle a su madre que lo hiciera por ella. Su muerte siempre había sido un tabú del que no se hablaba. Podía intentar preguntárselo, como le aconsejó Carola, pero madre e hija elegían el silencio antes que enfrentarse a las emociones.

—Lo siento —le dijo su compañera de cuarto tomándole la mano.

Marta también era de las que rechazaban los gestos de cariño y escapó de él un par de segundos después dando un pequeño paso atrás. Aunque, en realidad, una parte de ella sí agradecía que la arroparan. Era la primera vez que hablaba de la muerte de su padre en voz alta.

—Creo que ya tengo el resultado —anunció Bosco mirando la pantalla del ordenador en el que trabajaba.

—¿Cuál es? —preguntó Marta, ansiosa.

—Positivo. Es la firma de Figueroa.

El expediente tenía más de veinte años. Lo indicaban el análisis del papel y las tintas. Era auténtico.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber Carola.

Marta sintió que se le enfriaba la sangre, como si dejara de moverse bajo la piel. En realidad, no era necesario haber hecho el análisis. Ya sabía que el papel era auténtico desde que lo leyó. Otra cosa era enfrentarse a esa verdad, como tenía que hacer ahora. Ya no podía posponerlo más.

—No lo sé… Lo único que sé es que lo hago yo sola, ¿vale? Por favor, olvidaos de todo esto.

Recogió sus cosas para salir del laboratorio. No quería implicarlos. Lo había hecho por accidente. Todo lo relacionado con el caso y el pasado de su padre era su problema, se lo repitió a sus compañeros elevando cada vez más la voz. No eran gritos de enfado, sino de nervios. Lo único que les pedía era que no lo contaran.

—Marta, sé razonable. Cabe la posibilidad de que Figueroa estuviera detrás de la desaparición de una niña en el pasado. Somos casi policías. Igual sí es nuestro problema —dijo Bosco.

—Pero ¡también es posible que quien estuviera detrás de su desaparición fuera mi propio padre! —exclamó.

Era cierto, cabían esas dos opciones. Y solo había una manera de averiguar cuál era la correcta: investigar a Figueroa. Lo propuso Bosco y, sorprendentemente, Carola lo secundó.

—Si ya estamos metidos en esta movida por culpa del satanista pirado ese. Me hubiera gustado no saber nada, pero es que ya lo sé.

—Yo quiero saber la verdad, asumo el riesgo —zanjó Bosco—. Y no es por ti. Es porque soy policía. Voy a seguir, Marta. Contigo o sin ti.

—Bosco, si nos pillan nos van a expulsar de la escuela. Podemos acabar en la cárcel.

Era bastante fácil que los descubrieran. Estaban en una escuela rodeados de policías. Investigar a uno de los inspectores más reputados de la escuela era difícil que pasara desapercibido.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Carola, sobreponiéndose al miedo.

—Ya hemos empezado.

20

—Y hasta aquí la clase de hoy. Muchas gracias a todos.

Figueroa cerró la presentación abierta en el ordenador: Identificación de documentos, evaluación de falsedades y alteraciones. El tema 13 de su asignatura, «Policía científica». Movió el ratón también para cerrar la sesión con su nombre. Mientras, los policías alumnos iban saliendo del aula, despidiéndose con un protocolario «a sus órdenes». Era la última clase del día, el reloj marcaba la hora de comer. El teniente terminó de recoger sus cosas. Fue el último en salir del aula, como siempre. Recorrió el edificio cruzando saludos oficiales, hasta que se encontró con Julián Fernández, otro profesor de los veteranos de la escuela. Hablaron de lo de siempre: el trabajo, la familia, el Real Madrid, la jubilación… Figueroa llevaba años posponiéndola. «Este curso igual es el último», dijo, sabiendo que no lo sería. Luego se despidió proponiendo una cena, aunque también sabía que no lo cumplirían, como siempre. Figueroa continuó caminando por el edificio hasta llegar a su despacho. Colocó los papeles de la clase y el ordenador sobre el escritorio. Cogió el móvil que había dejado cargando. Tenía varios mensajes en el grupo familiar. Su hijo había enviado una foto de su nieta, Aitana, feliz yendo a la guardería por la mañana. Figueroa contestó como lo hacen los abuelos orgullosos. Después, se puso la chaqueta apretando los labios por la molestia que le producía el movimiento del brazo. Le dolía el hombro desde hacía treinta años debido a una herida de bala que le fracturó la clavícula

y le provocó lesiones en los nervios del plexo braquial. Esa bala recibida mientras estaba de servicio fue la que lo sacó de la comisaría y lo convirtió en profesor de la escuela. Mientras cerraba la puerta del despacho con llave llamó a su mujer. Como siempre, tenía costumbre de hacerlo al salir de la escuela. Para nada, en realidad, solo para confirmarle que ya iba para casa o, al contrario, que se retrasaba, que no había comido y que, sí, cualquier cosa le parecía bien. Unos cuantos pasos más por el edificio lo llevaron hasta la garita de control de la escuela. De ahí al aparcamiento. Llegó hasta el coche, un Peugeot viejo. Se quitó la chaqueta, lo que hizo que notara de nuevo el dolor en el hombro, y la dejó en el asiento del copiloto. También el maletín, el mismo que le regaló su mujer cuando juró bandera. Casi cuarenta años hacía ya de eso, aunque a veces le pareciese que habían pasado en un suspiro. Arrancó el coche y saltó la radio. Un programa de sobremesa y tertulianos, con análisis político. Lo quitó porque era más de lo mismo y él hacía tiempo que no estaba ni con los de un lado ni con los del otro. Mentirosos todos, mascullaba. Puso música, su hijo le había enseñado a conectar la aplicación de Spotify en el móvil a la radio del Peugeot. Hizo una búsqueda rápida en la lista de sus discos favoritos. Eligió uno de Phil Spector. Tamborileó con los dedos sobre el volante con los primeros acordes y salió conduciendo del recinto de la escuela de policía. Condujo por la vía urbana hasta llegar a la carretera nacional. Transcurridos diez kilómetros, se desvió en la salida 12 hasta una carretera comarcal. Figueroa tarareaba las canciones del disco a pesar de no saber inglés mientras pensaba en las clases que había impartido esa mañana. Le gustaba la sensación de seguir en activo. Sabía que en algún momento tendría que dejarlo y que hacía tiempo que su oportunidad de volver a dirigir la escuela había pasado. Eso se lo dejaba a los más jóvenes. Siguió por

la comarcal que llevaba a los pueblos y dejaba a lo lejos la sierra. Bajó la ventanilla, esa parte del recorrido siempre le gustaba hacerla con el aire entrando en el coche porque era el paisaje más bonito. Aunque también lo hacía para poder fumar. Encendió un cigarrillo, el último del día, pues para su mujer hacía tiempo que había dejado de fumar. En realidad, cada día lo hacía menos, ya notaba que le costaba subir las escaleras. Se aseguró de que tenía en la guantera el perfume. Esencia de Loewe, el que le regalaban todas las Navidades y que le duraba hasta las siguientes. La última canción terminó justo cuando llegó a su casa. Estaba en una urbanización rodeada de árboles altos. Las casas eran de piedra, con tejados de pizarra y encanto. Le había costado muchos años de trabajo permitírsela. Figueroa dejó el Peugeot fuera, nunca lo metía en el garaje porque tardaba demasiado en encajarlo. Recogió las cosas del asiento, se puso un poco más de colonia y salió del vehículo. Abrió el buzón de la entrada, aunque ya hacía tiempo que no llegaban cartas. Sacó las llaves para abrir la puerta principal, pero antes lo recibió su mujer. Llevaba el delantal y lo saludó presurosa con un breve beso en los labios, pues estaba liada en la cocina. La banda sonora hogareña mezclaba la campana encendida de la cocina con el ruido del televisor; un programa de esos que son sensacionalistas con los sucesos y que Figueroa no aguantaba. Mientras su mujer terminaba de preparar la comida, se hicieron las preguntas rutinarias para saber cómo les había ido el día. Después, él subió a cambiarse, se quitó el uniforme y se puso un pantalón de pana beis, una camisa roja de estampado de tartán, un jersey verde caza, y unos zapatos cómodos y mullidos en los pies, que se le hinchaban tras varias horas de clase. Su mujer decía que era porque tenía que adelgazar. Volvió al salón y puso la mesa, la vajilla de Duralex, que era la que ponían cuando no tenían visitas. Sonó el

teléfono fijo, era su hija María. Los hijos eran los únicos que seguían llamando a ese número. Figueroa contestó, le preguntó por los niños, hablaron de su visita el fin de semana: su mujer haría cocido y podían quedarse a dormir, que Madrid estaba lejos. A él le gustaba que sus hijos y sus nietos se quedaran a pasar la noche. Su hija respondió que ya verían, que tenían pensado salir con su marido, y Figueroa insistió entonces en que se quedaran los niños. Colgaron sin resolverlo y siguió con la mesa, abriéndose hueco en el salón entre los juguetes de los nietos. La casa estaba mucho más desordenada desde que eran abuelos, pero le gustaba. Su mujer terminó el guiso, patatas con costillas de Ávila, y se sentaron a comer. Hablaron del trabajo, de los hijos y de las noticias de la tele. A Figueroa las únicas que le interesaban ya eran las de deportes. Su mujer le recordó que tenía que ir a hacerse los análisis y que también tenía que pasar por el banco para autorizarla en las cuentas. Por lo que pudiera pasar, aunque de eso no hablaban. Acabaron el plato y tomaron fruta de postre. Él también un poco de chocolate de la nevera, pero a escondidas. Recogió los platos e hizo el amago de limpiar la cocina, pero su mujer le chistó que ya se encargaba ella, que se echara un rato. Figueroa se lo agradeció y fue al sofá. Se tumbó. Le dijo a su mujer que iba a leer el periódico en la tableta, que no se iba a dormir, pero los dos sabían que acabaría dando alguna cabezada. Desde el sofá veía el ventanal que daba al jardín que rodeaba la casa. Se levantó para correr un poco las cortinas. Echó un vistazo fuera antes para ver cómo se presentaba la tarde. Observó los árboles, aunque no con la suficiente atención como para ver el coche de Bosco aparcado entre ellos. Tampoco vio los prismáticos con los que Marta le estaba vigilando.

—Ha corrido las cortinas —dijo, y pasó los prismáticos a Carola.

—Pero para hacer la siesta, no para sacrificar a ningún niño… —lo dijo al ver al profesor tumbarse en el sofá por la tela entreabierta.

Le habían seguido desde la escuela. Mantuvieron unos metros de distancia, jugando a esconderse detrás de otros coches para que no los viera. Lo consiguieron.

—Esperamos un poco y aprovechamos para dar un vistazo más de cerca —propuso Bosco.

A Marta le pareció bien. Carola dijo que tampoco les había dejado otra alternativa. Fue él quien propuso que realizaran el seguimiento. Sabían cómo hacerlo, los habían preparado en la escuela para ello. Marta le dijo una y otra vez que se la estaban jugando, pero Bosco insistió. Por Anton, por los otros niños. En cambio, Carola se mostraba más resignada.

—¿A qué se refería Dante con lo de *quid pro quo*? —inquirió Bosco, que parecía llevar tiempo guardándose la pregunta.

Se lo había dicho Dante a Marta, él la ayudaba con la investigación porque ella también le ofrecía su ayuda.

—Bueno, eso significa…

—Sé lo que significa en latín. Una compensación mutua. Pero es que no entiendo en qué estás tú compensando a Dante. Él ya tenía toda la información antes de que os conocierais.

Era cierto, Dante no la necesitaba. Nunca la había necesitado.

—No sé, es extraño, ¿no? —insistió Bosco—. Tanto interés en ti. En ir a buscarte…

—Fui yo quien lo buscó a él —apostilló Marta.

—Sí, pero después ha sido él quien se ha empeñado en que sigáis juntos en esto —dijo Carola.

Era cierto. No había ningún *quid pro quo*. Marta no tenía nada que ofrecerle. Dante había demostrado que incluso si quería llegar hasta la escuela podía lograrlo.

—Solo me lo explico si se ha enamorado de ti —le dijo Bosco, en broma. O al menos eso pareció.

Marta puso los ojos en blanco y sacó el móvil para evitar la conversación. Buscó las últimas noticias sobre la desaparición de Anton. Cada vez salían menos resultados, ya solo hablaban de él los medios locales, que seguían con la esperanza de encontrar al menos su cadáver ahora que el tiempo empezaba a deshelar las cumbres de la sierra.

Del Diario de El Escorial

CONTINÚA LA DESAPARICIÓN DE ANTON
EN LA SIERRA DE GUADARRAMA

Por Ángela Miranda

Continúa sumando días la desaparición de Anton el pasado 10 de febrero. Se mantiene la incertidumbre para la familia, vecinos y fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado que continúan buscando respuestas. Su paradero sigue siendo un misterio, y se multiplican las teorías de lo que le ha podido ocurrir.

La desaparición de Anton

Anton fue visto por última vez en los alrededores del monte Abantos. Según los testimonios de sus compañeros del colegio, se despidió de ellos diciéndoles que se dirigía allí. Tenía por costumbre juntarse con algunos de ellos en el monte después de las clases, pero aquel día fue solo. Era una

tarde de niebla que pudo facilitar la desorientación. Al no regresar a casa, su madre denunció su desaparición en la comisaría de la Policía Local. Desde ese momento, trabajaron junto a la Guardia Civil en un operativo de búsqueda. El apoyo vecinal se tradujo en batidas que se extendieron varios días por la sierra. Se localizó su rastro inicial, lo que confirmó que el niño se había perdido en la entrada del monte, aunque la complejidad del terreno y la nieve acumulada al elevarse en el terreno dificultaron su hallazgo. Dos semanas después, continúa desaparecido.

La nieve de la sierra

Durante el invierno es habitual en la sierra de Guadarrama que los termómetros se sitúen por debajo de los cero grados. Según avanza, el paisaje se cubre de nieve. La montaña rocosa aumenta su peligrosidad, en especial para los que no conocen el terreno. En el caso de un niño, su condición lo convertiría en un laberinto frío. Los días posteriores a la desaparición de Anton el clima se volvió mucho más agresivo. Las nevadas hicieron que fuera imposible seguir los caminos y rutas de senderismo. La hipótesis que se manejaba era la de que el niño, autóctono de la zona, habría seguido alguno de ellos. Así lo indicaba su rastro, aunque la caída de la nieve hizo que se perdiera. También hizo que se perdieran las esperanzas de encontrarlo con vida y crecieran las ideas más inquietantes de lo que pudo haberle ocurrido.

Culpa de los lobos

Una de las hipótesis relaciona la desaparición del niño con la aparición de lobos en la zona. Es fauna habitual en ese

lugar de la sierra, sus manadas están localizadas en las cumbres, aunque evitan el contacto con humanos, sin que se registren ataques. Esa condición puede cambiar en inviernos especialmente duros. Al cubrir la nieve el terreno, los lobos encuentran dificultades para localizar presas y cazar. El hambre puede llevarlos a buscar alimento en zonas menos altas, atacando incluso a seres humanos. No es algo habitual, pero ha ocurrido en ocasiones anteriores en la zona, coincidiendo con condiciones climatológicas similares. Por el momento no existen pruebas axiomáticas de que los lobos sean los causantes de la desaparición de Anton, aunque los indicios apuntan en la dirección de que el niño fuera víctima del ataque de una manada. Pese a ello, las autoridades con las que ha contactado este medio no lo confirman y piden prudencia.

Continúa la búsqueda

El pueblo de El Escorial se ha volcado en la búsqueda del menor de forma ejemplar. Pese a las dificultades del terreno y la continuidad de las nieves, las batidas sumaron cada vez más voluntarios. Sin embargo, el acceso a las cumbres, dada su dificultad, ha quedado limitado a las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. Actualmente ya se ha peinado la totalidad de la zona hasta la que el niño habría podido caminar, sin encontrarlo con vida ni el rastro de su desaparición. El jefe de la comandancia de Guadarrama, Antonio Naranjo, ha declarado que la investigación sigue el curso habitual y que mantienen la esperanza de hallar la respuesta a la desaparición del menor. Además, aseguran

estar abiertos a otras hipótesis que expliquen lo que le haya podido ocurrir a Anton.

—¿Creéis que existe el diablo?

Lo preguntó Marta al terminar de leer el artículo. Carola dijo que por supuesto, y no lo decía en broma.

—No sé, yo creo más en Dios —confesó Bosco.

Era católico, no practicante, aunque sí había estudiado en un colegio con crucifijos sobre las pizarras. No se acordaba de la fe más que cuando la necesitaba, en enfermedades de familiares o en las suyas propias. Pero tampoco le parecía tan descabellada la existencia de un ser superior que escapase a las explicaciones racionales. Era extraño que el hombre solo existiera por una conjunción de elementos del universo, algo tenía que haber detrás de todo.

—Supongo que si creo en Dios debería creer en su contrapartida. El bien solo existe cuando hay un mal con el que medirlo.

Marta masticó la respuesta en silencio.

—¿Tú no crees en nada? —le preguntó Carola.

Nunca había creído en nada que no fuera real, pero empezaba a pensar que quizá era lo único que podía explicar todo lo que había descubierto. Era eso o que estaba loca. Tras haber descubierto que los niños desaparecidos podían tener relaciones con rituales macabros, no pasaba una hora sin que escribiera en el buscador el nombre de Anton, por si internet le ofrecía nuevos resultados que revelaran avances en la investigación del caso. Tampoco pasaba un día entero sin revisar en internet si alguien más había relacionado las distintas desapariciones en la sierra, como había hecho ella. Ni en Google, ni en ChatGPT, ni en las redes sociales encontraba

respuestas diferentes a las de siempre, aunque el día antes vio algo que se le había escapado. Un nombre que podía unir todos los casos: el doctor Lorenzo Gabellán. Llegó hasta él al buscar los colegios en los que estudiaron los niños de la sierra. No eran el mismo, pero su intuición le dijo que quizá podía haber algún nexo entre ellos.

NIÑO	AÑO	EDAD	LUGAR	COLEGIO
Carmen Terón	1950	7	Peguerinos	Escuela Nacional de Peguerinos
Carlos Tinas	1969	9	Valdemorillo	Grupo Escolar de Valdemorillo
Álvaro Navarro	1988	10	Zarzalejo	CEIP Alejandro Rubio
Paloma Rubio	2007	9	Huerto del francés	CEIP Villa de Guadarrama

Todos estaban en la zona de la sierra, eso tenían en común. Buscó los nombres de sus profesores y no encontró coincidencias. Tampoco las encontró con el colegio en el que estudiaba el propio Anton, el Camilo José Cela, uno público de su barrio. Marta acabó descolgando el teléfono para hacer preguntas, por si daba con un hilo del que tirar. Se hizo pasar por periodista. La tutora del niño le confirmó lo de sus altas capacidades, ella y otros profesores del colegio lo detectaron. Anton tenía una mente privilegiada y todos los problemas que van asociados a ella. Por mucho que intentaran llevarlo con discreción, en los pueblos siempre se sabe todo. Por ello no le sorprendió cuando recibió una llamada. Había sido seleccionado para participar en un estudio por sus altas capacidades. Le solicitaron los informes de evaluación y unos cuantos datos más. También hubo una visita al centro, de un médico. Marta le preguntó por el nombre que estuvo detrás de todo eso y le dio el de Gabellán, doctor Lorenzo Gabellán. Y ahí saltaron las alarmas, porque ese

apellido ya lo había leído. En la firma que acompañaba el informe de la autopsia de Paloma Rubio, basada en incisiones que se realizaron muchos años antes de que desapareciera el pequeño de El Escorial. Debería ser fácil seguir el rastro de un médico colegiado, pensó Marta cuando marcó el teléfono para localizarlo. En internet no había resultados, pero seguro que en los archivos colegiales de la profesión sí. Le atendió una administrativa que le dijo que ese nombre no figuraba entre los de los médicos inscritos. Marta le pidió que lo mirara bien, que se trataba de un asunto familiar importante. La mujer debió de compadecerse de ella porque, unos días después, recibió su llamada. Marta estaba entrenando en la escuela, salió de la pista de atletismo y respondió al teléfono. No le contestó a Bosco cuando, tras colgar y volver a la pista, le preguntó qué ocurría. Marta estaba pálida. La administrativa le contó que los médicos en España estaban colegiados desde el siglo XIX. En contrato, desde 1890. Al parecer, en aquellos años sí hubo un doctor Lorenzo Gabellán, médico cirujano. No había constancia de la fecha de su fallecimiento, pero era imposible que hubiera podido cumplir más de dos siglos. El mismo profesional no podía haber evaluado las altas capacidades de un niño más de ciento treinta años después. Debía de tratarse de un familiar directo, tal vez un hijo que hubiera heredado nombre y apellido. Tras el impacto inicial, volvió a contactar con la administrativa y le preguntó si tenía más datos sobre el doctor del siglo XIX. Si estuvo casado o tuvo hijos... La mujer se resistió un poco, pero al final le contó que el colegio incluía solo lo que ponía en el registro civil de la época y que el único que tenían era el de matrimonio. Al parecer, enviudó pocos años después, sin hijos ni descendencia conocida.

—¿No tendrá usted una fotografía de ese médico? —le preguntó Marta, intentando que no le temblara la voz.

Tenía una de los médicos de la época, a modo de orla, en la que sí aparecía. Se lo describió como un hombre de complexión delgada, estatura media, piel blanquecina, con arrugas en la frente y alrededor de los ojos. Pelo ralo en las sienes y peinado hacia atrás, barba corta y un bigote de moda en la época. Vestía un traje oscuro, con chaleco abotonado, y una chistera baja. En la mano, un maletín de cuero envejecido, con sus letras bordadas. Marta recordó que justo ese detalle, el de las iniciales en el maletín, se lo había dado la profesora de Anton.

No fue el único detalle en el que coincidió la descripción. Al menos, de apariencia, el del siglo XIX y el del XXI eran el mismo médico. Si aún vivía, ese hombre no pertenecía a este mundo.

Pero a sus amigos, cuando los tres hablaban de fe y religión en ese coche, no les contó que estaba empezando a creer en fantasmas. Tenía que haber otra explicación.

—No, yo no creo en nada —afirmó mientras volvía de su ensimismamiento.

La conversación no siguió porque golpearon con fuerza en la ventanilla. Los habían descubierto.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

21

Con superioridad, así sonrió Dante a Marta al verla bajarse del coche. Ella le metió un empujón y le devolvió la pregunta, pero con peores modales. Qué hostias hacía él allí.

—Creo que lo mismo que vosotros. Vigilar al abuelo. Aunque yo lo hago con bastante más disimulo.

Bosco y Carola también salieron del coche. La sonrisa de Dante se hizo aún más grande. Disfrutaba del triunfo que le otorgaba la ineficacia del trío en las labores de espionaje.

—Para ser aprendices de policía, se os ve a kilómetros. En lo de vigilar estáis suspendidos —se burló.

Recibió otro empujón de Marta. Ese sí que se lo dio con fuerza. Dante le echó en cara que no le hubiera tenido en cuenta para hacer ese seguimiento. A fin de cuentas, fue él quien la puso detrás de la pista de Figueroa. Como mínimo le podría haber enviado un wasap para informarlo.

—Ah, no, que me tienes bloqueado. —Dante fingió recordarlo, irónico—. Pues nada, investigaremos los dos lo mismo sin informarnos y perderemos un tiempo precioso para encontrar a Anton.

El satanista no lo dejó estar, a pesar de que fue eso lo que Marta le pidió con un autoritario «ya vale». Pero él no entendía por qué había decidido dejar de seguir la pista juntos. ¿Le había cambiado por Bosco y su amiga?

—Tú me dirás por qué te fías más de ese ciclado que de mí...

—Estoy aquí, eh —le recordó Bosco al ver que hablaba de él como si no estuviera delante.

—Te he visto, sí —aclaró Dante, arrugando la nariz como cuando alguien huele mal.

—Pues no sé por qué se fía más de sus amigos que de ti, la verdad. ¿Igual porque no somos presidentes de los satanistas? —jugó Carola con la misma ironía que manejaba Dante.

—Tú y tus prejuicios… —respondió el profesor, dirigiéndose a Marta—. Anda que si yo los hubiera tenido contigo…

—Tío, ya vale. Te estás pasando —saltó Bosco, en un intento por defender a Marta. Y lo hizo encarándose como si estuvieran en un bar.

—Pero, bueno, ¡si eres todo un caballero andante!

Bosco estiró más el cuello, parecía que iba a empezar una pelea. Se hacía difícil imaginar quién de los dos ganaría en un cuerpo a cuerpo, aunque en seguridad ganó Dante. No borró la sonrisa de superioridad, y eso le otorgó la victoria.

—Ya vale. Los dos —lo cortó Marta apartando al satanista de otro empujón.

Bosco respiró profundamente para bajar las revoluciones y Dante siguió sonriendo. Segundo asalto. Vencedor del combate.

—Bueno, ¿y qué haces aquí, tío? ¿Nos has seguido? —lo acusó Carola.

—Tenemos poco tiempo —dijo él por toda respuesta, y les advirtió, aunque en realidad solo hablaba con Marta—: las siestas que se echa el colega no son muy largas.

Al parecer, Dante les llevaba días de ventaja observando a Figueroa. Por eso sabía a qué hora solía descorrer las cortinas tras la siesta, la visita al gimnasio que hacía después, la hora a la que regresaba de nuevo, el tiempo que pasaba leyendo hasta cenar, qué

serie veía luego en la tele e, incluso, cuándo se quedaba dormido en el sofá y el momento en el que se iba a la cama.

—Si tiene a un niño secuestrado, no parece que le esté dando de comer —dijo Carola al escuchar que Figueroa había repetido la misma rutina los últimos tres días.

—Está claro que no has leído a Nietzsche —le escupió Dante con su arrogancia característica, pero elevándola aún más.

El teólogo impartió una clase rápida sobre la paradoja de la perfección. Les explicó que la esencia del ser humano siempre es el caos, el mismo que atañe al universo. Si en una fachada vital no se aprecian grietas, se oculta su esencia y es solo porque alguien se empeña en que queden convenientemente cubiertas.

—Nietzsche dice que las rutinas impuestas son solo una forma de represión del individuo auténtico. Puede ser vista como una manifestación de una vida en la que se busca la aceptación del otro a través del orden externo en lugar de la autoafirmación.

—Dilo en cristiano, Dante —le pidió Marta, cansada de su pedantería.

—Que cuanto más perfecta es una persona, más probable es que tenga un muerto en el armario. Pero no tiene ningún tipo de relación con el satanismo. Y para meterse en esto alguno hay que tener —insistió Dante—. Como mínimo, si ha ganado dinero. ¿Dónde está?

—Pues vamos a dar una vuelta, a ver si lo encontramos —propuso Bosco.

Las cortinas de Figueroa seguían corridas. Según los cálculos de Dante, tenían algo más de veinte minutos antes de que se despertara. Carola se quedaría vigilando desde el coche. Bosco y Marta se dividieron el terreno como si Dante no fuera a acompañarlos.

—Ni se te ocurra seguirme —lo amenazó Marta.

Dante levantó las manos como si le hubieran apuntado con una pistola.

Se adentró en la espesura del bosque que rodeaba la casa de Figueroa. Los árboles se alzaban como gigantes y sus copas de ramas parecían huesos que se movían por sí solos, empujados por unas manos invisibles. Pasaba lo mismo con sus raíces, se retorcían como serpientes entre la tierra húmeda. Las ráfagas de aire pesaban, igual que los pasos. Marta caminó por la alfombra de musgo y hojas, sin saber ni qué buscaba, perseguida por el sonido de su crujido que el vacío amplificaba. Ocurría lo mismo con los graznidos de los pájaros, que a cualquier otro le habrían erizado el vello. Los troncos parecían las columnas de un laberinto que llevaba a ninguna parte. La luz se hacía más tenue al adentrarse, como si el bosque se oscureciera desde dentro. Marta sintió un escalofrío, pero no por miedo. Le recorrió el cuerpo al cerciorarse de que era el entorno perfecto para esconder un crimen. Buscó algún rastro que se lo confirmara: marcas, pisadas, huellas. Lo que escuchó fue una respiración.

—Dante, deja de seguirme…

Marta ni siquiera se dio la vuelta, no lo necesitaba. Sabía quién estaba tras ella. La segunda vez que se lo dijo, el satanista se rindió y salió de entre los arbustos, como un niño descubierto.

—¿De qué va tu colega? Se cree tu caballero andante.

Marta prefirió ignorar el comentario.

—¿De qué vas tú, Dante?

No entendía que estuviera allí. No entendía que la estuviera siguiendo. No entendía su insistencia. ¿Por qué quería que continuara investigando con él?

—Si lo que te preocupa es que te denuncie por haber robado los expedientes de los niños de la sierra, no voy a hacerlo. Está olvidado

si a cambio tú te olvidas de mí —le prometió.

—Igualmente no ibas a hacerlo, no es tu rollo —dijo como si la conociera más de lo que Marta creía—. Es que esto lo hemos empezado los dos.

—No, tú lo empezaste mucho antes —le recordó ella.

—Bueno, pero contigo he avanzado más —titubeó el satanista.

—No, no es cierto.

Él había empezado la investigación mucho antes de que ella se presentara en su facultad. Nada de lo que había descubierto había sido gracias al trabajo conjunto. Dante ya lo sabía. Ese *quid pro quo* del que el profesor hablaba como si ambos se beneficiaran no era tal. No la necesitaba. Nunca la había necesitado. Y tenía razón, ella nunca iba a denunciarlo.

—¿De qué va esto, Dante? Me persigues, insistes en que me haga satanista… ¿Qué quieres de mí?

—Marta, no es lo que crees…

—Ni siquiera sé lo que creo. Es que no entiendo que sigas tan empeñado en que tiremos de la madeja juntos…

—Yo tampoco lo entiendo, la verdad. Ni siquiera me caes bien —le dijo, con lo que consiguió destensar la cuerda.

Antes de darse la vuelta, Marta puso los ojos en blanco. Dante la siguió todo el camino de vuelta, afirmando que no era de él de quien debía desconfiar.

—Tu colega Bosco. Ese sí que no tiene nada que ver con este caso y aquí se ha quedado.

—Porque le gusto —le sorprendió Marta.

Dante también lo pensaba, pero no esperaba que ella fuera a reconocerlo con tanta facilidad.

—¿Y él te gusta a ti?

—Dante, ya vale —cortó la conversación.

Ignoró todo lo que le dijo mientras deshacían los pasos hasta volver al coche, en donde se reencontraron con Bosco.

—Por allí no hay nada —les dijo.

Había buscado huellas, pasos, un zulo escondido o cualquier indicio de que Anton estuviera cerca. Marta tampoco había encontrado nada. Y no tenían más tiempo. Con los prismáticos, Carola había visto que las cortinas del salón de Figueroa ya estaban descorridas.

—Ya os lo dije, por aquí no hay nada —les recordó Dante.

Ni había nada en los metros que habían recorrido, ni tampoco en los que quedaban más al norte, ni al sur, ni en ninguno de los puntos cardinales, les aseguró.

—¿Has recorrido todo el monte?

—No, pero conozco a la gente necesaria para saberlo.

Bosco y Carola lo pusieron en duda, pero Marta no.

—¿A qué hora dices que se va al gimnasio? —preguntó.

En poco menos de diez minutos, Figueroa se pondría ropa más cómoda, cogería de nuevo el coche y conduciría hasta el pueblo acompañado de su mujer. Ella esperaría a que saliera del gimnasio tomando un café con una amiga. Y estarían fuera cerca de una hora y media.

—Algo más si pasan después por la carnicería, pero hasta donde me han contado eso solo suelen hacerlo los martes —les dijo Dante.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Bosco a Marta.

En hacer lo único que ni Dante ni sus contactos habían hecho: entrar en la casa.

—Marta, eso es un poco locura —apuntó Carola.

Era la propiedad de un policía, sería difícil que se le pasara un rastro. Además, su rutina podía cambiar y sorprenderlos volviendo pronto.

—La casa tiene alarma —insistió su compañera.

—Creo que yo puedo encargarme de eso… —se ofreció Dante. A pesar de que, de nuevo, no le habían invitado a unirse al plan, tomó la iniciativa para ponerlo en marcha—. ¿Tienes herramientas aquí detrás? —dijo, mientras se acercaba al maletero—. Igual podemos hacer un corto en la alarma.

—¿Por qué no buscas en tu coche? —escupió Bosco, poniéndose delante de él.

Le estaba cortando el paso para impedir que llegara hasta el maletero.

—¿Qué escondes? —le preguntó el otro, suspicaz.

Bosco emitió una risa fingida y dijo que no le gustaba que tocaran sus cosas, solo eso, pero se puso demasiado nervioso. Las aletas de la nariz se le hincharon. Marta lo conocía lo suficiente como para saber que eso era lo que hacía cuando mentía. Lo hizo al principio del curso, después de besarla y al dejarle claro Marta que quería que solo fueran amigos, cuando le aseguró que solo había sido un impulso por las cervezas… Las aletas de su nariz también se abrieron.

—¿Tienes un cadáver escondido o qué pasa? —lo acusó Dante.

—No, no tengo ningún cadáver. Ya vale.

—¿Por qué estás tan nervioso? Estás sudando —señaló Carola, extrañada.

—Marta, quizá deberíamos pensar mejor lo de entrar en la casa de Figueroa —salió Bosco por la tangente.

Pero ella no lo escuchó. Observaba el maletero como si tuviera rayos X en los ojos. Recordó que, antes de salir de la escuela, Marta quiso guardar la mochila ahí, pero Bosco se la quitó de las manos y la dejó en el asiento de atrás, junto a Carola. Lo hizo con una sonrisa que ahora significaba que algo ocultaba.

—Bosco, ¿puedes abrir el maletero, por favor?

—Marta, no es lo que piensas —se defendió, agitado.

—¡Ábrelo de una vez, tío!

Dante le arrebató la llave. Al abrir el maletero, Marta se llevó las manos a la boca.

22

1892
San Lorenzo de El Escorial

El doctor David Lorenzo Gabellán tenía su consultorio junto al camino de la Herradura, en la parte baja de El Escorial. La casa era de piedra gruesa, con ventanas de marcos de madera que estaban siempre cerradas. La delicada salud de sus pacientes no le permitía que entrara ni una pizca de frío. Por eso no se iba nunca el aroma acre del alcohol con el que se desinfectaban los instrumentos médicos. Se mezclaba con el de la madera pulida con aceites del escritorio y el del éter. Ese aroma de la anestesia, dulce y narcótico, se pegaba a la garganta. Como aún era invierno, también olía a carbón quemado.

Sentado tras su escritorio, el doctor dijo un «que pase el siguiente» al aire. Antes lo hacía su mujer, pero llevaba un lustro viudo y ya no iba a cambiarlo. Entró un niño y, al ver al doctor, muy delgado y con dedos finos como garras de ave, se detuvo. Pedrín, se llamaba, y era tan tímido que no aguantaba la mirada. Sujetaba la boina con la mano, como le había enseñado su madre a hacer cuando debía mostrar respeto. El doctor no le recibió con una sonrisa, pero tampoco sin interés. Le ordenó que esperara mientras terminaba de escribir. Pedrín miró de reojo cómo movía la pluma por el papel. No se sabía ni una letra, pero le llamaba la atención lo que

se podía contar con ellas, como le habían explicado los niños que iban a la escuela. A él le hubiera gustado ir, pero sus padres pensaban que pronto se pondría a trabajar, como sus hermanos mayores. De cantero, la profesión de su padre. A donde tampoco había ido nunca era al médico, así que no sabía cómo comportarse. Ni lo que le iban a hacer.

—Me manda el fraile Jorge de Burgos.

—Ya lo sé —le dijo el médico sin dejar de escribir.

Le ordenó que se sentara en una banqueta de cuero agrietada. Pedrín lo hizo, se quedó con los pies colgando porque las suelas de los zapatos no le llegaban al suelo. Miró la consulta mientras el médico terminaba de escribir el informe. Lo siguió con los ojos cuando al fin se levantó y se colocó la bata, al tiempo que le preguntaba dónde vivía y cuántos años tenía.

—¿Les has dicho a tus padres que venías?

—Le juro que no.

Así se lo había pedido Jorge de Burgos al niño. Llevaba semanas visitándolo en la biblioteca, desde que lo descubrió husmeando por allí. Le dejaba ver los libros, los que tenían ilustraciones le maravillaban. Y le daba de comer dulces. A cambio, Pedrín solo debía describirle todo lo que veía. Mientras lo escuchaba, al monje se le dibujaba una sonrisa de dientes amarillos descolgados de la mandíbula. Al niño le daba asco, pero dejaba que le acariciara el pelo mientras le hablaba. Pensaba en los libros y en los dulces. Al médico le había mandado no sabía para qué. Solo le dijo que si quería seguir visitándolo tenía que ir a la consulta.

El doctor Gabellán lo examinó: lo pesó y lo midió, le hizo abrir la boca, le palpó el abdomen y evaluó sus reflejos. Satisfecho con la condición física general del pequeño, se puso un espejo frontal sobre la frente, sujeto por una cinta de cuero oscuro. Un disco metálico,

algo abollado por los años de uso, con un orificio en el centro que colocó sobre su ojo derecho. Así capturaba la luz de la lámpara cercana para observar con precisión la garganta o el oído. De Pedrín lo que quería estudiar eran sus ojos, eso le había encargado el fraile a cambio de dinero y más cosas que ya le contaría cuando pudiese asegurarse de que estaban sanos.

—No te muevas —le ordenó, sin levantar la voz.

Se le acercó tanto que a Pedrín se le metió en la nariz el olor del alcanfor pegado a la bata. El doctor ajustó el ángulo del espejo para explorar el ojo derecho del niño. El verde esmeralda del iris tenía una pigmentación uniforme. La pupila se contrajo cuando la luz le apuntó y no parecía haber alteraciones en el fondo del ojo. La esclerótica tenía una vascularización correcta, sin estrías, ni inflamación, ni lesiones. En el ojo izquierdo lo encontró todo igual, y el movimiento de ambos era coordinado, sin estrabismo, como tenían los más desgraciados del pueblo. Al Chato le vigilaba el bizqueo, que más ya le había dicho que no podía hacer y dinero para lentes ese animal no tenía.

—¿Sabes leer? —le preguntó el doctor al niño.

—No.

Lo dijo con algo de vergüenza. El fraile le había prometido que le iba a enseñar. «Tus ojos van a leerlo todo», fue lo que le dijo. El médico le pidió que se tapase un ojo, el derecho. El niño ni sabía cuál era ese. Le dijo que mirara unas láminas que tenía colgadas con dibujos en tinta negra. Le hizo enfocar con cada ojo, contándole lo que veía. Una casa, una estrella, una mano, un anillo, una cruz. Perfecto, no tenía ni un grado de miopía ni de astigmatismo. El doctor volvió a su escritorio y apuntó un par de cosas mientras Pedrín no sabía si debía bajar de la banqueta o esperar. Se decidió a

bajar, pero el doctor le ordenó que aún no se moviera. Empezó con las preguntas:

—¿Te duele la cabeza cuando miras fijamente mucho rato?

—No.

—¿Ves doble? ¿Como si las cosas estuviesen dos veces?

—No.

—¿Alguna vez se te nubla la vista?

No sabía lo que era eso. Se lo explicó y le aseguró que no le pasaba. Tampoco lo de ver luces ni soñar con colores, aunque con eso último dudó un poco. No solía recordar lo que soñaba. El médico le hizo unas cuantas preguntas más cuyas respuestas apuntó.

—Tienes una vista perfecta, chico —le dijo finalmente, sin emoción.

Pedrín no supo si alegrarse o decepcionarse. Nunca había pensado que tuviera problemas de la vista, pero ya se había imaginado saliendo de allí con un par de lentes. Esas las llevaba la gente que leía mucho y sabía mucho, lo que él quería ser.

—¿Seguro que veo bien?

—Mejor que yo —le respondió Gabellán, que seguía tomando notas con su letra inclinada.

Terminó de escribir, dobló la página y se la dio al crío. Tenía que llevársela al fraile.

—No se la enseñes a nadie —le advirtió de una forma que quedó claro que era una amenaza.

El niño le dijo que por supuesto que no y luego le preguntó si podía marcharse ya. Se levantó y agradeció lo que fuera que le hubiera hecho con una reverencia mal hecha. Salió al frío, donde la nieve ya cubría más que los bordes del camino. El fraile le había dicho que era cosa de la luna negra y algo que pasaba en el cielo que no entendió. Le llevó la carta al monasterio; lo encontró en la

biblioteca en la que nadie podía entrar, pero él sí. Como no sabía leer, no llegó a enterarse de que estaba entregándole la carta que lo declaraba el candidato perfecto al que robarle los ojos.

Consultorio del doctor D. Lorenzo Gabellán
Camino de la Herradura, a las afueras de San Lorenzo de El Escorial

Muy reverendo padre fray Jorge de Burgos:

Sirva la presente para informarle que, conforme a su solicitud y bajo las indicaciones previamente establecidas, he procedido al reconocimiento del infante que me fue remitido, conocido como Pedrín. El niño se encuentra en un estado de salud general óptimo, libre de dolencias visibles o crónicas. Su cuerpo, aunque delgado como corresponde a su extracción humilde, revela vigor suficiente y armonía en el desarrollo.

Lo que atañe a la visión —objeto principal de su requerimiento— ha sido examinado con el mayor esmero: los órganos visuales presentan claridad, simetría y plena funcionalidad; no se han hallado signos de deformidad, degeneración ni debilidad alguna. La musculatura ocular responde con precisión, y la estructura del iris, de un verde limpio, carece de manchas o fracturas que pudieran enturbiar su cualidad.

Puedo afirmar, sin temor a errar, que se trata de un espécimen de gran pureza, no solamente por sus condiciones físicas, sino también por su total ignorancia del mundo escrito y su docilidad, que lo hacen idóneo para cualquier propósito que requiera la más absoluta reserva, obediencia y desconocimiento. Su espíritu, si se me permite hablar en tales términos, permanece intacto.

Adjunto el informe clínico, manuscrito de mi puño y letra, el cual le ruego conserve con la debida discreción. Me abstendré de conservar copia alguna, como fue convenido.

Pido que Dios le asista en la tarea que ocupa y su saber sea custodiado bajo las sombras que la sabiduría a veces exige.

A sus pies, con el mayor respeto y fidelidad,

Dr. D. Lorenzo Gabellán

A Belial había que rogarle. Y al doctor ya le había prometido que le daría la recompensa que merecía, pero solo si mantenía la discreción. Esta exigía que no hablara con nadie de lo que le había pedido. Faltaban pocos días para la Navidad, la fecha perfecta para hacerlo. El pueblo estaría ocupado con las fiestas y sería más difícil que encontrara el tiempo para buscar al niño. Además, las nieves ya empezaban a cubrir el cerro de Abantos, imprescindible para esconder el cuerpo. De eso se iba a encargar el Chato, junto a su cuñado Crisanto. De las hermanas se fiaba menos, aunque esas, monedas mediante, vendían también su alma. Lo que tenía que hacer primero el Chato era llevarse al niño del monasterio sin que lo vieran. Ese día no habría mucha gente en las calles, así que no debería resultarle difícil llevárselo a su casucha. Y lo que hiciera con el niño hasta que el fraile realizara el ritual era cosa suya, en eso no se iba a meter. Eso sí, que llegara vivo. Y los ojos, ni tocarlos. Se lo recalcó cuando se reunió con él, de madrugada, para que nadie los viera. Caminaba sin apenas ver, la vista cada vez le fallaba más. Se alejó de los muros del monasterio y se adentró en el barrio donde habitaba la gente con peor fama del pueblo. En la chabola donde se oían gritos de borrachos vivían el Chato y su familia. El fraile preguntó a uno que estaba orinando en la calle cuál era la casa que buscaba. El mozo se lo indicó, pero el fraile lo obligó a que lo condujera hasta allí. En las calles ni luz había para poder orientarse, y él apenas veía. Al llegar, llamó a la puerta, aunque ni esperó a que le abrieran. La empujó y cedió. No dio las buenas noches a las señoras que estaban abajo. Pegó un par de gritos para que viniera el

Chato, que le besó la mano un par de veces porque no sabía de qué modo recibirlo. Sus hermanas le preguntaron qué hacía allí y a esas horas un religioso y de qué lo conocía. De Burgos lo conocía como todos en el pueblo: de ser un animal que había robado a unos cuantos y mancillado también, según se contaba, a alguna que otra muchacha. Así que el fraile sabía que el Chato tenía la sangre fría necesaria para llevar a cabo el encargo y la poca cabeza para no hacer preguntas. Además, la recompensa iba a ser generosa.

—Al niño te lo llevas. Y me lo aguantas hasta que te dé la orden —le dijo el fraile una vez estuvieron ambos solos en el desván. Sujetaba un pañuelo delante de la cara. El olor de la casa le provocaba náuseas.

—¿Para qué?

—A ti eso no te importa.

El Chato se guardó las preguntas y aceptó. Sobre todo, porque el fraile lo amenazó con el castigo divino si no cumplía. Se lo estaba pidiendo un hombre por el que hablaba Dios, como sucedía con los religiosos. Le había elegido a él para hacerlo, a ver si iba a tener que arrepentirse. Tanto se lo repitió que el Chato acabó suplicando que no lo condenara al infierno.

Resolvieron que el Chato escondería al niño en ese mismo desván en el que estaban. Tendría que ocuparse de él en ese tiempo, aunque de pagar lo que le costara se encargaría el fraile. Y el tiempo que lo hicieran, a ellos no les faltaría el pan, le aseguró De Burgos.

—¿Hasta cuándo?

El fraile le entregó un frasco de éter.

—Hasta que llegue la luna negra.

23

La tarde que Anton desapareció vestía un plumífero rojo. Uno idéntico al que estaba en el maletero de Bosco. Intentó justificarse con sus compañeras, nervioso. Dijo que lo había encontrado esa misma mañana en su maletero. Lo reconoció como el de Anton, tenía su nombre en la etiqueta. Iba a contárselo a Marta, pero llegó antes Carola y con ella no tenía la misma confianza.

—No sé cómo ha acabado ahí. Alguien lo ha puesto en el maletero de mi coche —trató de convencerlas Bosco.

Pero ni ellas ni Dante parecían creerle. Lo miraban con desconfianza.

—No soy yo, os lo juro. No soy un secuestrador de niños, ni hago rituales satánicos como tú —acusó al profesor.

—Oye, tío, a mí no me dispares para salvarte…

—¿Por qué no nos lo has contado antes? —le preguntó Marta sin saber qué pensar.

—¡Porque no quería que pasara justo esto! Sé que es de lo más extraño que el abrigo del niño desaparecido esté en mi coche. Pero alguien lo ha puesto ahí. Te lo juro, Marta. No he sido yo. ¡No soy yo!

—Así que «alguien» quiere que parezca que eres el malo… No sé, es un poco difícil de creer —dijo Dante, que tenía a Bosco en el punto de mira desde el principio.

—Pues es la verdad. No sé, sabrá que estamos detrás de esto y está intentando confundirnos. Igual ha sido Figueroa —insistió

Bosco, pero ni a él le sonaba tan creíble como le gustaría—. ¡O igual has sido tú el que ha puesto el abrigo en mi coche!

Le apuntó con el dedo índice y a Dante le dio la risa. Bosco lo empujó, pero el satanista no se quedó de brazos cruzados y le devolvió el empujón. Se amenazaron el uno al otro con palabrería ridícula. Carola intentó separarlos, sin éxito. Fue Marta quien lo consiguió al interponerse entre ellos.

—Quietos. ¡Quietos, joder!

Al tercer grito pararon los empujones.

—Marta, tienes que creerme. No soy yo. ¡No soy yo!

Pero ella no lo miró a la cara porque no sabía qué creer. Bosco apretó los puños y fue a montarse en su coche. Al pasar junto a Dante le dio un último empujón con el hombro. Pegó un portazo con fuerza, arrancó el motor y apretó el acelerador hasta el fondo. Dejó a los tres en el bosque.

—Vamos a denunciarlo —propuso Carola.

Pero Marta le pidió algo de tiempo. En realidad, no había nada que apuntara hacia su compañero.

—¿Te parece poco que tenga el abrigo del niño desaparecido en el maletero? —insistió.

—Pues sí —dijo Dante—. Sé que me he picado con él, pero no tiene mucho sentido que se hubiera dejado el abrigo del niño en el coche si fuera él quien lo tiene. No sé, puede ser un falso culpable. Es un clásico en un caso como este… Yo seguiría con el plan de entrar en la casa de Figueroa.

Pese a la bronca, a Dante tampoco le encajaban las piezas. Nada de lo que habían investigado hasta ese momento apuntaba en la dirección de Bosco.

—No estoy hablando contigo —le cortó Carola, y se dirigió solo a su compañera, mirando al satanista de reojo—: Marta, no me fío de

ninguno de los dos. Tenemos que ir a la policía. A la de verdad.

Pero se notaba que Marta dudaba. Bosco no cumplía con el perfil, ni tenía un motivo. Y lo de Dante era demasiado complicado como para explicarlo en una comisaría.

—Vamos a pensarlo un poco antes de denunciar a nadie, Carola. Quizá sí sea cierto que alguien está intentando confundirnos y perdamos la oportunidad de encontrar al culpable de verdad.

—No te entiendo, Marta —bufó Carola—. Pero si el rollo es investigar con tu amigo el satanista, no cuentes conmigo.

Carola no habló en el camino de vuelta a la escuela. Dante las llevó en el Jaguar, aunque ni siquiera le dijeron adiós cuando se bajaron, unos metros antes de la entrada al recinto para no llamar la atención de sus compañeros. Tras cruzar la entrada, Marta fue a buscar a Bosco a su habitación. No lo encontró allí, su compañero le dijo que no había regresado. Marta tampoco lo vio entrenando al día siguiente, ni en el comedor, ni en ninguna de las clases. No quería despertar sospechas preguntando por él, pero terminó haciéndolo en la oficina de alumnos. Le dijeron que había informado que se ausentaría unos días por un asunto personal. Tampoco contestó al teléfono cuando Marta lo llamó, lo tenía apagado, o quizá la había bloqueado. A los mensajes no le respondió, ni el tic azul se mostró en la pantalla; no los había ni recibido ni leído. Parecía que se lo había tragado la tierra.

—¿Sabes algo de Bosco?

—Exactamente, ¿qué debería saber? —le devolvió la pregunta Carola.

Coincidieron en el vestuario, antes de que comenzaran las clases. Carola no había pasado la noche en el cuarto, habría estado con esa chica de la brigada 24. Marta sospechaba que lo había hecho para no tener que estar con ella y hablar de lo ocurrido. Intentaba

hacerlo ahora, sin despertar las miradas del resto de los compañeros.

—Carola, comprendo que estés enfadada, pero...

—¿Sabes lo que no entiendo, Marta? Que no te haya denunciado aún.

Tenía razón, podía ir a cualquier comisaría y contarlo todo: habían hallado una prueba y un sospechoso que podía llevar hasta el niño desaparecido, y Marta la estaba silenciando.

—Dante cree que la policía puede estar metida en esto, es mejor que esperemos a ver qué encontramos en la casa de Figueroa…

—¿En serio lo que crea ese pirado es importante? —la cortó Carola —. Me alucina, Marta. ¿Qué te pasa con ese tío?

—No me pasa nada. Es solo que conoce los casos…

Pero su compañera hizo un gesto que contaba que no era eso lo que ocurría.

—¡Te has pillado por él!

A Marta se le dibujó una sonrisa nerviosa.

—¿Qué? No es eso, pero…

Carola no la dejó seguir.

—¿Te acuerdas de que te dije que te ayudaría porque somos amigas? Olvídalo, ¿vale? —dijo. Cerró la taquilla de un golpe y salió al pasillo, enfadada.

Marta quiso llamarla, pero no lo hizo. Vio cómo su compañera se alejaba.

Carola sacó el móvil, tenía un mensaje que le recordaba lo que tenía que hacer. Lo borró. Escribió veloz, como si los dedos fueran balas, un mensaje por WhatsApp a otro contacto:

Carola

Lo siento, no ha funcionado. ✓ ✓

Miró la pantalla, a la espera de que llegara la contestación. Del otro lado, su contacto escribía. Hasta que al fin le llegó la respuesta:

Rosana
Tranquila, te quiero. ✓ ✓

24

Marta pidió una tutoría para presentarle a Figueroa los avances en la tesis. En realidad, lo hizo para trucar la puerta de su despacho y que se quedara abierta después de la reunión. En ella hablaron de los nuevos casos, y Marta le mintió sobre lo que había estado avanzando, haciéndole algunas preguntas improvisadas como si realmente necesitara su ayuda. La reunión no se alargó demasiado, sabía que luego Figueroa tenía clase con la brigada 9. Aprovechó entonces para volver al despacho, que ahora estaba abierto, rebuscar entre las cosas del inspector y dar con la llave de su casa. Iba a copiarla tal y como le habían enseñado en esa misma escuela que hacían los ladrones. Comprobó el tamaño y el grosor con sus propias llaves, buscando la que más se parecía. Dio con una que tenía una forma similar, solo variaban los dientes. Trató de aplacar los nervios y sostuvo la llave de la casa de Figueroa sobre la llama de un mechero. No mucho tiempo, solo lo suficiente para que el metal empezara a cubrirse de hollín. Lo siguiente fue presionar con cuidado la llave ennegrecida sobre cinta Scotch hasta que la silueta quedó perfectamente marcada. Salió del despacho y fue a esconderse a su habitación. Se aseguró de estar a solas y con la puerta cerrada. Cortó una lata de refresco hasta sacar de ella un trozo de metal lo más plano posible. Pegó la cinta adhesiva encima con la silueta de la llave y empezó a recortar el trozo de lata con unas tijeras de uñas. Hizo cortes muy precisos, copió cada diente de la llave. Con una lima pulió las esquinas. Cuando el latón tuvo la

forma correcta, lo unió a la llave parecida a la de Figueroa, que obtuvo una nueva forma: la de la puerta de la casa de su instructor.

Marta conocía sus horarios, solo tenía que atreverse a entrar cuando estuviera vacía. Lo hizo sola. Bosco seguía sin contestar a sus llamadas, a Carola prefería dejarla al margen y con Dante prefería no hablar hasta que realmente tuviera algo que contarle.

Vestida de negro y con guantes para no dejar huellas, como los ladrones, Marta se acercó a la puerta. Miró delante, detrás, a un lado y al otro antes de buscar en el bolsillo de la chaqueta técnica la copia casera que había hecho de la llave de Figueroa. Si no abría, tendría que buscar otra manera de entrar. Podría romper una ventana, pero prefería no llamar la atención. Que no saltara la alarma. Sabía por Dante que esta estaba conectada a una pequeña caja blanca con una luz verde que parpadeaba cada pocos segundos. Localizó el panel eléctrico exterior, en un lateral de la casa. Con una llave Allen consiguió abrir la tapa. Había una docena de cables, los más gruesos para la iluminación y, entre otros más finos, estaba el de la alarma. Con un destornillador de precisión para gafas, aflojó el tornillo que sujetaba un cable amarillo. Lo sacó y, sin cortarlo, lo envolvió con cinta aislante. De este modo quedaba anulado, pero de forma reversible. Funcionó, la luz verde de la cámara interior parpadeó unas cuantas veces más hasta que se apagó. Solo faltaba que la llave funcionara. Marta la introdujo con cuidado en la cerradura. Había entrado, pero ahora tenía que girar. No lo hizo con el primer movimiento de muñeca, más suave, pero cuando empleó más fuerza sí logró que girase. Una vuelta, dos, tres. Y la puerta de la casa de Figueroa se abrió. La recibió el perro. Marta sabía que era amigable. Además, había traído el *snack* que sabía que el instructor le daba como premio para ganárselo.

La casa de Figueroa, de estilo rústico, tenía el tejado de madera y los muros de piedra. Los muebles eran clásicos, de colores cálidos. Detenida en el umbral de la puerta, la golpeó el olor de la casa, de esos que quienes viven allí ya ni reconocen, mezclado con el del humo del tabaco del inspector. Marta dio el primer paso en el suelo, también de madera, que crujió bajo sus botas como si protestara. El recibidor conducía a la cocina. Era lo suficientemente grande como para tener una isla con fogones de gas y otra parte más despejada, en la que comer, rodeada de taburetes altos. Estaba limpia, menos por una taza del café cortado de la tarde que habían dejado en el fregadero. Se dirigió al salón. Había libros apilados por todas partes, en las estanterías ya no había hueco. Leyó algunos de los títulos, una mezcla de clásicos, novela contemporánea, sobre todo policiaca. En la librería había fotos de sus hijos y nietos. También de la carrera policial de Figueroa. En una de ellas salía jurando bandera; en otra, en la comisaría de El Escorial con un grupo de compañeros. Al examinarla de cerca, Marta encontró a quien esperaba en el grupo: su propio padre, vestido de oficial. Tenía ese rostro anguloso que ella había heredado. También la mirada profunda, una que siempre parece estar viendo más allá que el resto. Lo que a Marta le sorprendió fue la complicidad que mostraba con Figueroa. El profesor tenía un brazo puesto sobre el hombro de su compañero, casi abrazándolo. Y su padre le devolvía el gesto. Marta pensó que, aunque Figueroa no estuviera involucrado en la desaparición del niño, sí era un mentiroso. Porque la había engañado, le había hecho creer que apenas conoció a su padre. Fue él quien le abrió un expediente que lo llevó a la desesperación. Aunque la mente analítica de Marta sabía que quizá esa no fue la razón que provocó que su padre se quitara la vida, su corazón sí lo creía. Dejó la foto

precipitadamente al oír un leve crujido. Aunque sonaba lejos, estaba segura de que se había producido dentro de la casa. Como si algo o alguien se hubiera movido. Se le hizo un nudo en el pecho. Y, aunque la precaución le aconsejaba salir de la casa, decidió lo contrario. Con cautela, subió las escaleras que llevaban hacia la planta de arriba. Contó quince escalones. El pasillo del piso superior era angosto, con paredes cubiertas de más fotos y algún cuadro. Al inicio del pasillo encontró la primera puerta entreabierta, que empujó lentamente. La madera se resistió unos segundos antes de ceder y revelar el dormitorio principal. La poca luz que se colaba por las rendijas de la persiana de la ventana dejaba entrever la silueta de la cama de matrimonio, cubierta por una colcha. También se apreciaban una cómoda y dos mesillas de noche repletas de libros. Salió de la habitación, pero no deshizo el camino. Siguió por el pasillo y vio una puerta más estrecha. Pensó que sería un baño, pero al abrirla descubrió un armario en el que se acumulaban abrigos y ropa. Continuó avanzando y llegó hasta otra estancia. Era pequeña, apenas cabían una cama de noventa y un armario diminuto. Llegó al final del pasillo, así que, una vez comprobado que estaba sola, volvió a bajar las escaleras. Solo le faltaba revisar el garaje, al que se accedía por unas estrechas escaleras que llevaban al sótano. Allí, las estanterías, llenas de herramientas, trastos y cajas, cubrían las paredes, en las que también se apoyaban un par de neumáticos gastados, unos esquís y más cajas de un tamaño mayor que las otras.

—No puede ser —dijo Marta para sí.

Estaba convencida de que, al husmear en la casa, encontraría la pista que despejaría sus dudas sobre Figueroa. Pero no había dado con nada que lo relacionara con la desaparición de Anton. Y, aun así, seguía sin comprender por qué el inspector le había mentido y la

relación que había tenido con su padre. Se sentía en un callejón sin salida. Volvió a subir y a recorrer la casa, por si había algo que se le hubiera escapado. Lo escudriñó todo de nuevo, sin darse por vencida. Nada. Caminó por el espacio, pensando, intentando atar cabos. Hasta que se dio cuenta de algo que no encajaba: el tamaño de la cocina no coincidía con el del garaje. Miró alrededor, buscando una explicación. Hasta que se fijó en la isla en medio de la estancia. La empujó y cedió. Y descubrió una trampilla en el suelo.

25

Rosana se despertó gritando. Le ocurría la mayoría de las noches desde que Anton no estaba en casa, aunque la ansiedad solía darle tregua cuando dormía acompañada. No esta vez. Tenía el cuerpo empapado de sudor. Aún faltaban horas para que amaneciera. Con cuidado para no despertar a su acompañante, se sentó en la cama y puso los pies desnudos en el suelo de terrazo. Se cambió la camiseta. Salió de la habitación y bajó las escaleras. Encendió las luces de la planta de abajo y fue directa a la cocina. Sabía que no iba a volver a dormirse, no conseguía hacerlo más que con pastillas, y el efecto le duraba apenas cinco horas. Quedarse dando vueltas en la cama intentando conciliar el sueño solo le haría perder el tiempo. Se preparó un café con leche instantáneo que sabía más a leche que a café y, cuando se sentó a la pequeña mesa y encendió el móvil, hizo lo mismo que hacía siempre al despertar, y varias veces al día: escribió el nombre de su hijo en el buscador por si había nuevos resultados. Pero sabía que las posibilidades de dar con información inesperada eran remotas, la policía hubiera contactado con ella antes. Su hijo seguía desaparecido y no había pistas de su paradero. Aun así, revisó también las redes sociales. Nada. Buscó en el cajón el rotulador negro de punta gruesa. Lo destapó frente al calendario que colgaba de la puerta. Tachó un día más. En realidad, un día menos para que llegara el desenlace.

Dio un último sorbo al café y se puso a ordenar la casa. En la mesa del salón todavía estaban las dos copas de vino de la noche

anterior. En el cenicero permanecían los cigarros fumados a medias. Abrió la ventana para ventilar mientras recogía. Ahuecó los cojines del sofá, el mismo en el que había tenido sexo. Subió las escaleras de nuevo, con sigilo. Se metió en el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha. El agua tardaba unos minutos en calentarse, las tuberías recorrían la fachada exterior de la casa helada. Desde la pequeña ventana del baño se veía —o más bien se intuía— la cumbre de Abantos. Cada vez era menos blanca, la nieve ahora apenas se percibía en las laderas. Tras comprobar que el agua salía ya tibia, se desnudó y entró en la ducha. El agua le golpeó el cuerpo y relajó sus músculos. Cerró los ojos mientras el chorro masajeaba su espalda, que no dejaba de tener dolorida por la tensión. Cuando volvió a abrirlos, ya no estaba sola.

—¿Te he despertado? Lo siento —se disculpó desde detrás de la mampara con su acento del Este.

—Ya estaba despierta. Casi no has pegado ojo.

Rosana la miró, apenada.

—Lo siento, Carola.

La policía alumna le quitó importancia con un gesto. También se quitó la camiseta, que olía a la noche anterior.

—¿Me haces un hueco?

Ella le sonrió como respuesta. Carola terminó de desnudarse, abrió la mampara y se colocó bajo el agua. Rosana dejó que la abrazara por la espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó Rosana.

Carola asintió con la cabeza, pero ella sabía que le estaba mintiendo. Ya la conocía, llevaban el suficiente tiempo juntas como para saber cuándo lo hacía. Le preguntó también qué iba a hacer:

—No lo sé.

No sabía cómo reaccionar cuando se reencontrase con Marta. Quizá podía evitarla en la habitación, pero en los pasillos o en el comedor de la escuela seguro que coincidían. Tenía que aguantar, solo quedaban un par de días y todo habría terminado.

—¿Quieres quedarte aquí?

—No, sería más sospechoso si desaparezco de la escuela. Ya lo ha hecho Bosco —le respondió Carola—. Además, de día alguien podría verme.

Los vecinos nunca habían reparado en ella, llegaba y se iba de madrugada.

—¿Tú estás bien?

Rosana le dijo que sí, que contando las horas. Carola sonrió y le dio un beso en los labios. Ella se lo devolvió y le regaló también una caricia que recorrió su cuerpo mojado. Se abrazaron sin dejar de besarse y sus pieles se encendieron. Rosana tocó su sexo, lo acarició. Carola le besó los pezones, aunque terminó mordisqueándolos. La levantó por las axilas, con fuerza, e hizo que rodeara con las piernas su espalda, cruzando los pies. Se ayudó de la pared de azulejos y de su brazo izquierdo para mantenerla colgada de su cuello y seguir jugando con sus pezones al tiempo que la masturbaba con la mano derecha. El agua se metía en sus bocas, abiertas por la excitación. Rosana fue la primera en alcanzar el orgasmo y ella lo logró cuando siguieron en la cama. No les importó mojar el suelo ni las sábanas. Luego Rosana se volvió a dormir. Eso únicamente le pasaba cuando estaba con Carola. Solo unos minutos más, pero los suficientes para despertarse esta vez con una sonrisa.

—Tengo que irme —dijo Carola mientras se ponía el uniforme de la escuela.

—¿Qué va a pasar cuando todo termine?

—Ya sabes lo que va a pasar.

—No me refiero a Anton. Me refiero a qué va a pasar entre nosotras…

Eso sí que no lo sabía. No entraba en el plan, nunca debió ocurrir. La primera vez que se vieron no sabían que acabarían desnudas en esa cama, incapaces de despegar sus cuerpos. Y habían intentado detenerlo, porque sería todo mucho más sencillo.

—No lo sé —le dijo Carola evitando mirarla a los ojos azules.

—Podríamos escapar.

Sí, podrían hacerlo, aunque en realidad no sabía si podría sobrevivir a todo lo que había pasado.

Empezó en otoño, cuando Rosana estaba trabajando. En un bar del pueblo al que iba por las tardes. Estaba sola en un país que no era el suyo, sin ningún tipo de apoyo El padre del niño hacía ya años que había desaparecido, lo maldecía por haberlos dejado tirados en aquel lugar porque fue él quien los llevó allí, a un pueblo en el que malvivían desde que los había abandonado. Rosana no podía más, estaba agotada de sacar adelante la casa ella sola con varios trabajos precarios que le estaban pasando factura, tanto a nivel físico como mental. Había noches en las que se metía en la cama deseando no despertar. Menos mal que otro futuro parecía esperarlos gracias a las altas capacidades de Anton. Un doctor llamado Lorenzo Gabellán la había contactado al respecto. Al parecer, lo de su hijo era extraordinario. Si aceptaba que el niño participara en un estudio, gozaría de beneficios. Quizá les ofrecerían una beca para estudiar en el extranjero. O dinero, que era lo que de verdad les hacía falta.

—¿Qué te pongo? —le preguntó a Carola desde el otro lado de la barra.

Era el tercer día que la veía por allí. Siempre solitaria, siempre sentándose en el mismo taburete, y siempre mirándola con disimulo.

—Una cerveza.

Estaban solas porque ese bar se encontraba algo apartado del centro y por las tardes apenas había clientes. Carola no dejaba de mirarla como se mira a alguien que te gusta, aunque al principio ni le gustaba. No porque no le resultara atractiva, sino porque no debía gustarle para evitar mezclar las cosas. Solo debía simularlo, para ganarse su confianza y saberlo todo sobre ella y su hijo, así que le dio conversación. Rosana era tímida, le costaba soltarse, pero Carola desplegó todo su encanto. Funcionó, un par de tardes después ya estaban intimando en la cocina del bar. En realidad, no deberían haber llegado tan lejos, y por dos motivos: el primero, le sorprendió que Rosana, que estaba claro que nunca había tenido una relación homosexual, se prestara a ello. Eso llevaba al segundo motivo: Carola no tendría que haberse aprovechado de su vulnerabilidad. Estaba claro que Rosana no pasaba por su mejor momento, y era tanta su necesidad de apoyo que esa relación en principio imposible se desarrolló de una manera inesperadamente rápida. Y, aunque Carola sabía que ese sexo fugaz e intenso podía complicarlo todo, se abandonó al placer y volvió al día siguiente. Y al otro. Y al otro. Hasta que el tiempo se acababa y terminó confesándole lo que no debía. No estaba en el trato que se lo contara.

—Tengo que cerrar, me está esperando mi hijo para cenar —sonrió Rosana, a la vez que le daba un último beso en la boca.

Carola ya lo sabía. Lo sabía todo de Anton, aunque Rosana apenas le hubiera hablado de él. Sí, le había contado que era madre y que el chico era estupendo, pero también había dejado entrever que su vida sería diferente si no hubiera sido madre. Aunque si se arrepentía, nunca lo verbalizó.

—Rosana —la detuvo Carola, sujetándole ambas manos—, vas a tener que perder a tu hijo.

Rosana la miró con un gesto extraño en el rostro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó. Carola permanecía seria.

—Anton… tiene que desaparecer.

Le parecía que esa conversación había tenido lugar hacía años, y no apenas unos pocos meses atrás… Ya solo quedaban dos noches más y todo habría terminado. Carola se despidió de Rosana con un beso y salió de la casa. Hacía frío fuera porque era aún muy temprano y oscuro, pero menos que las noches anteriores. Fue hasta su moto, mirando a un lado y a otro de la calle como un cervatillo asustado. Estaba desierta, solo había vehículos aparcados. La furgoneta blanca era uno de ellos, aunque no reparó en ella. Se montó en la moto, se colocó el casco, giró la llave y tiró del puño. Salió con lentitud, sin apurar las marchas. La carretera que recorría el pueblo estaba vacía a esas horas. El asfalto brillaba por la humedad y la niebla. Dejó atrás las calles dormidas, pasó de largo el monasterio y tomó el tramo que ascendía hacia el monte Abantos, más hostil, con menos luces. El terreno allí ya no era tan firme y de vez en cuando la moto temblaba entre sus piernas mientras las ruedas levantaban las piedras. Solo oía el viento que se colaba por la visera del casco, silbando con fuerza. Una curva la llevó hasta el mirador, donde empezaba un sendero de tierra que estaba medio cubierto de nieve. Ascendía serpenteante por la cara norte del monte. Carola apagó las luces de la moto para hacerlo a ciegas. Ya se lo sabía y así evitaba que pareciera un punto luminoso en el mapa. Condujo así varios kilómetros, por entre los pinos. Aparcó entre dos de ellos, en una zona donde la maleza ocultaba un antiguo camino. Se quitó el casco y abrió el maletero. Sacó la comida, lo llevó todo bajo el brazo. Caminó durante casi veinte minutos, seguida solo por el sonido de sus botas sobre la nieve y el crujido de alguna rama bajo su cuerpo. Llegó hasta una verja oxidada que

bloqueaba la entrada de una cueva entre las rocas. Estaba oculta por la maleza y cerrada con una cadena. Carola la abrió y entró. Llegó hasta un pasillo estrecho. Las paredes se sujetaban con vigas robustas que acumulaban varios siglos. Llevaba una linterna en el bolsillo del abrigo que encendió con una sacudida. Daba una luz blanca apenas suficiente para distinguir las letras de una vieja señal que advertía que era una mina de hierro cuyo espacio se dividía en túneles fríos y húmedos sin salida. Carola caminó entre las vías sin dudar, primero recto, luego a la izquierda y, por último, a la derecha. Llegó hasta un tramo de escalones que se hundían ligeramente por el peso y que la llevaron hasta una puerta de hierro semioculta. Buscó de nuevo entre las llaves. Empujó la puerta con el hombro para ayudarse a abrir. Dentro de la estancia, de no más de veinte metros cuadrados, no hacía el mismo frío. El aire era denso y olía a metal. Y, en medio de ese espacio, en una cama y cubierto por una manta, dormía Anton. Los párpados, no del todo cerrados, le temblaban. En la mesa tenía una botella de agua medio vacía y un táper vacío. Carola recogió y limpió mientras el niño dormía. Le dejó comida y cogió los restos, dispuesta a marcharse. Pero antes se acercó al niño y le tocó la frente con el dorso de la mano. Había tenido fiebre los primeros días, pero ya no. Eso sí, tenía los labios agrietados y la piel cetrina. Le pasó un paño húmedo por la cara y el cuello y luego le colocó mejor la manta. Sacó una inyección de la mochila, con un líquido que le introdujo en la vena.

—Ya falta poco —susurró.

Anton abrió una rendija en los ojos, lo suficiente para verla.

—Por favor, no puedo más... —murmuró.

Repitió esas mismas palabras, rogándole con la mirada. Carola se apresuró a salir de allí. Cerró la puerta tras de sí y el túnel se tragó las súplicas de Anton.

26

—Ay, las mentiras piadosas… Es el gran consuelo de las almas religiosas.

Dante se movía por el aula, a rebosar de estudiantes y teñida de rojo por el sol del atardecer que se colaba por las ventanas. A pesar de la cantidad de alumnos para los que hablaba, conseguía que su voz sonara íntima, casi como si les estuviera haciendo una confidencia.

—Es toda una contradicción muy popularizada por el catolicismo. —Dante no desaprovechaba oportunidad para disparar un dardo a la religión de Jesucristo—. Mentir es un pecado imperdonable, pero si se incluye una dosis de compasión la cosa cambia… Al parecer, el engaño con la excusa de hacer el bien siempre está permitido.

Se detuvo junto a su mesa y se apoyó en ella para tener una panorámica de la clase. Vio lo habitual en ella: chicas demasiado arregladas para ir a la universidad que intentaban atraer su atención para que su mirada se cruzara con ellas, chicos del mismo estilo haciendo como ellas y otros pocos perdiendo el tiempo con el móvil, como si él no pudiera verlos.

—¿Quién no ha mentido alguna vez para evitar un sufrimiento mayor? Vamos, levantad la mano. Vosotros podéis levantar el móvil —interpeló a los del teléfono, y les recordó que la asistencia no era obligatoria y estaban robándole el sitio a personas con menos ganas de perder el tiempo. Dante era un experto en poner a sus alumnos en evidencia.

Al final, terminó levantando el brazo la clase al completo. Todos reconocieron haber soltado mentiras para suavizar verdades. Y todos reconocieron que, por muy necesarias que fueran, no dejaban de ser mentiras.

—El caso es que la teología dice que Dios es la Verdad, con mayúscula —les explicó el profesor mientras se movía por el estrado —. Y el diablo, según san Juan, es el padre de la mentira.

Abrió la Biblia que llevaba bajo el brazo y les leyó el versículo del Evangelio de Juan que así lo declaraba. Intentó comprender cómo era posible que, en nombre del amor, se justificara el acercamiento al mal.

—Los fieles llevan siglos intentando explicar su contradicción. Santo Tomás de Aquino les echó un cable dividiendo las mentiras en tres —explicó, alzando tres dedos de su mano derecha—. El sacerdote dominico catalogó la mentira en: uno, útil u oficiosa; dos, humorística; y tres, maliciosa. Solo esta última debía considerarse pecado mortal. La primera, a la que comúnmente llamamos «mentira piadosa», la reconoció como aceptable, una especie de pecado venial. Una mentira «Robin Hood», vamos: como el que roba para dar de comer al pueblo.

Se oyeron risas por el aula.

—El problema es dónde se pone el límite. Entre mentir para consolar y mentir para manipular no hay tanta distancia…

Abrió el debate a los alumnos, que fueron disparando sus ideas, la mayoría poco organizadas y erradas. Una chica de las primeras filas, Alma, parecía haber profundizado en el tema y supo enlazar el concepto de la mentira piadosa con el de la verdad como espejo que promulga el satanismo.

—En los rituales satánicos simbólicos no se venera la mentira, pero sí se reconoce su poder —intervino.

—Exacto —la felicitó Dante—. El satanismo es mucho más honesto con la mentira.

Insistió en que el verdadero pecado de la mentira piadosa no era que fuera falsa, sino que situaba al emisor en el lugar de Dios, que es el único que tiene la verdad. El satanismo respeta más la jerarquía, no se atreve a cambiarla. Por ello apuesta por la sinceridad.

—La mentira no es una opción en el satanismo, a pesar de la mala fama que tiene mi religión. A diferencia de lo que hace el catolicismo, no creemos que el amor exija traicionar la verdad, sino todo lo contrario. —Dante hizo una pausa más larga de lo habitual, necesaria para cambiar el tono académico del discurso y hacerlo más distendido—. Total, que si queréis saber algo de lo que de verdad ocurre en esta facultad, no se os ocurra hablar con mis colegas cristianos. Mejor preguntadme a mí.

Consiguió que los alumnos se rieran justo unos segundos antes de que la clase terminara. Consiguió también que nadie se diera cuenta de que él estaba mintiendo. Que él también estaba jugando a esa contradicción porque llevaba tiempo ocultando una verdad y ofreciendo una mentira piadosa, como si de un acto de amor se tratase, aunque no quería pensarlo demasiado.

Se entretuvo en guardar las cosas en el maletín mientras algunas de las chicas se acercaban a su mesa para despedirse con una sonrisa más sugerente de lo conveniente. Una de ellas fue la chica que había hablado con acierto en clase, Alma. Hacía meses que Dante la había visto desnuda por primera vez. Aunque ella había asumido que él no se enamoraba ni iba a hacerlo, el profesor le había ofrecido, como solía hacer con quienes se encaprichaban de él, repetir en la cama cuanto quisiera. La mayoría de sus amantes lo aceptaban sin mayor drama. Además, no mentía. Dante entendía el

sexo como un vínculo profundo, aunque no todas las personas que recorrían su cuerpo lo veían igual. No lo hizo Jon, el chico de la última fila que ya solo iba a su clase anhelando conseguir que el profesor, en medio de la lección, le regalase una mirada como las que Dante le lanzaba antes de que se bajaran mutuamente los pantalones.

—¿Todo bien? —preguntó Alma, que permanecía de pie junto a él, sorprendiéndole.

—Perfectamente. ¿Por qué lo preguntas?

—No tienes buen aspecto.

—Vaya, gracias…

—Creo que es la primera vez que te veo despeinado. —La chica hizo un mohín y, a pesar de que no quedaban ya alumnos en el aula, susurró—: Ni siquiera cuando estábamos haciéndolo te despeinaste.

Se rieron. Tenía razón, Dante llevaba un par de días durmiendo peor de lo habitual y su cuerpo lo reflejaba. Marta no le contestaba a las llamadas, ni a los mensajes. Le daba vueltas a la posibilidad de presentarse de nuevo en la escuela de policía, aunque sabía que tenía las de perder.

—Todo bien, solo una historia que se me ha complicado más de lo que debería.

—¿No me digas que al fin has encontrado la horma de tu zapato?

Dante le aclaró que no había pecado carnal en esa historia.

—Entonces no duermes porque no lo ha habido... Me alegro de que al fin alguien te dé de tu propia medicina.

La amenazó burlón con suspenderla si seguía con el interrogatorio y le tocó el costado más de lo que debería al despedirse, incapaz de dejar de mostrarse seductor con ella. Siguió guardando sus cosas en el maletín y le echó un vistazo al móvil, que había tenido guardado

toda la clase. Salió al pasillo y se encontró justo con la protagonista de sus desvelos. Parecía estar esperándole.

—¿Qué haces aquí, estudiante? Pensaba que no querías nada con sospechosos de secuestro.

—He estado en casa de Figueroa.

Dante había planeado ir juntos, pero ella se había adelantado. Se mostró molesto, pero lo justo. Tampoco tenía derecho a más. La invitó a hablar en su despacho, no quería llamar la atención de los compañeros por los pasillos. Recorrieron el espacio en silencio hasta llegar a él. Pese a estar encajado en uno de los pasillos más antiguos de la facultad, parecía renovado por dentro. Había una única ventana por la que entraba la luz con dificultad. El aire olía a metal y a cuero viejo. Era porque las paredes, altas, estaban cubiertas por estanterías repletas de libros antiguos. Muchos en latín o con símbolos difíciles de reconocer. En un rincón había una reproducción del *Malleus maleficarum*, metido en una urna de cristal.

—¿Tu libro favorito? —le preguntó Marta mientras se inclinaba sobre el vidrio para leer el título grabado en letras góticas.

—Se traduce como el *Martillo de las brujas*. Fue publicado en 1487 por dos inquisidores. Es un texto bastante oscuro… Se utilizó para justificar todo tipo de torturas y barbaridades.

Marta puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué lo tienes como si fuera un tesoro?

—Porque estudio el mal y cómo se disfraza. Siento no tener *El principito*.

Se sentó al escritorio de roble macizo, despejado menos por el ordenador, un cuaderno de notas y una vela negra.

—¿Te sientas o quieres que te pase el inventario de lo que tengo en el despacho? —le dijo al ver que seguía husmeando.

Marta se acomodó en una silla de cuero negro idéntica a la de Dante, frente a él. No pudo evitar desviar la mirada al móvil, seguía esperando respuesta de Bosco. Nada.

—¿Y qué? ¿Figueroa tiene al niño?

—No, pero tiene un sótano… curioso.

La trampilla que encontró escondida en la cocina llevaba hasta una bodega subterránea sin hormigonar. Quienes apreciaban de verdad el vino las preferían así, allí se conservaba el líquido como en ningún sitio. Y Figueroa siempre hacía gala de su olfato de sumiller. Tenía más de quinientas botellas. Muga reserva de 2016, varios Marqués de Murrieta que guardaba como oro en paño y una pequeña muestra de Artadi Valdeginés que consiguió en una subasta. No faltaban algunos clásicos franceses, traídos en coche de los viajes de juventud con su mujer a Burdeos. También joyas del Priorat y botellas de vino de Toro.

—Que es un pijo, vamos —dijo Dante tras escuchar la enumeración—. ¿Eso es lo que has venido a contarme?

—He venido a contarte que algunas de esas botellas sumaban más años que tú y yo juntos.

—Normal, es vino bueno.

—Pero muchas no tenían polvo. Era como si las acabaran de poner allí.

El profesor lo entendió. Se inclinó hacia delante en la silla.

—Tenía allí al niño y lo ha movido —dedujo Dante.

Eso era justo lo que pensaba Marta. Y que si había ocurrido era porque alguien había dado la voz de alarma de que estaban detrás de él.

—Tu colega el cachas se ha ido de la lengua —resolvió el satanista.

—O tú —le defendió Marta.

—No voy a jugar más a esto. —Dante se levantó, cansado—. Si quieres confiar en mí porque «no soy el que tenía el abrigo del niño en el maletero», genial. Y si no, pues acabamos aquí, Marta.

—Estoy aquí, ¿no? —le dejó claro ella—. Pero no estoy segura de que Bosco esté metido en esto. No tiene motivos…

—El dinero. Siempre es el dinero.

—Su familia tiene patrimonio suficiente para que él no tenga que trabajar en su vida. —Marta le contó de dónde venía y otros detalles de su compañero que hacían dudar de su implicación—. Quizá deberíamos ir a la policía. La de verdad.

Carola insistía en que denunciaran a Bosco. Y por no secundarla, se había alejado de ella. O eso creía Marta.

—Me da que Figueroa tiene el poder suficiente para darle la vuelta a la historia y que acabemos nosotros entre rejas —dijo Dante con decisión—. Esto lo tenemos que resolver primero nosotros.

—¿Cómo?

Dante cogió el calendario que tenía en la mesa. Había tres fechas marcadas, los últimos días de febrero. El del medio era el que estaba resaltado con más fuerza. Era el del máximo apogeo de la luna negra.

—Ya te lo dije, mi apuesta es que este 27 de febrero se hará el ritual.

—¿Esta madrugada? —preguntó Marta con voz algo temblorosa.

—Deberíamos presentarnos allí. Y evitarlo.

El miedo apretó la garganta de Marta. ¿Cómo iban a hacerlo? Solo eran dos y ni siquiera sabían a quién se enfrentaban. Y no tenían armas.

—Las tenemos —le aseguró Dante, que sabía cómo conseguirlas.

—¿Y sabes dónde se va a hacer el ritual?

27

Elías, el jefe de seguridad, caminaba con paso firme por el corredor principal del monasterio de El Escorial. Era una zona que se podía visitar, a la que los frailes no se acercaban. A esas horas de la madrugada, el frío parecía pegado a la piedra del edificio, y el único sonido que se oía más allá del bisbiseo del aire era el resonar de sus pasos en el suelo de mármol. A cualquiera le asustaría un escenario así, pero Elías llevaba más de veinte años cerrando el monasterio cada noche. Pasó por la antesala de la sacristía mayor y se aseguró de que la puerta estuviera sellada tirando del pomo. Lo hizo dos veces, por si acaso. Continuó la ronda al tiempo que daba vueltas al enorme llavero que sujetaba en la mano. Lo vigilaban las cámaras de seguridad instaladas en los pasillos, por orden de Patrimonio, y que grababan constantemente aunque, a pesar de los tesoros que había en el monasterio, nunca habían entrado a robar. Apagó las luces del pasillo que llevaba hasta la basílica y siguió avanzando guiándose por la luz de la linterna. Todo estaba en orden, había sido un día tranquilo de visitas, solía ser así entre semana. La última parte del recorrido llevaba hasta la biblioteca. Un corredor desembocaba en una majestuosa puerta que conservaba los herrajes antiguos y que era de lo poco que permanecía del edificio original después del incendio. Para Elías, la biblioteca era más sagrada que la capilla. Empujó la puerta y se oyó el chirrido de las bisagras. Cerró con llave y dos vueltas esa primera entrada tras de sí. Caminó por el pasillo central, entre los estantes infinitos que se

alzaban como columnas, mientras echaba un último vistazo para asegurarse de que la biblioteca estaba vacía e iba apagando luces. Al llegar al fondo, cerró la puerta secundaria y giró de nuevo dos veces la llave.

Entonces, dos sombras salieron de su escondite. Según los libros antiguos, la biblioteca del monasterio albergaba una entrada al inframundo. Los textos también contaban que, en El Escorial, hubo minas de hierro que unían las faldas al pico del monte Abantos. Aunque nadie había dado con su entrada. Contaban que Felipe II las había mandado sellar todas, pero que esos portales podían abrirse las noches de luna negra, y que el primero en conseguirlo, en esa misma biblioteca, fue Jorge de Burgos tras su pacto con Belial. Esa entrada fue protegida con los libros del infierno, guardados en los sótanos, así que solo quienes estuvieran del lado del dios de lo oscuro podrían encontrarla. Mientras susurraba esto a Marta, Dante se movía por la biblioteca como si no estuvieran cometiendo un delito.

—¿Y si solo son leyendas? —apuntó ella.

—Pues saldremos al amanecer igual de confundidos. O detenidos, también cabe esa posibilidad. Pero al menos lo habremos intentado…

—Me estoy muriendo de calor —bufó Marta.

Se quitó otra capa de ropa más y se abanicó el cuello con la mano en balde, sentía su cuerpo arder desde que habían entrado en el monasterio. En cambio, Dante no se había bajado la cremallera del abrigo.

Avanzaron por la sala hasta llegar a una zona vetada a los turistas con estanterías menos ordenadas y mesas bajas con pilas de libros encima de ellas.

—¿Qué es lo que buscamos exactamente? —preguntó Marta, enfocando con una linterna a su alrededor.

—Algo que nos lleve hacia abajo.

Al fondo de la sala, junto a una columna, había una puerta. Marta se acercó, tiró del pomo. No estaba cerrada con llave.

—Dante…

Unas escaleras de piedra descendían en espiral. La humedad subía desde abajo.

—Pues tiene toda la pinta de que es aquí… —respondió él, mientras se dirigía hacia ella y bajaba los primeros escalones, gastados en su centro tras tantos siglos de uso.

Al llegar abajo encontraron un interruptor, la luz iluminó una enorme sala rectangular, sin ventanas. Allí el aire era más espeso. Marta sintió que ardía.

—El calor es insoportable —dijo, aunque Dante continuaba con el abrigo puesto.

Había estanterías por doquier e incluso cubriendo parte de los muros y, en ellas, libros y documentos. También un archivo antiguo con códices y libros valiosos. Se adentraron en la sala de estanterías abandonadas y polvorientas en busca de una puerta, un hueco que pudiera ser el portal. Tomaron direcciones contrarias, sin encontrar nada. Pero en el extremo más alejado del sótano, al recorrer la zona que Dante ya había barrido antes, Marta dio con algo medio cubierto. Unos estantes con una presencia diferente, de madera oscura, más bajos y encajados en la pared. Pasó la luz por los lomos de los libros, volúmenes pesados con tapas de cuero agrietado. Los títulos eran en latín, como *Clavicula nox*, *Profundis tenebris*, *Infernales demonium*, y otros en lenguas muertas. Sintió un escalofrío y una corriente de aire con olor a muerto en la cara. Se

colaba por entre los libros. Quitó uno, quitó otro y otro, y vio que detrás de ellos no había pared, sino una entrada oscura. Un túnel.

—Dante —lo llamó en voz baja, sin apartar la vista del hueco.

Se acercó y lo vio. Entre los dos, quitaron los libros hasta que abrieron el hueco lo suficiente para pasar por él.

—La entrada… Así que era real —dijo Dante, impresionado.

Iluminaron con las linternas ese espacio negro ante ellos. Las paredes eran de tierra, sujetas por vigas de madera como en las minas. Se escuchaba escapar el silbido del aire frío encerrado. Marta pensó que el satanista había pasado hacía escasos minutos por delante de esa misma estantería. Y no le había llamado la atención. ¿Por qué a ella sí?

—Era distinta al resto, debería haberla visto. Está claro que eres mejor investigadora que yo —resolvió Dante—. ¿Entramos?

El túnel era estrecho y el aire estancado allí, irrespirable por la humedad y por un profundo olor sofocante y áspero parecido al del humo que chisporrotea al encender una cerilla.

—¿A qué huele? —preguntó Marta.

No era la primera vez que sentía ese golpe en la nariz. Flotaba en el aire del monte Abantos la noche en la que se unió a la batida para buscar a Anton y también en las calles de Malasaña cuando persiguió a ese fantasmagórico perro y creyó haber perdido la razón.

—Azufre —respondió Dante pasando las uñas por la pared negra.

—¿Y qué significa? ¿Hay una bolsa de gas aquí abajo?

Él negó con la cabeza. Le explicó que, en el Apocalipsis de la Biblia, el fuego y el azufre se asocian a lo podrido y a lo infernal. Y ese olor característico de estos elementos indica la presencia del mal.

—Lo primero que se percibe de un demonio es su olor.

—Ya… —dijo Marta, dándole poca credibilidad—. No sé, yo creo más en el olor de la maldad humana que en los demonios.

Siguieron caminando guiados por las vías del suelo, las linternas temblaban en sus manos. Marta comprobó que llevaba en la cintura la pistola: una Glock 19. Ligera, fiable y sin seguro manual. No era reglamentaria, pero sí suficiente para sentir más seguridad, fueran o no ciertas las leyendas. Pese a ello, temía tener que usarla. En las clases de tiro, cuando acercaba el dedo al gatillo, el pulso siempre le temblaba y temía no acertar el tiro. Y aunque había sido Dante quien, a través de contactos del culto, le había conseguido esa pistola, él no había querido llevar ningún arma, no quería meterse en más líos de los que ya tendrían si los descubrían.

Pasaron varios minutos descendiendo hasta que el túnel se abrió a una sala amplia y circular. En el centro había una losa de piedra enorme, sostenida por cuatro pilares y cubierta por tallas extrañas, apenas visibles por la capa de sangre seca que tenía encima. Dante permaneció inmóvil unos segundos. Fascinado.

—Esto es… —dijo Marta sin terminar la frase.

—La sala del ritual —finalizó Dante por ella.

Fue la primera vez que Marta lo escuchó hablar con voz temblorosa.

En el barro seco que rodeaba la sala se veían marcas de huellas. En el techo abovedado, cubierto por el moho, había una pequeña abertura que parecía ascender kilómetros hacia arriba. Y desde allí se veía la luna, apenas distinguible al ser negra.

—¿Tú sabías que era así? —murmuró Marta.

Dante avanzó hasta llegar a un círculo de ceniza negra. Se agachó y lo tocó con los dedos.

—Sabía que existía —dijo, impresionado.

Marta no podía apartar la vista de la losa. Se acercó a ella, despacio. Notó cómo la ansiedad iba creciendo en su interior, golpeándole el pecho.

—¿Qué pasa, Marta? —preguntó Dante, preocupado, al ver su rostro desencajado.

Las imágenes se sucedían de pronto en su cabeza, como ráfagas inconexas que no podía explicarse.

—Nada —mintió. Intentar explicarle lo que sacudía su cabeza solo habría conseguido que pensara que estaba loca—. Según tu teoría, los *caníbales* del ritual deberían estar ya aquí, ¿no?

Así debería haber sido, pero pasaron las horas y nadie apareció. Fue una noche angustiosa en la que Marta sintió que la oscuridad se le metía dentro. No llegaron las oraciones ni los cánticos. No hubo ningún pacto con el demonio. Solo una espera y un silencio absoluto que les heló la sangre.

—¿Por qué existe el mal? —preguntó Marta a Dante, llenando las horas de espera—. Te dedicas a estudiarlo. ¿Cuál es tu conclusión?

Él no respondió al instante. Observaba la losa como si le susurrara todo lo que había ocurrido allí desde hacía siglos.

—El mal existe porque alguien lo cultiva —dijo al fin—. Todos los que lo eligen, en realidad, tenían otra opción.

—¿Y por qué se elige esa?

—Porque el hombre es el lobo más feroz de todos. Y porque creen que sale gratis. Invocar al infierno tiene un coste, aunque a veces tardes en pagarlo.

Marta no quiso rumiarlo más. Acabaron por deshacer el camino hasta la superficie. Salir del monasterio fue más sencillo de lo que esperaban; las puertas volvían a estar abiertas y nadie parecía haber reparado en ellos. El sol en el exterior indicaba que había terminado la noche. También parecía haber menguado el frío.

—¿Y ahora? —preguntó Marta.

No había más que hacer. Habían llegado hasta el corazón de ese ritual sin que hubiera sucedido. Sí, cabía la posibilidad de que eligieran la última noche de la luna negra para realizarlo, pero la que acababa de terminar era la idónea. Todo parecía indicar que tenían al niño, y no tenía sentido que lo hubieran pospuesto.

—Ahora no sé qué es lo que está ocurriendo —reconoció Dante después de repasar las evidencias.

Quizá se habían equivocado desde el principio. Quizá ese niño no iba a ser devorado. Y compartir con otros los avances de su investigación solo los metería en problemas. No tenían pruebas contra Figueroa. Mientras iban hacia el coche, vieron que frente a él había dos vehículos. Patrullas policiales. Un par de agentes hablaban por radio, confirmando los datos.

—¿Tienes multas sin pagar? —murmuró preocupada Marta, mirando a Dante de soslayo.

—No, que yo sepa…

Ambos sabían que la policía no estaba comprobando el coche por eso. Les estaban esperando a ellos.

—Intentar escapar ahora sería de idiotas, ¿verdad? —medio propuso Dante aunque sabía que estaban atrapados.

Uno de los policías los vio. Hizo señas al resto. La mitad de los agentes caminaron hacia ellos con paso firme y expresión neutra.

—¿Marta Otero? —preguntó el que parecía llevar la voz cantante.

—Soy yo —respondió ella, tensando los hombros.

—Tiene que acompañarnos a comisaría. Necesitamos tomarle declaración por el caso de la desaparición de Anton Popescu.

Cruzó con Dante una mirada desconcertada que también transmitía su miedo.

—¿Por qué motivo? —acertó a preguntar.

—Queremos hablar con usted, necesitamos aclarar algunos asuntos.

—Voy contigo —se ofreció Dante, a pesar de que el policía insistió en que no era necesario. No la detenían, solo querían hablar con ella, aclaró la policía.

Era cierto que no parecía un arresto, pero tampoco una invitación.

—Pero ¿ha ocurrido algo? —preguntó Marta a uno de los policías antes de subir al coche.

—Ha aparecido el niño.

28

ENCUENTRAN CON VIDA AL NIÑO DESAPARECIDO EN EL ESCORIAL GRACIAS A LA INVESTIGACIÓN DE UN POLICÍA ALUMNO

El niño de nueve años, Anton Popescu, ha sido localizado en una zona alta del monte Abantos tras casi un mes de búsqueda. Su hallazgo ha sido posible gracias a una pista clave descubierta por un policía alumno de la Escuela Nacional de Policía, que identificó a una compañera del centro como responsable del secuestro.

Según fuentes de la investigación, el menor fue encontrado encerrado en un habitáculo subterráneo de reducidas dimensiones, oculto en una zona boscosa de difícil acceso. Aunque desorientado, Anton se hallaba en buen estado físico y no presentaba signos visibles de violencia. El equipo médico que lo ha atendido ha diagnosticado un cuadro de estrés postraumático severo y síntomas de amnesia disociativa, lo que dificulta, de momento, la reconstrucción precisa de los hechos.

La alumna de la escuela fue señalada por el joven investigador después de que ella tratara de distraer la atención incriminándolo con una de las pruebas de la

desaparición: el abrigo del niño, que colocó en el maletero de su coche. Tras analizar químicamente restos en el abrigo, el alumno pudo defender su inocencia y acusar a la verdadera responsable. Según ha trascendido, mantenía una relación con la madre del niño, Rosana Popescu, desde hacía algunos meses. La línea principal de la investigación apunta a que el secuestro pudo tener una motivación personal, por celos hacia el niño, aunque las causas concretas aún no han sido esclarecidas.

Fuentes policiales descartan, de momento, indicios de violencia directa o abuso, y el caso se instruye como un secuestro con agravante de ocultación de menor, sin que se haya confirmado aún la participación de terceras personas.

La madre del niño, tras responder a las preguntas de la policía y descartar su implicación en el secuestro, se ha reencontrado con su hijo. Lo ha hecho en dependencias médicas y ha solicitado respeto a su privacidad. El pueblo de El Escorial, que durante semanas se movilizó en batidas masivas por la sierra de Guadarrama, ha acogido la noticia con emoción y alivio.

La investigación continúa abierta. Las autoridades han habilitado una línea confidencial para la aportación de datos relacionados con el caso: 091.

Al llegar a comisaría, había una docena de periodistas frente a la entrada principal que sujetaban móviles y cámaras, deseando arrancar el testimonio de cualquier persona relacionada con el niño y su madre. Nadie reparó en Marta, quien entró escoltada por un par

de agentes. Pero con Dante, que había seguido a la patrulla con su coche, fue diferente. Una reportera lo reconoció:

—¡Eh! ¡Tú eres el satanista de redes!

Muchos ni sabían quién era, pero todos los micrófonos se dirigieron hacia él y empezaron a llover las preguntas: ¿estás colaborando en la investigación?, ¿el secuestro tiene algo que ver con tu religión?, ¿puedes confirmarnos dónde se encuentra el niño? Dante hizo como si no los oyera. Apretó el paso y cruzó las puertas acristaladas.

—No puede estar aquí —insistió uno de los agentes al ver que los había seguido.

—Dante, no lo compliques —pidió Marta antes de seguir a los policías y dejarlo atrás.

Marta tuvo que esperar mientras tramitaban el papeleo. Escaneó la estancia con la mirada. La comisaría era un hervidero, se podía oler la tensión, aunque también la victoria. No parecía el mismo lugar de la noche de la batida. Ahora todos los escritorios estaban ocupados, los agentes iban y venían con archivos y cafés en la mano, mientras los teléfonos sonaban sin parar. «Estamos siguiendo el protocolo marcado», «la investigación sigue abierta» y «por el momento no podemos ofrecer más información» eran frases que se repetían. Vio a Bosco junto a la máquina de café, esperando a que terminara de llenarse el vaso. Se olvidó de que le habían pedido que permaneciera allí y fue hacia su compañero, abriéndose paso entre los agentes. Uno de ellos le recordó que le habían pedido que no se moviera, pero ella se justificó diciendo que necesitaba hablar con él y el policía la autorizó con un gesto de cabeza. Bosco llevaba el uniforme de la escuela, pero sin chaqueta. Su rostro reflejaba que no había dormido en días. Al ver a Marta, esbozó una sonrisa. No sabían si abrazarse, aunque ella terminó haciéndolo.

—¿Estás bien?

—Ahora sí.

Bosco le explicó lo que había ocurrido desde que se separaron. Tenía esa prueba en el maletero y podía haber ido a la policía, pero solo habría servido para que sucediera lo mismo que con ella y Carola: le habrían acusado. Eligió postergar el momento y utilizar un contacto en el laboratorio de biología forense de la facultad en la que estudió. Analizó el tejido en busca de ADN o huellas. Confirmó que el abrigo era del niño y algo más que lo cambió todo:

—Había huellas de Carola, Marta. Por todas partes…

Los ojos de Marta se abrieron, sorprendidos. Eso iba en contra de toda la investigación que ella había estado llevando a cabo.

—Puse sobre la pista a los jefes de la investigación e hicieron un seguimiento. Descubrieron que tenía una relación con la madre del niño desde hacía meses —añadió Bosco.

—Lo he leído, sí.

Marta ya dedujo cuando se coló en su casa que esa mujer tenía una relación que había estado ocultando, pero jamás habría imaginado que la otra protagonista era su compañera de habitación.

—¿Recuerdas todas esas noches en las que Carola insinuaba que estaba con la chica de la brigada 24?

Claro que lo recordaba. Y también recordó aquella mañana que Marta se presentó en su habitación preguntándole por Carola y esa chica la miró como si le estuviera preguntando por alguien que ni conocía.

—¡Es que nunca estuvo con ella! Encontró la forma de salir de la escuela para estar con Rosana.

—Pero eso no pudo hacerlo sin ayuda interna…

Al parecer, sí. Consiguió una tarjeta de las que solo tienen los instructores que permitía la salida del edificio sin tener que pasar por

el control. La robó y la copió, la habían encontrado entre sus cosas.

—Aún están investigándolo, pero parece ser que el niño se convirtió en un estorbo en su relación. Hubo celos, un conflicto gordo por su culpa, y decidió hacerlo desaparecer.

La policía siguió a Carola hasta descubrir el zulo en el que tenía encerrado al niño, en la cumbre del monte. La detuvieron, lo sacaron. No fue sencillo, el niño no quería marcharse. Culpa del *shock* psicológico, explicaron los médicos. Ya estaba con su madre, aunque había tenido que demostrar su inocencia, y Carola en prisión provisional. Llevaban horas hablando con Bosco para que prestara declaración. A Marta la habían buscado para lo mismo, al ser compañera de cuarto de Carola podía tener algo que contar.

—¿Y todo lo de los rituales? —murmuró Marta, más para sí que dirigiéndose a él—. No encaja con nada de esto…

—Una pista falsa que la propia Carola te animó a seguir… ¿O no fue ella la que te contó que se había perdido un niño en la sierra?

Era cierto. De alguna forma, Carola la había dirigido hacia el monte Abantos y una hipótesis que no la apuntaba a ella.

—Y de todos modos, la policía cree que eso no son más que leyendas. Nunca hubo evidencias de que fuera eso lo que ocurrió con los otros niños. Las pruebas dicen que todo era más simple de lo que parecía.

El mismo Bosco había descartado esa hipótesis al tirar del hilo por su cuenta. Las pruebas mostraban que el móvil del caso era más convencional.

—Marta, apuntar a Figueroa y a unos rituales antropófagos no parece encajar. No te dejaría en buena posición. Y después de lo que pasó con…

Su padre. Todos pensaron que había perdido el juicio al obsesionarse por relacionar y esclarecer las desapariciones de los

niños. Y sucedió en esa misma comisaría en la que estaban. Además, el caso se había resuelto, afirmó Bosco con orgullo. Marta se tensó. Le costaba creer que fuera así.

—Marta… —llamó su atención Figueroa, que salía de uno de los despachos del fondo. Tenía los ojos enrojecidos por las horas sin dormir. Había colaborado en la operación, cuando la policía inició el seguimiento de Carola le puso en preaviso—. Quieren hablar contigo para tener más información sobre tu compañera. Es puro protocolo —la tranquilizó—. No te preocupes, solo quieren escucharte.

Figueroa le agradeció a Bosco su trabajo. A Marta le dijo que sentía que hubiera ocurrido todo esto, aunque no la miró a los ojos. Le apretó el hombro en un pobre intento por confortarla y los dejó solos de nuevo. Fue junto a algunos compañeros de la comisaría, a felicitarlos por el rescate.

—¿Estás bien? —preguntó Bosco.

—Sí, solo estoy algo impactada… Oye, siento lo que sucedió en el monte —se sinceró—. Intenté hablar contigo después.

—Da igual, no te preocupes —le restó importancia él—. Lo entiendo, esa prueba parecía apuntarme. Pero a veces las cosas son justo lo contrario de lo que parecen, ¿no?

Fue entonces cuando Marta oyó su nombre en el aire, un agente la llamó para que entrara en la sala de interrogatorios. Respiró hondo y se dirigió hacia allí, donde la esperaban otro par de policías sentados a una mesa, en la que únicamente había una carpeta con su nombre y una grabadora. Le pidieron que se sentara frente a ellos, en una silla blanca.

—Hola, Marta. Soy el inspector Andrada —se presentó el investigador principal estrechándole la mano.

Le ofrecieron agua, un café, pero lo rechazó todo. Se sentó y entrelazó los dedos de las manos sobre la mesa.

—Tu profesor nos ha contado que eres la alumna más brillante de la promoción.

No supo qué responder. Agachó la mirada, como hacía siempre que recibía un cumplido.

—Esperamos que solicites plaza en esta comisaría —añadió—. Tengo entendido que tu padre trabajó aquí también.

Otro silencio que Andrada recogió con una sonrisa más incómoda que la primera.

—Marta, cuéntanos todo lo que sepas.

29

Cuando Marta salió de la comisaría, tuvo la sensación de haber dejado algo importante. Una parte de sí misma relacionada con la verdad. Durante horas, en esa sala fría de interrogatorios en la que flotaba el aroma del café de máquina, respondió preguntas con la voz firme y las manos frías. Su relación con Carola, lo que había vivido a su lado desde que la conocía, lo que pensaba del secuestro que habían descubierto. Marta no mencionó la investigación de su padre, ni los expedientes, ni el vínculo con Figueroa. No mencionó el satanismo, ni a Dante. Omitió toda esa parte que no encajaba con el desenlace de la desaparición de Anton. Solo contó aquello que no la ponía en un aprieto: que, cuando ella estaba estudiando los casos de los niños desaparecidos para su tesis antes de desestimar el tema, Carola la incitó a que siguiera una línea de investigación sobre Anton que la alejaría de la verdad. El ayudante de Andrada tomó notas y la carpeta con su nombre quedó cerrada. Le agradecieron su colaboración y le ofrecieron apoyo psicológico por si lo necesitaba. No era fácil asimilar que una compañera estaba detrás de un secuestro y que incluso la había utilizado para esconder su culpabilidad. El inspector le estrechó la mano al terminar y le agradeció su colaboración con una sonrisa. Le repitió su oferta de trabajar con su equipo tras la jura de bandera.

—Puedes irte. Gracias, Marta.

Cruzó la comisaría, en la que el bullicio había menguado, con su testimonio repitiéndose en su cabeza. Sentía que había mentido,

aunque no hubiera sido así. Afuera caía la noche y los periodistas ya habían desaparecido. El caso estaba resuelto. El único que quedaba frente al edificio era Dante, que la esperaba junto a su coche, apoyado en la puerta, con los brazos cruzados.

—¿Todo bien, estudiante?

Marta no le respondió. Sentía que debía contestar que sí, pero algo dentro de ella le decía lo contrario. Así que solo sacudió la cabeza.

—¿En serio te crees que Carola lo hizo? —preguntó el satanista.

—Parece que solo encontraron sus huellas en el zulo. Y la madre ha confirmado la relación con ella y las discusiones que tuvieron por el niño.

—Ya. ¿Y tu intuición qué te dice?

Esas eran las pruebas y en la escuela de policía le habían enseñado que siempre estaban por encima de la intuición.

—Dante, Carola tenía secuestrado al niño. Es una realidad.

—La realidad es que esto iba de otra cosa.

De niños desaparecidos, de rituales, de humanos desalmados y salvajes, de lobos feroces. Nada de lo que habían investigado juntos apuntaba en la dirección en la que la policía lo había resuelto.

—Igual tenían demasiado interés en cerrar el caso sin hacerse muchas preguntas. Ese Figueroa es colega de todos los que están al frente del caso de la desaparición, ¿no?

Insinuó lo de siempre: la posibilidad de que la policía estuviera detrás de esos pactos y que quisiera ocultar la verdad. Él nunca la había descartado y tal vez eso explicara la rapidez con la que la policía estaba actuando.

—Ya vale, Dante —le pidió Marta, y echó a andar para alejarse de la comisaría y de todo lo que implicaba—. El caso está resuelto. Vamos a olvidarlo de una vez.

Dante fue detrás de ella, siguió poniéndolo en duda. No solo por lo que habían descubierto juntos, sino por todo el trabajo que hizo él antes.

—Un niño desaparece diecinueve años después de que lo haga el último en la misma sierra. Justo cuando va a haber luna negra —insistió.

Lo dijo señalando el cielo en el que seguía sin haber luna. En el calendario aún faltaban unas horas antes de que desapareciera la oscuridad que propiciaba el pacto cada diecinueve años.

—¡Que ya vale, joder! —gritó ella, mareada.

—Pero ¿por qué, Marta?

Porque era una locura. Porque no podían compartir esa teoría con otros sin que dudaran de su estado mental. El perro del infierno, el médico inmortal… la forma en la que habían llegado hasta la sala de torturas en las tripas del monasterio. No había una explicación racional. La asustaba haber perdido la cordura intentando resolver el caso, como le ocurrió a su padre, y no llegar nunca a ser policía.

—Marta, eres mucho mejor policía que los que se están creyendo todas esas paparruchas de Carola.

—Dante, para…

Pero no lo hizo, continuó:

—¿Recuerdas que me preguntaste qué era lo que te hacía especial? Justo eso de lo que tienes miedo. ¡Tu capacidad de ver más allá! —se lo gritó, arrebatado—. Esa capacidad te ha llevado hasta un sitio que el resto de la gente no es capaz de alcanzar. Si tú estás loca yo también, Marta. Estamos juntos en esto.

Marta se detuvo. Miró a Dante a los ojos, que suspiró, frustrado.

—Es la primera vez en toda mi vida que digo que estoy con alguien en algo —confesó—. Por si aún tienes dudas de lo especial que eres.

Y Marta fue hasta él y lo besó.

30

1894
Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial

Los ojos de Jorge de Burgos absorbían la tinta del pergamino con el frenesí de un alma condenada que vuelve a probar el pecado. Ya no eran manchas azules, ahora parecían piedras preciosas verdes. Y tenían el brillo de la infancia que los años de vida apagan. Con las yemas de los dedos acariciaba las letras que tanto había echado de menos. ¡Podía leer de nuevo! Hacía meses que había recuperado la vista, ya habían pasado el invierno, duro por las nevadas, y la primavera, menos florida, como si la tierra desconfiara y no hubiera dado espacio a la alegría. El fraile seguía encerrado en la misma biblioteca del monasterio, entre estanterías de madera oscura que llevaban los libros a los cielos. Podía volver a leer los volúmenes. A cambio, cada vez que cerraba los ojos, sentía el peso del pacto oscuro que lo ataba al cuerpo del niño que había devorado como un caníbal. Al despertar, siempre sentía que la boca le sabía a sangre.

Sentado frente a su escritorio, abarrotado de pergaminos limpios, De Burgos escribía con la precisión de un cirujano. Un códice de santidad que la orden agustina le había otorgado el honor de trasladar a las páginas. Se había convertido en un yugo, cada día debía empezarlo de nuevo. La tinta no se agarraba al papel; todo lo que escribía por la noche había desaparecido al amanecer. Era eso o

que se estaba volviendo loco, y ya ni sabía lo que era real y lo que solo estaba en su cabeza. Lo pensaba también cuando escuchaba la palabra de Dios. Con las letanías y los salmos el cuerpo le ardía por dentro. Le ocurría también durante los oficios divinos y en los rezos canónicos. En el sermón del tercer domingo de Cuaresma, el pecho le quemó tanto que tuvo que quitarse la túnica. Los hermanos que lo rodeaban solo supieron santiguarse. Las cruces de madera ya nunca las llevaba colgadas del cuello, le pesaban como si fueran vigas de hierro. Jorge de Burgos sabía que todo era porque invocar a los infiernos nunca salía gratis. Tenía más vista que un águila, aunque, a cambio, quizá había perdido la razón. Así lo sentía cuando intentaba encontrarse del lado del bien. Otra cosa era cuando se dejaba llevar por los impulsos oscuros y se comportaba como jamás debería hacerlo un fraile. Cuando se deleitaba en todos los pecados, hasta los más oscuros. Lo que sentía entonces era placer.

Un golpe seco resonó en la puerta de la solitaria biblioteca. De Burgos alzó la vista. Vio a un clérigo de los de menor rango de la comunidad que ni osaba mirarlo a los ojos. Le traía una visita.

—Señor, desean verle —le anunció de una forma que parecía más una disculpa.

Todos en el monasterio conocían sus malas formas, pero en los últimos tiempos hablaban también de su locura al verlo hablar solo. Y se comentaban otras cosas que ese hermano joven ni se atrevía a pensar. Jorge de Burgos dejó la pluma y frunció el ceño. Le salía natural desconfiar. Además, estaba esperando al pintor que le iba a hacer un nuevo retrato. Por orden del prior, que así lo había decidido para dejar para la eternidad constancia del milagro.

Vio a un hombre elegante, vestido con terciopelo escarlata. A su lado iba su esposa, adornada con joyas de las que llaman al pico de las urracas, aunque tuviera cara de muerta. Padecía una enfermedad

que se la estaba llevando poco a poco y de la que no había rezo que la exorcizase. Se presentaron al fraile, tenían título nobiliario y apellidos galantes. Venían desde el norte, llamados por los rumores que corrían de pueblo en pueblo sobre él.

—Hermano Jorge, nos han hablado del milagro —le dijo el hombre con una sonrisa de dientes que comen a diario.

—¿De qué milagro habla? —preguntó él con aspereza.

Ya sabía que hablaban de sus ojos y de cómo habían recuperado la vista, pero le obligó a decirlo en voz alta.

—Cosas de la medicina del doctor Gabellán, un santo ese doctor —solía justificar Jorge de Burgos—. Y de la gracia de Nuestro Señor.

Sintió una quemazón en la lengua al soltarlo, como la que deja un calambre. El noble le clavó una mirada de las que hablan al clérigo menor para ver si así los dejaba a solas. No lo hizo hasta que le dio unas monedas, porque era joven, no tonto. La puerta retumbó en la sala al cerrarse.

—Hermano, lo de los rezos solo lo dicen en el monasterio. Por las calles lo que se cuenta es que guarda usted un… secreto. Algo… único, de otro mundo.

—Dicen mal.

Volvió a la escritura del pergamino y el hombre se colocó a su lado. Le llegó un olor que solo había sentido antes en el cementerio.

—Dicen también que lo suyo no es obra de Dios, sino del diablo.

Jorge de Burgos apoyó las manos sobre la mesa y dejó que la luz le iluminara los ojos. Miraban con frialdad y distancia. Les mostró la sonrisa de dientes amarillos cargada de olor a azufre. La señora tuvo que taparse la nariz, pero ni con esas le dejó de golpear la garganta la náusea.

—Soy un hombre de fe.

Pero fue como si eso no lo hubiera dicho.

—Le pagaré lo que sea por él. Mi esposa está enferma.

Se veía que no lo hacía por ella. O Jorge de Burgos lo sabía porque ahora él podía ver el mal. Con la forma del Cancerbero, al lado de los que habían salido del averno o querían conocerlo.

—No lo haga —le dijo el fraile con la voz del que ordena más que ruega.

—Ponga una cifra, la que sea.

—Ese secreto tiene un precio que nadie puede pagar.

El matrimonio insistió en que buscaban el conocimiento que a él le había sanado. Lo querían, viniera de donde viniera.

—El mal no se vende. El mal no se compra. Se desea.

Se oyó un silbido en la biblioteca como si acabara de entrar ese mal que mentaban.

—Se paga con el alma, y una vez que se invoca lo acompaña a uno para siempre.

La mirada la tenía clavada en el Cancerbero, aunque solo él pudiera verlo.

—Sé de lo que se trata —susurró el noble. E insistió, autoritario—: ¿Dónde está el *Códice Belial*?

Era un hombre habituado a dar órdenes, no a rogar. Recorrió el espacio hasta dar con la puerta que llevaba a los sótanos de la biblioteca monacal. Estaba lleno de libros y manuscritos polvorientos, muchos salvados en el incendio. En su extremo más alejado, había una estantería con una presencia diferente, de madera oscura, más baja y encajada en la pared. El noble pasó la luz por los lomos de los libros, volúmenes pesados con tapas de cuero agrietado. Los títulos eran en latín y en lenguas muertas: *Clavicula nox*, *Profundis tenebris*, *Infernales demonium*…

—¿Dónde está? —ladró.

—El único sitio en el que va a estar será mi tumba.

—Pues de allí me lo llevaré —lo amenazó el noble con enfado antes de marcharse.

Jorge de Burgos se quedó mirando la estantería. Detrás de los libros había una entrada a las entrañas del edificio que solo podía ver él por estar del lado de lo oscuro. Llevaba hasta la puerta del infierno. En ella entró y recorrió un túnel que desembocaba en la losa de los sacrificios. Estaba manchada de sangre seca, la del niño Pedrín. Sobre ella estaba el códice del demonio. Había tratado de quemarlo para evitarle a otros lo que él padecía, pero se abrasó los dedos al hacerlo. La única forma de intentar que desapareciera era llevárselo bajo tierra con él. Dejar que otros lo leyeran solo alargaría un mal que el fraile había despertado y que había descubierto que conllevaba un castigo insoportable. Un castigo eterno, igual que el *Códice Belial*.

31

Marta despertó en la cama de Dante, con la conciencia algo nublada. Creía que había oído una presencia que no sabía definir. O tan solo era la pesadilla que tenía desde niña, cada tanto, y que la obligaba a abrir los ojos. Al despertar, recordaba esas extrañas galerías, unas figuras oscuras, sin rostros, el sabor a hierro en la boca que le provocaba náuseas. Nunca lograba unir las imágenes, se mostraban como ráfagas en su cabeza. Lo que sí tenía más claro era la sensación de confusión y angustia. El reloj del móvil marcaba que eran las tres y treinta y tres de la madrugada. Dante estaba dormido a su lado, con el cuerpo desnudo apenas cubierto por la sábana. Volvió a acomodarse en sus brazos. Su cuerpo olía a sexo, mezclado con el que emanaba el suyo. Después de aquel primer beso frente a la comisaría, siguieron besándose en el coche y al llegar al *loft* de Dante. Al entrar, se quitaron la ropa el uno al otro, con esa urgencia que tienen las manos cuando hay deseo. Él la agarró por las axilas y ella lo abrazó con las piernas, cruzándolas tras su espalda. Recostados sobre la cama, cubierta por sábanas de seda negra, Marta dejó que Dante saboreara su sexo. Le clavó las uñas en los hombros, excitada como nunca lo había estado. Eran sensaciones nuevas que no esperaba descubrir con alguien como él. Para su sorpresa, era más dulce que impulsivo. No parecía tener prisa por recorrer su cuerpo, sabía dilatar la espera, acelerando la velocidad de sus caderas poco a poco. Ella recorrió el cuerpo del satanista con las manos, acarició sin tapujos los tatuajes que marcaban los

músculos. Sus caderas ardían y se buscaban. El sexo de Dante latía. Llegaron los primeros gemidos que escaparon por las bocas entreabiertas. Los cuerpos se movieron con energía, disparando los latidos de sus corazones mientras se vaciaban el uno en el otro.

—¿Estás bien? —murmuró Dante.

—Sí —respondió Marta, asintiendo con una leve sonrisa.

Alinearon sus ojos en la horizontal. Y rieron, rieron de verdad. Marta pensó que era la primera vez que lo hacían, hasta ese momento no se habían mirado con gajos de mandarina en la boca. También era la primera vez que Marta se dejaba llevar. No solo en el sexo, sino en la vida.

Lo siguiente fue despertar junto a él en la cama, con una sensación extraña de embotamiento. Y también de haber oído algo que no sabía definir. Decidió olvidarlo, miró a Dante, desnudo, como se mira a quienes te despiertan sensaciones, y cerró los ojos para dormirse otra vez. Pero volvió a escuchar un ruido. Fueron solo unos segundos, suficientes para comprender que lo que la había despertado no era una sensación, sino algo que sonaba cercano. El aullido de un perro. Parecía que estaba dentro de la casa. Esperó a que se repitiera, pero el aire del piso cerrado no volvió a traerlo. Ahora sí que se sentía incapaz de llevar el sueño a su cuerpo de nuevo. Estaba desnuda, así que cogió del suelo la primera prenda que alcanzó (los bóxeres de Dante) y se vistió con ella. Miró el móvil. Tenía un mensaje de Bosco en el que le preguntaba si todo había ido bien.

Caminó hasta el cuarto de baño *en suite* en el dormitorio. Las luces tintinearon antes de encenderse. El espacio era de azulejo oscuro, tan amplio como la habitación que ella compartía con Carola en la escuela de policía. Carola era culpable, recordó mientras se miraba en el espejo. Se negaba a decirlo en voz alta, su cabeza

sabía que las piezas no acababan de encajar. Y no era solo porque se alejasen de las de los casos de los niños de la sierra. Lo más desconcertante para Marta es que no entendía los motivos que habían llevado a Carola a hacer algo así. Y un policía debía descubrir lo que ocurrió y encontrar al responsable. Anton desapareció y Carola lo tenía secuestrado en un zulo. Suceso y ejecutor. Los motivos solo eran importantes para decidir la condena y eso ya no era problema de la policía, sino del juez. Figueroa solía recalcarlo en sus clases: para un policía, los hechos siempre deben estar por encima de los motivos. Marta lo recordó mientras bebía agua del lavabo con las manos. Cerró el grifo. Y la luz se fundió de pronto.

Volvió a oír el gruñido bestial y terrorífico de un perro. El mismo que la hizo salir corriendo de la casa de Dante la primera noche que estuvo allí. Y esta vez el animal no desapareció, se repitieron los ladridos una y otra vez. Marta salió del baño al pasillo. Palpó el interruptor para encender la luz, pero no respondía. Caminó a tientas, recorriendo el espacio de la casa. Tampoco había luna, era su última noche negra, así que por los balcones solo se colaba la oscuridad de la noche. Sentía que cada vez estaba más cerca de encontrar al perro que no dejaba de llamarla, o al menos así lo entendía ella. Lo descubrió frente a la puerta de una de las pocas habitaciones que tenía el piso. Era el Cancerbero, de aspecto terrorífico, aunque no parecía que mirase a Marta de forma sanguinaria. Parecía estar esperándola. Ni siquiera tuvo tiempo de preguntarse cómo había llegado hasta allí, eligió no entenderlo. Se acercó, despacio, estirando la mano para permitir a la bestia que la oliera. El perro rozó con el hocico humedecido su piel y después la lamió. Marta habría jurado que la puerta estaba cerrada cuando llegó, pero ahora permanecía abierta. El perro entró. Cuando ella lo siguió dentro, descubrió que el can había desaparecido, como por

arte de magia. Intentó salir de la habitación, pero ahora la puerta estaba bloqueada. Al no haber luz, las sombras empezaron a convertirse en tinieblas. Se puso a golpearla, cada vez con más angustia. Gritó.

Marta volvió a despertar en la cama de Dante. Tenía la conciencia algo nublada. Estaba empapada en sudor. El satanista estaba a su lado, durmiendo desnudo. Escapó de sus brazos y trató de desacelerar los latidos de su corazón. Escuchó el aire, esperando la llamada del perro del averno. No llegó. «Solo ha sido una pesadilla», se repitió. Miró la hora en el móvil: las tres y treinta y tres. Lo abrió. Tenía un mensaje de Bosco en el que le preguntaba si todo había ido bien. Pese a la coincidencia, pese a la sensación de que acababa de vivir ese mismo momento, Marta se repitió que solo había sido una pesadilla. Volvió a prestar atención a los sonidos, por si llegaba el gruñido del perro. No lo hizo.

—Una pesadilla, nada más.

Se lo dijo en voz alta. Lo necesitaba. Dante se movió un poco, aunque no despertó. Marta buscó algo que ponerse entre la ropa que dejaron alrededor de la cama. Fue al cuarto de baño, las luces tintinearon al encenderse. Se miró en el espejo. Bebió agua con las manos. Estaba fría, le raspó la garganta. Volvió a agudizar el oído sin que escuchara nada que no fuera la vibración de la luz. Intentó olvidarlo y regresó a la habitación. Iba a abrazarse de nuevo al cuerpo de Dante, pero miró desde la puerta el pasillo, el de la habitación cerrada. Dudó si romper la confianza. Terminó haciéndolo. Intuía dónde guardaba Dante la llave de la estancia, en ese cajón al que fue a buscarla cuando quiso convencerla de que se convirtiera al satanismo. Al parecer, allí dentro tenía lo que necesitaba, eso fue lo que le dijo. Marta buscó la llave, la encontró y la giró dos veces en la cerradura. La habitación se abrió. Las paredes

estaban pintadas de burdeos envejecido. La escasa luz que salía del techo se completaba con la de los candelabros de hierro forjado. Un incensario humeante de metal dejaba escapar aromas de sándalo. En el centro de la alfombra, bordada con una estrella de siete puntas, había un altar de madera negro, con una figura de un ser de cabeza de cabra y alas de ángel caído tallado a mano. Era el Baphomet, símbolo del ocultismo. Estaba flanqueado por dos candelabros con velas negras que siempre se mantenían encendidas y por una copa de vino oscuro como la sangre. Sobre el altar, *La biblia satánica* de LaVey, abierta en una de sus páginas. Los ojos de Marta recorrieron el texto negro:

Yo soy la carne que nutre el cuerpo y da fortaleza al espíritu.
Honradme y sois vosotros mismos.
No sigáis a falsos profetas: os conducirán al abismo de lo ilusorio.
Alzaos con orgullo, como templos vivientes del deseo.

El eco de esa voz escrita la acompañó mientras observaba el santuario. No supo si lo que sentía era miedo o atracción. O sí lo sabía, pero no se atrevía a reconocerlo. Dio pasos cortos por la estancia. Había un mueble más, en uno de los rincones. Un pequeño armario bajo parecido al sagrario en el que se guarda la hostia en los templos católicos. Marta se agachó para poder abrir sus puertas de madera negra, labradas con trazos invertidos. Por dentro estaba forrado de un terciopelo tan rojo como la sangre. Escondía una daga, delgada y curva, como un colmillo negro forjado con símbolos de lenguas muertas. El mango parecía de hueso humano. También encontró un frasco de vidrio que contenía polvo amarillo limón. Lo olfateó. Olía a azufre. Parecía que no había nada más, pero el fondo

del armario ocultaba una carpeta. Marta no la encontró en el primer vistazo. Sí lo hizo en el segundo. Abrió las gomas y vio lo que había dentro. Fotografías de ella, de cuando era pequeña. Con las manos temblorosas y una mueca en el rostro que reflejaba la mayor de las sorpresas, las colocó sobre el altar. Nunca las había visto, ni tenía conocimiento de ellas. Parecía estar en un hospital, o en una consulta médica. Eran fotos de partes de su cuerpo, con extraños moratones. En la carpeta también había pruebas diagnósticas que no sabía interpretar y un informe médico que sí. La fecha en la que había sido escrito coincidía con la edad que ella tenía en las fotos, poco más de cinco años. Marta lo leyó por encima, intentando que el pulso no le temblara. Su cabeza solo asimiló algunas palabras sueltas:

«Marta Otero, cinco años, sin antecedentes oncológicos familiares, leucemia mieloide aguda, mutaciones, afectación al pronóstico, se inician cuidados paliativos».

—Marta, ¿qué estás haciendo aquí? —la sorprendió la voz de Dante, que se encontraba bajo el marco de la puerta. Su rostro mostraba más culpabilidad que desconcierto.

—¿Qué es todo esto? —escupió ella.

—Es un altar privado.

Marta miró el espacio, oscuro y siniestro. Sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

—¿Y este informe? —lo sujetó como si quemara—. Es sobre mí. Las fotos… yo nunca he estado enferma.

—No deberías haberlo visto —respondió Dante, apenado.

Intentó quitárselo, pero Marta agarró las páginas con la fuerza de la mandíbula de un león. También cogió la daga satánica y lo amenazó.

— ¡¿Quién eres?! —le gritó.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró él, asombrado—. Ya te lo he dicho, Marta, yo no soy el malo de la película.

Y parecía sincero. Se lo repitió varias veces, sin conseguir que bajase el arma. La única forma de que le creyera era contándole al fin la verdad.

—Marta, tu padre no era quien crees. Ni tú.

32

Hospital General Noroeste

Unidad de Hematología Pediátrica

INFORME MÉDICO

Nombre del paciente: Marta Otero García
Edad: cinco años
Número de historia clínica: 04702030
Servicio: Unidad de Hematología Pediátrica - Hospital General

Cuadro clínico: Remisión urgente por fiebre persistente y aparición de hematomas sin trauma previo. Cursa con palidez cutánea y astenia progresiva. La analítica indica patología hematológica maligna. Se procede al ingreso hospitalario para realizar estudio diagnóstico completo. Según análisis, no presenta antecedentes patológicos relevantes ni familiares hematológicos conocidos.

Exploración física: Adenopatías palpables en cervicales. Hígado y bazo ligeramente aumentados de tamaño. Palidez

cutánea y equimosis múltiple.

Resultado de la analítica: Hemoglobina: 7,1 g/dL. Leucocitos: 42.000/µL (75 % blastos). Plaquetas: 18.000/µL. Coagulación alterada (inicio de CID leve).

Intervención diagnóstica: Aspirado de médula ósea y estudios complementarios. Estudio citogenético y molecular a través de cultivo de médula en laboratorio.

Diagnóstico definitivo tras ingreso: **Leucemia mieloide aguda (LMA), subtipo M5 (monocítica)** con mutación agresiva **FLT3-ITD** y monosomía 7, ambas de mal pronóstico.

Tratamiento: Inicio inmediato de quimioterapia. Trasplante alogénico de médula ósea total si se identifica donante compatible. Medidas paliativas por presunta evolución negativa.

Pronóstico: Enfermedad biológica agresiva con presencia de factores de pronóstico negativo. Tratamiento ineficaz a la remisión, aunque ofrece una esperanza de vida estimada de entre tres y seis meses.

Dra. Alba Cuesta
Hematóloga pediátrica
Colegiada N.º 38139P

—Aunque encontremos un donante compatible para el trasplante de médula y realicemos el tratamiento de quimioterapia, su hija no vivirá más de seis meses. Lo siento.

David Otero se derrumbó. Las lágrimas lo ahogaban. La doctora Cuesta se levantó del sillón que quedaba detrás de la mesa y se puso a su lado. Volvió a decirle que lo sentía, intentó darle esperanzas, aunque no las hubiera, pero nada consoló al padre de Marta. Iba vestido de policía, esos días de ingreso forzoso para hacerle pruebas a su hija no había podido dejar de trabajar. Llegó porque la niña, en otoño, empezó a amanecer con cardenales, sin que nadie supiera cómo se los había hecho. Su madre pensaba que se debían a caídas en el parque que luego la niña ni recordaba. Lo mismo les dijo el primer médico que visitaron, que eso eran cosas de niños, pero pasaron las semanas, y algún mes, y las marcas no desaparecían. En realidad, ocurría todo lo contrario, se multiplicaron. Luego llegó ese extraño cansancio que convirtió a Marta en una niña diferente. Ya no corría escaleras abajo para desayunar en cuanto salían los primeros rayos de sol. Le gustaba acompañar a su padre, el primero en salir de casa, mientras se tomaba el café. Marta dormía mucho más de lo habitual en ella y en el camino andando hasta el colegio tenía que sentarse varias veces en los bancos de piedra de El Escorial para coger fuerzas. Tendrá anemia, pensaron sus padres. El pediatra del consultorio no se lo negó, apuntaba a eso. Unas pastillas de vitaminas, un suplemento de hierro y seguro que la niña iba a mejor. Pero en Navidades empezó a tener la piel más pálida, a veces tanto como un cadáver, y la energía ya no había guiso que se la diera. Volvieron al médico y ahí entonces notó algo raro. Unos bultos en el cuello, poco inflamados, que estaban abriéndose paso bajo la piel. El padre también le contó que había tenido algo de fiebre que no le bajó durante todo el día. A la niña le

preguntó el médico cómo se encontraba, y pese a que le dijo que bien, se veía que no tenía la energía inquebrantable de los chiquillos. Por si acaso, el doctor quiso ver el hemograma y le hizo un análisis de sangre, aunque a la niña no le hiciera gracia el pinchazo, que genio siempre tuvo y ni la enfermedad se lo quitaba. La madre estaba menos preocupada, ella era, en general, de darle pocas vueltas a las cosas y de hablar menos. Además, tenía que ir al pueblo a cuidar de su propia madre, que sí estaba enferma de verdad. Por eso dejó que su marido se encargase de todo. La tarde siguiente, mientras el policía estaba trabajando en una misteriosa desaparición de otra niña de un pueblo cercano, la pequeña Paloma Rubio, que tenía a toda la comisaría en danza, le sonó el teléfono. Escuchó la voz del doctor, suave, pero con firmeza por la gravedad de lo que tenía que decirle:

—Tiene que llevar a Marta al hospital hoy mismo. Hay algo en su análisis de sangre que no está como debería.

Los leucocitos estaban disparados y las plaquetas, en el límite. Otero se presentó con su hija en el Servicio de Hematología Pediátrica del Hospital General de la Sierra Noroeste. La doctora Alba Cuesta ya los estaba esperando, ella y el doctor León, quien había pedido el análisis. Ambos habían sido compañeros, y le insistió a Otero en que Cuesta era la mejor para tratar el caso. El médico los recibió en urgencias y ordenó el ingreso inmediato de la niña para poder realizar las pruebas diagnósticas.

—¿Me van a hacer daño? —preguntó Marta a su padre, asustada como un cordero.

Su padre le respondió con una mentira piadosa. Cuando Marta despertó de la sedación necesaria para realizarle la punción lumbar y el aspirado de médula ósea, no pudo dejar de llorar de dolor. Su madre no estaba, seguía fuera, ajena al estado de su hija. El padre

no la llamó para contárselo. No era capaz de decirle por teléfono que tal vez su hija tenía una enfermedad grave y podía morir. Y menos, que tenía algo perverso en mente para salvarla. No durmió en toda la noche por la incertidumbre, aunque por la mañana fue peor. Dejó a la niña en la habitación del hospital, jugando con sus muñecas favoritas, que él le había llevado para que no se sintiera tan sola en esa estancia blanca, y se reunió con la doctora Cuesta en su consulta.

—Es un tipo de cáncer de la sangre, leucemia mieloide aguda —le confesó intentando que sus palabras no sonaran a lo que realmente decían.

—¿Mi hija tiene cáncer? —preguntó Otero, incapaz de procesarlo.

Y había más. El hemograma había detectado mutaciones. Le dijo frases que Otero no entendió, como lo de los signos citogenéticos compatibles con monosomía 7. Lo que sí retuvo fueron dos palabras que iban a marcar todo su futuro: mal pronóstico.

—No puede ser —repitió el policía varias veces, casi rogando al cielo.

La doctora le habló del protocolo de tratamientos, de la quimioterapia agresiva, del posible trasplante de médula si encontraban un donante compatible y de que las mutaciones genéticas, por mucho que hicieran, volverían a actuar, pero Otero ya no la escuchaba. La enfermedad no tenía cura. Marta moriría antes de que acabara el curso escolar. Ahora que había empezado en «el cole de mayores», como le decía su padre cuando la llevaba por las mañanas de la mano, con la mochila colgada de los hombros y deteniéndose cada pocos pasos a jugar.

—A veces solo queda creer en los milagros —trató de consolarlo la doctora.

David Otero no creía en ellos. Nunca había creído en nada que tuviera que ver con la religión. En principio, rezar no era una opción. Tampoco contárselo a su mujer. Ni a nadie. No se atrevía a verbalizarlo. De lo que no se habla, no existe. A la niña le dijo que todo estaba bien y, en cuanto los dejaron salir del hospital, volvieron a casa e hizo como si nada hubiera pasado. Otero sabía que así solo engañaba a su mente, pero, por el momento, le servía. Intentó seguir con la misma vida de siempre y centrarse en el trabajo.

—¿Todo bien? —le preguntó su compañero, Figueroa.

Se conocían desde la escuela de policía. Otero se había portado con Figueroa como nadie antes. Le había ayudado económicamente cuando lo necesitó, le había escuchado cuando no tenía a quién dirigirse. Ahora trabajaban juntos en la comisaría de El Escorial.

—Todo bien —le mintió Otero.

Podría habérselo contado, pero decidió no hacerlo. Además, era Figueroa quien había ido a su despacho para hablar. Estaban detrás de un caso que había puesto en alerta a todos los pueblos de la zona: Paloma Rubio Machado, una niña de nueve años desaparecida el 20 de febrero en la zona del Huerto del Francés, en la sierra de Guadarrama. Figueroa y Otero parecían empeñados en resolverlo, aunque trabajaban con una hipótesis particular que relacionaba su caso con otros anteriores. Niños desaparecidos en la misma sierra. Cuando encontraron sus cuerpos, habían sido devorados por los lobos. La explicación que ellos daban era otra que habían escrito en un informe que aún no se atrevían a compartir con sus superiores. No lo hacían porque la dirección en la que apuntaban era la del satanismo.

INFORME CONFIDENCIAL DE LA UNIDAD DE INVESTIGACIÓN
CLASIFICACIÓN: ACCESO RESTRINGIDO

ASUNTO: Desapariciones de menores en la sierra de Guadarrama y su vinculación con rituales satánicos.

PLANTEAMIENTO DEL CASO: A través del estudio de los expedientes y las pruebas recogidas en los lugares de los hechos, se detectan posibles patrones de vinculación entre desapariciones de menores ocurridas en el entorno de la sierra de Guadarrama desde el año 1950 hasta la actualidad. El análisis de los casos muestra posibles prácticas antropófagas a través de rituales clandestinos adscritos a la religión satánica. Los cuerpos de los menores desaparecidos podrían haber sido utilizados en rituales mágicos con fines terapéuticos para sanar a personas adineradas enfermas. Posteriormente, se abandonaban en el entorno de la sierra para que fueran devorados por la fauna salvaje. Las desapariciones coinciden con periodos de luna negra, un extraño fenómeno lunar que se acompaña de nevadas intensas.

EXPOSICIÓN DE LOS HECHOS:

Caso 1

María del Carmen Terón Delgado, siete años. Desaparecida en Peguerinos, municipio del puerto de Malagón. Su cadáver fue hallado semanas después en una zona nevada, parcialmente devorado. Su estado se atribuyó a los lobos hambrientos ante la falta de presas por el temporal.

Anomalías observadas: La fecha de desaparición coincide con una fase de luna negra, fenómeno astronómico relacionado simbólicamente con rituales de ocultación y prácticas esotéricas. No consta autopsia completa ni archivo forense original. En el informe se describe la pérdida de órganos internos sin signos de predación salvaje. Fue firmado por un tal Dr. D. Lorenzo Gabellán, sin que conste su existencia en ningún Colegio de Médicos ni en archivos sanitarios de la época. Posible identidad encubierta.

Caso 2

Carlos Tinas Álvarez, nueve años. Desaparecido el 12 de febrero de 1969 en Valdemorillo, en la ruta imperial de la Sierra Noroeste del Sistema Central. Su cadáver fue hallado días después en una vaguada cubierta de nieve, en estado avanzado de descomposición. Le faltaban los órganos vitales. El caso fue cerrado como muerte accidental atribuida a una caída y posterior exposición a la intemperie.

Anomalías observadas: La desaparición tuvo lugar durante una fase de luna negra, según consta en el calendario lunar astronómico de ese año. El cuerpo presentaba ausencia total de órganos internos mayores (corazón, hígado, riñones), extraídos con precisión incompatible con la acción de animales salvajes. Algunos restos mostraban signos de carbonización localizada, sin rastro de calcinación en la zona circundante. El informe forense está incompleto y sin anexos fotográficos. Firmado por un médico cuya firma no ha podido ser verificada; su número de colegiado no corresponde a ningún profesional. El ayudante que participó en la autopsia

declara que el doctor respondía al nombre de Lorenzo Gabellán. Posible suplantación de identidad.

Caso 3

Álvaro Navarro, diez años. Desaparecido el 10 de diciembre de 1988 en Zarzalejo, mientras se dirigía al colegio por una vía pecuaria que atravesaba un encinar. Su cuerpo fue hallado varios días después, parcialmente enterrado en un claro del bosque, en las laderas de Las Machotas. El hallazgo se produjo tras una intensa búsqueda vecinal.

Anomalías observadas: La fecha de desaparición coincide con una luna negra registrada en ese ciclo lunar. El cadáver presentaba extracción del corazón y del hígado incompatibles con herramientas improvisadas o ataques de fauna. No se hallaron rastros de sangre ni signos de lucha en el entorno inmediato, lo que indica que el cuerpo fue posiblemente trasladado *post mortem*. El informe forense omite el nombre del responsable de la autopsia y carece de documentación visual. Además, no consta en actas el lugar exacto del hallazgo, lo que dificulta cualquier inspección retrospectiva.

HIPÓTESIS DE LA UNIDAD: El análisis de los casos determina que las tres desapariciones se produjeron durante la luna negra, un fenómeno astronómico relacionado con los cultos del oscurantismo. Fueron secuestrados en entornos rurales, de difícil acceso, cuando las condiciones climáticas facilitan la posible pérdida que se atribuyó a sus desapariciones y dificultan las labores de búsqueda. Esa climatología justifica asimismo la presencia de lobos en la zona. Sin embargo, los análisis de las fotografías muestran

extracción de órganos vitales selectiva no compatible con mordeduras propias de la fauna. Pese a ello, los informes oficiales forenses obvian esa posibilidad y justifican las muertes por hipotermia y ataques de lobos.

Los datos recogidos determinan la posibilidad de que un grupo organizado de carácter esotérico actúe en la zona desde hace varias décadas, simulando ataques de animales y ayudándose del clima extremo para eliminar los rastros. Las leyendas y la mitología populares en torno a El Escorial y la construcción del monasterio sobre una puerta del infierno apoyan la hipótesis (consultar anexo «Esoterismo y oscurantismo en el monte Abantos»). Los criminales detrás de las desapariciones realizan rituales satánicos bajo la creencia de absorber vitalidad a través de la antropofagia. Los destinatarios serían clientes millonarios afectados por dolencias. Casos internacionales similares de desapariciones en torno a supuestas entradas al infierno corroborarían el patrón y la mecánica.

La reciente desaparición de la menor Paloma Rubio Machado en la zona, coincidiendo con una nueva luna negra, alerta sobre la posibilidad de que pueda convertirse en una nueva víctima de dichos rituales satánicos.

SOLICITUD: Se recomienda una vigilancia permanente de la zona de la sierra durante el periodo de luna negra. La búsqueda de la menor desaparecida debe reorientarse en la dirección que marca la hipótesis de los posibles rituales satánicos. Se solicita una búsqueda entre los perfiles homicidas asociados a dicha religión.

En paralelo, se solicita una reapertura inmediata de los casos citados, con acceso a informes forenses originales y entrevistas con afán de localizar nuevas pruebas que confirmen la hipótesis planteada.

En realidad, la teoría la apoyaba mucho más Figueroa. Otero solo le otorgaba la credibilidad justa. Nunca había creído en dioses ni en diablos. Hasta que empezó a necesitarlos. Sabía que nunca llegarían hasta los nombres que financiaban una locura como aquella. Esos jamás se pronunciaban en voz alta, tenían el poder para pasar siglos ocultos. Pero sí se creía capaz de descubrir quiénes estaban en los escalones inferiores, los que se encargaban de hacer el llamado trabajo sucio. Y si los encontraba tal vez habría una oportunidad para su hija. Tal vez podría salvarla con ese ritual, necesitaba creerlo. La doctora le dijo que creyera en los milagros y eso podía serlo. Un milagro oscuro.

David Otero se propuso resolver el caso, pero ocultándole la dirección correcta a su compañero. Incluso lo desvió de la resolución porque quería alcanzarla solo él. Lo necesitaba para su hija. Pasó días y noches uniendo pistas. La buhardilla de su casa se convirtió en su despacho, en el que pasaba el tiempo encerrado intentando resolver el caso para salvar a la niña. Siempre había sido un buen investigador y consiguió llegar hasta algunos nombres que se postulaban como sospechosos. Uno de ellos resultó ser el culpable del secuestro de Paloma. Había acertado, no era más que un ratero al que gente con tanto poder como para no tener rostro le había encargado el trabajo sucio. Él solo tenía que preocuparse de mantener a la niña con vida en las minas de la sierra hasta que llegara el ritual.

—Vais a tener que cederme a la niña.

Si no aceptaban, daría la voz de alarma, la policía salvaría a la pequeña sin que nadie pudiera beneficiarse de sus órganos y ellos acabarían condenados entre rejas. Aceptaron. A partir de ese momento, Otero trató de que su conciencia no lo condenara a él. Iba a permitir que una niña fuera asesinada y devorada en un macabro ritual antropófago para que su propia hija conservara la vida. Boicoteó el trabajo de Figueroa: destrozó las pruebas, borró rastros, hizo desaparecer ficheros con información. Engañó a toda la comisaría, pero, sobre todo, engañó a su mejor amigo. Y al fin llegó el día señalado.

A su mujer no le contó nada, seguía cuidando de la abuela lejos de casa. Solo le dio la misma medicación que le hicieron llegar para su propia hija. Siempre sin remitente. Midazolam, un sedante exclusivo para uso hospitalario por sus dosis altas de narcótico. Le nublaría la conciencia y provocaría amnesia. Siguió después el mapa de túneles a los que se accedía desde el monte Abantos. Los troncos abiertos de dos árboles parecían replegarse como si fueran cortinas rojas después de que pronunciara en voz alta a la luna negra un rezo. O quizá ya estaba allí la entrada, nunca supo la realidad porque su cabeza empezó a jugar a ocultársela.

—¿Adónde vamos, papá?

La niña entreabrió los ojos, pero su padre, que la llevaba en los brazos como a una princesa dormida, se los tapó y le pidió que descansara. Los túneles eran los de las viejas minas de hierro que se creían perdidos. Olían a humedad que calaba los huesos, y a azufre. El laberinto los llevó hasta «la puerta del infierno», como la llamaban los protagonistas del ritual. En el interior de esa sala primitiva todos vestían túnicas oscuras con símbolos tribales bordados en hilo rojo. Parecían frailes del oscurantismo. Cubrían sus rostros con máscaras

de animales demoniacos fabricadas con huesos, igual que tuvo que hacer Otero. Se movían despacio sobre la tierra húmeda, al ritmo de un tambor de piel áspera que sonaba de forma gutural. No había lujo, todo parecía arcaico, como si hubiera sido construido por campesinos paganos. Otero vistió a su hija como le indicaron para la ocasión, con un traje de ramas duras que pinchaba y solo le dejaba libre la boca. Parecía un monstruo. La situaron junto al resto de los beneficiaros del ritual, dos ancianos. Uno de ellos ni siquiera podía mantenerse en pie y la respiración se le escapaba ahogada por entre el traje de ramas. Se sentaron en torno a una losa de piedra sostenida por pilares antiguos, cubierta por tallas apenas visibles bajo la sangre seca de otros tiempos. Paloma, la niña desaparecida, estaba tendida sobre la roca, rodeada por un círculo de ceniza negra y amarilla. Inmóvil, en un estado de duermevela por los narcóticos, y desnutrida por los días de secuestro. Sus ojos miraban hacia el agujero que se abría en el techo de piedra a la luna negra. Volvió el sonido del tambor. Uno de los monstruos de hojarasca se acercó a ella con una daga ceremonial, con forma de colmillo negro robado a una bestia, manchada de sangre seca y oscura. Habló en una lengua muerta. El resto de los miembros del ritual respondieron al unísono en el mismo idioma. El monstruo cubrió el cuerpo de la niña con aceite negro como el petróleo. A Paloma las drogas aún la dejaban revolverse. Acabó gritando, pidiendo ayuda, con el sonido del terror en la garganta. Nadie hizo caso, los cánticos continuaron. Otero intentó ensordecerse mientras los gritos de la niña reverberaban en la cueva. El eco de los oscurantistas lo envolvió todo mientras la daga degollaba a la pequeña. Lentamente, dejándola llorar y gritar. Los asistentes comenzaron la preparación, haciendo cortes por todo el cuerpo. Lavaron sus entrañas con el aceite oscuro. El cáliz de madera lo sirvieron con su sangre como si fuera vino. Fue lo primero

que Otero dio a su hija. Bebió como le permitieron las ramas afiladas del traje. Lo siguiente fue hurgar en la espalda rota de Paloma, llorando por tener que hacerlo. Se la dio de comer a su hija. Marta, sin conciencia de lo que estaba ocurriendo, dejaba que se deshiciera en su boca mientras a su alrededor las voces susurraban nombres de demonios olvidados. El anciano que había llegado curvado terminó el banquete y enderezó el cuerpo. Solo cuando vio ese milagro, Otero dejó de llorar.

Al día siguiente la niña se despertó como si nada hubiera ocurrido. La enfermedad había desaparecido de su cuerpo. En pocos días soplaría las velas que nadie creía que llegaría a sumar. Su padre intentó olvidar la forma en la que había salvado la vida de su hija. Por el día fue capaz, pero las noches se llenaron de pesadillas que alimentaba la culpa. No solo porque había dejado que mataran a una niña inocente. Desconocía lo que podía llegar a sucederle ahora a Marta. En ese ritual había hecho un pacto con Belial, ahora ella pertenecía a los demonios. Y había un perro monstruoso que lo observaba siempre que estaba con ella. En realidad, vigilaba a la niña.

—¿Estás bien?

Se lo volvió a preguntar Figueroa. No lo estaba, Otero sentía que había perdido la razón. Su compañero era tan buen investigador como él y descubrió parte de lo que había hecho. La otra, Otero no se atrevió a confesársela. Le pidió que firmara ese informe diciendo que estaba loco. No quería que se revelara la verdad, pero no por miedo a la condena. Lo que en realidad temía era que su hija supiera lo que había hecho con ella, el salvajismo en el que la había obligado a participar. Figueroa no tuvo tiempo de valorar si merecía la pena ocultar la realidad de un caso que ya no se podía resolver, aunque quiso hacerlo. Otero terminó con su vida antes, volándose el

cerebro con su propia pistola. Lo hizo mientras veía al Cancerbero, observándolo, o al menos eso creía él. No había dejado de perseguirle desde que hizo aquel rezo frente a la entrada. Fue Marta la que encontró su cuerpo sobre un charco de sangre, muerto. Dos décadas después, descubrió la verdadera razón por la que su padre se había quitado la vida.

33

La taza de tila humeaba entre las manos de Marta, aunque sus labios ni la habían rozado. Se abrazaba a su propio cuerpo frío, con la mirada fija en algún punto de la pared que quedaba frente al sofá. Dante estaba sentado a su lado, con el cuello tirante como una malla. Esperaba una reacción que no parecía que fuera a llegar.

—No sabía cómo contártelo.

Marta siguió sin parpadear mientras él se enredaba en excusas. Se lo había ocultado porque tenía miedo de que se asustara y no lo soportase. También porque la veía hablar de su padre con los ojos brillantes de la admiración que sentía. Parecía que su padre era un héroe para ella y cada vez se le hizo más difícil confesarle la verdad.

—Tampoco tenía claro lo que tú sabías. Parecías entenderlo todo mejor de lo que cabía esperar. A veces pensaba que lo intuías.

Lo decía porque, en realidad, Marta había estado rodeada de señales. El fuego que sintió en el monasterio era una de ellas, igual que la puerta que solo ella pudo encontrar. Eran las consecuencias del pacto que Marta hizo, sin saberlo, con Belial. Le permitía leer el mal cuando estaba presente. Y le atraía por el mismo motivo.

—Solo intentaba protegerte.

A ese comentario Marta sí que reaccionó. Giró lentamente la cabeza hacia él.

—¿Qué te hizo pensar que necesito que me protejas, Dante?

Él recogió la mirada con el gesto contenido. Marta cabeceó, sin saber si quería seguir con esa conversación. Sentía de nuevo que

estaba perdiendo la razón, por mucho que mantuviera la clarividencia. Optó por volver al silencio, aunque Dante no pudo hacerlo:

—No debe de ser fácil descubrir que estás viva porque tu padre hizo un pacto con un demonio.

A ella se le escapó una sonrisa de incredulidad.

—No estoy viva por eso, Dante. A pesar de lo que piensas, sigo sin creer en tu religión.

Y él le devolvió la misma expresión.

—Esto no tiene nada que ver con mi religión, Marta. Ese ritual es de otra naturaleza. Una mucho más oscura y poderosa. Por eso consiguió salvarte la vida.

Hubo otra risa incrédula, esta vez sonora.

—Has visto el informe, tu enfermedad era mortal. Lo cambió lo que ocurrió en esa cueva, no hay otra explicación.

—Ni siquiera sé si ese informe es real. ¡Ni siquiera sé si algo de todo esto es real!

En verdad, sí lo sabía. Marta lo había visto miles de noches en esas pesadillas que al fin tenían forma y fondo, pero se negaba a creerlo. A creer que su padre había permitido un crimen macabro. Que la había alimentado a ella con ese cuerpo mancillado cuando aún estaba palpitante. Le dieron náuseas, sobre todo porque sentía el sabor a sangre en la boca.

—Hay veces en las que el bien y el mal no están separados. Es solo cuestión del lado desde el que se haga el juicio —quiso convencerla Dante—. Tu padre creyó estar del lado del bien. Lo hizo para salvarle la vida a su hija.

Marta no entró a valorarlo, solo cabeceó de nuevo. Dante pensó que las explicaciones y discusiones eran innecesarias. Que ella

necesitaba tiempo para poder asumirlo y no iba a ser el de una noche.

—Lo siento —fue todo lo que dijo.

Trató de darle la mano, pero ella no recogió la suya. Pasaron un par de minutos más en silencio, en los que Marta intentó que su cabeza dejara de pensar. No lo consiguió.

—¿Qué se supone que pasa conmigo? Por haber formado parte de ese ritual.

Dante suspiró como el que tiene que dictar una sentencia y no quiere hacerlo.

—No estoy seguro…

—Dime la verdad, Dante. Aunque no me la crea.

Nombrar la verdad podía romperla, se lo advirtió, pero ella le recordó que ya no era la niña con la que hicieron ese pacto.

—Fue una alianza impuesta. Esas siempre tienen consecuencias oscuras. Para todos, los que unen al inocente con el demonio también.

Ese había sido su padre. Daba igual que él no se hubiera beneficiado de su poder, le abrió la puerta y eso siempre tiene un precio.

—¿Qué consecuencias?

—Es probable que le exigiera una entrega, que trabajase para el mal. Y también es probable que solo consiguiera acallarlo suicidándose.

Le escuchó con la mandíbula apretada. Es una locura, pensó. Sin embargo, no sentía que le faltaba la lucidez. Ya no, era como si hubiera comprendido lo que le ocurría a su mente.

—¿Y cuáles son las consecuencias para mí?

—No lo sé, solo he leído algunos casos en la literatura…

—¿Cuáles son, Dante? —le insistió porque sabía que las conocía.

Suspiró de nuevo y habló sin atreverse a mirarla a los ojos:

—Cuanta más inocencia, más poder se puede obtener a cambio. Dudo que vayas a tener nunca problemas de salud. Ni siquiera un resfriado.

Eso era cierto. Podía ser una casualidad u otra evidencia de que el pacto había funcionado.

—Hay un vínculo eterno que explica tu atracción por el mal. Has tenido que sentirlo siempre.

No le respondió porque la hacía sentirse culpable. Su atracción por los crímenes, la fascinación que le despertaban sus autores, había sabido desviarla estudiando criminología. Ciertamente, jugaba con ventaja. El mal tendía a ofrecerle explicaciones que otros no podían ver y que sus profesores habían catalogado de instinto. Era parte de esa locura que tanto miedo le daba.

—En realidad, se la has jugado a los demonios haciéndote policía. Puedes llegar a comprenderlos mejor que nadie. Y hasta puedes verlos.

El Cancerbero. El perro de las tinieblas no la visitaba para hacerle daño, sino para señalar.

—Te intentó proteger cuando traté de alejarte del mal. ¿Recuerdas que te pedí que te unieras al satanismo?

Aunque se lo propuso semanas antes, en ese mismo salón en el que estaban ahora, parecía que había pasado todo un siglo.

—No iba a hacer ningún ritual de iniciación. Quería hacer uno de protección. Como un escudo para el mal. El Cancerbero quiso evitarlo, y lo consiguió.

El vello del brazo de Marta se erizó. Aún podía sentir su mirada tras el cristal del balcón, sus lamentos en las calles por las que escapó.

—Puede protegerte de quienes deseen alejarte del mal. Y puede señalarte a quienes lo llevan dentro.

Marta parpadeó, recordando. Volvió a la casa de Anton, a su habitación, a la calle solitaria que se veía desde la ventana. A la furgoneta blanca. A esa figura negra. Y a ese perro monstruoso alrededor.

—Estaba allí, señalándolo —susurró sin apenas despegar los labios.

—¿Dónde? —preguntó Dante, desconcertado.

—¡Frente a la casa de Anton! ¡Pensé que estaba loca, pero el perro estaba allí! Y era porque había alguien más…

—Creo que no te sigo…

En cambio, en la cabeza de Marta las sospechas se convertían en certezas.

—Estaba esperando a que volviera el niño para llevárselo… ¡Carola lo estaba protegiendo del pacto!

—¿Qué?

Se lo intentó explicar sin detalles. Que nunca encajó la culpabilidad de Carola, que tampoco cuadraba la forma en la que la madre del niño vivió la pérdida y que en la casa de Anton estaba esa furgoneta blanca, esperándolo. Y que el Cancerbero había tratado de contárselo.

—Espera, espera… ¿Estás diciendo que Carola estaba escondiendo al niño para que no se lo llevaran quienes iban a hacer el ritual con él?

Marta saltó del sofá como impulsada por un muelle y corrió hasta el balcón. Miró el cielo de la última noche de luna negra.

—Y aún pueden hacerlo.

34

Anton ya estaba metido en la cama, arropado hasta el cuello. Las sábanas eran suaves, el edredón pesado y la colcha cálida, como debe ser en un hogar. Ni aun así podía dejar de temblar, pero no porque tuviera metido en el cuerpo el suelo helado del zulo en el que había pasado las noches desde que comenzaron las nevadas. Su cuerpo temblaba de miedo. Su madre terminó de arroparlo y se sentó en el borde del colchón, que crujió. Le rozó la frente con los labios, besándolo como hacen las madres, y le acarició el pelo rubio con movimientos repetitivos. Le habló en su idioma para que nadie más pudiera entenderlos. Estaban solos en la casa, pero, de alguna forma que no sabía explicar, sentía que los observaban.

—Tranquilo, mi vida. Todo ha salido bien.

No podía decirle otra cosa, a pesar de que así solo le estaba mintiendo. Por eso Anton, que sabía la verdad, ni le respondió. Bien habría salido todo si hubiera aguantado escondido hasta la última noche de luna negra. Bien habría salido si Carola no estuviera en una celda, en prisión provisional, a la espera de juicio.

—Se solucionará, ya lo verás. Figueroa se encargará de ello…

Anton no respondió, pero tampoco asintió. Se limitó a clavar los ojos, humedecidos por las lágrimas, en los de su madre. Los de ella estaban igual, por mucho que lo disimulara con una pequeña sonrisa, pues la boca no le daba para más. Ocurrió lo mismo cuando le contó lo que le iba a pasar, semanas antes de que empezara el invierno. Rosana no tenía pensado hacerlo, habría sido mucho más

fácil ocultárselo, pero Anton era muy inteligente, por eso le habían elegido, y supo leer los silencios y escuchar las conversaciones. Al final, a su madre no le quedó otra que explicárselo. Que alguien se puso en contacto con ella porque había una gente que quería hacerle daño. Que al principio no se lo creyó, pero acabaron demostrándole que tenían que esconderlo para que no lo encontraran, no había otra opción. Que para conseguirlo debía ser en un lugar recóndito, bajo tierra. Que le daría una medicina que lo ayudaría a que el tiempo pasara más rápido y a no recordarlo. Y le prometió que cuando todo terminara se marcharían lejos para olvidar. Figueroa lo orquestó todo y eligió a Carola para ponerlo en marcha. Él estaba en el punto de mira de aquellos de quienes quería protegerlo, que tenían tentáculos largos que llegaban hasta la policía, así que necesitaba a alguien que operara por él. Carola era perfecta, tenía inteligencia para pasar desapercibida. Se lo pagaría y le aseguraría un futuro mejor del que le esperaba. En realidad, no estaba tan lejos de lo que hacían los líderes del pacto. Buscar a alguien de escala inferior que hiciera el trabajo sucio. Solo que Figueroa estaba del lado correcto.

—Mamá, aún falta la última noche —murmuró el niño sobre la cama, que parecía devorarlo.

Rosana volvió a acariciar el pelo y la mejilla de su hijo, quien tenía todos los músculos de la cara tensos y ni siquiera parpadeaba, a pesar del sueño que le enrojecía los ojos. No podía dormir por mucho que su madre le pidiera que lo hiciera. Aún faltaba una noche sin luna. Aún estaba en peligro.

—No pienses en eso —le susurró su madre, como si así pudiera detener su pensamiento—. Aquí estás seguro.

Rosana miró por la ventana el coche de policía aparcado frente a la casa que los protegía. Besó de nuevo al niño, apagó la lamparita

de la mesilla. Le prometió que dormiría a su lado, que no le soltaría la mano. Pese a los nervios, el cansancio venció. Anton acabó dejándose llevar por el sueño, que seguro iba a ser una pesadilla. En la penumbra, observándolo bajo el marco de la puerta, a su madre le pareció más pequeño que nunca. Cerró despacio, preocupándose de no hacer ruido. Con la espalda apoyada en la puerta, contuvo la respiración que tomó con fuerza unos segundos, como si eso sirviera para borrar la angustia. Bajó al salón, en el que se escuchaba ese sonido blanco que hay en las casas cuando solo queda despierto el silencio. La luz lechosa de una farola entraba por la ventana, alargando las sombras de los muebles. Corrió la cortina lo justo para ver la calle. Al menos, los periodistas y los curiosos ya no estaban. Habían dicho de todo en los medios, pero nada que dejara claro que alguien sospechaba lo que de verdad había pasado. En realidad, eso eran buenas noticias, se lo había dicho Figueroa en la comisaría, mientras todos se felicitaban por creer que habían resuelto el caso.

La patrulla de policía seguía frente a la casa. Era una vigilancia preventiva, le dijeron a la madre del niño que la tendrían los días que fuera necesario. Rosana insistió en que con esa primera noche sería suficiente. Después, todo habría acabado. Dentro del coche, que mantenían con el motor apagado, los dos agentes de uniforme hablaban lo justo y casi siempre de lo que veían en los móviles con los que se entretenían o de los avisos que escuchaban en la radio. Pocos, en una noche como esa en la Sierra Noroeste. Se mantenían despiertos a base de café, aunque con la alerta baja, pues sabían que la culpable del secuestro ya estaba encerrada. Fuera todo era quietud, como la que sigue a una tormenta, a pesar de que llovía.

Rosana miraba una y otra vez la calle como si esperase ver algo más. Algo que no sabía lo que era, pero que en cualquier momento podía aparecer. Dejó la cortina y se abrazó a su propio cuerpo. Miró

el móvil, deseando llamar a Carola, aunque sabía de sobra que no podía hacerlo. Había escrito un mensaje que no llegó a enviar, igual que cuando marcó su número sin llamar. Daba igual que nadie supiera nada de ese segundo teléfono que habían utilizado para llevarlo todo a cabo, los ojos estaban puestos en ella y en esa relación que habían mantenido, si la policía unía hilos sería aún más difícil. Si no quería que nadie sospechara que las dos eran en realidad cómplices, tenía que vivir con ese nudo en el estómago sin saber lo que iba a ser de Carola. Se lo había advertido Figueroa, debía mantener la calma y el secreto. Ya se encargaría él de solucionarlo, conocía a la gente adecuada para que la pena para Carola fuera leve. Además, tenía que asumirlo. Sabían que cabía la posibilidad de que ocurriera justo lo que había ocurrido. Sobre todo, después de que ellas se saltaran las normas y se enamoraran. Eso no era parte del plan ni lo eligieron, y lo complicó todo mucho más. Ya no bastaba con esconder al niño y esperar a que pasara la luna negra. Rosana se sintió devorada por la culpa silenciosa recordando lo que les había dicho Figueroa al descubrirlo, con esa voz seca que se usa cuando no se puede gritar, pero se quiere mostrar enfado. Lo emocional debilita, es la clave para resolver casos que no parecen tener solución. Por lo emocional, habían detenido a Carola. Y ahora Anton seguía en peligro. En su casa, expuesto a esa gente de alma oscura que quería devorarlo. Rosana volvió a mirar por la ventana, contando las horas, para que se acabara la noche. Trataba de convencerse de que todo estaba bajo control, repitiéndolo como un mantra. Fuera llovía con más fuerza, como si el cielo se deshiciera. La que seguro lo estaba haciendo era la nieve de la cumbre del monte Abantos, marcando el final de las nieves de retorno y de la luna negra. «Solo faltan unas horas», se repitió Rosana mirando

hacia la escalera que llevaba hasta su hijo. «Está a salvo», pensó, aunque algo dentro de ella le decía que era mentira.

El reloj del salpicadero del coche patrulla reflejaba que ya había pasado la medianoche. «Turno largo», pensó el agente más joven. El mayor, Montalvo, terminó un bocadillo y se pasó la lengua por los dientes antes de darle otro sorbo al café. El parabrisas empañado por la lluvia le daba a la calle un aire más oscuro.

—Deberíamos ver si todo está bien dentro.

A cambio habría que mojarse, así que se lo jugaron a los chinos. Una prueba más de que peligro no pensaban que fuera a haber y no se lo tomaban muy en serio. Le tocó al novato. «Justicia poética por veteranía», dijo Montalvo. Una vuelta alrededor de la casa, preguntarle a la madre si necesitaban algo y de nuevo al coche. Pasaron más de diez minutos y el joven no regresó.

Tras cinco minutos más de cortesía, Montalvo lo llamó por radio. Pero no obtuvo respuesta, su compañero estaba muerto, tirado entre los matorrales que rodeaban la casa. Le había abordado un hombre que salió de una furgoneta blanca aparcada cerca de la casa, pero a suficientes metros de distancia, tras otros coches aparcados, para no llamar la atención. El asesino, huesudo, de rostro anguloso, con la mandíbula torcida y el pelo sucio pegado al cráneo, tenía los ojos pequeños y oscuros, como los de un jabalí violento. Se movía y pensaba como un animal, buscando las presas. No era nadie dentro de ese grupo que adoraba los milagros de la luna negra, solo un salvaje sin nombre al que soltaban cuando necesitaban que alguien desapareciera. Un perro fiel que nadie echaría de menos si se tuviese que sacrificar, que no hacía preguntas y que disfrutaba con el dolor. Lo mismo que fue el Chato en el pasado para Jorge de Burgos. Al primer policía lo abordó mientras rodeaba la casa, antes de que llegara a llamar al timbre. Le tapó la boca para que no gritara

y lo degolló con una daga de Belial ceremonial, como se sacrifica a un cordero. Sabía hacerlo. La sangre oscura salió del cuerpo a borbotones. A por el segundo fue cuando salió del coche de policía, después de que el *walkie* siguiera sin devolverle respuesta. El policía avisó por la radio a sus compañeros, pero ya no llegarían a tiempo. Cogió la linterna, el agua lo golpeó en la cara. Buscó a su alrededor, iluminándolo todo con el haz de luz que dibujaba las gotas gruesas de la lluvia. Vio la furgoneta blanca delante de la casa, no la recordaba antes ahí. Caminó hasta ella y apuntó al interior a través de las ventanillas laterales. Parecía vacía, pero el capó permanecía caliente. Volvió a llamar por el *walkie* a sus compañeros.

—Central, aquí Montalvo. Hay un vehículo sospechoso. Y mi compañero no responde. Solicito refuerzos. Repito, solicito refuerzos inmediatos.

Un par de segundos después llegó la respuesta desde el otro lado:

—Recibido. Patrulla en camino.

Montalvo volvió a mirar dentro de la furgoneta con la linterna. Le llegó un olor extraño al que no supo ponerle nombre. Era el del azufre. Rodeó el vehículo hasta que escuchó un ruido que venía del suelo. Ese ratero moviéndose por debajo. El agente sintió un dolor seco en los tobillos mientras se los cortaba brutalmente con la daga, salpicándole al asesino la cara y obligando a su víctima a caer de rodillas en el asfalto. El asesino ni se molestó en esconderlo, lo dejó agonizando bajo la lluvia. Tenía el tiempo justo para llevar al niño a los antropófagos antes de que llegaran los refuerzos. Anton dormía cuando rompió la puerta de la casa. Rosana no pudo hacer más que gritar. Por mucho que ella trató de defenderse, el asesino la estampó contra la pared con violencia y la pinchó en la pierna para que no lo siguiera. No se detuvo en matarla, tenía que llevarse al niño. El hombre manchó de sangre la puerta del cuarto de Anton al abrirla.

El niño, alertado por el ruido, se echó hacia atrás en la cama con la boca abierta sin voz. El asesino lo envolvió en una manta, como un pájaro que no quieres que vuele, y lo cargó como si no pesara. El niño murmuraba «mamá» mientras se lo llevaba escaleras abajo. Rosana, con la cabeza pegada al suelo y la sangre saliendo de su cuerpo, solo pudo gritar al ver cómo vencía el mal.

—¡Quieto! —gritó una voz firme.

Marta estaba junto a la furgoneta blanca con la pistola en alto. Le temblaba la mano, como siempre que apuntaba con un arma. Dante, unos pasos por detrás, observaba la escena.

—¡Suelta al niño! —ordenó Marta al asesino.

Anton se revolvía en sus hombros. Lo bajó, pero para amenazarlo con la daga en el cuello. La lluvia caía con fuerza, calándolos. El Cancerbero estaba en el medio del duelo, entre sus dos dueños. El hombre oscuro sonrió a Marta, que intentó mantener el arma firme. Sentía que se le resbalaba entre los dedos, que iba a fallar el tiro. Él levantó la daga para apuntar a la luna negra. Marta disparó.

35

El Periódico Global

LOS CRÍMENES DE LA LUNA NEGRA

Por Carolina García

El caso del niño desaparecido en El Escorial destapa una secta satánica entre las élites del poder

El pasado mes de febrero, el niño Anton Popescu desapareció en los alrededores de El Escorial. Todo el pueblo se volcó en su búsqueda, mientras la policía sostenía la hipótesis de que se había perdido a causa de las intensas nevadas. Se temía que hubiera sido devorado por los lobos de la zona. Tres semanas después, y gracias a la pista aportada por un estudiante de la Escuela Nacional de Policía, Bosco Noriega, el niño fue hallado en un zulo oculto en la cumbre del monte. La pareja sentimental de la madre del niño, también alumna de la policía, lo mantenía retenido, aparentemente por un móvil pasional. Pero la investigación dio un giro inesperado: la desaparición del niño podía estar conectada con una macabra red que actuaba desde hacía varias décadas. Una secta satánica que, cada diecinueve años, durante el fenómeno astrológico conocido como luna negra, llevaría a cabo sacrificios con la intención de devolver la salud a miembros de las élites del poder.

130 años de crímenes en la sierra

Una red criminal que ha sido descubierta gracias a la intuición de otra alumna de la Escuela Nacional de Policía, Marta Otero. Al revisar el caso de la desaparición de Anton detectó inquietantes similitudes con otros

expedientes archivados de menores perdidos en la sierra de Guadarrama desde finales del siglo XIX. El primero de ellos, el del niño Pedrín Bravo, estableció el patrón. Menores que parecían haberse perdido por accidente, hallados semanas después, cuando las condiciones meteorológicas permitían que sus cadáveres salieran a la luz al deshacerse la nieve. Las pruebas señalaban que habían sido víctimas de los lobos de la zona, hambrientos por las bajas temperaturas, que escondían sus posibles presas. Sin embargo, Otero encontró una mecánica ritual en los casos que marcaba el secuestro de las víctimas hasta el momento del sacrificio, coincidiendo con la luna negra.

Marta Otero reabrió la investigación por su cuenta como parte de su tesis final en la Escuela Nacional de Policía. Siguió las pistas en las que ya había trabajado su padre, inspector de policía fallecido dos décadas atrás, en los casos del pasado. La estudiante encontró las pruebas que señalaban a Anton como objetivo de las élites a cargo del pacto oscuro. Pero lo que Marta desconocía es que el inspector Luis Figueroa, instructor de la escuela y antiguo compañero de su padre en la comisaría de la Sierra Noroeste, llevaba tiempo siguiendo la misma pista. Había puesto en marcha un plan para evitar el sacrificio de Anton.

El operativo encubierto

Figueroa había seguido de cerca los casos anteriores como uno de los mandos al frente de la investigación, trabajando junto al padre de Marta Otero. En 2007 colaboró en el dispositivo de búsqueda de la pequeña Paloma Rubio, una niña de nueve años que desapareció en febrero y cuyo cuerpo fue hallado en la sierra, oficialmente como víctima de los lobos de la zona. Al tratar de esclarecer el crimen y la organización que lo había provocado, Figueroa encontró dificultades internas que lo llevaron a pensar que las raíces podían llegar hasta el propio cuerpo de la policía. Cuando ocurrió una nueva desaparición, tras diecinueve años y coincidiendo con la proximidad de la luna negra, Figueroa decidió proteger al menor con un operativo secreto particular. Junto a Carola Santana, alumna de la escuela de policía, se propusieron mantener oculto a Anton hasta que pasara la luna negra sin que la organización criminal pudiera encontrarlo. La situación, compleja de por sí, se complicó aún más cuando la colaboradora del inspector inició una relación sentimental

con la madre del menor que puso sobre la pista equivocada a sus compañeros Marta Otero y Bosco Noriega. La denuncia de este último ante la policía hizo que el menor abandonara el escondite antes de que terminara la luna negra, momento que la organización satánica aprovechó para intentar llegar hasta él y completar su macabro plan.

La noche de la luna negra

El último sábado del mes de febrero Anton ya había sido liberado del zulo en el que lo mantenían oculto, sin que Figueroa ni su cómplice confesaran el verdadero motivo por el que lo habían llevado hasta allí. El niño volvió a casa con su madre. La pareja de Rosana, Carola, era trasladada a prisión imputada por un delito de secuestro tipificado en el artículo 164 del Código Penal. Mientras tanto, un hombre que responde a las iniciales J. C. asesinó a los dos agentes de la patrulla policial que protegía al menor con una daga ceremonial. Entró en la vivienda, apuñaló a la madre y raptó al niño. Marta Otero se presentó esa misma madrugada en el domicilio y disparó al atacante antes de que pudiera huir con el pequeño. Gracias a la investigación paralela que había llevado a cabo, descubrió la realidad del operativo encubierto frustrado de Figueroa, y la intención de la organización satánica de realizar el sacrificio esa última noche de luna negra.

El aliado satanista

Hay una pieza más en el caso que ha jugado un papel clave en su resolución. Dante Velasco, doctor en Teología, profesor universitario, presidente de la Iglesia satánica en España e *influencer*. En redes sociales se presenta como divulgador del satanismo moderno. Trabaja en la defensa de su religión, mostrando su verdadera identidad filosófica para alejarla de los rituales oscurantistas del pasado. Lejos de ser cómplice del macabro intento de secuestro, el satanista colaboró con Marta Otero en la investigación, con el objetivo de identificar a los miembros de las sectas criminales asociadas erróneamente a su religión y cuyos fines son delictivos.

Mientras se intenta esclarecer el caso, Carola Santana ha sido puesta en libertad y se encuentra a la espera del comienzo del juicio. La policía continúa tomando declaración al hombre acusado del homicidio de los dos

agentes de policía y del intento de rapto del niño. El disparo le hirió en la pierna, como se propuso la estudiante al usar su arma para evitar que escapara, pero manteniéndolo con vida a fin de conseguir así su testimonio. Este ya habría puesto sobre la pista de los primeros nombres asociados a los rituales. Se han encontrado evidencias que señalan identidades de empresarios, políticos y famosos de nuestro país.

El caso de Anton Popescu ha abierto una grieta en una organización que se ha mantenido intocable durante más de un siglo.

Al llegar el verano, la pista de atletismo de la Escuela Nacional de Policía cambiaba de piel. Mantenía sus calles delimitadas sobre el suelo de grava rojiza y el césped en su centro, bien cortado y brillante bajo el día soleado, pero todo el espacio se engalanaba para acoger el momento más importante del curso: la jura de bandera de los nuevos policías. La formación de los policías alumnos, llena de exigencia y sacrificios, llegaba a su fin. Los meses de esfuerzo culminaban en un acto solemne que marcaba el comienzo de su carrera policial. El comienzo de su futuro.

Las banderas ondeaban por la brisa, que según avanzara el día sería más calurosa. Las gradas se llenaban poco a poco de padres, madres, hermanos, parejas e hijos pequeños a hombros, para que pudieran ver mejor a esos hombres y mujeres, firmes y erguidos, convertidos finalmente en lo que habían soñado. Las cámaras de los móviles buscaban entre las filas de uniformes que entraban en la pista a los recién graduados. Todos tenían el mismo rostro y brillo en los ojos, el que genera esa mezcla de nervios, orgullo y satisfacción cuando todo se ha terminado. La ceremonia empezó con puntualidad militar. Se escuchó el sonido de las cornetas y las miradas se alinearon. El sol calentaba los uniformes de gala de los policías, haciéndolos brillar con elegancia. Los familiares se cubrían

los ojos con la mano a modo de visera para poder ver mejor. La madre de Marta estaba entre ellos, conteniendo las lágrimas. En el centro del espacio, el mástil guardaba la bandera rojigualda, aún como si estuviera dormida. El primero en dirigirse a los cientos de policías fue un mando veterano que llevaba sobre los hombros el peso de varias generaciones. En su discurso ceremonioso habló del sentimiento que compartían al formar parte de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. También del significado del uniforme y la placa que ya siempre llevarían puesto, incluso cuando no lo vistieran. Del honor de servir y del deber de proteger. Del riesgo que conllevaba y del reconocimiento silencioso con el que se premia. Les habló de lo que de verdad significa ser policía. Tras sus palabras llegaron las del director de la escuela y las de algunos de sus instructores. Figueroa estaba entre ellos.

—Hay muchas formas de ser policía, pero todas comportan siempre el mismo sacrificio: entregar tu propia seguridad para proteger a los inocentes. No es solo tu seguridad, es tu propia vida… Y eso no es fácil, hay una parte de renuncia para la que no todo el mundo está preparado. Pero también es la profesión que otorga la mayor de las recompensas. Puedes salvar vidas. Disfrutad del privilegio que conlleva ser policía.

Recibió el aplauso más sonoro de todos. Después hubo más palabras institucionales y, tras estas, sonó el himno nacional. La música vibraba en el aire y lo envolvía de emoción. Los agentes se mantuvieron firmes, con el rostro en alto. Algunos cerraron los ojos y apretaron los labios con fuerza para que no salieran las lágrimas. En las gradas, muchos de los familiares no lo consiguieron. Lo que sí hicieron todos fue mantener silencio, hasta los niños que no paraban de moverse parecieron comprender todo lo que significaba ese himno para quienes iban a jurar servicio y lealtad a su país. La

bandera, acompañada de la música, se izó hasta ondear. Uno a uno, los futuros policías fueron llamados para besarla. El público contenía la respiración. Apenas unos pasos, una inclinación y el roce de los labios en la tela. Ese gesto pequeño, en realidad, era enorme. Cambiaba toda su vida. No solo besaban su bandera, también su futuro. Cuando Bosco lo hizo, miró a Marta, que le dijo con los labios «enhorabuena». Cuando lo hizo ella, buscó a su madre en las gradas. A pesar de la distancia, la vio secarse una lágrima. Después Marta miró al cielo, por si acaso su padre la estaba viendo.

Hubo unas palabras finales de las autoridades en forma de agradecimientos y despedidas. También advertencias paternales hacia sus nuevos compañeros. Llegaron los últimos aplausos y una orden para romper la formación de las brigadas. El acto terminó y los familiares y amigos corrieron a abrazar a los nuevos policías.

—Felicidades, hija —la madre de Marta la besó con energía—. ¿Sabes ya dónde vas a solicitar la plaza?

Tenía varias opciones, muchas más que sus compañeros. Había conseguido resolver un caso al trabajar en la tesis y eso la colocaba en el punto de mira de las comisarías.

—Quizá la comisaría de la Sierra Noroeste.

La misma en la que trabajó su padre. Le dijo que no estaba segura, pero su madre sí sabía que sería esa la que elegiría. Le sonrió con aprobación. Le mostró el artículo de periódico que había leído en el que resumían todo lo que había pasado y hablaban de ella como de una heroína. Marta le quitó importancia, pero su madre solo dejó de dársela cuando se acercó a ellas Bosco, que se presentó y habló maravillas de Marta.

—Me alegro de que mi hija haya hecho buenos amigos en la escuela —le agradeció la mujer.

Marta le presentó también a Carola. Las dos policías se abrazaron, felicitándose. Pese a todo, lo habían conseguido. También hubo un gesto entre Carola y Bosco, aunque él no le hubiera perdonado aún que lo señalara para desviar la atención de la verdad. Fue un daño colateral. La madre de Marta les hizo una foto a los tres.

Entre la gente, Marta vio a Figueroa. El instructor saludó a su madre. Habían pasado muchos años. Y muchas cosas que ella desconocía, la verdad se la ocultó su marido y él respetó ese silencio. Esperaba que Marta también lo hiciera, había explicaciones que no todos podían comprender. Mientras el instructor hablaba con su madre, Marta lo saludó con un gesto de cabeza. Tenían una conversación pendiente que llegó cuando la pista quedó vacía, los policías y sus familias se habían marchado a celebrar el futuro que empezaba y su madre se alejó porque ella le pidió que la esperara fuera. Ellos dos continuaron sentados en las gradas, con las montañas de la sierra de Guadarrama que guardaban el horizonte en la mirada.

—El día que tu padre y yo juramos bandera nos prometimos en esta misma pista que elegiríamos el mismo destino. Él podría haber terminado en cualquier comisaría, tenía un expediente mucho mejor que el mío.

Figueroa sacó uno de sus cigarrillos. Lo encendió y aspiró el humo antes de seguir hablando con palabras bañadas de nostalgia:

—A mí no me había ido tan bien en la formación. Siempre he sido mejor orador que estudiante. Pero él eligió una comisaría menor, la de la Sierra Noroeste, porque fue a la que me destinaron a mí. Era un buen tipo.

—También era un asesino.

—No seas tan dura con tu padre, Marta. Te aseguro que ya se castigó él lo suficiente.

Si acabó con su vida fue porque le pudo la culpa. No pudo soportar sentirse un asesino, justo lo que Marta acababa de llamarle.

—¿Por qué no le denunciaste?

—Ya te lo he dicho. Soy mucho mejor amigo que policía.

Marta giró el cuello para mirarlo. Podía leer en su rostro que había perdonado a su padre. Le insistió en que ella también debía hacerlo, no se merecía otra cosa.

—Lo cierto es que esa niña que desapareció habría muerto igual. Ahora sabes lo poderosa que es esa gente. En realidad, lo único que podía hacer tu padre era salvarte la vida antes de que esa enfermedad...

—No creo en milagros —le cortó.

—Yo tampoco.

Pero ambos sabían que no había otra explicación.

—Lo que te ocurrió te dio un don, Marta. Uno que te convierte en una policía única.

Se negaba a creerlo, aunque nuevamente sabía que no había otra explicación.

—¿Por qué no me pediste a mí que protegiera a Anton? ¿Por qué Carola?

—Porque tú tenías una implicación emocional con el caso y ella no. Hasta que se la buscó. —Aspiró de nuevo el cigarrillo con más pesar que otra cosa—. Os lo he dicho en clase, los sentimientos pueden ser un problema para un policía. Si yo no los hubiera tenido, tal vez tu padre…

No acabó la frase. Marta suspiró. Figueroa terminó el cigarrillo y ella se puso en pie, aunque aún faltaba una cuestión:

—¿No vas a preguntarme por qué no te lo conté? ¿Por qué no te dije quién era tu padre y lo que hizo si lo sabía desde el principio?

—No. No quiero escuchar que fue para protegerme.

El profesor negó con la cabeza y con la voz.

—En realidad, fue para protegerlo a él.

A Marta le gustó esa respuesta. Miró la sierra. Ya no había nieve, era verde.

36

Marta salió de la Escuela Nacional de Policía por última vez. Respiró el aire que hacía ondear las banderas sobre la puerta. Recorrió el *parking* exterior de la escuela masticando todo lo que había ocurrido desde que empezó la formación. Lo que había cambiado o, más bien, lo que había descubierto. Su nueva realidad siempre estuvo ahí, aunque para poder verla se había tenido que convertir en policía.

—Enhorabuena, estudiante.

Se lo dijo Dante mientras se quitaba las gafas de sol. Estaba apoyado en la puerta de su coche, vestido de negro elegante. La miraba acercarse, enamorado, aunque se lo negara porque él era así. Y ella era igual.

—Lo siento, pero ya no puedes llamarme así.

—Enhorabuena, inspectora Otero —corrigió.

Dante iba a cogerla por la cintura y pegar su cuerpo al de ella, pero fue Marta la que lo hizo. Pensó que era para besarle, pero fue para quitarle las llaves del coche. Iba a conducir ella.

—¿Ya has decidido adónde vamos de vacaciones? —preguntó Dante asumiendo que ella llevaría las riendas.

—A la playa. Ya hemos tenido suficiente montaña…

Se montaron en el coche, se colocaron los cinturones. Marta encendió el motor, pero miró atrás, al edificio de la escuela.

—¿Todo bien?

Por primera vez, pensó que todo estaba bien. Dante y ella se besaron. Eso también estaba bien. El coche arrancó y empezó a moverse como si fuera por raíles.

—He estado pensando en un par de casos que tengo por ahí de otras desapariciones extrañas a los que podríamos echarles un vistazo.

—Dante, no pienso seguir investigando contigo.

—Como si sola te hubiera ido mucho mejor...

Dante encendió la radio y eligió una canción de los Rolling Stones: *Sympathy for the Devil.* Era de día, pero en el cielo podía verse la luna.

Agradecimientos

Se supone que escribir una novela es un acto de lo más solitario, pero el caso es que yo soy incapaz de sumar páginas si no tengo a unas cuantas personas a mi lado. Suelen ser siempre las mismas, los nombres que se leen en los agradecimientos de mis libros no han cambiado mucho desde que publiqué el primero. Irene Lucas, mi editora, ha estado en todos ellos. Mantengo con ella mi relación profesional más próspera y longeva. Lo es porque, además de laboral, también es personal.

Esta historia nace porque, hace más décadas de las que me gustaría, una vecina de El Escorial me contó la leyenda del niño Pedrín. Mi amiga Teresa fue quien me la presentó, así que para ella son también estos agradecimientos. Luego yo le conté la historia a mi hermana Ángela y juntos hicimos un corto documental que intentaba explicar lo que de verdad ocurrió en el monte Abantos y cómo un crimen real se acabó convirtiendo en un cuento de fantasmas. No nos quedó de Goya, pero nos divertimos mucho rodándolo. Nos acompañaron Dani y Eli, a los que también quiero dar las gracias. Sin ellos y sin mi hermana, aquel corto nunca habría servido de inspiración para esta novela.

Los que por aquel entonces no estaban en el mundo eran mis hijos, Gaspar y Miranda. Ellos no lo saben, pero me ayudan a seguir escribiendo. Son mi motor, junto a mi mujer, Marta. Este es el cuarto libro que consigo terminar a su lado, aunque ninguno me queda tan bien como el de la vida que escribimos juntos cada día.

Gracias también a mi madre, que me transmitió su amor por los libros y la escritura, y a mi padre, que se ha convertido en mi mejor lector. Gracias a mi hermana Carolina por su apoyo incondicional. Gracias a toda mi familia por acompañarme en la vida y a mis amigos por hacérmela mucho más divertida.

Y gracias a todos mis lectores por seguir a mi lado.

Lobos feroces
Carlos García Miranda

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

©Ilustración de cubierta: Shutterstock / @ DigiDot

© del texto: Carlos García Miranda, 2025
© Editorial Planeta S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.crossbooks@planeta.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-08-30423-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Carmate Ediciones

Table of Contents

Portadilla
Cita
NOTA DEL AUTOR
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
Agradecimientos
Créditos